

C. W. CERAM

EL MISTERIO DE LOS HITITAS



Lectulandia

El autor del famoso ensayo *Dioses, tumbas y sabios* cuenta la dramática historia de los hititas, un pueblo indoeuropeo que se convirtió en una potencia dominante en Oriente Medio. Su enfrentamiento en Egipto con Ramsés II por el control de Siria dio lugar a una de las mayores batallas del mundo antiguo. La caída del imperio hitita fue repentina y sus registros históricos escasos, hasta que el descubrimiento de las tablillas cuneiformes proporcionó una rica fuente de información, en la que se basa este trabajo.

«... una saga muy rica en giros dramáticos y apasionantes relatos detectivescos de investigaciones arqueológicas». (*The Atlantic*).

Lectulandia

C. W. Ceram

El misterio de los hititas

ePub r1.1

ultrarregistro 02.06.14

Título original: *Enge Schlucht und Schwarzer Berg – Entdeckung des Hethiter-Reiches*

C. W. Ceram, 1957

Traducción: Jaime Gascón

Diseño de cubierta: ultrarregistro

Editor digital: ultrarregistro

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Origen de las citas

Casi todas las traducciones de los textos egipcios e hititas que se citan, existen en varias versiones, difieren bastante unas de otras, según el punto de vista particular de los arqueólogos y el estadio en que se encontraba la ciencia cuando se realizaron las respectivas traducciones. Para su inclusión pura y simple en este libro se ha hecho caso omiso de los comentarios eruditos que generalmente acompañan a dichas traducciones. Las citas egipcias se basan en las obras de Adolf Erman, Günther Roeder, Hermann Ranke, Alexander Scharff y Siegfried Schott, y las hititas principalmente en las interpretaciones de H. T. Bossert, Johannes Friedrich y Heinrich Zimmern, algunos de cuyos textos han sido reproducidos por Antón Moortgat y Margaret Riemschneider. A quien le interesase profundizar en el estudio de la hititología hallará otras referencias, debajo de esos nombres, en los grupos I y VI de la bibliografía.

Introducción

Esta información sobre el descubrimiento del imperio de los hititas constituye un libro completo por sí solo. Podría muy bien ostentar el título de «Libro de las Rocas», en cuyo caso se agregaría orgánicamente como quinto libro, a los cuatro anteriormente publicados y que hace algún tiempo reunía en una «novela de la arqueología» bajo el nombre de «Dioses, Tumbas y Sabios».

En ella describí la historia de cuatro eras de la civilización, pero no a la manera directa y minuciosa de los historiadores, sino antes bien dando un rodeo que me permitiera poner de manifiesto los métodos a menudo novelescos del investigador, gracias a los cuales fue posible redescubrir aquellas antiguas civilizaciones.

De modo semejante he obrado esta vez. Este libro, cuyo título exacto es en alemán: «Desfiladero angosto y montaña negra», trata de los arqueólogos y de sus excavaciones; de viajeros y de descifradores, y en el transcurso de la narración, gracias a los objetos desenterrados, va perfilándose, por decirlo así, una realidad que necesita ser interpretada: la imagen del imperio de los hititas, el cual, basta fecha relativamente reciente, era poco menos que desconocido. De todos modos, en un punto esencial difiere este quinto libro de los precedentes.

No puedo iniciar esta introducción prometiendo, como entonces hice, que «voy a relatar aventuras emocionantes». La verdad es que entre los adeptos de la hititología no se dan figuras novelescas tales como Schliemann, el descubridor de Troya; el atleta Belzoni, el médico Botta y los agentes consulares Layaré, Stephens y Thompson. Por otra parte, el territorio que dominaron los hititas no ha sido pródigo en hallazgos suntuosos como los de Egipto, ni en él se descubrieron tumbas cuyo mobiliario nos haya legado evidencias de acontecimientos de la historia primitiva, como es el caso de las tumbas reales de Ur, en Caldea. Puede que esta constatación decepcione a primera vista. Lo cierto es que ni los mismos grandes reyes hititas parecen haber atesorado fabulosas riquezas como los demás príncipes orientales, ni haber destacado como promotores y mecenas de las artes, a pesar de que reinaron sobre un pueblo que, según ahora sabemos, en el segundo milenio antes de nuestra era llegó a ser la tercera gran potencia del Oriente Medio, al lado de Egipto y de los imperios babilónico y asirio.

Tengo esperanzas, no obstante, de que la lectura de este libro no dejará de tener interés; cuando menos para aquellos que saben apreciar la afirmación de Woolley, el descubridor de Ur y de Alalakh, según el cual «el arqueólogo prefiere adquirir conocimientos nuevos a encontrar objetos materiales».

Con respecto a la adquisición de «conocimientos», si puedo hacer buenas promesas al que leyere este libro, por cuanto aquí por primera vez enfrentase el lector con una primera relación coherente y detallada del sorprendente

descubrimiento de la civilización de los hititas. En la bibliografía de que se disponía hasta fecha muy reciente, esta cuestión se ventilaba en unas pocas páginas del prólogo, mientras que aquí será revelado un mundo antiguo verdaderamente nuevo por lo desconocido; un mundo que no figuraba aún en nuestros manuales de historia.

Al quedar la hititología tan sensiblemente despojada de fantasía y de fascinación humana, no me ha sido posible esta vez presentar este libro como una «novela de la hititología». Lo que ofrezco no es, en verdad, más que un relato, una crónica, pero me ha sido dado el poder tratar minuciosamente algunos métodos de investigación arqueológica, tales como los que hicieron posible el desciframiento y la reconstitución de la cronología antigua.

Como en el libro anterior, también en éste topé con grandes dificultades, entre otras con el problema de la transcripción de los nombres, en cuyo dominio reina una completa anarquía, incluso en las obras especializadas, puesto que el intento de transcripción fonética de los nombres turcos antiguos y modernos dio resultados distintos en cada idioma. Todavía hoy persisten interpretaciones ortográficas diferentes en los manuales de arqueología de un mismo país.

Así, por ejemplo, encontramos que el nombre turco de Bogazköy, se escribe también Boghazköy, Boghaz-keui, de modo que a veces el lector ajeno a nuestra especialidad no puede saber que se hace referencia al lugar en donde estaba situada la antigua capital hitita: Hattusas (o Hattuscha, o Hatusa). A fin de disponer de una ortografía uniforme, he adoptado la transcripción del doctor O. R. Gurney, de la Universidad de Oxford, por considerar que constituye la mejor combinación y la más legible entre las distintas concepciones sustentadas por los ingleses y los alemanes. Pero en el caso —muy frecuente— de existir modos completamente diferentes de escribir algún nombre (así por ejemplo: Sendjirli por Zinjirli o Zenjirli) he dado cabida a todas las grafías en el índice, remitiendo al lector a los nombres empleados en el libro. De la misma manera he procedido con los nombres modernos de localidades antiguas, de modo que al lado de Tell Atchana se halla la referencia de la antigua Alalakh.

Para terminar esta introducción séanme permitidas unas palabras de agradecimiento. Me hubiera sido totalmente imposible el escribir este libro sobre una exploración que está todavía en plena actividad, de no haber tenido ocasión de recorrer los lugares donde se realizan las excavaciones más importantes.

A la intervención del profesor Carl Rathjen, de la Universidad de Hamburgo, debo el haber sido invitado al XXII Congreso Oriental de Estambul, lo cual me permitió no solamente participar en muchas charlas extraordinariamente interesantes, y entablar fructuosos contactos, sino que, además, me dio ocasión de poder tomar parte en las excursiones organizadas y comentadas por especialistas en la región del antiguo Imperio de los hititas. De este modo pude estar presente en la

primera visita a través de Maya Huyuk teniendo por guía al director de las excavaciones, el doctor Hamit Zübeyr Kosay, exdirector general de Museos y Antigüedades de Turquía. Estoy muy agradecido también a la señora Nimet Özgüç, esposa del entonces director de las excavaciones de Kultepe, por las explicaciones que tuvo a bien darme. Gracias al profesor Kurt Bittel (actualmente director del Instituto Arqueológico Alemán de Estambul) me fue posible trasladarme por primera vez a Bogazköy y a Yazilikaya, donde él dirigió las excavaciones de 1931 a 1939.

Fue también el mismo profesor Bittel quien en el transcurso de nuestras largas conversaciones en Estambul me facilitó la primera información sistemática sobre las recientes investigaciones realizadas y me inició en la historia hitita en general, un terreno casi impenetrable sin guía.

Pero, sobre todo, rindo homenaje de gratitud al doctor Helmuth Th. Bossert, de la Universidad de Estambul, el descubridor de las ruinas de Karatepe. Desde un principio pude contar con su más decidido apoyo, y durante el otoño del 1951, hasta que se inició el período de lluvias, fui huésped de la expedición. No debo seguir sin dar las más expresivas gracias a los miembros de la Sociedad Turca de Historia, a la Dirección General de Museos y Antigüedades de Turquía y a la Facultad de Letras de la Universidad de Estambul, que me han prestado todo su apoyo para el buen éxito de mi cometido. Jamás podré olvidar su hospitalidad en plena selva y aquel ambiente de cordialidad en que se desarrollaba la labor; las conversaciones nocturnas de sobremesa, acompañadas por el eco lejano del aullido de los chacales, y las largas discusiones que sobre los nuevos hallazgos sostenía con el doctor Bahadir Alkim, con el doctor Halet Cambel, con otro huésped de la expedición, el padre O'Callaghan, que luego sufrió un accidente mortal frente a Bagdad, y con la doctora Muhibbe Darga, la discípula más joven del profesor Bossert.

También quiero recordar al doctor Bahadir Alkim y a su esposa la señora Handan Alkim, los cuales no solamente fueron los más perfectos anfitriones que uno imaginarse pueda durante mi segunda estancia en el Karatepe el año 1953, sino que, además, el doctor Alkim tuvo la deferencia de examinar un primer proyecto de este libro, y tanto a él como al doctor Franz Steinherr (actualmente en la Embajada alemana de Ankara) les debo innumerables e importantes sugerencias.

Y, por fin, debo hacer constar también que me prestaron la mayor y la más cordial ayuda, una vez hube terminado este libro, de nuevo el profesor H. Th. Bossert y la doctora Margarete Riemschneider, de Schwerin, al corregir las primeras pruebas, y así pudieron eliminarse algunas faltas que inevitablemente se habían deslizado en la obra.

C. W. CERAM
Marzo de 1955

I. El enigma de la existencia

Capítulo 1

Presentimiento y revelación

Cuando en la remota antigüedad Leandro adolescente cruzaba de noche el Helesponto para ir a descansar en brazos de su amante Hero, nadaba desde Asia a Europa. Hoy llamamos Dardanelos a este estrecho brazo de mar, el Helesponto, que enlaza el mar de Mármara con el Mediterráneo, y no constituye una divisoria hidrográfica, sino antes bien un puente lanzado entre el Asia Menor y Europa, según demostraron los pueblos que participaron en la invasión del Egeo, y también Jerjes I (480 antes de Jesucristo) y Alejandro el Magno (336 a. de J. C).

Debido a su situación, desde un principio fue el Asia Menor, la actual Turquía, país de tránsito de huestes guerreras, o, lo que es lo mismo, se convirtió en un campo de batalla y en un crisol de razas.

Aquí la historia se produjo únicamente en estado salvaje, imperando la ley del más fuerte, con la sola alternativa de muerte o de supervivencia, tal como siempre ha sucedido hasta nuestros días, hasta Stalingrado, cuando chocan el Este y el Oeste. Solamente eran posibles soluciones como aquellas de las que Alejandro dio un ejemplo simbólico al cortar el nudo gordiano.

Para nosotros, hombres del siglo xx después de Jesucristo, es de una actualidad palpitante el período de historia que tuvo su origen en este lugar en el siglo xx *antes* de Jesucristo precisamente, cuando irrumpieron en él los hititas indogermanos; pues, según expresión del hititólogo Albrecht Götze, «fue la primera vez que pueblos europeos penetraron en el mundo civilizado, y éste no es precisamente uno de los menores alicientes de la historia de los hititas...».

Es una de las curiosidades más desconcertantes de la historia el que el imperio responsable del choque entre los dos universos haya sido «descubierto» por la ciencia hace tan sólo unas pocas décadas; y es verdaderamente asombroso que, al cabo de tan poco tiempo, los arqueólogos estén ya en condiciones de poder escribir una minuciosa historia de este imperio, habiendo incluso logrado interpretar y comprender el lenguaje y la escritura de un pueblo desaparecido hace más de 3.000 años.

En este libro me he propuesto describir las excavaciones y exponer los métodos de investigación que debieron emplear los hombres de ciencia para poder llegar rápidamente a este resultado admirable.

Han transcurrido unos doscientos años desde la aparición de la primera gran Enciclopedia francesa de las Ciencias y de las Artes. Desde entonces no hay nada mejor que las viejas enciclopedias para quien quiera contrastar la rapidez con que

avanzó una ciencia cualquiera en un período dado. En este aspecto es muy significativo, como ejemplo, el artículo publicado bajo el epígrafe de «Hititas» en la edición del año 1871 de la Nueva Enciclopedia Meyer: Dice así: «Tribu cananea que los israelitas encontraron en Palestina; vivía al norte de Hebrón junto con los amoritas; más tarde se estableció en la región de Bethel y era tributaria de Salomón. Sin embargo, posteriormente existió cerca de Siria un pueblo hitita independiente bajo régimen monárquico». O sea que el año 1871 los historiadores sabían bien poco de los hititas, mientras que ahora sabemos de cierto que este pueblo constituía en el segundo milenio antes de J. C. una gran potencia política, cuya dominación se extendía por toda el Asia Menor hasta Siria, habiendo no sólo subyugado a Babilonia, sino también guerreado victoriosamente contra Egipto.

Nos parece increíble hoy que una potencia semejante, indiscutiblemente legitimada por una cultura y una civilización propias, y que poseía además su jurisprudencia peculiar, pudiera haber caído en el olvido y pasar inadvertida a las palas de los arqueólogos y a las sospechas de los historiadores hasta bien entrado el siglo xx.

Pero es aún más sorprendente que, a partir del momento en que se iniciaron las excavaciones, un puñado de eruditos, que no llegaban a veinte, hayan podido, en tan poco tiempo, aclarar el misterio de una civilización.

Debemos precisar, desde ahora, que el primer golpe de azadón resultó ser uno de los más afortunados en la historia de la arqueología. Pero antes de empezar nuestro relato, vamos a dar una ojeada al país cuya historia reconstruiremos de la mano de los investigadores.

El Asia Menor es, no solamente un apéndice del extenso continente asiático, sino también su microcosmos. Así la bautizaron los antiguos: Asia Menor, porque, en su opinión, reproducía el contorno y la forma de la Gran Asia: mesetas en el centro, cordilleras en la periferia. No puede decirse, desde luego, que la comparación sea muy afortunada, pero hay que tener en cuenta que los que así la llamaron desconocían los límites septentrionales y orientales de Asia.

Hoy se atraviesa el Asia Menor en ferrocarril, en camiones, en ómnibus y en taxis americanos, pero es a caballo como debería recorrerse para conocer bien el país, y formarse una idea de cómo era antiguamente. Todavía hoy se encuentran en el interior de Anatolia (cuyo nombre significa Oriente, o Levante) carretas de bueyes con ruedas macizas cuyos chirridos sonorizan el paisaje.

Las aldeas grises de hoy se acurrucan al sol semejantes a las que hace más de 3.000 años servían de morada a los primeros comerciantes asirios, los cuales, procedentes de la rica Asur, penetraron en el interior de Anatolia. Estas aldeas se componen todavía de casas de adobes, cubiertas de tejas que se encogen al sol abrasador, y que la más ligera lluvia resquebraja, de manera que cuanto más pobre y

más abandonada es, tanto más se parece una aldea al engendro de la fantasía más extravagante. Las casas duran apenas veinte años, y cuando se derrumban, la generación siguiente las reconstruye sobre sus ruinas. De este modo se forman los estratos arqueológicos.

El Asia Menor no es mayor que España, que Alemania o que California, y es más pequeña que la provincia australiana de Queensland.

Del vilayato Kayseri, situado en su centro geográfico, dicese que tiene inviernos tan fríos como los del norte de Alemania y veranos abrasadores como los del sur de Francia. Por los desfiladeros del Tauro todavía puede encontrarse algún que otro oso errabundo y solitario, y manadas de lobos irrumpen de vez en cuando en las majadas, reptiles africanos se tuestan al sol por las peñas y, cuando el mundo se hunde en las tinieblas, las fieras se deslizan por los tojales de la jungla, mientras los chacales aúllan su serenata nocturna.

Al Noroeste crece la planta del té, y al Sudeste el algodónero y el limonero. En Adana vimos a un campesino cuidando su plantación de limoneros, que las antiguas murallas resguardaban del viento, y en Yazilikaya, santuario hitita cerca de Bogazköy, un guarda entregaba a una mujer las cebollas de un plantel situado a la entrada misma del templo, a la sombra de los bajorrelieves de los dioses hititas.

En los valles y en los estrechos llanos a lo largo del litoral también se da el tabaco, adormideras, el trigo y el olivo. Pero, ¡hay tan pocos valles en Asia Menor! No existe ni un solo río navegable. El más caudaloso de ellos es el Kizil-Irmak, el antiguo Halys, del que se cuenta que antes de cruzarlo consultó Creso al oráculo, el cual contestó que si lo atravesaba, un gran Imperio desaparecería. Y así fue, en efecto, pues Creso perdió el suyo en lugar de destruir el de los persas. Procediendo del Este, este río avanza formando un gran recodo hacia el interior de Anatolia, abriéndose paso luego por la cordillera septentrional para acabar desembocando en el mar Negro. Los demás ríos son todavía mucho más modestos.

Una tercera parte del Asia Menor la componen agostadas mesetas sin agua ni vegetación, formando un vasto páramo con la uniformidad de una alfombra, bajo la que apunta la roca desnuda, y sólo de vez en cuando, acá y allá, brilla al sol un inmenso lago salado. El paisaje es de una monotonía majestuosa, sus colores son como quemados y esmaltados al fuego. Incluso causa cierto desasosiego la aparición de un jinete solitario que se le cruce a uno en el camino. Al acercarse a las cordilleras uno se siente sobrecogido como ante la amenaza de un mundo desconocido y todavía peor que aquel de donde procede. Cuando se llega por fin a un villorrio, se tiene la sensación de acercarse a una necrópolis, y bajo la reverberación que agrieta las piedras, las puertas de las casas tienen todo el aspecto de órbitas vacías, de ojos sin vida. Luego aparecen los hombres —las mujeres se ocultan— y también algunos niños curiosos, que un simple ademán ahuyenta. Los hombres se acercan lentamente

y sus caras inmóviles no demuestran ninguna curiosidad; forman círculo alrededor de los extranjeros y les contemplan en silencio. Se ofrece una taza de té al desconocido, que trata de sonreír y contempla desconcertado aquellas caras inexpresivas que le rodean. Aquí nada de la atmósfera ruidosa de los países de Levante, ni el colorido pintoresco del Oriente legendario. Sólo una curiosa dignidad apropiada al paisaje; a este paisaje que ha moldeado la raza.

Los pueblos que contendieron en el Asia Menor fueron tan numerosos y pertenecían a razas tan diversas, que con una sola excepción nunca pudo hablarse aquí de un gran Imperio. Hasta los umbrales del cuarto milenio antes de J. C, podemos seguir ahora las huellas de las hordas, de las tribus y de los pueblos hostiles entre sí.

Pero como el objeto de este libro tiene más que ver con la descripción de los descubrimientos arqueológicos que con la geografía y la historia propiamente dichas, vamos a cerrar este paréntesis. Esta digresión habrá servido para poner de relieve nuestra extrañeza ante el hecho que en una época remotísima de la historia de este país abrupto, salvaje y desgarrado por las luchas entre hordas heterogéneas, lograra un pueblo, a pesar de todos los descalabros sufridos, fundar una confederación que se convirtió rápidamente en una gran potencia en el Próximo Oriente, y cuya influencia se extendió hasta el mundo griego. ¡Quién sabe si esta influencia se dejó sentir más profundamente de lo que suponemos!

Por una rara coincidencia, el primer contacto de la investigación moderna con este pueblo tuvo lugar precisamente en el mismo sitio donde se alzara su capital.

A principios del primer tercio del siglo pasado, un explorador francés, Charles Marie Félix Texier, planeó con todo detalle un viaje al interior de Anatolia. «Mi intención era —manifestó más tarde— averiguar el emplazamiento de la antigua Tavium, la cual, según todas las probabilidades, debía de haber estado situada en una comarca fértil a orillas del antiguo Halys». Texier no podía apoyarse en los relatos de otros viajeros que le hubieran precedido, y lo que podía servirle de orientación era más bien escaso. A pesar de ello se trasladó a Turquía y, aun cuando disponía de una información bien incompleta, su caravana se puso en marcha en dirección al Norte el 28 de julio de 1834. Pocos días después, durante una de sus cabalgadas solitarias, se halló de repente, no lejos de la pequeña aldea de Bogazköy, en el gran recodo del Kizil-Irmak (Halys), en presencia de unas ruinas que le dejaron atónito, al propio tiempo que le ponían en un gran aprieto, pues no acertaba a intercalarlas en el plano histórico.

Charles Félix Texier (1802-1871), arqueólogo y viajero por temperamento, era uno de aquellos hombres de los que es pródigo el siglo XIX, que andaban a la caza de las reliquias del pasado. Su obra es fiel reflejo de los conocimientos técnicos de su época, gracias a los cuales se abrieron tan formidables perspectivas para el futuro que

contribuyeron a conmover los mismos cimientos sobre los que se fundaba la ciencia de entonces.

Siempre en pos de Tavium, en la aldea de Bogazköy recogió Texier algunos indicios que quiso comprobar. Por un sendero que empezaba entre unas cabañas de barro destartaladas, subiendo siempre a mayor altura por lomas cada vez más escarpadas, llegó por fin a un lugar en el que le cerró el paso una hilera de bloques ciclópeos y corroídos por los siglos, es verdad, pero todavía inconfundibles, y como emergiendo de la misma eternidad aparecieron ante él los restos de un edificio de proporciones gigantescas y caprichosamente asimétricas. Ascendiendo todavía más, Texier descubrió un paisaje caótico y los restos de una muralla interminable.

Desde la cumbre dejó vagar la vista en derredor suyo y mentalmente trazó un círculo que abarcaba el conjunto de las ruinas, y se dio cuenta de que aquellos vestigios eran lo que quedaba de una ciudad que debió de ser *tan grande como Atenas en su época de esplendor*. ¿Quién había construido semejante ciudad? ¿Se hallaba ante las ruinas de Tavium?

Prosiguiendo sus indagaciones descubrió en la muralla dos grandes puertas, en una de las cuales aparecía un bajorrelieve que representaba una forma humana, tal vez un rey, de corpulencia extraordinaria, y que no podía compararse a nada de lo que había visto hasta entonces. La otra estaba adornada de leones de piedra. Texier los dibujó y encargó que sus acompañantes cuidaran de hacer los croquis. Pero su mente burguesa, influida por el espíritu que prevalecía en la Francia de Luis-Felipe, sólo estaba en condiciones de admirar, sin comprenderla, la monumentalidad de las efigies. Esto explica que los dibujantes legaran a la posteridad unos leones apacibles sin asomo de ferocidad.

Entonces avanzó Texier la primera hipótesis: «Dominado completamente por el afán de descubrir la antigua Tavium, imaginé que me encontraba ante las ruinas de un templo de Júpiter con el refugio sagrado que menciona Estrabón...; pero más tarde me di cuenta del error». Y luego reconoce: «... ninguna de estas construcciones podía atribuirse a épocas romanas; el carácter grandioso y peculiar de estas ruinas me dejó perplejo cuando intenté dar a la ciudad su verdadero nombre en la historia...».

Más tarde, entregado que hubo sus dibujos a la imprenta y después de haber podido examinar los apuntes del inglés William Hamilton —el cual había visitado Bogazköy un año más tarde y también la había tomado por Tavium—, confrontó todas las descripciones de los autores antiguos y las comparó con sus propias conclusiones, después de lo cual, persuadido de que había ido por mal camino, rebatió la tesis de que se trataba de las ruinas de Tavium, y se decidió por Pteria, ante la cual libraron Creso y Ciro la famosa batalla.

A Texier le esperaban todavía más sorpresas. Un indígena le llevó desde Bogazköy por un sendero escabroso y escarpado, y luego de atravesar un profundo

valle, subieron durante dos largas horas hasta alcanzar la altiplanicie del otro lado, donde halló lo que hoy se conoce por el nombre de Yazilikaya (la roca escrita). Yérguense allí peñascos cortados como acantilados, y por una hendidura se ofrecen a la vista bajorrelieves sorprendentes que cubren superficies torpemente desbastadas. Por aquellos muros, Texier vio avanzar en procesión de solemne rigidez unos dioses hieráticos tocados con gorros puntiagudos y vistiendo ceñidas túnicas. Luego, cuando siguió por la grieta que tuerce a la derecha, descubrió nuevas esculturas, nuevos personajes con otros ropajes, pero que llevaban tiaras en lugar de gorros. Dos de ellos son alados; otros tienen en la mano objetos indefinibles; algunos están encaramados en la nuca de otras figuras o van seguidos de perros.

Fascinado por esta extraña procesión pétreo buscó Texier la salida del corredor y observó entonces, a la izquierda, un estrecho pasadizo que conducía a una nueva hendidura más angosta en la roca, y ante cuya entrada se detuvo de repente, pues a ambos lados del boquete había dos demonios alados, tallados en piedra, en actitud de defender el paso. Lentamente, titubeando por la emoción, se decidió por fin a penetrar en la hendidura y entonces apareció ante sus ojos, en el escarpado muro de lado de Occidente, otra procesión compuesta de doce guerreros —¿o tal vez serían dioses?—, avanzando en fila india con paso rápido y en actitud de energía instintiva y lúgubre, con los consabidos gorros en punta y la cimitarra al hombro, como si hicieran instrucción militar. Casi enfrente una escultura muestra la silueta de un hombre que, con gesto protector, sostiene a otra más pequeña. Sobre su brazo extendido colgaba una figura parecida a una flor, compuesta de signos que semejaban jeroglíficos, los cuales evidentemente debían de tener algún significado..., pero faltaba dar con él. Al regresar a la gran galería, Texier observó todavía más signos igualmente misteriosos, algunos de ellos obliterados de tal modo por el tiempo que incluso había desaparecido casi todo vestiglo de los mismos. ¿Se trataría simplemente de adornos, o bien formaban parte de un sistema de escritura?

Al abandonar Texier «la roca escrita» dejó errar la mirada por la meseta que se extiende delante de la entrada y descubrió los restos de unas murallas. Quizá se habían erigido edificios aquí, ¿o serían tal vez los vestigios de las puertas monumentales que daban acceso a la grieta? Le pareció seguro, en todo caso, que se encontraba ante un antiquísimo santuario de piedra, legado de un pasado remoto. Quedaba por averiguar cuál era el pueblo que lo había construido para adorar en él a sus dioses.

Texier dirigió la mirada hacia las ruinas de Bogazköy, al otro lado del valle, .y volvió luego los ojos hacia las alturas de los barrancos y las crestas que brillaban bajo un sol implacable y duro. Tenía ante sí un paisaje que Dios había moldeado con mano vigorosa. Mucho tiempo después algún pueblo poderoso había impuesto aquí su voluntad y había encumbrado todavía más con aquellos bloques **los** peñones

naturales, de modo que entonces Texier pudo también reconocer los restos de las murallas que antiguamente habían unido, transformándolos en fortaleza siniestra, aquellos peñascos ya de por sí abruptos y escarpados. Esto solamente podía haber sido obra de grandes reyes de un pueblo rico y poderoso; de ello no podía haber la menor duda.

En el año 1839 publicó Texier en París su monumental relación de viajes en varios volúmenes, *Description de l'Asie Mineure*, en la que reconoce que un pueblo de semejante fuerza de voluntad, de la que son prueba evidente las ruinas de Bogazköy, era totalmente desconocido de los arqueólogos del siglo XIX, pues se ignoraba el lugar que había ocupado en el espacio geográfico del Asia Menor durante el segundo milenio antes de J. C.

En realidad, para la Ciencia no dejaba de ser un rudo golpe, una grave contrariedad, todo lo que Texier ponía de manifiesto. Eso de que se diera como pasto a los especialistas toda esa maravillosa documentación, de la que no habían tenido ni el más leve punto de referencia previo, era en verdad muy desagradable. Por otra parte, en las décadas siguientes al año 1830, el interés de los investigadores de la incipiente arqueología estaba entonces acaparado, como es natural, por las fascinantes excavaciones que se estaban realizando en Egipto y en Mesopotamia. Lepsius y Mariette descubrían maravillas en el país de los faraones, mientras Botta y Layard hacían luz sobre las civilizaciones asiría y babilónica. Pues bien, a pesar de todos estos descubrimientos sensacionales que centraban su atención en otro lugar, los arqueólogos no podían pasar por alto las misteriosas ruinas descubiertas en Anatolia, y eso cada día menos, pues a medida que pasaban los días iban llegando más pruebas confirmando las manifestaciones de Texier.

Poco después de Texier, William Hamilton había no solamente visitado Bogazköy, sino que, además, a poca distancia, cerca de la aldea de Alaya Huyuk descubrió otras ruinas. De 1859 a 1861 los viajeros alemanes H. Bart y A. D. Mordtmann dieron detalles más precisos sobre Bogazköy y mejoraron incluso los precipitados dibujos de Texier. El francés Langlois recorrió por la misma época la comarca de Tarso, mientras otro erudito, también francés, George Perrot, viajaba por toda Anatolia en 1862 explorando el país meticulosamente y descubriendo una serie de monumentos a cuál más interesante. En el recinto de la antigua Bogazköy halló, entre otras, una peña inclinada, la llamada Nisantepe, cubierta de signos, a decir verdad tan borrosos que más parecían arañazos en la piedra, pero que a pesar de todo recordaban extraordinariamente los que Texier había descubierto en Yazilikaya.

Esto, realmente, hubiera debido de ser considerado como un descubrimiento trascendental, pero pasó inadvertido entre la plétora de documentos que Perrot, secundado por su dibujante E. Guillaume, empezó a divulgar a partir de 1872.

Al cabo de diez años justos, el alemán Karl Humann emprendió los primeros

vaciados de algunos bajorrelieves de Yazilikaya, y en parte debió a su antigua profesión el que pudiera trazar el primer plano concienzudo y a escala del campo de las ruinas de Bogazköy, pues había trabajado como ingeniero de ferrocarriles antes de sentirse atraído por la magia de la arqueología. Más tarde debía alcanzar fama mundial al desenterrar el altar de Pérgamo.

En 1887 Perrot recopiló en su monumental *Histoire de l'Art dans l'Antiquité* todos los datos que se conocían hasta entonces de Anatolia. Pero esta vez pudo apuntar ya alguna conjetura relativa a unas esculturas y a ciertos grupos de símbolos. Para otros, en cambio, ya no se trataba de meras conjeturas, sino de certidumbres. En efecto, en 1870, dos americanos habían dado cuenta, al regresar de un viaje a Siria, de algunas piedras cubiertas de signos, y estas piedras, conocidas como las piedras de Hamath, por el lugar donde fueron encontradas, iban a ser el inicio de una nueva fase en la pugna por aclarar el misterio de las ruinas anatólicas. En realidad no habían sido tampoco los americanos sus verdaderos descubridores, puesto que hacían exactamente 58 años que ya había dado con ellas uno de los más interesantes viajeros del siglo XIX.

El año 1809 embarcó en Malta un hombre barbiluengo, con atavío oriental, en un barco con rumbo a Siria. Dijo ser el jeque Ibrahim, de profesión comerciante y al servicio de la Compañía de las Indias Orientales. Permaneció tres años y medio en Siria y resultó ser el comerciante más peregrino que jamás se había conocido de Alepo a Damasco, pues en lugar de dedicarse a los negocios, prefería la compañía de los eruditos del país, con los cuales estudiaba lenguas, historia, geografía y, sobre todo, el Corán. Solamente interrumpía sus estudios algún viaje hacia el Sur en Tierra Santa, hacia el Este hasta el Eufrates y luego a través del valle del Orontes. Subió al monte sagrado de Hor, en el que muriera Aarón, y durante un viaje a Nubia le detuvieron por espía, siendo deportado a Egipto.

Un bajá le sometió al examen de dos doctores árabes para que demostrase sus conocimientos de las leyes musulmanas, y su examen fue tan brillante que se le permitió ir durante cuatro meses como peregrino mahometano a la ciudad prohibida de La Meca, y luego, junto con otros 80.000 peregrinos, al Monte Ararat. Desde entonces ostentó con razón el título de *hadski*. Como tal, y con todas las muestras de respeto debidas a un verdadero jeque, fue enterrado solemnemente en el cementerio musulmán de El Cairo en 1817, a los 33 años, al fallecer súbitamente en vísperas de un nuevo viaje, en cuyos preparativos andaba ya muy avanzado.

Este jeque Ibrahim se llamaba en realidad Johann Ludwig Burckhardt y había nacido el año 1784 de una antigua familia patricia en Basilea, que hasta nuestros días ha dado al mundo diplomáticos e historiadores. La Universidad de Cambridge heredó a su muerte la colección de 350 manuscritos orientales originales. Sus diarios resultaron una verdadera mina de oro para la geografía, la etnografía, la filología

antigua y la arqueología, y han servido de base para la publicación de las obras que Burckhardt había proyectado.

En uno de estos libros, *Viajes por Siria y Tierra Santa*, aparecido en Londres el año 1822, cuenta cómo, a su paso por Hamath, en el Orontes, había descubierto una lápida, una sola piedra incrustada en la pared de un bazar, y así la describe brevemente: «Una piedra que está cubierta con unas cuantas figuritas y signos que parecen jeroglíficos, aun cuando no se parezcan a los de Egipto».

Se comprende que en 1822, o sea diecisiete años antes de la publicación de la gran obra de Texier, nadie se fijara en esta descripción incidental, porque estaba, por decirlo así, enterrada a su vez en un cúmulo de aventuras de viaje, al parecer de mucho mayor interés.

Transcurrieron otros 58 años antes de que los dos americanos que hemos mencionado, el cónsul Augustus Johnson y el misionero doctor Jessup, se lanzaran a seguir las huellas de Burckhardt por el bazar de Hamath. No eran menos observadores que el «jeque» Ibrahim, y no solamente dieron con la «piedra escrita» mencionada por aquél, sino que hallaron otras tres «que estaban cubiertas por figuritas y signos». Johnson comunicó un año más tarde el hallazgo a la «American Palestine Exploration Society», pero no pudo presentar ningún croquis exacto ni menos reproducción alguna, porque tan pronto como se habían acercado a las piedras y antes de que pudieran tocarlas, los indígenas habían puesto el grito en el cielo amenazándoles con pasar a vías de hecho. Evidentemente, aquellos signos misteriosos eran objeto de veneración supersticiosa desde tiempo inmemorial. Esto quedó demostrado cuando, poco después, se descubrió en Alepo otra piedra con más «jeroglíficos» de esta misma clase. Los indígenas les atribuían propiedades curativas a estos signos, y en particular los tracomatosos acudían desde muy lejos a frotar la frente en la piedra, pulida por el roce, para obtener alivio a su mal.

Tuvo que pasar otro año hasta que a otro investigador, William Wright, misionero irlandés, que a la sazón residía en Damasco, se le ofreciera oportunidad de examinar detenidamente, y sin peligro, la piedra. Vino en su ayuda una de aquellas casualidades sin las cuales innumerables descubrimientos no hubieran podido producirse. En efecto, en 1872 fue destituido el viejo gobernador de Siria, un ortodoxo que no quería ni oír hablar tan siquiera de las pretensiones de los investigadores occidentales. En cambio, su sucesor, Subhi Bajá, era un espíritu liberal ilustrado, sabía de la piedra de Hamath y permitió al Rdo. William Wright que le acompañase en uno de sus viajes de inspección. Y así fue como el irlandés tuvo acceso a las piedras que, mientras tanto, habían llegado a ser célebres en todo el mundo, y las descubrió por tercera vez (para hablar con más propiedad debemos decir que fue la quinta, pues mientras tanto habían estado también en Hamath otros dos grupos de viajeros) y tuvo la gran suerte, que no conocieron sus predecesores, de

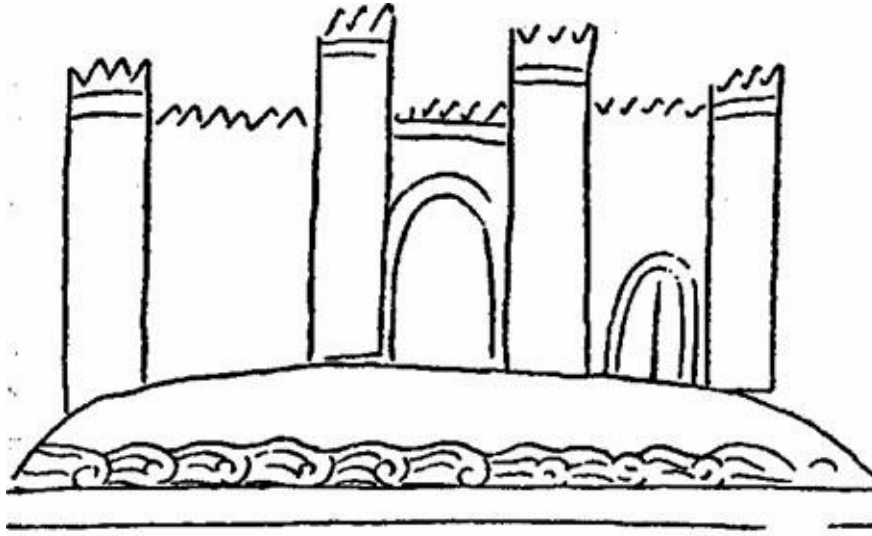
poder contar con la protección del gobernador, protección que se reveló sumamente eficaz por cuanto se tradujo en el envío de soldados, con cuya ayuda pudo arrancar las piedras de los muros de la casa, tarea nada sencilla, interrumpida una y otra vez por las demostraciones hostiles de los nativos, los cuales estaban firmemente convencidos de poder curar el reumatismo al contacto de aquellas piedras, al igual que los de Alepo curar el tracoma.

Cuando ya estas piedras habían sido depositadas interinamente en el parador del bajá, uno de los portadores indígenas trajo la noticia de que el pueblo se había amotinado, y luego llegó el rumor de que los fanáticos querían a toda costa asaltar la casa, pues preferían destruir las piedras antes que permitir que se las llevaran. Incluso se decía que la policía hacía causa común con los de Hamath.

«Vi que había llegado el momento crítico —escribe Wright—. No salía a la calle sin escolta, pues era el blanco del odio de todos». Habló a la multitud y les prometió que al día siguiente el bajá pagaría un buen precio por las piedras que se llevaba, a lo que la gente contestó sonriendo irónicamente, pues ya estaban acostumbrados a las promesas de las autoridades y sabían lo que valían. Entonces Wright habló de hacer intervenir a los soldados y amenazó con los terribles castigos que no dejaría de infligirles el bajá si optaban por la violencia. Regresó a su morada inquieto. «Fue una noche interminable de insomnio», anotó en su diario.

Pero no sucedió nada. Con gran extrañeza de todos, a la mañana siguiente pagó el bajá Subhi la cantidad prometida, y si bien hubo todavía vagos destellos de indignación, fueron en parte reprimidos con amenazas y en parte aplacados con más dinero. Los derviches gritaban por las calles, anunciando a todos los que no se hubieran dado todavía cuenta del fenómeno, que durante la noche se había abatido sobre la tierra una lluvia de estrellas, un meteoro de intensidad luminosa verdaderamente extraordinaria. Los habitantes enviaron una delegación al bajá para conocer su opinión autorizada. ¿Se trataría quizá de un aviso del cielo para oponerse al traslado de las piedras?

El bajá pareció reflexionar un buen rato, como buscando inspiración y luego les preguntó si el portento había ocasionado la muerte de hombres o de animales, y como los delegados admitieran que nada de esto había sucedido, entonces resolvió el bajá, a la manera de Salomón, que, a su entender, el cielo había querido dar a conocer de un modo inequívoco su conformidad encendiendo aquel prodigioso faro.



Representación asiria de la ciudadela de Carquemis, sobre una puerta de bronce hallada en Balawat. A pesar de ser un dibujo muy primitivo, muestra claramente la disposición de las torres y de las almenas, que son características de la arquitectura hitita.

Y sin más las piedras fueron trasladadas a Constantinopla. William Wright fue autorizado a sacar vaciados de ellas y luego se las llevaron al Museo Británico de Londres.

Texier había visto ruinas en el norte de Anatolia, pero no había podido identificarlas. Por su parte, Wright tenía ya en la mano reproducciones de las inscripciones de Hamath, pero no sabía cómo interpretarlas. Entonces nada permitía suponer que entre las ruinas anatólicas y las piedras sirias pudiera existir la más mínima relación, puesto que no había aparecido por ningún sitio el eslabón intermedio.

Poco después el cónsul inglés W. H. Skeene y Georges Smith, del Museo Británico, descubrieron el Jerablus, en la orilla derecha del Eufrates, un enorme cerro repleto de ruinas (Jerablus deriva de Europus, que así se llamaba la ciudad en la época grecosiria). Lo exploraron y lo identificaron —con razón, según se vio pronto— como la Carquemis de la historia asiria. Al emprenderse las excavaciones surgieron a la luz unas figuras que también estaban cubiertas con los mismos símbolos misteriosos. Y entonces aquellos signos fascinadores, aquellas cabezas, manos, pies de hombre, y cabezas de animales, mezclados con círculos, medias lunas, ganchos, obeliscos —que era obvio se completaban para formar una escritura—, y que cada día despertaban más el interés de todos los investigadores, empezaron a surgir por doquier. Pero lo más desconcertante era que los hallazgos no se limitaban a la región del norte de Siria. E. J. Davis los halló junto a un monumento en Ivriz, en el Tauro; e incluso aparecieron sellos con esta escritura. Pronto no pudo existir ya duda alguna de que los jeroglíficos descubiertos por Texier, junto a las figuras de los ídolos de Yazilikaya, eran por lo menos semejantes a los de Siria. ¡Y finalmente, apareció también la enigmática escritura en la región de Esmirna!

Esto era lo más sorprendente del caso, por cuanto presuponía que si tales signos

tenían un origen común, debía de haber existido un pueblo que en algún momento de la historia llegó a ser tan poderoso como para que su escritura se impusiera desde la costa del mar Egeo a través de toda Anatolia y hasta el corazón de Siria. Un pueblo que utilizaba una misma escritura debía, por consiguiente, ser de una misma cultura. Pero aparte de estos símbolos y de algunos monumentos que se parecían enormemente, no había otra evidencia de la existencia de una nación semejante. ¿O se andaba equivocado una vez más? ¿Podría quizá haberse dado el caso de no haber sabido interpretarse debidamente, hasta entonces, ciertas tradiciones?

En el año 1879, precisamente cuando se estaba de acuerdo en que las discusiones no habían arrojado todavía ninguna luz en la cuestión, un sabio inglés exploró las colinas alrededor de Esmirna, y un año más tarde dio una conferencia ante la «Society for Biblical Archaeology», llena de referencias de la Biblia y durante la cual expuso una tesis considerada entonces como francamente temeraria desde el punto de vista científico.

Se trataba del sabio Archibald Henry Sayce, de 34 años de edad, famoso arqueólogo inglés del que decía la Enciclopedia Británica (la cual raramente citaba a personajes vivos): «... es imposible exagerar los servicios que ha prestado a las ciencias orientales».

Sayce declaró llanamente que todos los monumentos e inscripciones de un carácter determinado que habían sido descubiertos, durante las últimas décadas, en el Asia Menor y en el norte de Siria, debían ser atribuidos a los hititas, o sea a un pueblo que la Biblia cita, pero que hasta entonces nadie se había tomado la molestia de investigar, por no habersele concedido la más mínima importancia.

Capítulo 2

La Biblia y las nuevas investigaciones

Puede decirse que ya en 1876, sin ni siquiera abandonar su despacho, Archibald Henry Sayce había vislumbrado la verdad, y un año más tarde, refiriéndose a las piedras de Hamath, afirmaba categóricamente que aquellos ideogramas, al parecer extravagantes, en realidad formaban parte de un sistema de escritura del que pretendía incluso reconocer algunas peculiaridades, así por ejemplo la llamada disposición «bustrófedon», de cuyo significado nos ocuparemos más adelante. En 1879 publicó un artículo con el título ya bien explícito de *Los hititas en Asia Menor*.

Sin embargo, no fue hasta 1880, es decir, hasta un año después de su viaje a Esmirna, cuando dio ante la Sociedad Bíblica de Londres la conferencia que tanta sensación había de causar, y que durante algún tiempo debía valerle una dudosa notoriedad como «inventor» de los hititas.

Considerándolo bien, la imputación carecía de fundamento, pues el misionero Wright había publicado en la *British & Foreign Evangelical Review* un estudio en el que se atribuían al pueblo de los hititas los hallazgos realizados en el Asia Menor. Pero el artículo pasó inadvertido, tal vez porque no estaba escrito con el entusiasmo de una persona convencida de lo que afirma.

Las violentas controversias a que dio lugar la disertación de Sayce, se limitaron en un principio al reducido círculo de los iniciados, para ganar pronto el forum de la opinión pública. Solamente en Inglaterra, cuyo público, más que otro alguno en Europa, siente una gran curiosidad por las cuestiones arqueológicas, podía darse el caso de que una civilización, caída desde hacía tres mil años en el olvido, alcanzara repentinamente los honores de la prensa diaria. La polémica, atizada de una parte y otra con pruebas notoriamente insignificantes, llegó a su punto culminante al publicar William Wright, en 1884 en Londres, un libro que no solamente aportaba nuevas pruebas, sino que ostentaba el título provocador de *El gran Imperio de los hititas, con el desciframiento de las inscripciones hititas por el profesor A. H- Sayce*.

Puede decirse que con este libro, cuyo contenido nos parece hoy bastante incompleto, por cuyo motivo no nos ocuparemos ya más de él, debutó verdaderamente la historia de la hititología. El carácter revolucionario de la tesis expuesta en él, o sea que los hititas habían constituido un verdadero Imperio, ya no permitió ignorar por más tiempo a los hititas y desde entonces, lentamente, pero con paso seguro, nació, por decirlo así, esta ciencia netamente especializada como subdivisión de la arqueología oriental.

Es natural que tal estudio causara sensación, por cuanto, de ser cierto lo que en él se afirmaba, se trataría de un caso verdaderamente único en los anales de la

arqueología, ya que las excavaciones no se habían emprendido para comprobar eventuales suposiciones, sino que eran el fruto de simples deducciones cuyo origen había de buscarse en la comparación de monumentos descubiertos al azar en lugares muy apartados entre sí. De este modo se había logrado «resucitar» a todo un pueblo que había constituido la tercera gran potencia del Oriente Medio y cuya mera existencia griegos y romanos habían tenido tiempo de olvidar hacía ya más de dos mil años.

Tanto más temerarias debieron de parecer tales afirmaciones, cuanto que no estaban respaldadas por pruebas suficientes que pudieran ser consideradas como decisivas. Si bien se apoyaban en primer lugar en el testimonio de la Biblia, en la que se menciona a los hititas, lo cierto es que se trata únicamente de indicios.

En el Antiguo Testamento se cita vagamente este pueblo con el nombre de «Hittim», que Lutero tradujo por «Hethiter» en su versión alemana; los ingleses lo convirtieron en «Hittites», mientras que los franceses los denominaron primeramente «Héthéens» para acabar llamándoles «Hittites». «Hititas» es el término generalmente adoptado en español, que también tiene «héteos». Pero la Biblia menciona a los hititas junto a otros pueblos sin importancia histórica; así, por ejemplo, en el libro de Josué (3, 10) se habla de cananeos, de *hititas*, de heveos, de fereceos, de guergueseos, de amoritas (o amorreos), y de jebuseos, y en el Génesis (15, 19-21), de quíneos, de quineceos, cadmoneos, de hititas, de fereceos, de refaitas, de amoritas, de cananeos, de guergueseos y de jebuseos.

Algo más explícito es ya el pasaje del Génesis (23, 3), en el que Abraham, dirigiéndose en calidad de extranjero a los *hijos de Het*, les pide permiso para adquirir un sepulcro «a fin de enterrar este muerto mío que ante mí yace». Esto demuestra que, por aquel entonces cuando menos, los hititas debieron de dominar en la Tierra Prometida. Todavía contiene la Biblia la siguiente referencia algo más clara de la repartición geográfica de ciertos pueblos (Números, cap. 13, 29): «Los amalecitas habitan el país situado al Sur, los hititas, los jebuseos y los amoritas en las montañas, y los cananeos junto al mar a lo largo del Jordán».

A juzgar por estas citas, y algunas otras más de la Biblia, parecería desprenderse que los hititas no eran sino un grupo étnico, sin gran importancia ni historia, radicado en algún lugar de Siria.

Y, sin embargo, en el mismo Antiguo Testamento encontramos un pasaje que hubiera debido llamar la atención de los investigadores si éstos, en el siglo XIX, no hubieran considerado la Biblia con un cierto escepticismo. He aquí, en efecto, lo que se lee en el Libro II de los Reyes (7, 6):

«El Señor había dispuesto que se oyera en el campamento de los sirios un gran ruido de caballos y de carros; el estruendo de un gran ejército, y se decían unos a otros: he aquí que el rey de Israel ha atizado contra nosotros a los *reyes de los hititas*

y a los reyes de Egipto».

O sea que, a diferencia de los pasajes precedentes, en los que los hititas sólo figuran en las enumeraciones de pueblos sin verdadera importancia histórica, aquí se asocia a los reyes hititas con los reyes más poderosos de la Antigüedad, los faraones, y, además, con precedencia sobre ellos.

Pero, ¿podían estas alusiones de la Biblia considerarse como suficientes para afirmar categóricamente la existencia de un Imperio hitita?

Como es natural, Sayce y Wright habían echado mano de otras fuentes de investigación en que fundamentar su tesis, pero como ya es sabido que quien siembra vientos recoge tempestades, apenas había hecho su aparición *El Imperio de los hititas* cuando afluyeron por todas partes refutaciones y dudas.

Había llegado el momento de comprobar las nuevas hipótesis cotejándolas con los antecedentes históricos, sobre todo con los legados por los asirios y egipcios contemporáneos de los hititas. Para no cansar al lector nos limitaremos a dar algunos ejemplos, pues esta comprobación, tal como era posible realizarla hacia el año 1880, esto es, a poco de haberse descifrado los anales asirios, sólo sirvió para dar al caso un nuevo impulso, únicamente basado en más indicios, sin que aportara, empero, resultados concluyentes.

Hubo, sin embargo, dos hechos que abrieron horizontes prometedores. Por una parte, en las crónicas asirias se alude a menudo al «país de Hatti» (o Chatti) y, por otra, los egipcios cuentan y no acaban de sus incesantes luchas con los «Heta». («Heta» es la transcripción arbitraria del jeroglífico egipcio «Ht», pues la escritura egipcia carecía de vocales. La pronunciación actual de los nombres egipcios no se ajusta exactamente a la original, sino que es, por decirlo así, la adoptada por los egiptólogos basándose en suposiciones).

Habíase empezado a descorrer el velo de la Historia cuando se averiguó que ya en el siglo xv antes de J. C, un pueblo hitita era tributario del faraón Tutmosis. Los muros de los templos egipcios contienen numerosas inscripciones ensalzando las victorias del gran Ramsés II sobre los hititas en Siria, y se conocen otras inscripciones que describen con sorprendente exactitud un tratado de paz —que más parece de inspiración moderna que fruto de mentes de hace muchos siglos—, para poner fin, mediante la boda de una princesa hitita con el faraón, a las incesantes guerras entre hititas y egipcios.

Provocaron cierto escepticismo entre los arqueólogos algunos detalles de las crónicas guerreras egipcias escritas en estilo altisonante, sin contar el carácter del tratado de paz a que hemos aludido, pero también las asirias mencionan hechos análogos, y por ende confirman los relatos egipcios.

La crónica de Teglatfalasar I (hacia el año 1100, antes de J. C.) habla ya de victoriosas campañas llevadas a cabo contra el país de Hatti, y durante cuatro siglos

los anales no cesan de referirse a los hititas como a un pueblo que está organizado en pequeñas ciudades-estados, tales como Carquemis, Samal y Malatia al norte de Siria, sin que en ningún momento llegue a constituir un enemigo peligroso. Precisamente debido a su debilidad, Siria se los anexiona el año 717 antes de J. C., al caer Carquemis, sin que por ello se rompa el equilibrio de fuerzas en el Oriente Medio.

A primera vista no se comprende muy bien cómo pudo un pueblo, que en las crónicas antiguas lleva siempre las de perder, haber creado una civilización cuya influencia efectiva se extendía desde el mar Egeo hasta los confines orientales de Anatolia.

Ahora que sabemos a qué atenernos, es fácil afirmar que el solo hecho que el pueblo hitita sea citado durante tantísimo tiempo por egipcios y asirios (desde Tutmosis hasta la caída de Carquemis ¡transcurrieron más de 700 años!...) prueba la importancia que debe atribuírsele.

Entonces los arqueólogos se contentaban con esgrimir argumentos no muy persuasivos, sobre todo contra Sayce, el cual, mientras tanto, iba publicando mensualmente artículo sobre artículo aportando nuevos hechos. Pero a pesar de ello, durante muchos años nadie atacó a fondo la hipótesis, que actualmente sabemos era errónea, según la cual los hititas pertenecían a un pueblo oriundo del norte de Siria y que, por motivos ignorados, se había ido desplazando progresivamente hacia el interior de Anatolia. Según esta teoría, los hititas se habrían propuesto objetivos militares y culturales completamente divergentes desde el punto de vista geográfico. En otras palabras: solamente combatían a lo largo de sus fronteras meridionales, mientras que su expansión cultural hacia el Norte y el Noroeste se desarrollaba pacíficamente.

La contradicción era flagrante, sí, pero, ¿dónde radicaba el error? (Si entonces hubiera alguien sospechado y dado a conocer la verdad —más adelante lo haremos nosotros— le hubieran tomado poco menos que por loco). Sea como fuere, no había llegado todavía el momento de poder situar al pueblo de los hititas en su verdadero contexto histórico. Apenas acababa de descubrirse su existencia, y las investigaciones se hallaban en un punto muerto.

La casualidad vino nuevamente en ayuda de los arqueólogos el año 1887, cuando un acontecimiento trivial y ridículo contribuyó más que nada a disipar las tinieblas que envolvían el misterio, siendo lo más curioso del caso que tal acontecimiento, a primera vista sin importancia y que, por vías de deducción, permitió resolver el enigma hitita, no se produjo en el Asia misma, sino en África, en Egipto, o sea en otro continente.

Puede que el origen de esta casualidad, llamémosla así, deba atribuirse, según la leyenda, al gesto de una iracunda campesina de Tell-el-Amarna, aldea egipcia en la orilla derecha del Nilo, a unos trescientos kilómetros al sur de El Cairo. Según

parece, esta mujer, para desahogar su cólera contra unos extranjeros importunos, no encontró nada mejor que arrojarles a la cabeza fragmentos de arcilla cocida, sin pensar ni por asomo que su gesto tendría un resultado totalmente contrario e inesperado; es más: que tendría resonancia internacional, pues esto fue precisamente lo que puso a los arqueólogos sobre la pista de la documentación egipcia histórica más importante conocida hasta nuestros días: los archivos que datan de la época del «rey hereje», Amenofis IV, fueron descubiertos en Tell-el-Amarna, su antigua capital.

No podríamos asegurar que el descubrimiento tuviera lugar en las circunstancias que hemos descrito, pero lo cierto es que la explotación de estos viejos archivos se realizó de un modo verdaderamente sorprendente. Ningún arqueólogo se encontraba presente cuando se pusieron al descubierto las primeras tablillas de barro cocido. Sólo se sabe de fijo que a fines de 1887 las primeras tablillas de este archivo inestimable fueron ofrecidas en los mercados egipcios, y que los mercaderes de antigüedades de El Cairo vendieron algunas por diez piastras. Como entonces el comercio de antigüedades ya era severamente reglamentado, los hurgadores indígenas trataban por todos los medios de burlar el control oficial, y vendían sus hallazgos en el mercado negro, porque así era mayor su ganancia. Nada menos que doscientas tablillas fueron vendidas de este modo en el mercado de El Cairo el año 1888. Sayce las vio y habló de ellas. Una vez dada la alarma, despertó el interés de los directores de museos y de los coleccionistas, y al cabo de pocos meses los primeros ejemplares salían rumbo a Londres y Berlín.

Hubo incidentes curiosos. Así, por ejemplo, el comerciante árabe Abdel-Haj, de Gizeh, mostró a un empleado del Museo de Bulaq (más tarde transformado en el gran museo existente en la actualidad en El Cairo) unas tablillas que acababa de adquirir, pero el funcionario las rehusó, alegando que no eran más que falsificaciones. Ni corto ni perezoso, el comerciante las ofreció luego, como genuinas, al coleccionista vienés Theodor Graf.

Todo el mundo sabe hoy que las tablillas de Tell-el-Amarna son auténticas. Los museos berlineses adquirieron las 160 tablillas de la colección Graf, algunas de las cuales son de «tamaño enorme». Desde noviembre de 1891 hasta fines de marzo de 1892 continuó con gran éxito excavando en Tell-el-Amarna el gran arqueólogo inglés William Flinders Petrie. Los archivos comenzaron a hablar y revelaron los más sugestivos detalles relativos a un período determinado de hacia mediados del segundo milenio antes de J. C.

No hubo mayores dificultades en descifrar las tablillas de Amarna, pues estaban escritas en caracteres cuneiformes, hacía mucho tiempo conocidos, y en idioma acadio (o sea babilónico), que era la lengua diplomática de la época en el Oriente Medio. Para los egiptólogos el hallazgo era tanto más sensacional por cuanto representaba el conjunto de la correspondencia extranjera de uno de los faraones más

interesantes que habían ocupado el trono de Egipto. Amarna era, en efecto, la residencia que hacia 1370-1350 antes de J. C. había hecho surgir del desierto Amenofis IV, soberano intelectual y soñador, que no veía, y lo que es más, no quería tener en cuenta las realidades políticas. Había imaginado la existencia de unas nuevas relaciones entre el hombre y la divinidad, había echado por la borda toda la cohorte de los antiguos dioses y colocado en su lugar a un dios único: el dios Sol. Después de renunciar a su nombre de Amenofis, por el de Echnaton que significa adorador de Aton, el dios del Sol, se había atraído la enemistad del clero conservador egipcio al intentar imponer sus propias creencias a todo el país. Como no podía menos de suceder, tal empeño provocó disturbios interiores y no sólo esto, sino que los pueblos turbulentos fronterizos intentaron aprovecharse de la situación política de Egipto, donde al parecer reinaba un faraón más preocupado por las reformas religiosas que por la defensa del país.

La reforma religiosa de Echnaton fue considerable, pero fracasó políticamente, y he aquí que los arqueólogos tuvieron la gran suerte de dar con la correspondencia de este «rey hereje», como se le llamó más tarde, y no fue esto sólo, sino que pudieron descifrarla inmediatamente.

Las cartas escritas en tablillas de arcilla eran el verdadero reflejo de la situación política de entonces en Egipto y en el Oriente Medio; pero, ¿qué representaban para los hititólogos?

Entre la numerosísima correspondencia de Amarna se hallaron también dos cartas dirigidas por soberanos hititas al faraón, y algunas contenían innumerables referencias a incursiones de bandas guerreras hititas en los confines de Siria. Además, otras cartas facilitan información sobre la actuación de los reyes de ciertos países, entre ellos el de Mitanni, cuyos nombres eran hasta entonces prácticamente desconocidos. Entre estas últimas las hay algunas indecentes que ciertos príncipes dirigieron al faraón, al que llamaban «hermano», para rogarle que les cediera alguna hija para su harén, pero el faraón esquivaba con altivez tales demandas, a pesar de que los príncipes estaban obligados a mandar a sus propias hijas al harén del faraón. Así, Tusrata, rey de Mitanni, escribía al faraón Amenofis II, precursor de Echnaton: «Eras muy amigo de mi padre. Ahora que nosotros también lo somos, nuestra amistad es diez veces mayor que la que unía a nuestros padres. Y ahora repito a mi hermano: que mi hermano sea conmigo diez veces más generoso de lo que fue con mi padre. Que mi hermano me envíe mucho oro, que me envíe grandes cantidades de oro. ¡Que me envíe todavía más oro que a mi padre!».

No se crea que se trata de una carta escogida especialmente, sino que es una carta típica, una de tantas de las halladas.

Naturalmente, no fueron estas cartas petitorias las que impulsaron las investigaciones hititológicas, aun cuando su importancia es considerable porque nos

permiten reconstruir la cronología de la historia en el Oriente Medio. Las más importantes para nosotros son las llamadas «cartas hititas», en una de las cuales un rey hitita, de nombre armonioso, Shubiluliumas, felicita a Echnaton, el rey hereje, en ocasión de su acceso al trono de los faraones. En su totalidad y por primera vez, las cartas de Amarna ponen de manifiesto, sin lugar a dudas, que el Imperio hitita era no solamente una gran potencia, sino que, contrariamente a lo que se había creído, sus habitantes no eran originarios del norte de Siria. Antes bien, pudo asegurarse ya que en una época dada, que no puede precisarse con exactitud, los hititas se habían establecido en Siria procedentes del Asia Menor. De modo que las cartas de Amarna aclararon dos misteriosos secretos.

Por una parte, la carta dirigida por Shubiluliumas al faraón Echnaton, personaje bien conocido, nos permite por vez primera intercalar exactamente a un rey hitita en un determinado período de la historia; y, por la otra, esta correspondencia corrobora lo que Sayce y Wright habían sostenido, o sea que los hititas procedían del Norte y constituían una gran potencia.

Fue una verdadera suerte para los orientistas que la mayoría de las cartas de Amarna pudieran ser descifradas inmediatamente, pero pronto se dieron cuenta de la importancia capital que para llegar a un conocimiento completo de la cuestión hitita debían de tener dos cartas que *nadie* era capaz de traducir. A estas cartas, escritas en caracteres cuneiformes legibles, pero en una lengua hasta entonces desconocida, se les dio el nombre de «cartas de Arzawa» por estar dirigidas a un rey, hasta entonces ignorado, de Arzawa.

Por diversas razones se suponía que Arzawa estaba situado en algún lugar de Anatolia meridional. Es muy posible que estas cartas hubieran quedado arrinconadas en los archivos de algún museo si el año 1893 el arqueólogo francés E. Chantre no hubiese descubierto en Bogazköy fragmentos de tablillas escritas en la misma lengua desconocida.

Estas famosas cartas hicieron surgir un nuevo y complicado problema. ¿Podía tratarse del idioma de un pueblo que hubiera dominado a la vez en el recodo del Halys y en la costa mediterránea del Asia Menor?

El enigma era tan apremiante que dos años más tarde un asiriólogo —por tradición familiar— puso todo su empeño en resolverlo y se salió con la suya, como tendremos ocasión de ver.

Pero antes de seguir adelante, séanos permitido dar un ejemplo de cómo se realizaban las excavaciones en aquellos tiempos en que, a falta de conocimientos precisos, los arqueólogos se dejaban guiar por el afán de los descubrimientos. Presentamos este ejemplo entre otros muchos que podríamos haber escogido.

Las primeras excavaciones en el país de los hititas se iniciaron a raíz de un pequeño viaje de los arqueólogos Otto Puchstein, Karl Humann y el doctor von

Luschan, los cuales, mientras cruzaban el sudoeste de Turquía, tuvieron noticias de que no muy lejos del lugar en donde se encontraban, en Sendjirli, estaba al descubierto toda una serie de relieves de un interés extraordinario.

A pesar de que el tiempo apremiaba, pues tenían que salir de Turquía dos días más tarde, se trasladaron inmediatamente a Sendjirli, en donde pudieron contemplar ocho ortostatos esculpidos en su misma situación y lugar primitivos. Pero su alegría duró bien poco, pues el verdadero descubridor no era otro que Hamdy-Bey, director general de los museos turcos y a la sazón el más reputado director de excavaciones en Turquía. A pesar de ello, saltaba a la vista que no se había hecho hasta entonces más que arañar el suelo, el cual seguramente ocultaría todavía innumerables vestigios de la pasada grandeza del país.

Cuatro años después, en 1888, Humann, con el apoyo de la Sociedad Oriental que se había constituido en Berlín mientras tanto, logró que la Dirección de los Museos Reales le enviara a Constantinopla, en donde solicitó una concesión para poder emprender nuevas investigaciones, y habiéndola obtenido, tras exponer sus propósitos, se puso a organizar una expedición.

Sólo elogios merece la actuación de Humann, por su cuidadosa preparación de las excavaciones en un lugar rico en promesas. Nadie ignora las pocas precauciones que había tomado el genial Schliemann cuando unos años antes había puesto al descubierto las ruinas de Troya; también sabemos que en otras excavaciones se andaba más a la caza de tesoros que a la búsqueda de material científico. En cambio, lo que Humann planeó y realizó fue una excelente expedición científica, no dejando nada al azar y cuidándose de las tiendas, de las camas de campaña, del material de cocina, sin olvidar a los vigilantes, picapedreros, carpinteros e incluso al herrero y a un cocinero, así como tampoco el material fotográfico necesario y, finalmente, las herramientas de toda clase. La Dirección de los Museos Reales de Berlín designó al doctor von Luschan para acompañarle y lo propio hizo el Instituto Arqueológico de Atenas en la persona de su amigo Franz Winter.

Karl Humann y Félix von Luschan formaron lo que se llama un buen equipo. El primero, que había nacido en Steele, Prusia Oriental, el año 1839, era ingeniero de ferrocarriles y había heredado el espíritu vivaz que caracteriza a los habitantes de su región natal en la Prusia renana. A la sazón ya era un hombre célebre y experimentado, y por razones de salud había tenido que trasladarse al sur de Europa en pos de un clima más benigno. Por igual motivo, cuarenta años más tarde, el famoso deportista lord Carnavon se instaló en Egipto, en donde junto con Cáster descubrió la tumba de Tutankhamen. En Samos despertó su vocación la casualidad, al confiársele algunos trabajos de cartografía, y de 1867 a 1873 dirigió con éxito la construcción de la red de comunicaciones en Asia Menor.

Jamás olvidaría la arqueología durante aquel período, y a él se deben el

descubrimiento y las excavaciones de Pérgamo. Iniciados los trabajos en 1878 quedaron totalmente terminados en 1836, y el resultado de estas actividades fue la reconstrucción en Berlín, en un museo edificado especialmente, del más bello altar que nos haya legado la Antigüedad. El museo, conocido por el Museo de Pérgamo, fue destruido durante la pasada guerra, pero parece que lograron salvarse los bajorrelieves.

Félix von Luschan pertenecía a otra nacionalidad alemana, pues había nacido en 1854 en Hellabrunn, cerca de Viena, y tenía también otra formación científica. Médico militar que había servido en los ejércitos imperiales, era muy aficionado a la arqueología. Estaba en condiciones de ser de gran utilidad en cualquier expedición y se complementaba admirablemente con Humann.

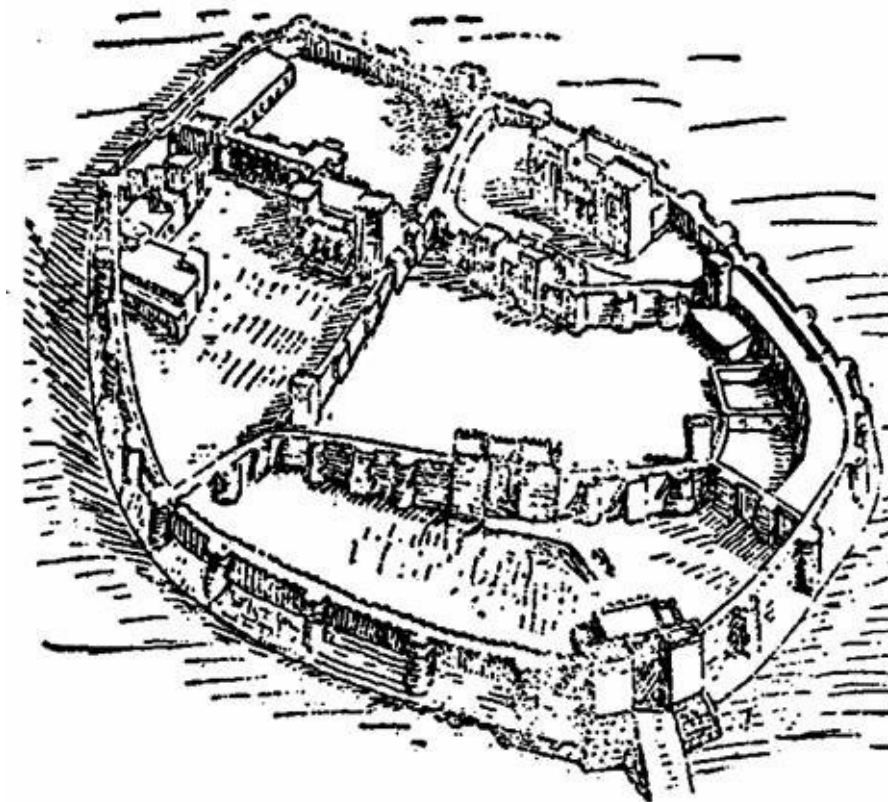
Los medios pecuniarios de la empresa eran reducidos, pero sin embargo importantes si se comparan con las subvenciones de que disponen los arqueólogos en la actualidad. En todo caso bastaban para asegurar una buena campaña durante tres o cuatro meses dando ocupación a unos cien trabajadores. No deja de ser curiosa la relación del material con que contaba la expedición: 20 zapapicos, 12 azadones (con 100 mangos de repuesto), 55 palas, 12 carretillas (el material más importante, junto con las canastas), 57 canastas, 2 tornos, 2 alzaprimas de hierro, 2 mazas, 3 cables, 1 juego de poleas, 1 vagoneta con ejes de acero, 1 forja de campaña y, además, las herramientas necesarias a los artesanos, amén de clavos, cuerdas, etcétera.

«Tenía lo suficiente —dice— para equipar a más de 170 obreros, sin contar que podía sustituir todo el material que se inutilizase»; pero no hace alusión a las comodidades de que disfrutaban los miembros de la expedición.

Todavía no había llegado la época en que las neveras y las duchas portátiles serían consideradas como indispensables para el buen funcionamiento de una expedición arqueológica.

Humann y sus compañeros salieron de Alejándrela el 5 de abril de 1888 por la antigua ruta que siguieran los cruzados, la misma ruta polvorienta que dos mil años antes Ciro el Joven y Alejandro el Magno habían recorrido a caballo. El camino era malo bajo la lluvia, y hasta las siete de la tarde no llegaron a Islahia, «más que pueblo, un nido sórdido e insalubre de unas cincuenta barracas».

En aquel lugar —no lo había mejor en muchas leguas a la redonda— residía un kaimakan, jefe de distrito turco, algo así como una especie de gobernador civil, y gracias a su intervención consiguió Humann madera para la construcción de barracas y pudo, además, contratar a otros dos carpinteros. El domingo 8 de abril prosiguieron, mejor dicho, el grueso de la comitiva se puso en marcha, pero cuando por la noche llegaron a Sendjirli, observó Humann con estupor que solamente eran trece.



Reconstrucción de la ciudad y de la ciudadela de Sendjirli, dispuesta de tal manera que sólo podía ser conquistada por secciones. El palacio real está situado en la parte más elevada.

El espectáculo que se ofreció ante sus ojos a la mañana siguiente le pareció de muy mal agüero. En la falda oeste de la colina oviforme, cuyas medidas resultaron ser más tarde 335 metros de largo por un ancho máximo de 240 metros, sucios cuchitriles sirven de morada a «kurdos y anzaries» de una asquerosidad repugnante. «La aldea es una verdadera cloaca», pues por entre las ochenta barracas de que se componía el poblado se escurría un arroyo encenagado. Cuando Humann quiso contemplar los ortostatos que hacía unos años había desenterrado Hamdy-Bey y que habían visto todavía Luschan y Puchstein, se encontró con la sorpresa de que casi todos habían sido recubiertos nuevamente.

Sin embargo, a partir del 9 de abril se pusieron a la obra, y como corriera pronto la voz de que con sólo hincar la azada entre los escombros de las ruinas podía ganarse muchísimo dinero, amén de una buena propina si se tropezaba con alguna piedra labrada, a mediodía se presentaron 34 obreros y al día siguiente ya eran 96; de modo que al terminar la primera jornada habían sido nuevamente despejados no solamente los ortostatos que descubriera Hamdy-Bey, sino también otros cuatro, que representaban a un guerrero armado con escudo, espada y lanza, una muchacha mirándose en el espejo y un caballo tirando de un carro de guerra; sin contar un ante patio y un portón con dos leones. Al día siguiente desenterraron 26 grandes bloques tallados, y las efigies de dioses, de los hombres y de los animales que campeaban por la superficie eran distintas de las que hasta entonces se conocían, aun cuando existía,

es cierto, alguna semejanza con determinadas esculturas halladas acá y allá en el espacio comprendido entre el Eufrates y el Halys. Pero en parte alguna se había encontrado una tal cantidad de piedras con inscripciones.

Humann escribía con emoción, como los demás directores de excavaciones, cuando de súbito el suelo libra un secreto: «Así terminó la primera semana y nos sentimos tan satisfechos y tan emocionados por tan ricos hallazgos, que olvidábamos que el viento del oeste desgarraba las tiendas, que llovía sobre nuestras camas, en las que dormíamos con el paraguas abierto y que en el interior de las tiendas chapoteábamos en el fango».

Se había puesto al descubierto una fortaleza cuyas dimensiones y ornamentación eran inusitadas. A Humann, que se había leído no solamente a Sayce y a Wright, sino también toda la literatura que había ido apareciendo en pro y en contra de las tesis de estos últimos, no le cabía ninguna duda de que estaba en presencia de vestigios hititas. Y lo mismo era válido para los encontrados fuera del perímetro defensivo. Un maestro de escuela armenio condujo a Luschan y a Winter hasta una aldea lejana en donde les mostró un bajorrelieve a todas luces hitita; una mujer sentada a la mesa, y un hombre de pie ante ella. También al norte de Sendjirli, a una hora de caballo, descubrieron otra inscripción hitita.

El misterio quedaba todavía en pie. En la colina abundaban sobre todo las matas de asfódelos salvajes —la flor del averno—, y si allí se había echado mano de símbolos, ¿qué significación podía tener esta preferencia?

«La expedición sólo puede ser considerada como un tanteo», escribía Humann el 4 de mayo de 1888 en su diario, y al propio tiempo comunicaba a Berlín: «Si por lo menos tengo la suerte de identificar las ruinas de un antiguo palacio, me consideraré como muy bien pagado, pues por esta vez habré conseguido todo lo humanamente posible, y ello me dará ánimos para emprender con nuevo aliento la próxima campaña».

No habían contado con el tiempo. Si primero hacía fresco y llovió, luego, hacia mediados de mayo, empezaron los fuertes calores con su séquito de serpientes, escorpiones, tarántulas y miríadas de mosquitos.

Pero de nuevo vino la suerte en su ayuda, dando otro gran impulso a las excavaciones. El 3 de mayo desenterraron, precisamente bajo unas matas de asfódelos, un león colosal que yacía inclinado a cinco metros de profundidad, con la cabeza dirigida hacia arriba.

Por más que Humann recorriera la colina en todos los sentidos, no acertaba a formarse una idea concreta y definitiva del conjunto que tenía ante sí, pues si encontraba un pilón de puerta, era inútil buscar el otro, que no existía, y lo mismo sucedía con las esculturas, que lógicamente debían de tener su pareja en alguna parte. Contrariamente a las normas arqueológicas, se trataba, pues, de objetos únicos.

Por inciertos y vagos que fuesen los resultados obtenidos, Humann debía de preocuparse del transporte de sus tesoros, en lo cual podía servirle de mucho la experiencia de sus predecesores. Si el peso fue siempre el mayor obstáculo para el traslado de los hallazgos procedentes de las excavaciones, en el caso presente las dificultades eran mucho más considerables, pues aquí —y esto era otra notable curiosidad— los artistas no habían labrado sus relieves en losas fácilmente transportables, sino en bloques colosales de un peso enorme.

Para obviar estos inconvenientes, durante la segunda semana de mayo hizo Humann cortar con cincel la parte posterior, de modo que la parte anterior esculpida tenía un espesor de quince centímetros, quedando así su peso reducido a 500 o a 800 kilogramos como máximo; pero entonces surgió otra dificultad. En efecto: los cherqueses (circasianos) de Marash y de los alrededores exigían el equivalente de noventa marcos por cada carretada, siendo así que el presupuesto de la expedición preveía solamente setenta y cinco marcos. Como hombre de experiencia que era, Humann no se amilanó por tan poca cosa, sino que despachó a Albistan, que distaba unas veinticinco horas, a un mensajero con instrucciones concretas y éste regresó al cabo de poco con los primeros diez carros, con cuyos conductores se ajustó un salario equivalente a sesenta y ocho marcos por cada viaje.

Pero el Oriente se venga. Por primera vez sufren miembros de la expedición ataques de paludismo. Cinco días más tarde el mismo Humann se vio aquejado de una afección pulmonar, y al día siguiente de una grave recaída recibió un telegrama de Hamdy-Bey (director de los museos turcos, el cual podía otorgar o denegar sin apelación los permisos para realizar excavaciones) invitándole muy amablemente a entrevistarse con él en Alejándrela el 7 de junio. A pesar de su enfermedad, el día 5 se puso en camino acompañado del doctor Luschan, y el 7 comunicaba el resultado de sus investigaciones a Hamdy-Bey, quien en tono muy correcto, pero al propio tiempo terminante, le rogó que se trasladara a Constantinopla a fin de dar cuenta de sus investigaciones. Todavía enfermo, Humann tomó el primer barco, y en Constantinopla consiguió obtener la autorización para enviar a Berlín veintitrés relieves, una estela y todos los demás objetos secundarios desenterrados. Luego regresó inmediatamente; el día 11 llegaba a Alejandreta y el 13 estaba en Sendjirli otra vez.

A todos los miembros europeos de la expedición se les había contagiado el paludismo, con la sola e importante excepción del doctor von Luschan, quien, por otra parte, no había permanecido inactivo durante su ausencia, pues, partiendo del Sur, había hecho despejar «aquella colina yerma cubierta de escombros calcinados». El trabajo había sido duro y de poco rendimiento. Hubo que esperar hasta fines de junio para que apareciese al descubierto la base de cuatro muros el inferior de los cuales tenía no menos de cuatro metros. Mientras tanto, el paludismo continuaba

frenando la marcha de los trabajos, con el consiguiente relajamiento de la disciplina. Durante la última semana de junio tan sólo sesenta obreros seguían trabajando. Humann les aumentó el sueldo en una piastra. Dos días después ya tenía otra vez doscientos uno obreros.

Los hallazgos se componían de objetos por demás diversos, de las más diversas procedencias; así, por ejemplo, hallose una moneda helénica al lado de una estela real asiría de 3,45 metros de altura; una figurilla hitita de bronce junto a una moneda de Constantino; una cabeza de elefante de origen o influencia helénica reposaba pegada a una inscripción hitita. Luego llegó un kurdo hablando en términos ditirámicos de ciertas «figuras parlantes», y condujo a Luschan y a Winter hasta a orillas del Oerdegöl, el «Lago de los patos», en donde encontraron una estela de 1,20 metros de altura, que representaba un banquete funerario típicamente hitita, con un texto además de nueve líneas escritas en lengua fenicia.

Todo hacía creer que la expedición pisaba un terreno cargado de historia en plural, pero que hasta entonces había sabido guardar muy bien su secreto.

El paludismo causaba mayores estragos cada día, hasta el punto que algunos artesanos hubieron de ser enviados a las montañas, mientras que los restantes se debilitaban por momentos. La temperatura atmosférica subió de un modo alarmante. «Nos hacemos la ilusión de que disfrutamos de una tarde fresca cuando el termómetro baja a 37 o 38 grados», escribe Humann; y fue en estas condiciones que tuvo que ser organizado el casi imposible transporte de los grandes bloques.

Las primeras carretas tiradas por bueyes se pusieron en movimiento el 13 de junio, pero durante el trayecto hacia Islahia, a unas dos horas de camino en condiciones normales, tres carretas se desplomaron. Por si no fuera bastante, un kamaikan adjunto, un kurdo presuntuoso, requisó las otras doce. La carta de Hamdy-Bey, que le mostró Humann, no le hizo el menor efecto y hubo que recurrir a las amenazas para poder seguir adelante.

Aquellos hombres, minados por el paludismo, ya no podían resistir más cuando, de repente, el 14, apareció con dos carros de caballos, y esta vez con pretensiones muy razonables, uno de los cherqueses que habían exigido antes un precio exorbitante por sus servicios. Otros cherqueses siguieron su ejemplo y pronto una larga columna de vehículos cargados con los pesados bloques avanzaban lentamente hacía Alejandreta. El 30 de junio se embarcaron las 82 cajas, nada menos que con sesenta toneladas de esculturas y cascotes de barro cocido, que para los entendidos era la prueba tangible de una antiquísima civilización curiosa y desconocida.

Uno de los guardias de la caravana sucumbió a la fiebre. El 23 por la mañana una columna compuesta de hombres y de animales se arrastraba hacia la costa por la carretera cubierta de polvo ardiente. Habían salido un lunes y a mediodía del miércoles descubrieron el mar a seis kilómetros de Alejandreta, cuando se hallaban

frente al cafetucho de un agencioso negro, cerca de un pozo de agua fresca.

¿Quién podía resistir, teniendo además en cuenta que el primer barco no zarparía hasta dentro de diez días?

Se capituló ante esos seis kilómetros, se desplegaron las tiendas y, como escribió Humann: «De cara al mar azul holgaron». «Se había llegado a la meta —continúa Humann—, con el descubrimiento a poca profundidad del edificio hitita que buscábamos, y en adelante podríamos arrostrar confiados una nueva campaña. Aquella colina ya no era un montón insondable de escombros, pues nos había revelado su secreto, que es precisamente de lo que se trataba». ¿Era justificado tanto optimismo o era el fruto de aquellas horas de reposo?

Digamos enseguida cuan exageradas eran las ilusiones que se forjaba Humann, no sólo por lo que se refiere al resultado de sus investigaciones, sino también en lo tocante a sus esperanzas para el futuro. Tan exageradas como las ilusiones de aquellos primeros excavadores que en Carquemis habían operado el año 1878 sin orden ni concierto. Su relevo por un equipo de especialistas tales como Ramsay, Hogarth, Lawrence o Wooley, permitió obtener resultados conformes a las normas científicas, pero todos los vestigios que se descubrieron del período más reciente de la cultura hitita (que se remontan al I milenio antes de J. C, y no al II) contribuyeron bien poco, a pesar de su innegable gran interés, a dilucidar si los hititas habían formado «un imperio» en el Próximo Oriente, que era, al fin y al cabo, lo que estaba en juego.

Parece mentira que una expedición tan bien dirigida, como lo había sido la de Humann, aportara datos tan insignificantes para el esclarecimiento de la cuestión, siendo así que otra, organizada pésimamente, veinte años después, tiene en su haber descubrimientos verdaderamente sensacionales, los cuales permitieron poner definitivamente en claro el papel que habían desempeñado los hititas en la historia del Próximo Oriente. Y, como si semejante anomalía fuese poco, he aquí que si la nueva expedición (dirigida por el doctor Hugo Winckler, un alemán) pudo ser llevada a cabo, se debió enteramente a la coyuntura política de aquellos momentos.

Antes que Winckler, uno de los mejores arqueólogos ingleses había solicitado del Gobierno turco el permiso para continuar las excavaciones en el paraje de Bogazköy descubierto por Texier. Pero por aquel entonces el sultán Abdul-Hamid II estaba en mejores relaciones con el armisonante káiser alemán Guillermo II que con Eduardo VII, rey de Inglaterra. Esta amistad, política, era en realidad de origen económico. Si se tiene en cuenta que en 1899 la «Deutsche Bank» había obtenido la concesión para construir el ferrocarril de Bagdad, uno de los mayores proyectos ferroviarios del mundo, ya sorprende menos que el alemán desbancará al inglés. El permiso autorizando las nuevas excavaciones en Bogazköy era, en suma, un gesto amistoso hacia el emperador alemán, que sentía una pasión por la arqueología y no desdeñaba

ocasión de subvencionar las excavaciones, y precisamente le fue servida en bandeja una oportunidad para poder figurar como mecenas sin que de momento le costara un solo marco.

No se crea que nos olvidamos de que estamos escribiendo la historia de una rama de la arqueología. Pero al hombre de ciencia alemán que partió de Berlín empeñado en resolver el problema hitita, los problemas económicos y políticos de entonces le preocuparían seguramente tan poco como a su colega inglés, de haber éste obtenido la concesión.

Sea como fuere, el caso es que una coyuntura política fortuita (que hemos podido reconstruir posteriormente, y de la que el propio investigador alemán no tuvo la menor idea) permitió dar el paso definitivo para el esclarecimiento del enigma hitita, cuya importancia iba sin cesar en aumento. El que esto sucediera, a pesar de los métodos tan deficientes a que se recurrió, debemos pasarlo en silencio ahora, porque los resultados obtenidos desde un principio fueron asombrosos.

Capítulo 3

Winckler investiga en Bogazköy

Hemos dicho que la cuestión hitita cobraba cada vez mayor importancia. Ahora que se conocen ya todos los datos que hicieron posible la solución del problema, resultaría cómodo hacer resaltar los tanteos y los errores en que incurrieron los primeros investigadores, los cuales, no debemos olvidarlo, partieron prácticamente de cero.

Para dar una idea de cuál era la verdadera situación hacia el año 1907, vamos a transcribir un fragmento del artículo que Hugo Winckler —al cual se deberían los entonces inminentes grandes descubrimientos— publicó en el fascículo núm. 35 de «Las Comunicaciones de la Sociedad Oriental Alemana»:

«Al lado de los monumentos auténticos de la civilización hitita en el Asia Menor, se han descubierto, mientras tanto, varios objetos que demuestran la gran influencia que sobre todos aquellos pueblos ejerció Babilonia. Fue una casualidad que casi simultáneamente al descubrimiento de los archivos de Tell-el-Amarna se exhumaran también planchas de arcilla con inscripciones cuneiformes en un lugar del Asia Menor, en la colina de Kultepe, en la proximidad de la aldea de Karaujuk, a unas tres horas de camino de Kaysariye. Estos textos, sin gran importancia y de difícil lectura además, demostraron, sin embargo, la influencia que sobre el Asia Menor ejercieron los países que empleaban la escritura cuneiforme; en este aspecto resultó ser un hallazgo interesantísimo, por cuanto venía a completar las escasas cartas encontradas en Tell-el-Amarna dirigidas a los faraones por los soberanos del Asia Menor, entre las cuales existían unos fragmentos de una carta de Shubiluliuma, rey de Chatti, y otras dos más que en lugar de esclarecer el problema planteaban otros. Una de ellas era una carta dirigida por Amenofis III al rey Tharchundaraus, de Arzawa, país que según toda probabilidad debió de existir en alguna parte del Asia Menor, sin que se sepa exactamente dónde. En otra se cita a un príncipe llamado Lapawa, cuyo reino, según se indica en otro lugar, lindaba al norte con el de Jerusalén, o sea, más o menos, por la región del Carmelo. Era inexplicable la relación que podía existir entre estos hechos y el empleo en Palestina, precisamente en el lugar en donde luego se erigió el reino de Israel (Samaría), de una lengua que era evidentemente la del país de Arzawa».

Al lector avisado no le habrá pasado inadvertido que aun cuando presentado en lenguaje florido de especialista, en el fondo se trata del mismo problema que hemos expuesto brevemente en el capítulo precedente al hablar de las cartas de Arzawa.

Y ahora, anticipando los acontecimientos, cosa que a los arqueólogos de entonces no les era posible, nos preguntamos nosotros: ¿Es posible que las cartas de Arzawa

estuvieran escritas en lengua *hitita*? Dejaremos la palabra a los mismos arqueólogos para que sean ellos quienes nos resuelvan el enigma.

La primera expedición de Winckler hubiera debido inspirarse en las organizadas por sus ilustres predecesores. Pocos años antes, Arthur Evans había empezado las excavaciones en el palacio de Cnosos en la isla de Creta, y Robert Koldewey las había iniciado en Babilonia. Ambas expediciones eran excelentemente dirigidas.

Puede que deba atribuirse al carácter mismo de Winckler si carecía de fulgor la estrella que presidió el inicio de la expedición. Winckler, que había venido al mundo en 1865 en Gröfenheinishen, Sajonia, era ya un arqueólogo eminente cuando partió para Anatolia; incluso había efectuado excavaciones en Sidón allá por los años 1903 y 1904, pero causaba una mala impresión en cuantos le rodeaban. He aquí cómo nos lo describe Ludwig Curtius, que un año más tarde pasó a ser su ayudante: «Me había ilusionado siempre el poder colaborar con un orientalista, al que únicamente podía representarme como a una personalidad distinguida y acostumbrada a los viajes; juzguen, pues, cuál no sería mi sorpresa al encontrarme en Constantinopla en presencia de un hombre desaliñado y sin personalidad, de barba castaña poco cuidada y en camisa de manga corta sujeta por un cordón de seda encarnada. En una palabra, con sus maneras de burgués medio, que desentonaban desagradablemente en aquel ambiente oriental, en nada se parecía Winckler al hombre de mundo que yo había soñado».

Y como si ello aún fuera poco, podía clasificársele entre los que tienen la mala suerte de poseer pocos amigos y la de granjearse por contra muchos enemigos, y era envidioso hasta el extremo de los que tenían más suerte que él, e intolerante con los arqueólogos que discrepaban de sus teorías. Había ideado una concepción panbabilónica del mundo, según la cual Babilonia sería el origen de todo cuanto en el mundo represente algún valor, y abominaba de los humanistas que profesaban el origen grecorromano de la civilización occidental.

Por otra parte, aunque sorprenda en un orientalista entusiasta, era antisemita. Es posible que su carácter insoportable, sus cambios bruscos de humor y sus numerosas inconsecuencias deban atribuirse a la larga y penosa enfermedad que le aquejó desde el año 1913. A pesar de su odio al judaísmo, vemos que sus primeras expediciones fueron sufragadas por banqueros judíos, y en lugar de traducir en teorías de la raza sus profundas convicciones, suya es precisamente esta frase que los antisemitas y los racistas con botas no hubieran debido olvidar nunca: «Los pueblos civilizados jamás pertenecen exclusivamente a una raza pura, sino que su cultura es siempre fruto del cruzamiento de varias razas más o menos diversas».

Hugo Winckler inició los preparativos para la expedición, o sea, se preparó para reconocer el terreno.

Facilitó el dinero un alumno suyo, el barón Wilhelm von Landau, que había

subvencionado ya las excavaciones de Sidón; Theodor Macridy-Bey, que también había estado en Sidón y ocupaba un cargo en el Museo Otomano de Constantinopla, era el colega, el colaborador y el adjunto de Winckler, responsable y director oficial de la expedición todo de una pieza y formaba su contrapartida oriental, Ludwig Curtius, el cual a lo largo de las quinientas páginas de sus Memorias, *Los alemanes y el Mundo Antiguo*, apenas se permitió jamás la menor alusión que pudiera resultar desagradable para nadie, describe así a este hombre «de ojos negros insondables, en un rostro bien afeitado y en el que la malaria dejó sus huellas»:

«Macridy-Bey era una curiosa mezcla de diletante erudito a medias y de entusiasta apasionado, de funcionario adicto a su jefe Halil-Bey y de estraperlista, de explorador infatigable, que podía transformarse repentinamente en un sibarita indiferente, hoy amable y cortés, y mañana un cínico intrigante... A veces me recuerda al Yago de Otel».

Aun cuando Winckler y sus colaboradores eran duchos en la materia, pusieron manos a la obra con una inconsciencia de cazadores domingueros. Tomaron el tren hasta Angora, donde pensaban comprar rápidamente el material indispensable para iniciar los trabajos. Aparte de que en Oriente no puede adquirirse nada cuando se tiene prisa, Angora era entonces todavía un lugarejo en medio de la estepa, una aglomeración de cabañas de barro alrededor de la antigua ciudadela. La ciudad actual, que ha sido una creación del dictador Kemal Atatürk, con sus 287.000 habitantes, sus grandes avenidas, los Bancos y su lago artificial, se llama Ankara y es la capital de la Turquía moderna. Las compras duraron tres días, y Winckler, de carácter poco acomodaticio, sufría mientras tanto lo indecible, y tanto regateo le volvía loco. A falta de un buen caballo, tuvieron que contentarse con vulgares jamelgos. «Y para cabalgar tuvimos que recurrir a unos instrumentos diabólicos que todavía se emplean en Oriente, pero que en Europa podrían con razón figurar en una cámara de tortura».

La temporada estaba ya demasiado avanzada cuando, por fin, se pusieron en marcha el 14 de octubre. Winckler, el orientalista, renegaba de Oriente; sudando de día y tiritando de noche, tomaba de mala gana nota de cosas secundarias y no vacilaba en criticarlo todo.

El viaje duró cinco días.

De noche se echaban al lado de las hogueras, bajo las estrellas, o se acogían a un «musafiroda», alojamientos que están a la disposición de los viajeros, incluso en las localidades menos importantes; todos los vecinos deben albergar por turno a los viajeros durante 24 horas. Winckler prefería esta hospitalidad a la de los «chan», los viejos caravanserrallos del desierto, porque en éstos encontraba demasiados *tacbt-bití* (bichos). Para evitar estos vecinos nocturnos, cuando era huésped de los campesinos, muchas veces tenía que compartir el lecho con el ganado.

«Por otra parte —observa— los animales pueden soportarse muy bien; su compañía me es menos desagradable que la de los habitantes del lugar, que hacían ostentación de una impertinente familiaridad semejante sólo a la que había observado en los cristianos sirios».

Pero en Bogazköy la cosa cambia. Al parecer nada había variado desde el paso de Texier setenta y un años antes; sin embargo, en los últimos veinte años aparecieron de vez en cuando extranjeros curiosos que nada más llegar y con precipitación sospechosa, solicitaban información sobre las viejas murallas de la colina. Todos se habían hospedado en casa del terrateniente Zia-Bey, que poseía propiedades inmensas, pero como pertenecía a la nobleza selyúcida, odiada por el sultán Abdul-Hamid, soberano taciturno y receloso, le estaba prohibido transponer los límites de la provincia. Se había convertido en una mezcla de campesino y de aristócrata, y montaba los mejores caballos, seguido siempre de su siervo Ismaíl enfundado en magnífica librea. En cuanto a él, vestía como los mismos campesinos: camisa sin cuello y sandalias en lugar de botas. Fue él precisamente quien despertó la curiosidad de Macridy-Bey y por consiguiente también la de Winckler al enviar a Constantinopla las planchas de barro cocido encontradas por uno de sus siervos.

Zia Bey les recibió con los brazos abiertos y en su calidad de huéspedes de honor tuvieron derecho a sus colchones de seda. De aquella noche cuenta Winckler que Macridy-Bey dio la alarma el primero al abandonar precipitadamente el lecho para rascarse; luego Winckler exigió otro alojamiento. La servidumbre hacía tiempo que no se divertía tanto como ante el espectáculo de aquellos dos extranjeros, a los que asustaba la presencia de un par de bichos. Las nuevas yacijas no estaban menos infestadas que las primeras.

Por fin, el 19 de octubre empezaron los trabajos. Winckler y Macridy examinaron las ruinas, siguiendo en ello las huellas de Texier, y de los que le sucedieron; pero esta vez ya no se iba a ciegas, sino que se perseguía un objeto determinado, el cual no era otro que el de dar con el lugar de donde procedían aquellas tablillas cubiertas de pictogramas misteriosos.

Cuando los habitantes de Bogazköy se dan cuenta de lo que aquellos extranjeros buscan, les traen espontáneamente fragmentos de tablillas que para ellos carecen de valor, hasta el punto de que les arrojan algún trozo a sus ovejas cuando intentan alejarse de las murallas a cuya sombra pacen. Así se explica su abundancia. Winckler y Macridy no se concedían un minuto de reposo, dando vueltas sin cesar de un lado a otro, para llegar finalmente a la conclusión de que alguien les había tomado la delantera en el lugar donde, al decir de los indígenas, se habían encontrado las planchas más grandes.

«No nos desesperamos por esto», anota Winckler en contra de lo que de él podía esperarse. En realidad no se trataba de una mejoría en su carácter, sino de que las

investigaciones se habían llevado a cabo en aquel paraje de un modo muy superficial y sin plan alguno, por cuya causa, seguramente, el desaliento había hecho pronto presa del predecesor. Esto es, claro está, un motivo de satisfacción para Winckler, el cual presiente que está en vísperas de hacer descubrimientos sensacionales. Cuando al cabo de tres días de intensa actividad tuvo que interrumpirse la búsqueda —por haberles sorprendido las primeras lluvias de la estación, que hubieran transformado pronto el llano en un mar de fango— no se van con las manos vacías, sino que se llevan, cuidadosamente embalados, nada menos que 34 fragmentos de tablillas hititas, o sea un enorme botín, si se tiene en cuenta que un arqueólogo experimentado considera una sola tablilla como un hallazgo muy apreciable. Winckler pensaba, y con razón, que aquel sitio ocultaba todavía otros muchos tesoros en su seno. Al describirnos su paso por el albergue de Nefeskoy, durante el viaje de regreso, parece transfigurado. «Aquella noche —nos lo dice él mismo— no pude conciliar el sueño», y él, que generalmente permanecía insensible ante la belleza agreste del paisaje anatólico, soñaba despierto, a la puerta de la posada, contemplando las estrellas y reflexionando en lo que le reservaba el futuro.

Al cabo de un año escaso hizo Winckler un descubrimiento que nadie hubiera creído posible.

La expedición de 1906 fue costeadada por la Sociedad del Asia Anterior y por la Sociedad Oriental, de Berlín, y además con aportaciones privadas de algunos mecenas. El 17 de julio de 1906 se presentaban nuevamente a caballo ante la residencia de su viejo amigo Zia-Bey.

«Nuestras relaciones con el Bey han sido muy cordiales; nos ha importunado repetidas veces con sus solicitudes, que iban desde una botella de coñac hasta cantidades de dinero bastante considerables cuando se encontraba momentáneamente sin numerario. Él, a su manera, nos prestó también buenos servicios, entre otros cuando le bastó elevar la voz para reprimir un motín de nuestros obreros. Los orientales son muy sensibles a las pruebas de amistad».

Sobre la colina de Buyukkale montaron la tienda que iba a servirles de cuartel general de la expedición. Winckler, enfermo y achacoso, soportaba mal el calor y la comida que le preparaba su cocinero búlgaro, al cual había tomado a su servicio porque hablaba un poco el alemán. Doblado materialmente bajo la enramada, con el sombrero y los guantes puestos, y un pañuelo protegiéndole el cuello, Winckler iba copiando, entre lamentos, las inscripciones de las tablillas que le llegaban sin cesar.

Fue una gran suerte que Winckler estuviera en condiciones de sacar partido allí mismo de sus descubrimientos. En primer lugar es raro el caso que los que dirigen las excavaciones sean al propio tiempo filólogos y, por otra parte, en Bogazköy sucedió, por primera vez en los anales de la arqueología, que los archivos de un pueblo que haría unos pocos años, era todavía prácticamente desconocido —por lo menos en lo

esencial— *podieron ser descifrados inmediatamente.*

Esto fue posible porque los hititas en Bogazköy habían escrito algunos de sus documentos y cartas importantes en lengua acadia, la lengua diplomática oriental de entonces (conocida hacía tiempo de los arqueólogos) y habían, además, utilizado para ello los caracteres cuneiformes babilónico-asirios, también de uso general, y que no tenían secretos para los filólogos.

Un día recibió en su refugio una de estas tablillas, y cuando la hubo descifrado, la pluma de este hombre enfermo y amargado ya no parece la misma y no vacila en dar rienda suelta a su emoción. Para dar una idea de la inscripción que había sido capaz de transfigurar a un hombre del temple de Winckler, debemos tener presente que entre los monumentos y documentos que antes de las excavaciones sistemáticas habían revelado la existencia de un pueblo «Hatti» (o Cheta), figuraban también jeroglíficos egipcios, así por ejemplo la inscripción del templo de Karnak relativa a un convenio celebrado entre el gran Ramsés y el rey de Hatti, Hattusil III (entonces se leía Chetasar y Winckler escribe Chattusíl). Al igual que ahora, en la antigüedad era también costumbre hacer varias copias de los tratados, copias que casi siempre se redactaban en los idiomas de los países firmantes. Pero hubiera sido mucho suponer que al cabo de más de 3.100 años podría hallarse una extensa carta relativa precisamente al tratado en cuestión, no grabada en la piedra de un monumento, como en Egipto, sino sobre frágiles tablillas de barro en el país del otro firmante, a más de dos mil kilómetros de distancia de Karnak.

Y, sin embargo, esto es lo que sucedió.

Este hallazgo es uno de los descubrimientos arqueológicos que hacen historia y rayan en lo maravilloso, como el de Troya, realizado por Schliemann, basándose en las tradiciones homéricas, y el de la estatua de Nemrod por Layard; pero recuerda, sobre todo, por su inverosimilitud, el triunfo extraordinario de George Smith, el cual en 1873 había abandonado Londres en dirección a Nínive, para ver de dar con el paradero de unas cuantas tablillas que le faltaban para completar el texto de la famosa epopeya de Gilgamesh; ¡y lo más sorprendente del caso es que las halló! Así se comprende que Winckler, el sabio austero y de salud delicada, diera de repente rienda suelta a su entusiasmo en su diario:

«El 20 de agosto, al cabo de veinte días de trabajo, la brecha abierta en la rocalla de la colina alcanzó la base de la primera muralla de circunvalación, en donde empezamos por encontrar, hallazgo henchido de promesas, una tablilla muy bien conservada. Sólo al verla caí en la cuenta enseguida de que era preciso hacer tabla rasa de todas mis experiencias pasadas. Lo que tenía ante mí, en efecto, sobrepasaba cuanto mi imaginación desbocada hubiera podido concebir. Lo que tenía ante mí era nada menos que la carta de Ramsés a Hattusil a propósito del pacto entre ambos soberanos. Ciertamente que en los días precedentes habíamos hallado pequeños fragmentos

relativos al tratado entre Egipto y el reino de Hatti, pero esta tableta constituía la prueba irrefutable de que el famoso convenio, mencionado en las inscripciones jeroglíficas de Karnak era considerado, por el otro firmante, como un hecho muy importante. Ramsés, cuyo nombre se menciona en el texto, enumerándose, además, sus títulos y su linaje, escribe a Hattusil, al que cita de este mismo modo, y esta carta concuerda textualmente con los párrafos del tratado.

»La contemplación de aquel documento único me sumió en una gran agitación. Habían transcurrido dieciocho años desde que contemplara por vez primera las cartas de Arzawa en el Museo de Bulaq y desde entonces había aprendido la lengua mitanni en Berlín. Yo ya había supuesto en aquella época, basándome en los hechos revelados por el descubrimiento de los archivos de Tell-el-Amarna, que también la versión original del tratado con Ramsés estaría escrita en caracteres cuneiformes, pero ahora tenía verdaderamente en mi poder uno de los instrumentos del tratado, en bellos caracteres cuneiformes y en buen lenguaje babilónico».

Los progresos realizados eran tan considerables que ya podía pensarse en otra campaña de excavaciones, de mayor alcance y mejor preparada para el año siguiente, pues para entonces —1906— estaba Winckler persuadido de que no había encontrado una cualquiera de las ciudades hititas, sino que pisaba precisamente el lugar donde había existido la misma *capital* del Imperio de Hattii.

La abundancia de las tablillas encontradas ya no permitía ponerlo en duda, amén de que era normal que los archivos del Estado se guardasen en la residencia real, que generalmente no era otra que la capital del Estado.

Faltaba tan sólo averiguar el nombre de aquella ciudad. Es notorio que los imperios orientales de la antigüedad solían tomar el nombre de sus capitales, o viceversa, y esto indujo a Winckler a suponer que también en este caso el nombre de Chatti ostentado por el Imperio bien podría ser el de la ciudad de Chatti.

Winckler había acertado.

Si hoy denominamos Hattusa a esta ciudad que durante un corto período fue la igual de Babilonia y Tebas, es debido a una nueva vocalización que tiene su origen en los progresos realizados por la filología antigua.

Con los mismos azadonazos había Winckler verdaderamente puesto al descubierto el corazón y el cerebro del Imperio. En estas líneas escritas en 1907 exterioriza así su opinión: «... estos archivos que acabamos de descubrir ocuparán durante años a los descifradores».

Al año siguiente fue continuando su tarea, en circunstancias poco agradables, pero con éxito creciente. No se había equivocado en sus pronósticos, pues *todavía hoy* continúan con éxito las excavaciones en Bogazköy.

No es de extrañar, pues, que Winckler se considerase íntimamente ligado a Bogazköy. Sin embargo, en el siglo xx ya no basta el entusiasmo para llevar a cabo

las investigaciones arqueológicas. Pasaron, en efecto, los tiempos de las grandes aventuras arqueológicas como cuando, en 1845, Layard, que sólo disponía de 60 libras esterlinas, descubría Nínive, o cuando Belzoni, a partir de 1817, forzaba con arietes las puertas de las tumbas reales. Todo esto pertenece ya a la Historia, y Winckler no podía ignorar que precisaba mucho dinero si quería seguir adelante en el camino emprendido. Acuciado por la necesidad, este panbabilónico convencido tuvo que solicitar ayuda a sus colegas de la Facultad Clásica, que no eran santos de su devoción. El a la sazón director del Instituto Arqueológico Alemán, de Berlín, Otto Puchstein, todo un caballero, hombre de mundo y sabio eminente entre los arqueólogos alemanes, era la antítesis de Winckler. Parece, además, no haberle faltado el sentido de la ironía, pues al enterarse de los proyectos de Winckler empezó lamentándose de que el Instituto por él dirigido no estuviera en situación de secundar económicamente una expedición semejante, cuya gran importancia no dejaba de reconocer, para acabar ofreciéndose a ponerle en relación con un mecenas bien dispuesto, pero a condición de que con éste discutiera Winckler la cuestión económica.

La memorable entrevista tuvo lugar enseguida y de este modo puso el azar frente a frente, por un lado, al fanático antisemita Winckler y por el otro al banquero judío James Simón. De nuevo gracias a Ludwig Curtius sabemos del desarrollo de la entrevista, aun cuando no estuviera presente en ella ni mencione sus fuentes de información.

«James Simón le preguntó cuánto dinero le era necesario para continuar la empresa, y habiéndole contestado Winckler que 30.000 marcos, sacó aquél el talonario de cheques del bolsillo y le extendió uno por tal importe y se lo entregó sonriendo. Puchstein recibió, por su participación en la expedición, igual cantidad procedente de los fondos especiales del Káiser».

Como contrapartida de la ayuda económica que aportaba, así como también en el interés superior de la arqueología, Puchstein había exigido, con razón, que los trabajos a realizar en Bogazköy se extendieran también al estudio de la arquitectura hitita, lo cual no dejaba de ser muy lógico.

Desde los tiempos de Texier se sabía que Bogazköy era una ciudad con restos de un templo y con las ruinas de una ciudadela. Nadie ponía en duda cuan importante era continuar el examen de las inscripciones, pero no lo era menos el estudio de los monumentos para los que no eran tan fanáticos como Winckler por la epigrafía. Winckler aceptó las proposiciones de Puchstein, pero las consecuencias de tal acuerdo fueron francamente desastrosas.

Igual que las expediciones precedentes, también la del año 1907 partió de la residencia, o *konak*, de Zia Bey, no sin antes haber asistido a un banquete en su honor en el *selamlık*, o sala de fiestas, cuyas paredes estaban adornadas con colgaduras de

seda.

Los arqueólogos tomaron asiento sobre tapices preciosos, entre el dueño de la casa y, como único invitado turco, el imán, sacerdote y juez musulmán. Penetraron en la estancia unos muchachos que les lavaron las manos y les cubrieron de perfumes. Para empezar les sirvieron golosinas y limonada, y luego los criados introdujeron en el comedor una magnífica mesa de cobre de dos metros de largo, cubierta de manjares exquisitos. El joven Curtius, que esta vez asiste al ágape, anota sagazmente: «... decoraban la plancha de la mesa versículos del Corán escritos en caracteres cúficos del siglo xv».

Los invitados entraron en el comedor, se sentaron en los taburetes, cogieron las cucharas (pues no había ni cuchillos ni tenedores) y acometieron el primer plato: una sopa de miel. Dejemos nuevamente la palabra a Curtius: «Nos asustó la magnitud del menú, pues la cortesía oriental exige que los huéspedes se atraquen de comida, sin que la molestia ni el dolor de barriga puedan servir de pretexto para excusarse. Para colmo, el propio Bey hacía el reparto. Aun cuando para empezar encontrásemos sabrosos todos los manjares, a la larga nos ocasionaban muchas molestias un tal abuso de grasa, la mezcla de condimentos tan diferentes y para nosotros desconocidos, así como la gran cantidad de comida que se iba amontonando en nuestros platos, aparte de lo desagradable de comer con los dedos, como era todavía costumbre en la mesa de Luis XIV, en Versalles. Para terminar, el último plato en forma de un carnero enorme, entero, de la raza de cola larga que se cría en aquella región. ¡Cómo describir mi espanto al ver que el Bey, con la mano derecha, arrancaba de la parte posterior un gran trozo de grasa y me lo ofrecía en prueba especial de amistad!

»El cocinero, de pie al lado del Bey, debía probar de todos los bocados, para quitarnos de la cabeza el temor de ser envenenados. Durante la comida aguardaban en silencio detrás de la silla del Bey, y junto a los guardas, en actitud humilde y servil, un grupo de unos doce hombres, parientes masculinos del Bey y los ayudantes del imán. También son invitados, pero de segunda categoría, y se les sirve después que a nosotros. Los postres consisten en unos pasteles exquisitos, y una vez terminada la comida pasan los criados con unas jofainas y jarras de pico y una toalla para lavar las manos de los invitados. Nos pusimos en pie, levantaron la magnífica mesa...» y el joven y perspicaz Curtius añade: «... y aproveché la ocasión para examinarla de más cerca».

Fue una recepción digna de Gargantúa, pero veamos ahora los resultados de una expedición que había sido objeto de una acogida semejante. Para no desnaturalizar los hechos, vamos a ceder nuevamente la palabra a Curtius, que es un testigo presencial de calidad, modesto y reservado; verdadero prototipo del arqueólogo «clásico», el cual durante unos meses todavía será el colaborador de Winckler.

He aquí lo que nos cuenta:

«Winckler no tomaba la menor parte en las excavaciones, sino que permanecía todo el día en su despacho, en donde, para hacerse una idea general del contenido de las tablillas cuneiformes que cada día afluían en mayores cantidades, las leía rápidamente, Macridy no se creyó obligado a informarnos sobre el origen de las tablillas, ni de cómo se las procuraban. Su hombre de confianza, que hacía las veces de capataz, era un hermoso joven muy alto, llamado Hassan, que vestía el traje nacional kurdo. Una mañana me sorprendió verle pasar por delante de nuestra casa, construida en la ladera de la colina, en donde se realizaban las excavaciones, y dirigirse con un gran cesto y un pico hacia las ruinas del gran templo situado en la llanura. Le seguí los pasos para ver lo que haría allí.

»En la sala II distinguí unos montones de tablillas muy bien conservadas, apiladas oblicuamente las unas sobre las otras, y vi cómo el kurdo, en un santiamén, metía en la cesta todas las que podía, igual que un campesino ensaca las patatas que recoge. Con esta preciosa carga regresó a nuestra casa y entregó la cosecha a Macridy-Bey, el cual a su vez la pasó triunfalmente a Winckler.

»Me dio mucha pena ver cómo confiaban a un ignorante kurdo las excavaciones en aquel lugar importantísimo, pero Macridy no me hizo el menor caso cuando le rogué que se me permitiera ayudar al kurdo en sus correrías, fotografiar el lugar y examinar los yacimientos de tablillas, alegando que, según el contrato, yo no tenía nada que hacer allí. Él mismo se encargaría de describir la exhumación de las tablillas, pero jamás lo hizo.

»Pero recuerdo perfectamente que la disposición de las tablillas, cuidadosamente ordenadas en pilas, contradice la teoría de Puchstein, según la cual debieron de encontrarse primitivamente en los archivos situados en la parte superior del edificio, que se vino abajo como consecuencia de un incendio. Macridy sólo me autorizó entonces a examinar los objetos que recogía Hassan, en busca de eventuales trozos de jarros que pudieran encontrarse con las tablillas. Pero precisamente no pude encontrar fragmento alguno, lo que también desmiente aquella teoría».

Una tal manera de conducir las excavaciones era contraria a los más elementales principios de la arqueología. Winckler y Macridy se portaron en esta ocasión como unos palurdos, igual que Schliemann en las primeras excavaciones de Troya, pero éste al menos tenía a su lado un Dórfeld para vigilarle. En cambio, Curtius sólo podía sentirse aterrado por lo que presenciaba, pues era demasiado joven para poder elevar la voz, y tenía que contemplar impotente, sin poder intervenir, cómo se amontonaban a granel, hallazgos importantísimos sin que nadie se preocupara de buscar la relación que podría existir entre ellos y el lugar en donde se encontraron, ni se encargara nadie de anotar a qué profundidades yacían; y como si esto aún fuera poco, nadie hubiera sido capaz de decir, ante aquellos montones caóticos de tablillas,

cuáles eran las que procedían de la ciudadela y cuáles del templo. Es casi seguro, además, que los obreros inexpertos llegaron a separar los trozos que formaban parte de una misma tablilla o de un mismo conjunto.

Y, sin embargo, el lugar era tan rico, y a pesar de tanto desacierto eran los hallazgos tan abundantes, que todo el mundo se entusiasmaba. Winckler y sus colaboradores hallaron en total unas diez mil tablillas por lo menos, algunas de las cuales muy bien conservadas, lo que significa el conjunto más importante después del descubrimiento de la biblioteca del rey Assurbanipal, de Nínive, y del archivo de Tell-el-Amarna.

También para los arqueólogos encargados del estudio de los monumentos fueron bastante satisfactorios los resultados obtenidos. Por primera vez, a la vista de las efigies de reyes, esfinges y leones, y ante aquellas murallas largas de varios kilómetros alrededor de la ciudad, pudieron ya formarse una idea aproximada de la potencia hitita; por primera vez reconocieron también los elementos estilísticos autóctonos «originales y salvajes».

«Esta arquitectura, que en Bogazköy tiende a lo grandioso, denota al propio tiempo cierta riqueza de invención unida a una ejecución poco hábil y algo bárbara, y hace pensar continuamente en la cultura griega de Micenas...».

Esta comparación, sorprendente y atrevida, desencadenó las más vivas protestas de todos aquellos que aún no habían visto los monumentos hititas, de los cuales tan sólo empezaba a hablarse, y precisamente en una época en que las ruinas micénicas, poco ha descubiertas, eran consideradas como los únicos restos monumentales de la protohistoria europea.

Cuando, desde lo más alto de las murallas coronadas de torres albarranas, los arqueólogos descubren al pie de la escarpa empedrada una especie de poterna, un túnel de sesenta metros de longitud que une el casco de la población con el exterior, y cuando después de haber intentado deslizarse por él a rastras, hubieron hecho despejar el fango y los escombros acumulados por los siglos y que cerraban el paso, cuando finalmente pudieron franquear el túnel, fue tan grande su emoción, que Curtius, casi cincuenta años más tarde, al evocar aquel momento exclama:

«... una vez descombrado, celebramos, por decirlo así, la segunda inauguración del túnel, que atravesamos erguidos y en actitud solemne, los primeros después de tal vez tres mil años, no para glorificarnos a nosotros mismos, sino antes bien en honor del arquitecto anónimo que había proyectado aquel grandioso monumento».

El año 1907 publicó Winckler su Información Preliminar, en la que daba cuenta de los resultados de las excavaciones y de los primeros descifres de las tablillas, con la primera lista, todavía incompleta, naturalmente, de los reyes hititas del período comprendido entre los años 1350-1210 antes de J. C, o sea desde Shubiluliuma hasta Arnuwanda IV. También indicaba una pronunciación de los nombres de los reyes

hititas argumentando, en favor de su interpretación, en contra de la de los egiptólogos; que se basaban en simples suposiciones. Citemos como ejemplo que Sapalulu se convirtió en Shubiluliuma, y Maurasar en Mursil.

«Este modesto fascículo —escribía mucho más tarde un especialista— deberá ser considerado siempre como un de las obras más importantes en la investigación histórica del Antiguo Oriente».

El mismo año 1907 viajaba por Siria y Anatolia un joven arqueólogo inglés, de 31 años, John Garstang, el cual realizó algunas excavaciones en Sajke-gözü y tuvo gran interés en visitar a Winckler en Bogazköy. Tres años más tarde publicó en Londres el libro *The Land of the Hittites*, una reseña de las últimas excavaciones y descubrimientos en Asia Menor, con la descripción de los monumentos hititas, completada con mapas y planos, noventa y nueve fotografías y una bibliografía. Después de los tratados hipotéticos de Wright y Sayce, esta obra de 400 páginas, tan bien documentada, constituye la primera tentativa verdaderamente seria para ofrecernos una idea de conjunto de la civilización hitita.

Este libro ha sido considerado durante muchos años como la biblia de la hititología, cosa que no debe sorprender si se tiene en cuenta el número reducido de textos descifrables redactados en lengua acadia y los escritos en caracteres cuneiformes asirio-babilónicos, y que los arqueólogos, en el estado de las investigaciones de entonces, podían ir ofreciendo sin cesar más y más monumentos hititas, pero sin poder explicar su origen.



Animal fabuloso de Carquemis.

Winckler dirigió todavía otra temporada de excavaciones en Bogazköy, a pesar de hallarse gravemente enfermo, teniendo siempre a su lado a una enfermera, la cual, debido a la austeridad de las costumbres de los indígenas, pasaba por su esposa. De 1911 a 1914 D. G. Hogarth, C. Leonard Woolley y T. E. Lawrence investigaron en

Carquemis, en la frontera siria. Las tablillas descubiertas por Winckler tomaron el camino del Museo de Berlín; los hallazgos de Carquemis, obras de arte e inscripciones jeroglíficas, se enviaron al Museo Británico de Londres, y una gran parte fue a parar más tarde a Ankara. Con todo, las investigaciones habían llegado a un punto muerto. Debía producirse algún hecho que abriera nuevos horizontes a la hititología. La solución estaba al alcance de la mano y, como no podía menos de suceder, la iniciativa pasó de los arqueólogos a los lingüistas.

Winckler había logrado descifrar muchas tablillas procedentes de los archivos de Bogazköy, pero quedaban todavía muchísimas más escritas en el misterioso e incomprensible «lenguaje de Arzawa», o sea en hitita. Nada parecía más indicado que buscar en los textos hititas las precisiones que faltaban, a fin de que ellos mismos descorrieran el velo que cubría su pasado.

Cuando en 1913 falleció Winckler, fueron encontradas en su testamento algunas alusiones a sus tentativas de descifrar la escritura hitita cuneiforme, pero los manuscritos no aparecieron por ninguna parte. Luego estalló la primera guerra mundial, y las excavaciones quedaron interrumpidas bruscamente; tan sólo algunos arqueólogos turcos continuaron los trabajos, pero sin método alguno y con resultados más bien exiguos. Del mismo modo, quedó truncada la fructífera colaboración que a lo largo de tantos años se había establecido entre los sabios ingleses y los alemanes. Los arqueólogos de los Museos de Berlín y los del British Museum de Londres se habían convertido en hermanos enemigos que, obligados por la necesidad, abandonaron el terreno de las excavaciones para continuar sus investigaciones en sus gabinetes de trabajo. Fue allí precisamente donde tuvo lugar el descubrimiento que iba a revolucionar y a abrir nuevas perspectivas a la ciencia reciente de la hititología: el poder llegar al descifre, o mejor dicho la revelación del hitita cuneiforme.

El hecho de que en aquellos tiempos, en que Europa estaba dominada por el dios de la guerra, un filólogo pudiera consagrarse exclusivamente al estudio de una lengua muerta, en lugar de verse destinado al mando de una batería, se lo debemos precisamente a un oficial. Sabemos incluso cómo se llamaba: era el teniente A. Kammergruber, y conocemos su nombre porque el filólogo checo Hrozny le alaba en el prefacio de su libro «por la comprensión que mostró hacia los trabajos del autor».

II. El enigma de las escrituras

Capítulo 4

Del arte de descifrar

Para el profano en arqueología nada hay más enigmático y que más relación parezca tener con las artes diabólicas que la lectura de las inscripciones que han permanecido bajo tierra, cubiertas de escombros o de arena, y que fueron obra de un pueblo desaparecido hace ya tanto tiempo, con el cual no nos une vínculo alguno de continuidad histórica o racial.

Ni con la mejor buena voluntad del mundo es posible describir en pocas palabras los principios fundamentales de este arte digamos diabólico, siendo preciso que el lector preste toda su atención. Por eso aconsejaríamos, a los que sientan impaciencia por conocer algo del *destino* del pueblo hitita, que salten los capítulos 4 al 6, que más tarde los podrán leer con aumentado provecho. Pero a quien no le asuste un poquito de esfuerzo mental y desee seguir el desarrollo *lógico* de nuestro tema, que continúe leyendo.

Son múltiples los problemas que desde buen principio suscita el descifre de inscripciones antiguas. Todos nosotros hemos aprendido el latín, una lengua muerta, y todos podemos leer las viejas inscripciones en los arcos de triunfo romanos que se remontan a dos mil años; muchos no sólo saben leerlas, sino incluso comprenderlas. Como lengua popular el latín desapareció con el Imperio romano, pero se conservó como lengua de formación clásica, y jamás dejó de cultivarse a pesar de ser una lengua, como hemos dicho, muerta.

Éste ha sido un caso único, que no han conocido la mayoría de las lenguas del Antiguo Oriente. Los arqueólogos del siglo pasado exhumaron innumerables documentos, inscripciones rupestres, tablillas y planchas de arcilla, sigilos, tablas de madera y papiros. Algunos de estos documentos estaban escritos en una lengua desconocida, pero en caracteres de una lengua ya familiar. Otras veces era exactamente lo contrario lo que sucedía, se conocía la lengua, pero se ignoraba la escritura.

Y también en muchos casos las inscripciones estaban redactadas en lengua y escritura totalmente desconocidas, y por si esto fuera aún poco, se trataba de monumentos de un pueblo *del que no se tenía ni la más remota idea*.

Unos años antes, William Wright se había enfrentado con un rompecabezas semejante cuando arrancara de la pared del mercado la piedra célebre de «Hamath», cubierta de inscripciones ininteligibles escritas en una lengua extraña por un pueblo, por decirlo así, anónimo.

He aquí lo que todavía en 1948 decía la arqueóloga americana Alice Kober, que había contribuido en gran manera a descifrar las inscripciones de Creta: «No hay que

darle vueltas; una inscripción es inescrutable cuando está escrita en caracteres incomprensibles y en una lengua desconocida».

En la actualidad sabemos que la famosa piedra de «Hamath» está cubierta de los signos jeroglíficos que eran propios del pueblo hitita. Estos jeroglíficos han sido prácticamente descifrados, y la lengua hitita puede decirse que ya no tiene secretos.

Para dar una idea de cómo pudo llegarse a la solución del enigma, vamos a rehacer el camino seguido por los hititólogos que utilizaron en sus investigaciones las tablillas de arcilla de Bogazköy, escritas, como sabemos, en una lengua del todo desconocida, pero en caracteres *cuneiformes* legibles.

Las primeras tentativas en el arte de descifrar las inscripciones antiguas se remontan a unos 150 años atrás solamente. Los resultados espectaculares y clásicos, unidos para siempre a los nombres de Georg Friedrich Grotefend y Jean-François Champollion, fueron posibles porque en ambos casos se conocía *uno* de los elementos que componían el texto. Para Grotefend, el descifrador de la escritura cuneiforme, el elemento era al principio puramente hipotético, pues se basaba en los nombres de tres reyes persas conocidos, pero operando por deducción observó por fin que sus suposiciones eran correctas, y así pudo indicar el camino a sus sucesores.

En cuanto a Champollion, que descubrió el secreto de los jeroglíficos egipcios, el elemento conocido fue un texto griego y por ende legible. En la piedra trilingüe de Rosetta consiguió aislar el nombre de Ptolomeo, mencionado en la versión griega, nombre que pudo ser identificado gracias a que se hallaba encuadrado dentro de un grupo de ideogramas. Champollion pensó que los signos egipcios encerrados en el marco correspondiente pudieran representar lo mismo, y las letras que lo componían le proporcionaron la pauta con que poder seguir adelante.

Tanto en un caso como en otro, la clave del enigma la facilitaron los nombres propios obtenidos por analogía, y en lo sucesivo éste resultó el mejor método para descifrar escrituras desconocidas.

El filólogo alemán Ernst Sittig ha seguido recientemente un camino diferente. Al cabo de más de cincuenta años de intentos frustrados para descubrir el secreto de las antiguas inscripciones cretenses, Sittig fue el primero a quien se le ocurrió combinar el método estadístico-matemático utilizado por el Departamento de Claves del Ejército, con el antiguo método analógico de búsqueda de nombres propios empleado por los filólogos clásicos. Pero el mérito de haber logrado descifrar las inscripciones cretenses pertenece a un profano, al inglés Michail Ventris —arquitecto especializado en la construcción de casas prefabricadas—, el cual aplicó el procedimiento clásico de la interpretación de los nombres propios.

Sin embargo, el ideal de todos los filólogos, al enfrentarse con textos escritos en un sistema desconocido, era encontrar una inscripción bilingüe. Pero muy raramente se ha reproducido el afortunado caso de Champollion, lo cual, por otra parte, tampoco

ha sido indispensable, puesto que desde entonces se ha progresado enormemente en este aspecto, y a los indicios que nada significarían para aquellos precursores de la arqueología, se les ha atribuido luego un carácter trascendental, sin contar que con cada nuevo descifre, aumentan los conocimientos que poseemos de las relaciones que existían entre las lenguas antiguas.

Por raro que parezca, en 1786, o sea mucho antes de que se llevasen a cabo los primeros descifres, alguien había notado ya el parentesco lingüístico que unía unas con otras a las lenguas de la Antigüedad. Y esto no sucedió, como pudiera esperarse, en los hogares clásicos por excelencia de las investigaciones sobre el Asia Menor, o sea en los gabinetes de trabajo de los sabios en Inglaterra o en Alemania, sino en la India.

El políglota genial a quien debemos este descubrimiento, el más importante en los anales de la Arqueología, era a la sazón juez principal en la Supreme Court of Judicatura de Calcuta, y en sus horas de asueto se ocupaba menos del problema de las comparaciones lingüísticas que de la traducción y compilación relacionadas con las leyes indoístas y musulmanas.

Se llamaba William Jones. Había nacido en Londres en 1746; estudió historia y lenguas antiguas y luego enseñó en Harrow lenguas orientales (persa, árabe y hebreo), pero abandonó su cátedra por motivos de índole económica, pues el sueldo de profesor no le bastaba, y entonces se consagró al estudio de la jurisprudencia.

Buena prueba de sus aptitudes es la rapidez con que hizo una brillante carrera en esta nueva rama del saber, y también lo es de su inteligencia el que, además, fuera Jones el primero en poner en evidencia la afinidad existente entre las lenguas *indoeuropeas* (que los alemanes llaman, erróneamente, indogermanas), el único descubrimiento filológico trascendental que ha influido en casi todos los campos de la investigación histórica.

El estudio de las lenguas indoeuropeas, en efecto, no solamente dio un gran impulso a nuestros conocimientos de la historia antigua en general, sino que abrió también nuevas perspectivas a la etnología (grandes invasiones y mezclas de razas), a la geografía antigua, a la sociología (formación e índole de las primeras sociedades indoeuropeas y del derecho familiar) e incluso a la zoología y a la botánica (dispersión de la fauna y de la flora en la época protohistórica, difusión de la domesticación animal).

Si a Jones no le hubieran trasladado a la India, tal vez no se hubiera dedicado a fondo al estudio del sánscrito, la lengua literaria y de los brahmanes. Fue partiendo del sánscrito que observó en las lenguas una armazón oculta, y descubrió, detrás de la fachada de cada uno de los innumerables lenguajes, un rasgo familiar común, de modo que las divergencias entre ellos son más aparentes que reales.

El juez inglés no disponía de mucho tiempo en la India para profundizar su teoría

y ni siquiera dio un nombre a esta nueva rama de la filología. Esto estaba reservado a un médico de la generación siguiente, también inglés, Thomas Young, codescubridor, con Champollion, de los jeroglíficos egipcios.

Otros continuaron la obra que Jones iniciara. Citemos entre ellos a Rasmus Christian Rask (1786-1832), filólogo danés, gran viajero, cuya apariencia mundana en nada recordaba al profesor de universidad tal como nos lo imaginamos por lo general. Acostumbrado a estudiar los asuntos sobre el terreno, viajó durante cuatro años por Persia y la India.

Fue todavía más importante la labor del alemán Franz Bopp (1791-1867), quien a los cuarenta y dos años dio comienzo a su gran obra, cuya parte principal terminó dieciséis años más tarde: *Gramática comparada del sánscrito, del zendá, del griego, del latín, del lituano, del gótico y del alemán*. Aplicó a la comparación lingüística métodos rigurosamente científicos y puede considerársele como el Winckelmann de la filología moderna.

En resumen, esta obra prueba que existe un grupo de lenguas conocidas bajo el nombre de «indoeuropeas» por razón de su expansión geográfica, cuyo vocabulario y cuyas declinaciones presentan evidentes afinidades. Un buen ejemplo de ello es la palabra «padre» en español, «Vater» en alemán, «father» en inglés, «père» en francés, «pater» en latín, «patér» en griego, «athir» en gaélico, «fadar» en gótico, «pita» en sánscrito, y «pacar» en tocario. Cuanto más antiguas son las lenguas que se trata de investigar, tanto más patentes son las semejanzas entre ellas, prueba evidente de que toda una serie de lenguas, hoy aparentemente muy diversas entre sí, proceden de una lengua original común.

Fue decisivo el descubrimiento de que las modificaciones en las vocales, así como las de las desinencias de las lenguas dentro de un mismo grupo, obedecieron a reglas fijas. Gracias a este descubrimiento capital pudo reconstruirse el proceso evolutivo inverso de dichas transformaciones cuando se dispuso de elementos de comparación suficientes. En otras palabras, teniendo en cuenta la evolución sufrida por una lengua antigua de origen indoeuropeo reconocido, pudo ésta reconstituirse sistemáticamente a partir de los fragmentos todavía existentes. Y como se observaron pronto dentro de la gran familia de las lenguas indoeuropeas otros grupos menores con afinidades más notorias, su legalización geográfica o étnica permitió sacar nuevas conclusiones.

En esto radica precisamente la importancia que para el arqueólogo tiene el estudio de las lenguas indoeuropeas; pues no solamente le ayuda a descifrar unos signos, sino que tiene además un valor inapreciable cuando se trata de reconstituir el vocabulario, la estructura y la gramática de una lengua cuyos vestigios epigráficos son más bien escasos.

No debe extrañar que los primeros «indoeuropeizantes» fuesen objeto de burla,

pues, verdaderamente, a primera vista parecía ridículo el querer sostener que existía un parentesco lingüístico entre el afganistánico, el islandés, el sánscrito, el ruso, el zingaro, el frisio, el latín y el viejo prusiano. Y, sin embargo, así es.

Esta teoría parecía, empero, tanto más verosímil cuanto que el área de dispersión geográfica de esta familia de lenguas indoeuropeas va desde la India, pasando por el Asia Anterior, hasta Europa occidental, o sea que comprende un espacio que cordilleras, mares y desiertos dividen en sectores poblados por las razas más heterogéneas.

Todavía hoy les quedan muchos problemas por resolver a los «indoeuropeizantes» (aún falta, entre otros, ponerse de acuerdo sobre el lugar de origen de las lenguas indoeuropeas, que se supone pudiera estar situado entre el sur de Rusia y Europa Central), pero la estrecha relación existente entre las lenguas indoeuropeas, en evidente oposición a otros grupos de lenguas de la raza blanca (el camitasemítico, el caucásico, el dravídico y el vasco), ya nadie lo pone en duda, y es sólo una cuestión que sigue ocupando a los investigadores.

Además de los métodos ensayados y gracias a los cuales durante el siglo pasado fue posible llegar al descifre de inscripciones y de lenguas muertas, en el caso de las tablillas hititas de Bogazköy fue sobre todo gracias al estudio de las lenguas indoeuropeas que se logró dar con la clave del enigma.

Por una extraña casualidad, el hombre que por primera vez utilizó esta clave no era ningún «indoeuropeizante», sino un *asiriólogo*, o más exactamente, un *semitólogo*, pues el asiriobabilónico se clasifica entre las lenguas semiticorientales.

El *Informe preliminar* es al sabio lo que una reivindicación de patente para el inventor técnico. En ambos casos lo que se persigue es asegurar una prioridad al que intuye algún hecho nuevo.

En diciembre del año 1915 la revista *Comunicaciones de la Sociedad Oriental Alemana* publicó bajo la firma del doctor Friedrich Hrozný el artículo titulado: *La solución del problema hitita. Informe preliminar*.

El autor empieza justificando la prisa que corre la publicación de su artículo:

«Me han inducido a publicar desde ahora la introducción en forma abreviada de mi artículo en las *Comunicaciones de la Sociedad Oriental Alemana*, de una parte la guerra actual, que posiblemente retrasará la conclusión y la publicación de mis trabajos, y de la otra el hecho que tal vez otros estén pendientes de publicar algún libro sobre el mismo problema hitita».

Era realmente sorprendente que en tan poco tiempo alguien hubiera logrado la solución del misterio de las planchas cuneiformes hititas, pero todavía causa más asombro, mejor dicho, sensación, a los especialistas el *resultado* de la solución, pues nadie había atinado en ello.

A la muerte de Winckler, la Sociedad Oriental Alemana había confiado a un

grupo de jóvenes asiriólogos el estudio y la transcripción de todos los documentos epigráficos hititas procedentes de Bogazköy. El grupo se dividió, desde el primer momento, en dos clanes. Unos se agruparon alrededor del alemán Ernst F. Weidner, sabio dogmático, rígido y concienzudo, mientras los otros seguían al activo y excelentemente dotado Friedrich (también Bedrich) Hrozny, de nacionalidad checa, pero nacido en Polonia el año 1879.

Al estallar la primera guerra mundial, Alemania movilizó inmediatamente a los filólogos, entonces considerados como personajes inútiles. Weidner, que era un verdadero gigante, fue destinado a la artillería pesada y alcanzó el grado de suboficial, mientras que su contrincante Hrozny ingresaba en el ejército austrohúngaro, en donde pasó a depender del ya mencionado teniente Kammergruber, el cual le tomó simpatía al joven profesor por su gracia vienesa, llegando hasta dispensarle, en cuanto le era posible, de sus obligaciones militares, a fin de que pudiera consagrarse a sus investigaciones filológicas.

En las palabras que siguen le muestra Hrozny así su agradecimiento:

«Este fascículo ha tomado su forma definitiva mientras su autor estaba movilizado», y añade en honor de la verdad, que también escribió por la misma época el segundo fascículo.

Si tenemos en cuenta que tales artículos, a pesar de su brevedad, no eran simples folletines, sino que constituían la obra maestra de la hititología, de una erudición formidable, hay que reconocer que, en bien de la ciencia, la guerra no fue dura con él, gracias a Kammergruber, sin cuya protección no le hubiera sido posible desplazarse a Constantinopla, en donde durante varias semanas tuvo libre acceso a los documentos hititas cuneiformes, cosa que en las excepcionales circunstancias de entonces ningún otro sabio europeo hubiera podido conseguir.

Mientras Hrozny coqueteaba así con la suerte, su menos afortunado contrincante cumplía con sus deberes militares literalmente al pie del cañón, pero no debemos ser injustos con él, y aún menos porque, según sabemos ahora, Weidner andaba algo despistado en sus suposiciones. Por otra parte, sería absurdo pretender que Hrozny llegó a poder descifrar la lengua hitita porque dispuso de más tiempo que su rival. Hrozny tenía detrás de sí una brillante carrera. A los 24 años había tomado parte en unas excavaciones al norte de Palestina, se había destacado por las comunicaciones que había publicado sobre textos cuneiformes y, en 1905, a los veintiséis años, era nombrado profesor en Viena.

Con los conocimientos excepcionales que tenía en su haber y gracias a su temeridad científica, Hrozny abordó decididamente el problema. Lo hizo desde un punto de vista imparcial, reacio a seguir las huellas de los demás, y aún decidido a dejarse sorprender por la realidad de los hechos y a comprobar éstos escrupulosamente, incluso si resultaba que sus conclusiones iban a echar por tierra las

teorías entonces en curso.

Por el *mismo* Hrozny sabemos que cuando puso manos a la obra que debía hacerle célebre, no tenía la menor idea de la lengua que acabaría por descubrir.

No vamos a extendernos en demasía detallando el curso de los trabajos de Hrozny, puesto que ello nos llevaría a compartir sus investigaciones y aprender las mismas lenguas que él. Pero con semejante modelo no olvidaremos que la asiduidad y la aplicación son la base de los grandes descubrimientos.

En realidad no habría manera alguna de describir el desarrollo de uno de esos desciframientos modernos si, como en toda la historia, no llegara el momento en que se alcanza el punto culminante en el que las innumerables consideraciones y los razonamientos, las deducciones y las interminables indagaciones se resuelven, por decirlo así, en una sola idea-clave, que es precisamente la decisiva. Y esta idea, verdadera piedra de toque del éxito, a menudo es bien sencilla.

Como principales puntos de partida de Hrozny tenemos, en primer lugar, la identificación de los nombres propios, y luego la certidumbre de que los textos hititas contenían «ideogramas».

Como sucedió también en todas las demás escrituras, la grafía cuneiforme asiriobabilónica utilizada en los textos de Bogazköy fue principalmente pictográfica, para transformarse más tarde en silábica, pero conservando no obstante una gran cantidad de los signos primitivos que los hititas tomaron de los babilonios, gracias a lo cual pudieron ser *leídos*, y en este caso también *comprendidos* los signos como tales, a pesar de ignorarse la lengua en que estaban escritos.

Para mayor claridad pondremos el siguiente ejemplo: cuando vemos la cifra «10» en un texto alemán, español, francés o inglés, la comprendemos en todos los textos, aun cuando solamente conozcamos una de dichas lenguas, e incluso ninguna, y no importa en absoluto que en Alemania se diga «zehn», en Francia «dix», en Inglaterra «ten» y en España «diez».

Fue procediendo de este modo, o sea valiéndose de los ideogramas, que Hrozny consiguió descifrar las palabras «pez» y «padre», y luego se dedicó a la minuciosa y agotadora tarea de ir tanteando palabra por palabra y una forma tras de la otra, hasta que por fin advirtió un buen día (sólo a través de las modificaciones por flexión de las palabras, sin comprender, empero, el significado de frase alguna) que la lengua hitita presentaba formas gramaticales (particularmente una construcción de participio), típica del grupo de las lenguas indoeuropeas.

Lo menos que puede decirse es que el descubrimiento era desconcertante.

Sobre la lengua hitita existían ya entonces varias teorías, pero a excepción de un solo filólogo (el cual, por otra parte, había de retractarse luego), nadie había caído en la cuenta de que pudiera tratarse de una lengua indoeuropea, ni a nadie podía ocurrírsele, pues el pretender insinuar que a mediados del segundo milenio antes de J.

C. un pueblo indoeuropeo había dominado en el interior de Anatolia, hubiera sido contrario a todas las conclusiones consideradas como artículo de fe por los historiadores orientalistas.

No es de extrañar, pues, que Hrozny desconfiara de sí mismo y que, temiendo encontrarse ante coincidencias lingüísticas, sólo a regañadientes se decidiera a exponer los nuevos indicios, los cuales, según él, demostrarían el carácter indoeuropeo de la lengua hitita.

Pero llegó un día en que estudiando Hrozny un determinado texto, y asustado por la audacia de su propia tesis, tomó aliento y se atrevió a decirse: «Si tengo razón en la interpretación de esta línea, se producirá una verdadera revolución científica». Como la frase tenía para él un significado bien claro, no le quedaba sino la solución de revelar lo que había observado, arrojando el riesgo de derrumbar todas las teorías de los demás filólogos.

El texto que incitó a Hrozny a tomar esta decisión es éste: *nu ninda-an ezzatteni vâdar-ma ekutteni*.

En esta frase había tan sólo una palabra conocida: «ninda» = *pan*, que fue identificada por analogía con el ideograma sumerio.

Hrozny supuso que en un texto que contenía la palabra «pan», puede que se encontrara también —aunque no era del todo seguro, naturalmente— la palabra «comer», Como para entonces ya se sentía abrumado por el presentimiento y por los indicios de que la lengua hitita perteneciera al grupo de las indoeuropeas, para no dejar en el aire ninguna tentativa reunió algunas expresiones indoeuropeas de «comer», en busca de la palabra cuya consonancia tuviera alguna afinidad con la hitita que significase lo mismo.

Empezó escribiendo la palabra «comer» en latín: *edo*, luego en inglés *eat*, después en alto alemán antiguo... y en el preciso instante de escribir *ezzan*, que en alemán antiguo significa también «comer», vio que iba por buen camino, pues *ezzan* corresponde a la palabra *ezzatteni* de la frase hitita.

La siguiente palabra importante, y que encajaba a no dudar en el texto hitita, era *vâdar*. Claro que asociada con «pan» y «comida» podía designar algún alimento, pero Hrozny, igual que un perro de caza siguiéndole el rastro a una pieza, siempre a la pista de las lenguas indoeuropeas, tropezó esta vez con la palabra inglesa *water*, en alemán *wasser*, y en sajón antiguo *watar*.

Para abreviar vamos a dejar a un lado las complicadas consideraciones gramaticales que permitieron descubrir el sentido general de la frase, que Hrozny tradujo así:

Ahora comerás pan y luego beberás agua.

La interpretación de Hrozny confirmaba plenamente la tesis expuesta ya en 1902 por el orientalista noruego J. Á. Knudtzon, pero de la que tuvo que retractarse ante el

sarcasmo de los especialistas, según la cual la lengua hitita pertenecía al grupo indoeuropeo.

Pero esto no era todo.

Como, según los arqueólogos, la redacción de los textos de Bogazköy se remontaba a los siglos XIV y XV antes de J. C., y sabiendo, además, que muchos de estos textos eran transcripciones de documentos mucho más antiguos, probablemente del siglo XVIII, Hrozny podía reivindicar el honor de haber descubierto la lengua indoeuropea más antigua, la cual podía competir en antigüedad con los primitivos elementos del Rigveda, con los libros sagrados hindús, empezando a mediados del segundo milenio.

El 24 de noviembre de 1915, o sea en plena guerra, dio Hrozny una conferencia —que fue publicada un mes después— sobre el descifre de la escritura hitita, ante la Sociedad Alemana del Próximo Oriente, en Berlín, pero su obra maestra no apareció hasta el año 1917, en Leipzig, bajo el título: *La lengua de los hititas. Su estructura y su vinculación al grupo de las lenguas indoeuropeas*, y en las primeras páginas declaraba:

«Este libro tiene por objeto dar a conocer la naturaleza y la estructura de una lengua hasta ahora misteriosa, la lengua que hablara en otro tiempo el pueblo hitita». Y añade, con una naturalidad que deriva de una presuntuosa convicción, que su obra aducirá la prueba de que, en lo esencial, la lengua hitita debe ser considerada como perteneciente al grupo indoeuropeo.

Y cumplió ciertamente la promesa, pues a lo largo de las 246 páginas presentó Hrozny la explicación más completa que haya jamás visto la luz sobre el descifre de una lengua muerta. Ya no se trataba de simples hipótesis más o menos ingeniosas, ni de tanteos ni de suposiciones, sino de realidades; de resultados tangibles. Al propio tiempo, como es natural, aprovechó la oportunidad para saldar cuentas con sus adversarios.

Poco antes de terminar su labor tuvo Hrozny ocasión de leer, en la biblioteca de la Universidad de Viena, el libro *Estudios sobre la filología hitita*, que acababa de publicar su rival Weidner, y en el apéndice del suyo, deja Hrozny constancia de que «Weidner, el cual parece haber cambiado de parecer desde el verano de 1917, reconoce que no se le puede negar una cierta influencia aria a la lengua hitita» y atribuye este cambio de opinión al hecho de que Weidner había leído su mencionada *Información preliminar*. En una nota llena de interrogantes muy hábiles, aun cuando no le acusa abiertamente, da por descontado que Weidner se ha apropiado de ciertas ideas suyas, «pero evitando citar mi nombre en todo lo posible».

Por desagradables que sean, tales reproches no pueden sorprender. En una época de suposiciones, en la que se andaba todavía prácticamente a ciegas, las teorías de Weidner en modo alguno podían considerarse como descabelladas. El mismo Hrozny

reconoce que la lengua hitita contiene *también* ciertos elementos extraños, probablemente de origen caucásico. Por una parte escribe: «Es de lamentar que la obra de Weidner sea deficiente desde el punto de vista de la hititología», pero por la otra añade, a regañadientes: «... que no carece de interés, y que en lo tocante a la asiriología el conocimiento de los vocabularios ha permitido realizar grandes progresos».

Pero no queremos extendernos más en los detalles de esta polémica. Consideramos que es mucho más importante citar los párrafos del decano de historiografía antigua, Eduard Meyer, en su prefacio al libro de Hrozny:

«Entre los portentosos descubrimientos que han contribuido a aumentar y a completar en todas direcciones nuestro conocimiento de la historia y de las civilizaciones primitivas, como consecuencia de las excavaciones fomentadas por la Sociedad Oriental Alemana, el del profesor Hrozny es, con mucho, el más importante.

»Ya no es solamente el arqueólogo quien, al sacar a la luz del día los tesoros y las momias reales, puede hacer revivir el fantasma del pasado; también el sabio, meditando sobre un texto desconocido, puede repentinamente sentir el escalofrío de la llamada de ultratumba.

»Ya no se trata de verbalismos filológicos. ¿No es a veces la palabra “comer”, cuando se lanza como una exclamación, sinónimo de “hambre”? Y en los arenales del desierto, ¿no se confunde “agua” con “beber”?

»*Vadâr, water, wasser* (agua). Después de más de tres mil años, este grito lanzado por un hitita sediento sería actualmente comprendido tanto por un frisio del litoral del mar del Norte como por un holandés de Pennsylvania en la costa oriental de América».

Capítulo 5

¿Qué lengua hablaban los hititas?

Gracias a Hrozny empezó a descubrir su secreto, a hablar, una segunda parte de los archivos de Estado de Hattusas, pero veamos cuál era la verdadera situación de entonces.

De las innumerables tablillas de arcilla encontradas en Bogazköy entre 1906 y 1912, algunas pudieron ser descifradas inmediatamente allí mismo por Winckler, porque los hititas habían redactado sus documentos oficiales en una lengua prestada, o sea en acadio, la lengua diplomática usual de la época (conocida desde hacía tiempo), y los habían escrito en caracteres cuneiformes asiriobabilónicos, que tampoco tenían secretos para los descifradores.

Ahora Hrozny había conseguido leer otra parte, o sea las tablillas que los hititas habían escrito también en caracteres cuneiformes, que no eran los suyos, pero en su propia lengua. Estos textos escritos en la lengua del pueblo hitita eran de carácter jurídico, religioso y médico, y daban cuenta de las hazañas de los reyes y de los pueblos hititas, de sus usos y de sus costumbres. Todo parecía indicar que, por fin, podría ofrecerse una idea de conjunto sobre aquel pueblo. Esto era sólo verdad en principio, pues en materia de historiografía no se dan jamás conclusiones definitivas, sino tan sólo provisionales. En una palabra, la historia había hablado, pero se había reservado la última palabra. La obra de Hrozny suscitó, a raíz de su aparición, nuevos problemas, los cuales a su vez promovieron nuevas controversias.

En primer lugar exteriorizaron su mal humor los arqueólogos, llamémosle clásicos, porque dentro de las teorías hasta entonces sustentadas por ellos no encajaba en modo alguno el hecho de que un pueblo indoeuropeo hubiese podido ejercer su dominación en el Asia Menor, y, a pesar de ser ellos mismos los que hubieran debido resolver solos la cuestión, los historiadores pidieron a los filólogos, en son de burla, que les precisaran el origen de esta población indoeuropea.

Les llegó el turno a los indoeuropeizantes, quienes reprocharon a Hrozny —el cual, por cierto, no era de formación indoeuropeizante— sus numerosos «resbalones» al tratar de los parentescos lingüísticos, pues en su entusiasmo se había contentado a veces con simples aproximaciones. Naturalmente, la necesidad de efectuar revisiones en su obra no rebaja el mérito original de su descubrimiento. No obstante, algunas correcciones eran indispensables.

El primero en entrar en liza, a partir del año 1920, fue el alemán Ferdinand Sommer (nacido el 1875 en Tréveris), quien sometió el conjunto de la tesis de Hrozny a una crítica puramente filológica, pero extremadamente severa. Más tarde completaron su obra, en numerosos detalles, los también alemanes Johannes

Friedrich y Albrecht Götze. Por su parte, el francés L. Delaporte revisó en 1929 la gramática hitita, y en 1933 el americano Sturtevant y, finalmente, en 1946, Johannes Friedrich (nacido en 1893, profesor de Leipzig, instalado en Berlín desde 1950) hicieron progresar considerablemente los conocimientos que se poseían ya sobre la lengua de los hititas.

En 1940 publicó Friedrich, como segundo volumen de su *Manual hitita*, una antología de textos con numerosas aclaraciones y un index, y en 1952-1954 apareció su gran *Diccionario de la lengua hitita*.

El mismo Friedrich reconoce, en el prefacio de su obra, que todavía queda mucho que hacer hasta lograr dominar completamente el vocabulario y las peculiaridades de la gramática hitita, e insiste sobre todo en los textos religiosos que contienen numerosas «expresiones poéticas cuyo verdadero significado es un enigma para nosotros, y puede que siga siéndolo por mucho tiempo todavía». Por si acaso, en vez del sentido literal de las palabras, muy a menudo indica términos genéricos, como «un vestido», «un pastel» e incluso «substantivos de significados indeterminados».

Pero esto no cuenta al lado de una de las últimas frases de su introducción, en la que, con la mayor naturalidad del mundo —demostrando con ello su probidad intelectual—, observa incidentalmente:

«En contados lugares me he permitido *corregir* ciertos *errores* de los antiguos amanuenses hititas, como, por ejemplo, algunos determinativos repetidos o mal colocados».

Pero no se crea que el proceso cuyo desarrollo hemos descrito brevemente sea tan simple como a primera vista parece, si debemos contentarnos, como es el caso aquí, con la enumeración de las fechas.

En efecto, un suizo emprendió el año 1919 el estudio de algo que hasta entonces no había preocupado a nadie, porque el problema hitita era ya considerado como bastante arduo por sí solo para que alguien pudiera pensar en complicarlo más aún. Esto es precisamente lo que hizo el filólogo suizo Emil Forrer con la publicación de su libro *Las ocho lenguas de las inscripciones de Bogazköy*.

Esta obrita importantísima empieza con esta afirmación categórica: ¡Ni una menos!

«Del examen de la totalidad de los fragmentos hallados en Bogazköy se desprende que contienen textos en no menos de ocho idiomas diferentes, a saber: además del sumerio y el acadio, al que hasta ahora se consideraba como lengua hitita y al que, como vamos a ver, deberíamos llamar el canesita, el indoario, el hurita, el protohitita, el luvita y el palaista».

Pero lo más sorprendente no era la diversidad de las lenguas identificadas por Forrer. Sus conclusiones eran exactas; pero pronto se advirtió que la mayoría de las tablillas estaban realmente escritas en dos lenguas principales, y que las otras estaban

solamente representadas por fragmentos interpolados en los demás textos. La multiplicidad de las lenguas es una característica común a toda ciudad cosmopolita, lo era ya entonces y sigue siéndolo actualmente.

Si dentro de algunos siglos alguien descubriera, entre las ruinas de la ciudad de Londres, que mientras tanto hubiese desaparecido del mapa, como la antigua Babilonia, pongamos por caso, vestigios de signos raros de rótulos de tiendas del barrio chino, por ejemplo, a nadie se le ocurriría atribuir por eso un papel preponderante en el Londres del siglo xx a la lengua china.

Ya era más desconcertante Forrer con su afirmación, según la cual a la lengua hitita sería más propio llamarla «canesita». O sea, que a los dos años de haber aparecido la obra maestra de Hrozný, surgía inopinadamente la duda de si lo que éste había descifrado era verdaderamente la lengua hitita.

Aun cuando la conclusión de Forrer era indiscutible, no consiguió imponer su opinión, porque, si bien «hitita» resultaba inexacto, nadie quiso renunciar a un término que el uso había consagrado, para sustituirlo por otro que quién sabe si luego no correría mejor suerte.

Forrer fundaba su raciocinio en la suposición, admitida por todos, de que los héteos; de la familia indoeuropea, habían invadido el Asia Menor. Pero entonces, claro está, quedaba por aclarar qué había sido de la población autóctona, y como durante mucho tiempo no pudo aportarse dato alguno para esclarecer el problema, se les dio a los primitivos habitantes del país el nombre de «protohititas».

Luego se cayó en la cuenta de que en los documentos de Bogazköy ocurrían de vez en vez inscripciones en la lengua no indoeuropea de los protohititas, y siempre acompañadas de la mención «Hattili» (en hattí). Sin duda alguna esta expresión era derivada del nombre «hatti», con el cual se designaba el territorio en donde se hablaba esta lengua. Que este país tenía ya su propio rey antes de que los indoeuropeos penetrasen en Asia Menor en plan de conquista lo atestiguan las inscripciones descifradas de tres tablillas del rey Annitas de Nesa, en las que se refieren las guerras victoriosas contra un «rey de Hatti». De modo que los verdaderos hititas (hatti) y a los cuales debemos llamar así, son los protohititas, y no los conquistadores indoeuropeos.

Desgraciadamente, los sabios se enteraron demasiado tarde de la existencia del elemento étnico cuya lengua había sido la hitita, o sea cuando, basándose en la Biblia, se designaba ya con este apelativo a los inmigrantes indoeuropeos, y no hubo manera de subsanar esta confusión. Las revelaciones de Forrer empezaron por ser tomadas en consideración, pero por poco tiempo, y ahora la cuestión ha perdido ya actualidad. He aquí cómo resumía recientemente la situación un arqueólogo inglés:

«Ya que este pueblo y su idioma oficial han venido conociéndose con el nombre de “hitita”, conviene seguir llamándoles así».

Al expresar su opinión de que a la lengua descifrada por Hrozny debía de llamársela «canesita», alegaba poner el hecho de que eran precisamente habitantes de la «ciudad de Kané» los que entonaban los cánticos sagrados hititas. Este argumento no vale menos que otros que se aducen en apoyo de proposiciones similares, pero ninguno basta. En el momento actual ignoramos aún que nombre se daban a sí mismos los «hititas» cuando penetraron en el Asia Menor.

Aun cuando la certidumbre que poseemos de la filiación indoeuropea de los hititas y el hecho de que su idioma pudiera ser descifrado tan pronto hayan facilitado en gran manera la reconstitución de la historia del pueblo hitita, quedan todavía en el aire algunos problemas relacionados precisamente con su lengua y con su escritura. Nos contentaremos con citar tres:

Primero: Sabemos de cierto que los hititas eran inmigrantes, pero continuamos ignorando su país de origen. Después de las investigaciones realizadas por Hrozny parecía que este problema había quedado definitivamente resuelto al serlo el del desciframiento de sus archivos, puesto que Hrozny no solamente había demostrado el carácter indoeuropeo de los hititas, sino al propio tiempo señalado también que la lengua hitita pertenecía al llamado grupo *kentum* de las lenguas indoeuropeas, es decir, al grupo occidental: el griego, el latín, el celta y el germánico^[1].

Así parecía evidente que los hititas procedían del Oeste, y que habían invadido el Asia Menor después de atravesar los Balcanes y el Bósforo. Pero hoy, que ya sabemos mucho más de las evoluciones peculiares a ciertas lenguas indoeuropeas, ya no se acepta a pies juntos esta teoría, antes bien, algunos arqueólogos afirman, no sin aducir razones de peso, que los hititas eran originarios de la otra vertiente del Cáucaso. Uno de los argumentos que Sommer presenta en apoyo de esta tesis es el comienzo de una oración que forma parte del ritual promulgado por el rey hitita Muwatallis (hacia el año 1300 antes de J. C):

*Dios del sol celestial, pastor de la humanidad,
tú que surges del mar, sol celestial
y asciendes al cielo,
Dios del sol celestial, ¡mi señor!, que al hombre,
al perro, al cerdo y a los animales salvajes del campo
cada día juzgas, ¡oh tú, divinidad solar!*

El segundo verso es enigmático: «... surges del mar». Sí se tiene en cuenta que en los tiempos de Muwatallis los hititas llevaban ya por lo menos 400 años instalados en el interior de Anatolia, esta alusión al alba no puede ser más que una reminiscencia, puesto que para los habitantes de Anatolia el sol no emerge del mar. Quedan, no obstante, dos posibilidades, a saber: que durante su migración los hititas hubieran

tenido a la izquierda el mar Negro o el mar Caspio.

Segundo: Los nombres de los reyes de este pueblo indoeuropeo *no* son indoeuropeos, sino protohititas desde los tiempos más remotos. Lo mismo podemos decir de los nombres que los hititas daban a sus dioses, los cuales son todos también protohititas y hurritas. Esto podría explicarse por el proceso de asimilación pacífica que tuvo efecto al adoptar los conquistadores hititas progresivamente las costumbres de los indígenas. Pero esta explicación deja mucho que desear.

Tercero: En tiempos de los primeros reyes hititas existían en Anatolia varias factorías asirias muy florecientes, una de las cuales, de las más poderosas, radicaba en la actual Kultepe, cerca de Kayseri, y numerosas tablillas —las que recibieron primeramente el nombre de «capadocias»— dan fe de la importancia de sus transacciones comerciales.

Sorprende, por consiguiente, que un pueblo como el hitita, el cual desde un principio había escrito la mayoría de sus documentos y noticias en cuneiforme asiriobabilónico, no adoptara la escritura de los comerciantes asirios, sino otro carácter de letra bien distinto y que no se encuentra en ninguna otra parte, pero que todo hace suponer que es muy antiguo.

Tanto si los hititas eran originarios del nordeste como del noroeste, lo cierto es que la escritura cuneiforme *no* es una invención hitita, sino que procedía del sur de Mesopotamia. Y uno se pregunta: «¿Dónde la habían aprendido?».



Inscripción pictográfica de Carquemis.

Esta es, en grandes líneas, la historia del desciframiento de las tablillas de Bogazköy escritas en cuneiforme hitita, o sea de aquellas inscripciones que los hititas grabaron en su propia lengua, pero utilizando la escritura cuneiforme asiría.

Y ahora volvamos la vista hacia atrás y recordemos que no fueron las tablillas cuneiformes de Bogazköy las que habían revelado a los viajeros y a los arqueólogos la existencia del pueblo hitita, sino aquellas misteriosas inscripciones jeroglíficas encontradas sobre todo en Carquemis, y en menor escala en Siria y en Anatolia. Fueron estos jeroglíficos, tan diferentes de los egipcios, los que dieron lugar a que

Sayce y Wright barruntaron la existencia de un pueblo civilizado y hasta entonces desconocido, que debía de haber habitado la región al norte y al sur de la cordillera del Tauro.



Fragmento de una inscripción de Bulgarmanden. Contrariamente a la de Carquemis (véase el grabado anterior), la escritura es aquí marcadamente cursiva e ideogramática.

Después del descubrimiento de las tablillas de Bogazköy, cuya escritura por lo menos pudo leerse enseguida, los investigadores y sobre todo los historiadores, siguiendo la ley del mínimo esfuerzo, se dedicaron preferentemente al estudio exclusivo de los textos cuneiformes. Algunos arqueólogos, no obstante, no desistieron en su empeño de aclarar el misterio de tales jeroglíficos.

Los orientalistas se enfrentaban con el más embrollado de los enigmas, pues tanto la lengua como la escritura de estas piedras eran desconocidas; pero, al propio tiempo, el problema no dejaba de tener alicientes, pues resultaba que los hititas habían utilizado la grafía jeroglífica, escritura tradicional y «nacional», no para los documentos profanos, sino únicamente para los más importantes y sagrados. Los signos jeroglíficos, en suma, se reservaban para los dioses y los reyes.

El descifre de los jeroglíficos hititas empezó simultáneamente con el descubrimiento de la civilización hitita, o sea que precedió de unos treinta años al descifre del cuneiforme hitita; pero, sin embargo, tan sólo en el momento de escribir las presentes líneas está a punto de aclararse definitivamente el misterio.

Capítulo 6

«Nada puede descifrarse de la nada»

En las Memorias del inglés Archibald Henry Sayce, el cual consagró toda su vida al estudio de las lenguas orientales, se lee esta frase curiosa: «Si pretendes dedicarte a los descubrimientos, debes tener presente que a menudo estarás contento de haberte equivocado». Sayce, que había nacido en 1845, formuló en 1876, a los 31 años de edad, la tesis, entonces atrevida, según la cual los monumentos jeroglíficos diseminados desde Hamath a Esmirna demostraban la existencia de un Imperio hitita homogéneo, y fue el primero en intentar descifrar los jeroglíficos hititas.

Dedicó toda su vida a resolver este problema y jamás dejó de alentar y aconsejar a los filólogos de la nueva generación, algunos de los cuales él había formado. Era ya un anciano de 86 años cuando, en 1931, escribió su último artículo sobre el mismo tema. Dos años más tarde dejaba de existir.

Los hititólogos modernos se permiten reiteradamente denigrar en cierto modo sus teorías. Así, para Friedrich, «es perder el tiempo» enfrascarse en la lectura de sus conferencias, «a menudo francamente superficiales». El mismo Sayce había reconocido en sus Memorias, publicadas en 1923, que en muchos casos sus conclusiones habían sido demasiado precipitadas y por ende inexactas, y es entonces cuando, para justificarse, escribe la frase que encabeza este capítulo. Y tiene razón; es muy fácil echar en cara a los precursores sus rodeos y sus errores. No debe olvidarse, empero, que Sayce fue no solamente el primero en reconocer la importancia de los hititas como elemento étnico civilizado, sino que fue asimismo el primero que consiguió descifrar los primeros ideogramas de su escritura jeroglífica.

En el capítulo 4 hemos expuesto algunos detalles de los métodos de desciframiento. No queremos dejar de mencionar ahora otros que son fruto de la experiencia, por ejemplo, ciertas peculiaridades que, con ciertas variantes, naturalmente, son características de las escrituras antiguas.

Una de las singularidades más corrientes es la que consiste en hacer destacar los nombres de los reyes, como es el caso, por ejemplo, en las inscripciones jeroglíficas egipcias, valiéndose de un cuadro oval, más conocido con el nombre de «cartucho». Otra es la presencia, en las antiguas inscripciones, de un signo particular delante de un personaje cuya elevada estatura bastaba para designar como a un rey; en las escrituras exclusivamente ideográficas este signo era un atributo real, ni más ni menos que la corona con que todavía aparece tocada la realeza de leyenda.

En todas las escrituras antiguas se encuentran determinativos semejantes y es sabido que, además de los nombres de los reyes, se hacían resaltar asimismo de un modo especial los de las ciudades y de los países.

Las ventajas que se obtienen al descubrir uno de estos determinativos en un texto redactado en una lengua desconocida son obvias y considerables, pues permiten identificar rápidamente sí el grupo de signos que lo acompaña se refiere a un rey, a un país o a una ciudad.

El tamaño de tales grupos de signos, es decir, su extensión o su brevedad, es otro indicio para el filólogo que los descifra, quien así logra situar inmediatamente la lengua en su contexto histórico y a partir de entonces los nombres de los personajes conocidos por la historia de los pueblos vecinos son otros tantos datos seguros que le ayudan en su cometido de descifrar el jeroglífico. En el caso del descifre, ahora ya prácticamente resuelto, de los jeroglíficos cretenses, desde un principio resultó decisiva la presencia de unas barritas oblicuas que tenían por objeto separar las palabras. El haberse dado pronto con el secreto de estas barritas, que en aquellos textos hacían las veces de las comas en nuestra escritura corriente, fue la condición previa que permitió descomponer en palabras los grupos de pictogramas. Y nos preguntamos: ¿Cómo hubiera sido posible, sin este descubrimiento, separar, como se hizo sistemáticamente a partir de 1950, las primeras y las últimas sílabas de las palabras de la escritura cretense?

Además de cuanto llevamos dicho, todo desciframiento presupone, naturalmente, el conocimiento previo de si la escritura debe leerse de derecha a izquierda, de arriba abajo o viceversa (solamente a los europeos nos parece lógico que escribamos y leamos de izquierda a derecha).

Éste fue el primer problema con el que hubo de enfrentarse Grotefend y también el más arduo cuando hace unos 150 años se propuso descifrar los primeros textos cuneiformes, pues en una tabla cuadrada existen, en principio, cuatro posibilidades de lectura, según el sentido por donde se empieza.

Ante las inscripciones jeroglíficas hititas no había problema de esta clase, pues en su gran mayoría eran monumentales y estaban grabadas sobre rocas, piedras o esculturas, lo cual hacía suponer que el tallista se las habría compuesto para que pudieran ser leídas fácilmente por el primer llegado.

Un signo particular, muy sencillito, *bustrófedon*, «como los bueyes trazan los surcos arando», permitió intuir la dirección de la lectura.

El signo jeroglífico



colocado al principio de la línea indicaba que también allí comenzaba la frase (suposición que la experiencia con otras escrituras debía confirmar) y luego, según el lugar donde se encontraba el espacio al finalizar una línea, podía también determinarse la dirección de la grafía, obteniéndose, además, una prueba

suplementaria observando que los pictogramas (manos, pies, cabezas) estaban orientados alternativamente en direcciones completamente opuestas.

El investigador tiene todavía otra posibilidad para poder determinar por lo menos el carácter de la escritura desconocida: le basta con que cuente los signos. En efecto, es evidente que cuando una escritura desconocida comprende menos de treinta signos, *no* puede ser silábica, porque los sonidos de una lengua no pueden expresarse con sólo treinta signos. Por consiguiente, se trata de una escritura alfabética. Por contra, si los signos son más de ciento, no hay duda que nos encontramos ante una escritura silábica, y si el número de ideogramas es muy superior, entonces es del tipo analítico.

«Nada puede descifrarse de la nada», dice Friedrich con razón, y cita como ejemplos la escritura de la isla de Pascua y la de Mohenjo Daro (Pakistán), a las cuales, por ahora, no se acierta a encontrarles afinidades con ninguna de las escrituras conocidas. En cambio en el caso de la escritura hitita jeroglífica, mediante la aplicación de los métodos que hemos expuesto con un par de ejemplos, desde un principio fue posible definir, por lo menos, el carácter de la grafía, y luego, gracias a la experiencia adquirida por dos generaciones de filólogos descifradores, se logró identificar bien pronto algunos ideogramas.



El sello de Tarkumuwa (Tarkondemos) que permitió iniciar el descifre de los jeroglíficos hititas.

Cuando, con anterioridad al año 1880, dio Sayce comienzo a sus tentativas de interpretación, un hada bienhechora pareció tomarle bajo su protección, agraciándole con lo que, según hemos ya dicho, constituye el sueño dorado de todos los filólogos: un texto bilingüe.

Porque se trataba, en efecto, de un texto bilingüe.

Hacia el año 1860, un numismático de Constantinopla, llamado Jovanoff, adquirió en Esmirna un pequeño sello redondo de plata que representaba a un personaje rodeado de signos desconocidos con una inscripción cuneiforme en el exergo.

En el curso de sus investigaciones vino Sayce en conocimiento de este hallazgo, del que el doctor Mordtmann había dado en 1862 una breve descripción, e inmediatamente barruntó jeroglíficos hititas en los signos interiores misteriosos. De ser así, iba a poder iniciar el descifre en un texto bilingüe.

No hay palabras para expresar su desilusión cuando vio que eran vanos todos sus esfuerzos para dar con el paradero del sello en cuestión. Si bien era cierto que había sido traído a Inglaterra, también lo era que parecía habérselo tragado la tierra desde entonces, en vista de lo cual se dirigió Sayce a los especialistas, a los Museos, a la opinión pública, y escribió innumerables cartas exhortando a que se pusieran en relación con él cuantos supieran de la existencia del sello.

Finalmente, un funcionario del Museo Británico le informó que recordaba aquel sello tan curioso, precisamente porque alguien se lo había ofrecido en venta al Museo el año 1860, pero la Dirección, después de muchas vacilaciones, husmeando una mixtificación, había rehusado adquirirlo.

Sayce abandonaba ya toda esperanza, cuando el funcionario le escribió nuevamente que, si su memoria no le era infiel, antes de devolverse el sello a su propietario, y como medida de precaución, se había sacado un molde, el cual debía de encontrarse en algún sitio.

Poco después recibía Sayce la copia del sello, y un examen rápido bastó para convencerle de que no andaba errado: ¡el sello encerraba, en efecto, un texto bilingüe!

Pero entonces surgió la gran dificultad, pues este texto bilingüe era demasiado corto, contenía demasiados pocos signos para permitir una comparación eficaz entre los jeroglíficos y los grupos cuneiformes.

El texto era el siguiente:

Tar-rik-tim-me sar mat Er-me-e, «Tarriktimme rey del país de Erme».

Este sello fue bautizado entonces con el nombre de «Tarkondemos», pero actualmente se le conoce por el más apropiado de «Sello de Tarkumuwa».

A copia de innumerables tanteos y suposiciones llegó Sayce a la conclusión que los jeroglíficos



correspondían a los signos cuneiformes «rey» y «país».

Es un desatino el pretender, como ahora hacen algunos, que así *sólo* identificó el valor gráfico de la palabra, pero no el valor fonético de estos jeroglíficos. En todo caso no puede negársele a Sayce el mérito de haber sido el primero en descifrar los primeros signos jeroglíficos hititas, y posteriormente se ha reconocido que no se

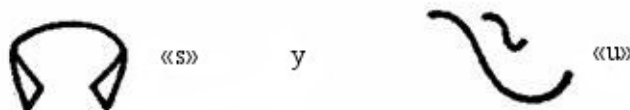
equivocó.

Desgraciadamente, como hemos dicho, el sello de Tarkumuwa ya no daba más de sí, y por más que se intentara establecer, mediante rodeos, un parangón y nuevas correspondencias entre los caracteres cuneiformes y los jeroglíficos, todas las tentativas resultaron inútiles. Más afortunado fue Kurt Bittel en sus investigaciones con otros sellos encontrados en Bogazköy, aun cuando persistiera la brevedad de las inscripciones como principal obstáculo.

Al infatigable Sayce no le arredaban los fracasos, y se dedicó con ahínco al estudio de otros documentos epigráficos que clasificó, comparó y analizó en busca de alguna relación entre ellos. En sus primeros ensayos cometió ciertamente muchos errores, pero logró identificar los jeroglíficos siguientes:



(este último signo lo había descubierto en el templo de Yazilikaya, en cuyos muros encabezaba siempre las inscripciones que representaban a la divinidad) y las terminaciones:



Este resultado no era de desdeñar, muy al contrario. Era asombroso que en el mismo año de haberse descubierto la existencia de un pueblo se hubiera conseguido ya descifrar no menos de seis signos de su escritura, los cuales servían para expresar sonidos en una lengua totalmente desconocida.

Repetimos, es innegable que Sayce cometió muchos errores, llevado de su entusiasmo y de su exceso de imaginación, pero su obra, tal vez su misma fantasía, sus mismos errores, provocaron —y esto fue su mérito principal— la emulación entre los filólogos de las generaciones siguientes.

Después de resueltos los primeros descifres, tuvieron que transcurrir casi veinte años hasta que surgiera otro lingüista poseído del entusiasmo de Sayce, dispuesto a resolver el misterio de los jeroglíficos hititas.

Con el tiempo había llegado el momento de emprender una nueva tarea, la de considerar la cuestión hitita desde otro punto de vista. A todo descubrimiento importante, con su cortejo de agitaciones y de euforia, le sigue siempre una pequeña pausa que se aprovecha para la reflexión, para digerirlo, por decirlo así; pausa durante la cual surge un hombre que se ocupa en reunir y *clasificar* las ideas fundamentales del problema. Este hombre había iniciado ya sus trabajos en la sombra.

Cuando, después de ímprobos trabajos, exhumaba sir Arthur Evans a finales del siglo pasado el palacio de Minos, en Creta, se encontraron allí unas dos mil tablillas de arcilla, cuya publicación se reservó en su calidad de descubridor.

Una parte de las inscripciones que contenían apareció el año 1909 en su obra *Scripta Minoa I*, que debía ser seguida pronto por un segundo volumen, pero no fue así. Esas tablillas cretenses, vestigios importantísimos de la protohistoria europea (después del descifre parcial por Michael Ventris sabemos que son verdaderamente sensacionales) fueron apiladas a la muerte de Evans en cajas y depositadas en las cabañas de campesinos de Creta y en los sótanos del Museo de Atenas, de modo que los investigadores, que durante tanto tiempo se habían esforzado en descifrar el misterio de la escritura cretense, no consiguieron tener acceso al material epigráfico original. Tuvieron que pasar nada menos que otros *cuarenta* años hasta que en 1952, John Myres, amigo y discípulo de Evans, ya muerto éste, diera a la luz el segundo volumen de *Scripta Minoa*.

Por una casualidad, poco tiempo antes, el americano Blegen había descubierto unas placas en Pilos y las publicó *doce* años después, en 1951. Luego se publicaron también apresuradamente algunos textos exhumados durante los años precedentes, y todo este material epigráfico hizo posible que lograra resolverse, hasta cierto punto, naturalmente, el misterio de la escritura cretense, que había ocupado inútilmente a toda una generación de filólogos.

Este ejemplo, relativo a un ciclo cultural al que estamos íntimamente ligados, muestra hasta qué punto en los momentos decisivos la carencia de textos puede frenar los descubrimientos e impedir que se realicen y se consigan nuevos descifres.

Pero existen, además, otros obstáculos, éstos puramente técnicos. Así, por ejemplo, en la mayoría de los casos los filólogos no tienen posibilidad de poder consultar los documentos originales que se encuentran diseminados por todos los museos del mundo, y esto les obliga a contentarse con reproducciones, con la agravante de que las copias que de ellas hayan podido tomarse allí son poco menos que ilegibles, porque los primeros croquis, por algún motivo u otro, eran muy defectuosos y luego, claro está, a cada nueva reproducción se iba de mal en peor.

Después de los errores cometidos por los primeros dibujantes encargados de reproducir los documentos y las inscripciones (algunas reproducciones estaban demasiado influidas por las propias preocupaciones estéticas de sus autores), los arqueólogos respiraron y saludaron con entusiasmo el advenimiento de la fotografía (la fotografía instantánea, como es natural, pues con la daguerrotipia no podía hacerse gran cosa en el desierto o en la selva). Se creía que el ojo imparcial e insobornable del aparato fotográfico registraría sin duda alguna fiel y objetivamente el aspecto y el relieve verdaderos del original.

Sin querer entrar en detalles, no hace falta ser un especialista para comprender

que ninguna dificultad presentaba entonces ya la fotografía de un sello jeroglífico en la calma de un estudio. Otra cosa era cuando el arqueólogo, suspendido de una cuerda y en posición bien incómoda, intentaba fotografiar alguna inscripción tallada en una roca cortada a pico, pendiente horas y horas del ángulo de incidencia apropiado de los rayos solares del momento, fugaz y favorable, a menudo bruscamente echado a perder por una nubecilla que en el preciso instante de disparar apagaba el brillo del sol.

Y eso después de haber estudiado durante muchos días la posición que en principio parecía garantizar una mejor iluminación y sacar el máximo partido posible de todos los detalles de una inscripción maltratada severamente por los elementos a través de los siglos.

No es raro el caso de haberse publicado hasta media docena de fotografías de una misma inscripción rupestre, tomadas en diferentes horas del día y desde ángulos distintos. A base de ellas habían los arqueólogos sacado importantes conclusiones, que ellos creían definitivas, hasta que un buen día en otra fotografía más reciente descubrían repentinamente algunos signos de los que no había ni rastro en ninguna de las anteriores.

Esta digresión tiene por objeto hacer resaltar cuan importante, mejor dicho, imprescindible, es para todo trabajo de desciframiento el que alguien de vez en cuando se consagre por entero a la tarea ingrata y dura de recoger y coleccionar periódicamente todo el material procedente de un determinado sector de investigación, clasificándolo y por fin fotografiándolo concienzudamente para que las copias resulten fiel reproducción del original.

En lo que se refiere a los jeroglíficos hititas, esta digamos misión la emprendió metódicamente el alemán Leopold Messerschmidt (1870-1911) el año 1900. Su *Corpus inscriptionum Hettitarum*, ampliado y completado en 1902 y en 1906, contiene la reproducción esmerada de todas las inscripciones jeroglíficas hasta entonces conocidas.

Los investigadores habían comenzado por descifrar las cuatro inscripciones de las piedras de Hamath; el *Corpus* de Messerschmidt contiene cien textos jeroglíficos muy diferentes entre sí, monumentales, profusos, breves y escasos de líneas, intactas o mutiladas, procedentes de piedras o de tablillas de arcilla.

Para la gran mayoría, la publicación de este álbum fue una verdadera sorpresa, por cuanto evidenciaba que los hititólogos disponían de un material ingente, mucho más considerable del que había sido preciso para descifrar otras lenguas antiguas. ¿No sería posible ampliar los conocimientos que de la civilización hitita se poseían y sacar nuevas conclusiones partiendo de tan favorables condiciones?

Unos años antes se había dedicado al problema de resolver los desciframientos hititas un arqueólogo, cuya actuación sorprendente estimuló y confundió al mismo

tiempo a los filólogos.

Su primero y más importante trabajo apareció en forma de artículos en 1894, artículos que fueron reunidos en un libro cuatro años más tarde, con el título de *Hititas y Armenios*, y del que un especialista tan destacado como Friedrich escribía todavía cuarenta años más tarde que «... somete a la inteligencia a una ruda prueba, pues no es tarea fácil descubrir todas las riquezas ocultas que contiene».

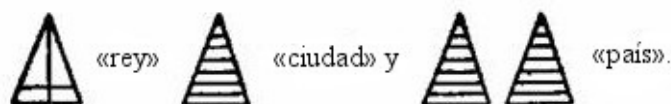
El sabio que con tan asombrosa lucidez exponía nuevas tesis era el asiriólogo Peter Jensen (1861-1936), en cuya obra, que es un verdadero prodigio, las revelaciones de capital importancia se entrelazan con ingeniosos errores, hasta el punto de que todos los filólogos que le sucedieron se verían obligados a empezar la carrera tomando posición ante las teorías que expone. La obra de Jensen contiene errores de bulto, pero como están apoyados por argumentaciones que a primera vista parecen irrefutables, se ha tardado muchos años en poder descubrirlos y eliminarlos. Es de todo punto imposible dar siquiera una idea de la exuberante erudición filológica de Jensen, y nos contentaremos con unos ejemplos que ponen en evidencia sus revelaciones acertadas y sus errores.

Jensen atribuye correctamente al jeroglífico

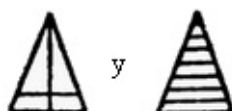


el significado «yo soy», mejorando así la interpretación «yo hablo» de Sayce.

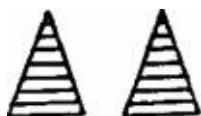
En cambio, poco después, lo estropea todo al confundir los ideogramas



Jensen no hacía ninguna distinción entre



que para él tenían ambos la significación de «rey», y, por consiguiente,



sería algo así: «un gran rey» o un «superrey».

Luego acertó nuevamente, y ello influyó de un modo decisivo en los descifres posteriores del hitita jeroglífico, el nombre de la ciudad de Carquemis:



Y por fin, basándose en numerosas interpretaciones, atinadas unas y falsas otras, en cuyo favor esgrimía con el mismo ardor los argumentos correspondientes, concluyó con la afirmación rotunda que constituye el coronamiento de su obra: «El hitita jeroglífico tiene afinidades con el armenio».

Contra semejante aserto se han aducido por lo menos una docena de razones, a cual mejor documentada, y entre ellas citaremos, como más evidente, la de Friedrich, quien fue el primero en hacer observar que, cuando se adoptó el alfabeto armenio, allá por el año 400 antes de J. C., hacía ya de 1.000 a 1.200 años que se estaba usando la escritura jeroglífica hitita.

Lo más curioso en Jensen no es que jamás reconociera sus errores, sino que incluso defendiera sus teorías con una terquedad digna de mejor causa. Tuvieron que transcurrir muchos años para que condescendiera en revisar algunos de sus primitivos puntos de vista; pero entonces se dio el caso tragicómico de que, volviendo sobre sus anteriores afirmaciones, declaró como falsa una interpretación suya *acertada*: la de los ideogramas que representan la ciudad de Carquemis.

Sea como fuere, sus trabajos abrieron una brecha en este campo de investigación, y durante años los filólogos que le sucedieron no añadieron a los suyos ningún resultado importante.

Para el lector a quien interesaren los problemas relativos al descifre de los textos antiguos, vamos a mencionar, según el orden cronológico de la aparición de sus trabajos, los nombres de los filólogos que después de la muerte de Jensen y hasta el año 1920 se esforzaron en esclarecer el misterio de los jeroglíficos hititas: C. J. Ball, J. Menant, J. Campbell, F. F. Peiser, J. Halévy, C. R. Conder, L. Messerschmidt, Fritz Hommel, A. Gleye, R. Rusch, R. C. Thompson, A. E. Cowley, G. Arthaud, Cari Frank.

Para dar una idea de cómo, vulgarmente hablando, se navegaba todavía entonces, bastará decir que, con raras excepciones, los investigadores apenas pudieron ponerse de acuerdo sobre ninguna interpretación, aparte de que, algunas veces, y por haber basado sus hipótesis en conclusiones erróneas, todo su trabajo resultaba vano y tenían que volver a empezar. Esto es lo que le sucedió a Peiser, quien dio una ingeniosa interpretación de una inscripción de Carquemis, que luego resultó inexacta por haber partido de una falsa disposición de las líneas.

He aquí un ejemplo de otras divergencias de pareceres. Halévy consideraba a los hititas como a un pueblo semita; Gleye, profano y autodidacta, pretendía explicar etimológicamente los jeroglíficos por medio de las lenguas finougrianas, mientras Cowley se inclinaba por el origen caucásico.

De todos modos, desde entonces hasta el 1930, se consiguió descifrar con bastante seguridad algunos nombres de ciudades (Tyana, Hamath, Gurgum), y así se dispuso de algunos ideogramas más, que pudieron ser utilizados en lecturas posteriores.

La controversia que por los años 1923-24 opuso Cari Frank a Jensen muestra con qué fanatismo defendían los filólogos sus respectivos puntos de vista, degenerando incluso sus divergencias —que al profano se le antojarían insignificantes— en el terreno del ataque personal.

Frank había publicado, tratando de los desciframientos, un libro con el título de: *Las pretendidas inscripciones jeroglíficas hititas*, y la crítica acerba que le dedicó Jensen en la *Revista de Asiriología* hizo el efecto de una bomba. Jensen en su artículo se mostraba indignado de que Frank se hubiera apropiado el método de desciframiento que él ideara treinta años atrás, y luego de pasar por la criba la obra de Frank, pulverizó sistemáticamente todos sus argumentos, terminando con estas palabras: «... es con un sentimiento de vergüenza que dejo la pluma».

No se hizo esperar la reacción de Frank, quien escribió en su *Contribución al estudio de las inscripciones jeroglíficas hititas*: «... me repugna ocuparme en todo este fárrago». «Su obra no posee ni la más elemental comprensión del significado de las inscripciones...», «... en parte alguna se vislumbra el menor destello de genio»... y esta última frase la destaca subrayándola.

Mirando las cosas objetivamente, debemos reconocer que ambos andaban acertados y desacertados a la vez. Tenían razón al afirmar que *el otro* había cometido errores importantes, pero no cuando cada uno pretendía que *solamente* el otro.

Quien tilde de impertinente el tono de esta polémica, olvida que un gran problema, incluso cuando se trata de uno puramente intelectual, exige un abandono total por parte del investigador, que a su solución debe consagrar toda una vida.

Después de esta apasionada disputa, a la mayoría de los filólogos les pareció que, en lo tocante a los jeroglíficos hititas, se había alcanzado una situación demasiado violenta. Nadie quiso echar más leña al fuego y transcurrieron algunos años durante los cuales nadie se arriesgó a publicar sus conclusiones, hasta que en 1928 el joven filólogo italiano Meriggi propuso nuevas interpretaciones, y luego, súbitamente, a partir de 1930, un grupo de sabios de la nueva generación, Ignace J. Gelb, americano, Emil O. Forrer suizo, y Helmuth Th. Bossert, alemán, decidieron hacer tabla rasa y emprendieron las investigaciones desde el principio.

Sus tentativas llamaron fuertemente la atención porque, cosa rara, por primera vez en la historia de los desciframientos estaban en principio de acuerdo sobre un gran número de interpretaciones. Fue su recompensa el apoyo que recibieron del prohombre de la hititología en persona, Friedrich Hrozný, quien interrumpió de repente su silencio de muchos años para declarar que un examen de los resultados a

que los jóvenes filólogos habían llegado le había demostrado que concordaban con los que él mismo había obtenido en el estudio de la escritura cuneiforme. Y entonces, para colmo, un acontecimiento imprevisto y providencial vino a esclarecer lo que a pesar de sus largas investigaciones los filólogos no habían podido elucidar aún.

En 1934 el arqueólogo alemán Kurt Bittel, continuando las excavaciones en Bogazköy, capital de los hititas, donde Winckler había recogido ya un material epigráfico de un valor excepcional, de buenas a primeras encontró unos trescientos *sigilos* de arcilla, de los cuales cien *eran bilingües*.

Desde hacía mucho tiempo, debido a los fracasos de interpretación sufridos en los albores de la época de los desciframientos, se había prácticamente abandonado el estudio de los sigilos, pero ahora los filólogos se pusieron al trabajo con nuevo ardor. En 1936 Bittel y Güterbock consiguieron descifrar el primer nombre del rey hitita Shubiluliuma (1375 a 1335 antes de J. C.) y cuya interpretación había sido objeto de apasionadas y violentas controversias. Este descubrimiento permitió determinar rápidamente el significado de otra inscripción.

Hacía mucho tiempo que se conocía en el peñasco de Nishan Tash, cerca de Bogazköy, una inscripción de grandes dimensiones, pero desgraciadamente muy deteriorada por el tiempo. Se había supuesto siempre que se remontaba al reinado de Shubiluliuma y ahora se obtuvo la certidumbre de ello, pues su nombre, en jeroglífico, figuraba en el edículo que siempre rodea el nombre de los soberanos hititas y es el equivalente del cartucho en el que se hallan inscritos los de los faraones. Por la experiencia se dedujo que se hallaban en presencia de una cronología de nombres reales, pues a todos los soberanos orientales les agradaba hacer figurar en las inscripciones los nombres de sus antepasados hasta llegar a la tercera generación.

Un detalle llamó la atención de los arqueólogos: los ideogramas correspondientes a los nombres del padre y del bisabuelo eran idénticos, variando en cambio el del abuelo. Esto parecía indicar que entre dos de los predecesores de Shubiluliuma había reinado otro soberano de nombre distinto.

Así fue, en efecto, y sus nombres eran conocidos desde hacía tiempo, pues las listas reales hititas se mencionaban repetidas veces en las tablillas cuneiformes de Bogazköy. El padre de Shubiluliuma se llamaba Tudhalia III y su bisabuelo Tudhalia II, mientras que Hattusil, nombre que no se parece en nada a los anteriores, era el nombre de su abuelo.

Estos nombres encajan admirablemente en la inscripción de Nishan Tash. El descifre posterior de otros sigilos confirmó y amplió esta interpretación.

Por fin se había conseguido leer, sin que quedara la menor sombra de una duda, cuatro nombres de soberanos hititas: Shubiluliuma, Tudhalia, Hattusil y Urhi-Tesup. Ésta era la primera *prueba irrecusable* de la exactitud de la mayoría de los ideogramas descifrados hasta entonces por los filólogos ingleses, alemanes,

americanos e italianos a lo largo de cincuenta años de trabajo ímprobo y a menudo desmoralizador.

Sin embargo, siempre hay un pero. Una vez más los progresos alcanzados no respondieron a las esperanzas que en ellos se habían fundado para el momento en que estuviesen descifrados los nuevos sigilos encontrados.

Los textos de estos sigilos eran demasiado cortos y muchas veces los caracteres de las tablillas sólo podían leerse con grandes dificultades; incluso ciertas inscripciones eran demasiado fragmentarias para poder sacar nada en limpio de ellas.

Güterbock, profesor alemán en Ankara, que desempeñó un papel decisivo en la interpretación de los sigilos, no ocultaba su pesimismo ante tal estado de cosas. ¿No había escrito el mismo Sayce: «No tengo ninguna esperanza de que pueda realizarse un descifre en el verdadero sentido de la palabra a menos que la suerte nos depare un texto bilingüe suficientemente largo»?

Por fin, he aquí que lo inverosímil, lo imposible, que iba a permitir que la hititología saliese del callejón sin salida en que se encontraba, aquello en que Sayce ya no osaba creer, aquello sucedió. El gran texto bilingüe, sueño dorado de todos los filólogos desde hacía 70 años, fue descubierto por fin en 1946. Y es curioso que lo fuera precisamente por el hombre que, si bien había trabajado con Güterbock en el descifre de los sigilos, se había declarado optimista en 1942 y confiaba que la escritura jeroglífica hitita podría llegar a ser descifrada incluso sin ayuda del tan anhelado texto bilingüe largo.

Este hombre no es otro que el profesor alemán Helmuth Th. Bossert, y si pudo realizar este descubrimiento se debe a que encontrándose un día del otoño del año 1933 en una recepción ofrecida por el ministro turco de Instrucción Pública, contestó sin vacilar: «Ya lo creo, ¿por qué no?», cuando se le preguntó si aceptaría una cátedra en Estambul. Pero esto es otra historia que guardaremos para el último capítulo.

III. El enigma del poder

Capítulo 7

Los reyes de Hattusas

Si queremos dar un breve resumen de la historia de los hititas deberíamos previamente precisar lo que se entiende por «historiografía», por cuanto el sujeto se presta ciertamente a confusión. Al subrayar el carácter científico de su obra, los historiadores de los siglos XIX y XX han querido dar un poco la sensación de que la historiografía es una ciencia y que lo que ellos han escrito es estrictamente científico.

Ahora bien, lo único que en la historiografía merece el nombre de ciencia es la crítica histórica, perfeccionada en el siglo XIX, que aquilata el conjunto de métodos que permiten averiguar, mediante la utilización de los procedimientos más modernos, y con la colaboración de todas las disciplinas científicas, la *autenticidad* de las fuentes históricas, anales, documentos, cartas y toda clase de tradiciones, o sea que consiste en una investigación a fondo que tiene por única finalidad comprobar la legitimidad, la validez y la procedencia del material entre el cual hará el historiador su selección, influido éste entonces por su propia individualidad y por el espíritu de su época, teniendo presente, además, el aspecto histórico que desee hacer destacar.

Si no tenemos presente esta última limitación, es en el historiador alemán Leopold von Ranke (1795-1886) en quien encontramos la mejor definición de lo que conocemos por «interpretación de las fuentes históricas». En el prólogo de su *Historia de los pueblos latinos y germánicos de 1494 a 1514*, dice:

«A la historia se le ha asignado la doble tarea de juzgar el pasado y de orientar a las generaciones futuras; esta obra no aspira a tanto; quiere únicamente presentar los acontecimientos tal como se desarrollaron».

«... tal como se desarrollaron...». Esta afirmación expresa una convicción filosófica que solamente podía surgir en un siglo en el que las ciencias naturales gozaban de una primacía absoluta, y lleva implícita la certidumbre de que, *igual que todo lo demás*, así podría reconstituirse ni más ni menos que como una combinación química, la cual es el resultado de sus diversos elementos, la vida y la decadencia de los pueblos que fueron.

Si tomáramos al pie de la letra esta afirmación de Ranke, deberíamos condenar irremisiblemente a todos los grandes historiadores. No escaparían a la censura Heródoto (no solamente conocido como «el padre de la Historia», sino también como «el padre de la mentira»), Tucídides, Tácito, Suetonio (sobre todo este último, que para algunos no es más que un vulgar recopilador de anécdotas). A la categoría de cronistas pasarían Froissart, Voltaire e incluso Edward Gibbon, y lo mismo decimos de los grandes maestros de la historia moderna, de Herder, Carlyle, Nietzsche a

Spengler y a Toynbee.

Sin embargo, la mayoría consideramos sus obras como verdaderos documentos históricos, aun cuando cualquier estudiante moderno pueda señalar con el dedo sus monumentales errores.

Verdad es que Oswald Spengler (1880-1936) expone una opinión diametralmente opuesta a la de Ranke cuando en tono polémica declara: «La historiografía es hacer obra de imaginación, es poesía», o sea que, según él, el historiador no debe limitarse a considerar los acontecimientos como fueron, sino que debe, además, tratar de *interpretarlos*.

Abundando en el mismo criterio, el historiador holandés Johan Huizinga (1872-1942) va todavía más lejos cuando escribe:

«La historia es la forma espiritual en la que una civilización puede juzgar su propio pasado».

Pondremos punto final a estas digresiones porque nos llevarían demasiado lejos en el dominio de la filosofía de la historia, lo cual no es precisamente la finalidad de este libro.

Por de pronto, ni los métodos de Ranke ni los preconizados por Spengler permitirían reconstruir la sucesión de los acontecimientos del segundo milenio antes de J. C., especialmente los que se refieren a la historia del pueblo hitita. Es ciertamente considerable el material con que cuentan los investigadores, pero subsisten todavía muchos claros.

La historia dispone de documentación suficiente para escribir, todo lo más, una historia de los reyes hititas y de sus guerras, puesto que los documentos originales abundan. Reyes y guerras, que no es poco en la vida de un pueblo, pero que ya no bastan para escribir la verdadera historia según la noción que de ella nos ha legado el siglo XIX, pues deseamos que sea reflejo de la vida misma.

Ahora bien, lo que se llama historia de la civilización del pueblo hitita, esto no podrá escribirse hasta que los textos de las tablillas que tratan de sujetos determinados (documentos jurídicos y reglamentos) nos permitan formarnos una idea exacta de la religión, de la jurisprudencia, del arte y de las costumbres del pueblo hitita.

Con tales documentos a la vista, *todas* las civilizaciones antiguas pueden reconstituirse en cierto modo, pero la de los hititas constituye por ahora un misterio por el mero hecho de no existir indicio alguno que nos permita afirmar que es el resultado de una evolución orgánica, y nada prueba, además, la existencia de un estilo o de características específicamente hititas. En otro capítulo veremos hasta qué punto estos hechos pueden ofrecer ilimitadas oportunidades al historiador audaz y decidido.

En 1834 aparecía Texier ante las ruinas de Bogazköy, o Hattusas, como la llamaremos ahora adoptando su nombre histórico en este capítulo que trata de

historia.

Winckler había demostrado en 1907 que Hattusas había sido realmente la capital del Imperio hitita, y en las ruinas de Hattusas empezó a hurgarse en el pasado de la historia de aquel pueblo de diecinueve siglos *después* de J. C. La lectura de las tablillas encontradas prueba que Hattusas fue la cuna del Imperio diecinueve siglos *antes* de J. C.

Es, pues, lógico que nuestra reseña de la historia de Hatti empiece en Hattusas.

Esta historia empieza con una maldición,

«La tomé por asalto durante la noche —dijo el rey— y en el lugar donde se levantaba la ciudad sembré cizaña. Que el dios de las tormentas aniquile a quien reine después de mí y ose repoblar Hattusas».

Este texto figura en una estela de Annitas, rey de Kusara, que derrotó al reyezuelo de la pequeña fortaleza de Hattusas y arrasó la ciudad. Esta maldición, que forma parte de una larga inscripción del templo, escrita en una variante arcaica de la antigua lengua hitita, no surtió efecto, y así vemos cómo, por no haber sido tomada en consideración, hacia el año 1800 antes de J. C, Hattusas renació de sus cenizas más esplendorosa y fuerte que antes.

En realidad es bien poco lo que sabemos de los movimientos de pueblos que tuvieron lugar durante aquellos siglos en Asia Menor, Siria y Mesopotamia. El Imperio de Sargon (alrededor del año 2300 antes de J. C.) había extinguido hacía tiempo, y la influencia asiría en Asia Menor —la principal colonia asiría es Kulteje (Kanes)— iba decreciendo. Las ciudades-Estados y los pequeños reinos guerreaban entre sí con fortuna diversa; se formaban alianzas que se transformaban en «ententes cordiales» de corta duración, sin que jamás se llegara a una concentración de poder susceptible de ejercer una influencia política durable y realmente efectiva.

El panorama varió cuando entraron en escena los hititas que procedían del norte. ¿Del nordeste o del noroeste? No lo sabemos, como también ignoramos su verdadero nombre (véase el capítulo 5). Sólo una cosa es cierta: ¡Eran indoeuropeos!

Con toda probabilidad se trataría de unos cuantos miles de hombres solamente, pero seguramente más inteligentes y más enérgicos que los protohititas autóctonos, y desde el momento de su aparición dieron prueba de su alto sentido político, que no excluía, empero, la realidad de su fuerza militar.

En otras palabras, su poderío debió ser tan grande que en parte alguna encontraron resistencia digna de mención.

Invadieron, pues, el país, pero tuvieron la suficiente cordura de no esclavizar a los pueblos subyugados, y de este modo se granjearon la amistad y el respeto de los indígenas, que se convirtieron en sujetos leales del nuevo Estado.

Es curioso que los primeros reyes hititas tuvieran interés en que su dinastía pareciera remontarse a la de los antiguos soberanos de la casa de Kusara, hasta aquel

mismo rey Annitas que destruyó a Hattusas y lanzó el anatema contra quien osara reconstruir la ciudad en el «desfiladero angosto».

Bien poco sabríamos actualmente de los primeros reyes de los hititas si uno de ellos, que vivió unos 150 años después de la conquista del territorio, no hubiera hecho preceder sus edictos de una introducción histórica encaminada a justificar la necesidad de las reformas por él preconizadas. Telebino, que tal era su nombre, cita como padres del nuevo Imperio a tres soberanos:

Labarna, Hattusil I y Mursil I.

El nombre de Labarna lo encontramos posteriormente identificado con el de «rey», como símbolo y sinónimo de grandeza y de poderío, igual que más tarde el de César dio origen a los títulos modernos de zar y káiser.

Los datos que se poseen de aquellos primeros tiempos son muy imprecisos; pero, no obstante, de ellos se desprende que sus predecesores Tudhalia y Pusarrumas casi no son otra cosa sino nombres que se pierden en la bruma de la protohistoria, mientras que Labarna debe ser considerado como el verdadero fundador del primer Imperio hitita.

«Y el país era pequeño...», «Siempre que entraba en campaña derrotaba a sus enemigos». Agrupó las ciudades-Estados y los pequeños reinos en una gran unidad política; ensanchó las fronteras del nuevo Estado en dirección al oeste y extendió la influencia hitita hacia el sur y el norte, tal vez hasta las mismas orillas del mar Negro y del Mediterráneo.

Todo parece indicar que Labarna fue el primero que consolidó la institución de la monarquía al dictar las disposiciones que en cierto modo garantizaban la sucesión al trono. A partir de entonces el soberano podía nombrar a su sucesor.

Su hijo Hattusil I (1650-1620 antes de Jesucristo) pudo apoyarse, al iniciar su remado, en una base política sólida, y se aplicó en fortalecerla mediante nuevas conquistas. Atravesó la frontera avanzando hacia Alepo, al sur, para establecer allí un Estado tampón cuya misión sería la de proteger su Imperio. Pero sus enemigos más peligrosos no los tenía ante sí, sino a su espalda.

Al regresar, enfermo, de la campaña de Alepo, redactó un documento sin equivalente en la literatura antigua. Las lamentaciones del rey Hattusil I moribundo alcanzan una gran intensidad poética y constituyen al propio tiempo su testamento.

«Así hablaba el gran rey, el Labarna, a la asamblea y a los dignatarios:

»He aquí que me encuentro enfermo y postrado en cama. Con estas palabras os he presentado el niño Labarna, que me sucederá en el trono. Yo, el rey, le he llamado mi hijo, le he abrazado, ensalzado y mimado. Pero no hay palabras bastantes para calificar su conducta durante mi enfermedad.

»No ha derramado una sola lágrima, ni ha demostrado compasión alguna.

»Es frío y no tiene corazón.

»Entonces yo, el rey, le he mandado llamar a mi lecho.

»Pues qué, si esto es así, ¿quién seguirá educando a un sobrino como si fuera un hijo? Pero ni siquiera ha hecho caso de las palabras del rey. Solamente ha prestado oídos a las de su madre la serpiente.

»Sus hermanos y sus hermanas le han mal aconsejado una y otra vez y él les escuchó. Y yo lo he sabido, yo, el rey.

»Pues bien, si quiere lucha, la tendrá.

»Basta ya de esto. Éste ya no es mi hijo.

»Pero he aquí que su madre berrea como una vaca:

»Dentro de mi matriz viviente arrancaron la pierna al becerro; lo han destruido, ¡y tú quieres asesinarle!

»Pero yo, el rey, ¿es que hice algún daño?

» ¿No le nombré sacerdote?

»Siempre le colmé de honores y continuamente me preocupé por su bienestar.

»Pero él, en cambio, nunca correspondió a mi cariño. Si pudiera salirse con la suya, ¿cómo podría amar a Hattusas?».

Hattusil, moribundo, escoge a su nieto Mursil para sucederle en lugar del ingrato, y castiga a su sobrino y a su hermana, les reduce la asignación y les confina a su residencia forzosa.

Luego se extiende en consideraciones sobre los principios que, a su juicio, deben servir de base a una verdadera educación de príncipe, y da a su recién nombrado sucesor algunos consejos que, en realidad, son órdenes. Aun cuando el joven deberá residir siempre en el círculo de la corte, convendrá que lleve una vida modesta a pan y agua, y sólo cuando llegue a viejo podrá catar el vino: «¡Entonces, bébelo hasta saciarte!».

Este patético documento, que es testamento y recriminación, y fue escrito hacia el año 1620 antes de J. C., constituye un enigma para los arqueólogos, pues en la literatura de la antigüedad no hay otro ejemplo de tal belleza y simplicidad en el lenguaje, y en el que con tanta habilidad se mezclan la narración al diálogo, los consejos a las lamentaciones.

Si fuere un caso único, rayaría en el milagro, pero nuestra experiencia nos inclina a creer que este testamento de Hattusil I sólo puede ser la culminación de una larga *evolución* literaria. Hasta ahora, sin embargo, en apoyo de esta tesis no disponemos de ningún indicio que hable en favor de un proceso literario dentro del conglomerado del reino hitita.

Uno de los más recientes comentaristas de la cultura hitita, la doctora alemana Margarete Riemschneider, llama a este documento «un espejo de príncipes», lo que implicaría que fue redactado por razones de alta política.

Esto no resulta muy convincente a juzgar por el tono sumamente personal de los

últimos párrafos. De todos modos, aunque así fuera, esta tesis solamente explicaría la *génesis* del testamento, pero de ninguna manera su *impecable redacción*.

Según los términos del testamento, uno de los últimos actos oficiales de Hattusil I fue la designación de un nuevo sucesor, Mursil, en lugar del mal aconsejado primogénito Labarna. Este Mursil I (1620-1590) estrechó los lazos un tanto endeble que unían la confederación de las ciudades-Estados e incorporó éstos al primer Imperio hitita, el cual, regido por él, llegó a ser la tercera gran potencia del Oriente Medio, al nordeste del Imperio de los faraones y al noroeste de los grandes reyes de Babilonia.

El nombre de Hatti inspiraba ahora respeto y temor. Después de la conquista de Alepo —en cuya empresa fracasara su padre adoptivo— avanzó triunfalmente en dirección sudeste y se apoderó de Babilonia; una campaña tan heroica y absurda como la de Alejandro el Magno hacia la India, la de los emperadores alemanes por Italia y Tierra Santa y las de Carlos XII de Suecia y Napoleón para conquistar Rusia. Babilonia cayó, pero era evidente que Mursil no podría conservar una ciudad situada a dos mil kilómetros de Hattusas, y no hablemos de incorporarla a su Imperio.

En 1590 antes de J. C, poco después de su regreso, Mursil era asesinado por su cuñado. Esta fecha es uno de los pocos datos precisos que poseemos de la historia hitita, pues coincide con las referencias hace tiempo conocidas de los anales mesopotámicos sobre la caída de la primera dinastía babilónica.

Detrás de la serie de nombres sonoros y bárbaros de Hantil, Zidanta, Ammuna, Huzzia se ocultan intrigas palaciegas, luchas dinásticas por el poder entre los reyes, la nobleza y el clero; verdaderas tragedias shakespearianas, pues el Imperio hitita tuvo sus Hamlets, sus Macbeths y sus Ricardos III, tres mil años antes de que el genial inglés de Stratford-on-Avon viniera al mundo.

El parricidio y el fratricidio eran el camino más corriente para escalar el trono: viudas ambiciosas, regentes y tutores ávidos de poder gobernaban el país durante la minoría de los futuros reyes.

Solamente la legitimación de la *idea* de la realeza podía poner orden en este caos, y esta *idea* culminó en la implantación de un sistema sucesorio hereditario.

Telebino fue el promotor de esta reforma necesaria y trascendental, con lo cual, por decirlo así, quedaba instituida la monarquía constitucional. El porvenir de la monarquía estaba asegurado por la sucesión automática al trono del heredero varón, pero se reservó al *Pankus*, o Consejo de los Nobles, el derecho de jurisdicción, incluso sobre el propio rey, al que podían reprender si sospechaban que planeaba el asesinato de algún familiar suyo, llegando hasta poder *condenarle a muerte* si se demostraba su participación en el crimen cometido. Era imposible idear una ley más a propósito para acabar radicalmente con la situación existente hasta entonces.

Como Telebino disponía de fuerza suficiente para hacer respetar la autoridad real,

las atribuciones del *Pankus* quedaban prácticamente limitadas a intervenir en casos de asesinato de algún miembro de la familia real, o sea que su función resultaba puramente honorífica, pues desde que la monarquía era hereditaria, el asesinato político ya no tenía razón de ser.

Por otra parte, como los soberanos hititas, contrariamente a la costumbre oriental —y ello puede ser una prueba más de su origen indoeuropeo—, no se atribuían una estirpe divina, en fin de cuentas era el *Pankus* el mejor garante de la legitimidad de la monarquía.

Esta primitiva forma de monarquía constitucional, que no reaparece hasta muchos siglos más tarde en la historia de Occidente, es un buen sujeto de investigación para los historiadores de derecho político.

No puede sorprender, teniendo en cuenta lo que antecede, que date de este período la primera codificación de las leyes hititas, realizada probablemente por el propio Telebino.

Estas leyes se basaron en recopilaciones anteriores y se inspiraron a no dudar en las tablillas asirías y babilónicas, pero en lo que este código difiere mucho de los otros textos orientales es, sobre todo, en lo que se refiere a la relativa benignidad de los castigos. Contiene, además, tales innovaciones jurídicas que causa admiración.

Desgraciadamente, es bien poco lo que sabemos del resultado que dio en la práctica la nueva legislación promulgada por Telebino.

Durante décadas los arqueólogos no hicieron más que emitir teoría tras teoría y todas resultaron falsas por haberlas basado en un malentendido, como en algún momento de su historia se ha producido en todas las disciplinas científicas.

Hace dieciocho años los arqueólogos situaban a Telebino entre los años 1620-1600 antes de J. C, mientras que doce años antes Forrer había fijado el año 1775. Según esta cronología, los textos siguientes de que disponemos se interpolan en una fecha alrededor del año 1430, o sea que después del reinado de Telebino se habría extendido un período de dos siglos durante el cual aparentemente no habría sucedido lo que se dice nada, no habiendo sido posible encontrar ningún documento, ninguna inscripción, ningún objeto hitita que a él se refiriera.

Jamás se ha dado en la historia otro caso semejante, que dos siglos desaparezcan sin dejar el menor rastro. Ni mediante comparaciones con la historia de otros pueblos vecinos era posible llenar este vacío.

En su *Lista de los reyes hititas*, Kurt Bittel, el sucesor de Winckler en las excavaciones de Bogazköy, dejó simplemente un «blanco» que correspondía a este vacío de dos siglos, del 1600 al 1400, aproximadamente. Albrecht Götze, uno de los más eminentes hititólogos contemporáneos, también quedó perplejo ante el mismo vacío, pero prometió que el enigma sería pronto resuelto.

«Provisionalmente —dijo— voy a sugerir que el eclipse hitita concuerda con el

apogeo del poderío hitita en el imperio de Mittani». «Solamente hacia 1430, o sea después de un período durante el cual los hititas habrían descendido y se habrían mantenido en un insignificante rango provinciano, vuelven los documentos encontrados a facilitar nuevamente algunas indicaciones».

¿Puede admitirse sin más ni más este período de doscientos años de «insignificancia provinciana» en la historia de un gran Imperio?

Supongamos que suprimiéramos de la vida de los pueblos de Occidente un período similar, por ejemplo, del 1500 al 1700 de nuestra era. En este caso, dos épocas esencialmente distintas, la Edad Media y la Moderna, con sus respectivas culturas, se sucederían y enfrentarían en la historia sin transición alguna.

Ese sí que sería un inmenso vacío difícil de concebir, esa historia sin el descubrimiento del Nuevo Mundo, en la que no figuraría el poderío y la grandeza de las Españas, la expansión de Portugal, ni la época barroca, ni la Reforma, que dejó sentir su influencia en *todos* los aspectos de la civilización, el comienzo de la ciencia moderna con las obras de Giordano Bruno, Tycho Brahe, Kepler, y los sistemas criticofilosóficos de Hobbes, Spinoza y Leibnitz, y la aparición del teatro mundial con Shakespeare, Moliere y Calderón.

Imaginémonos por un momento el apuro de los historiadores para llenar el vacío de esos 200 años, suponiendo que los últimos documentos disponibles se refieran todavía a Carlos V y los siguientes a Federico el Grande de Prusia; pero no es otro el problema que los hititólogos creían tener ante sí. Estos dos siglos, durante los cuales las poblaciones del Asia Menor parecían haber desaparecido en la noche del olvido, dieron origen a las conjeturas más estafalarias. Todas las hipótesis resultaron falsas.

Ahora que el secreto ha dejado de serlo, ahora que sabemos a qué atenemos sobre el «eclipse hitita», sería muy fácil decir, como en las charadas, que la solución era muy sencilla. Pero, no obstante, lo raro del caso es que nadie soñara en comprobar minuciosamente los datos cronológicos que de los acontecimientos en el Asia Menor se poseían, o por lo menos no deja de sorprender que a nadie se le ocurriera sospechar —que no implica demostrar— que en la vida de un pueblo doscientos años sin historia es un absurdo y que, por consiguiente, quizá todo proviniera de un error en la cronología hasta entonces admitida como exacta.

Para mejor tratar esta cuestión con el debido conocimiento de causa, es indispensable hacer una pequeña incursión en el campo de la cronología.

Capítulo 8

La ciencia de las fechas históricas

El conocimiento que los hombres tenemos de nuestros padres, de nuestros abuelos y de nuestros bisabuelos, o sea la historia de nuestros antepasados más inmediatos, es el método cronológico más simple, el más natural y al propio tiempo el más elemental.

Este método, que consiste en servirse de la genealogía como bases de la división del tiempo, se complementa a menudo con el recuerdo de las catástrofes o fenómenos naturales. Todavía hoy no es raro oír a los campesinos hablar del «año de la gran inundación»... o «del año durante cuyo invierno nos moríamos de hambre...».

No siempre, pero por regla general cuando un pueblo siente la necesidad de recurrir a métodos más exactos para medir el tiempo, es indicio de una civilización incipiente.

Egon Friedell, uno de los más brillantes historiadores de la cultura, y en cuyos libros, a pesar de carecer de base científica, los historiadores han hallado interesantes sugerencias, dice: «El mayor anhelo del hombre, su más cara ilusión, es introducir la *cronología* en el mundo, y tan pronto creemos haber logrado sujetar el tiempo a un sistema de cálculo, que lo hemos reducido y hecho comprensible en términos con los cuales se puede medir, entonces estamos convencidos de que nuestro sueño es ya una realidad, que hemos subyugado al tiempo, que ya nos pertenece».

La observación exacta del ciclo anual es generalmente el punto de partida de una cronología fundada en cálculos astronómicos, y tiene una importancia capital.

Así, por ejemplo, en Egipto la determinaba la crecida beneficiosa del Nilo, mientras que en Babilonia era el terror a las inundaciones devastadoras de los dos ríos que forman la Mesopotamia.

En la civilización maya de Centro América, la fijación de los grandes círculos anuales degeneró en un calendario de terror, de tal modo que toda la vida de los mayas estaba regida por los fenómenos celestes.

La civilización griega, que hemos venido considerando como la más completa de las civilizaciones antiguas, constituye una excepción en este aspecto, pues los griegos no utilizaron ningún sistema cronológico exacto, excepto el de la periodicidad de los Juegos Olímpicos. En general, los griegos carecían del sentido de la historia, ignoraban la sucesión de las fechas y mezclaban con la mayor confusión los acontecimientos y los personajes. Un buen ejemplo de ello lo tenemos en Heródoto, a quien se nos ha dado por llamar precisamente «el padre de la Historia».

Cuando Spengler observa que: «Con nuestro sentido de la historia, nosotros, los hombres de la civilización occidental europea, somos una anomalía, una excepción, no la regla; lo que nosotros llamamos historia universal es *nuestra* propia visión del

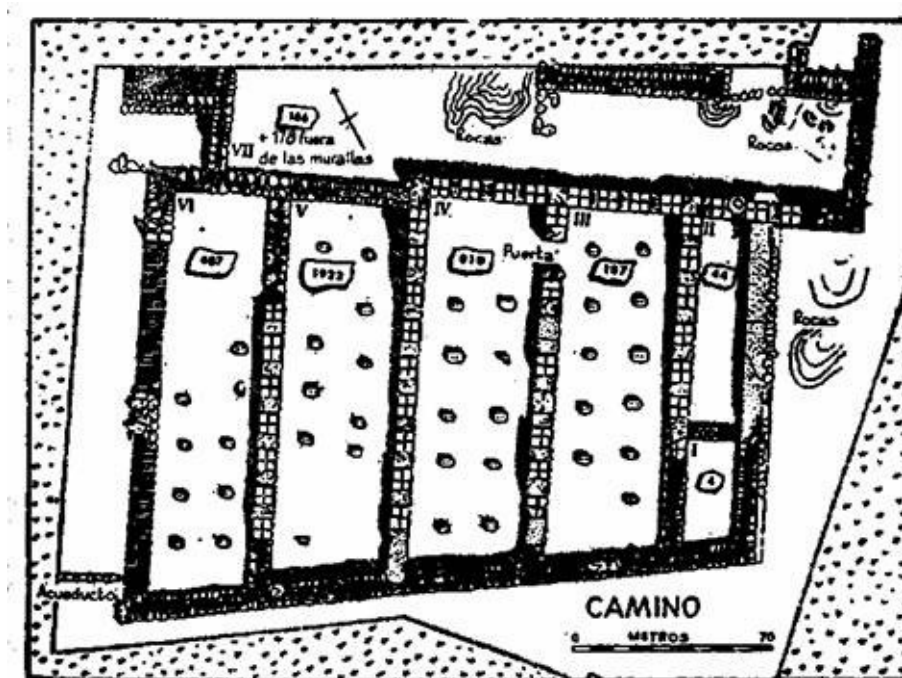
mundo, no de la humanidad», parece simplificar demasiado las cosas y, sin embargo, vemos que no le falta razón si consideramos, porejemplo, el caso de los antiguos babilonios, a los cuales, a pesar de sus excelentes métodos ideados para calcular el tiempo, fundados en la minuciosa observación de los astros, nunca les dio por utilizar esa técnica para establecer una cronología histórica, tal como la imaginamos ahora, basada en hechos reales y en fechas exactas.

El joven que por primera vez se sumerge y entusiasma en el estudio de la historia antigua, se siente sobrecogido ante la seguridad con que los historiadores modernos sitúan los acontecimientos que se desarrollaron en el mundo hace miles de años.

El respeto se transforma pronto en admiración a medida que se profundiza más en el estudio, cuando uno se familiariza con las fuentes históricas y ve cuan endebles, confusas o erróneas ya eran éstas en la época en que quedaron fijadas para la historia. Y eso no es todo, sino que también esos comprobantes históricos solamente han llegado hasta nosotros en forma muy fragmentaria, medio borrados por el tiempo o aun destruidos por la mano del hombre.

Hasta que un buen día se observa con desaliento que lo que se tiene ante sí no es más que un esqueleto de fechas históricas y que alrededor de este esqueleto cronológico hay bien poca cosa, que sólo pudieron animarlo unos miembros raquíuticos y desgarrados, y uno se pregunta entonces cómo es posible que esta estructura puramente hipotética corresponda a la realidad, pues nuestro instinto nos dice que las antiguas culturas debieron de conocer un desarrollo orgánico progresivo, como un ser animado cualquiera.

Y entonces es cuando empezamos a dudar de *todas* las fechas.



Plano del «Edificio A» de Büyükkale, ciudadela de Bogazköy (Hattusas), en donde a partir de 1931 halló Bittel las nuevas tablillas. Las cifras dentro de las siete habitaciones indican el número de tablillas encontradas, y

además que las tablillas de las habitaciones IV, V y VI eran reunidas en archivos. La estrella de la habitación II muestra el emplazamiento de las contadas tumbas descubiertas hasta ahora en Bogarköv.

Para dar una idea de la inseguridad de la cronología, bastará decir que después de las investigaciones, que duraron más de un siglo, ha tenido que ser variada desde el año 5867 al 2900 antes de J. C, la primera fecha de la unidad de Egipto realizada por el rey Menes, fundador de la primera dinastía egipcia... Y aún no estamos muy seguros de que esta última fecha, que actualmente se considera como el principio de la historia egipcia, sea, en realidad, definitiva.

El caso que ha motivado esta digresión, esta incursión en la cronología —el vacío de doscientos años en la historia hitita— no es el más a propósito para que la cronología nos inspire una confianza absoluta.

Y sin embargo, si profundizamos más en esta cuestión, vuelve el primitivo respeto al observar que los historiadores hacen una distinción bien marcada entre las fechas «seguras» y las «probables», y que han logrado reconstruir casi impecablemente la trama cronológica de la historia antigua.

Así como la tarea de los arqueólogos comenzó con el examen de lo que se les ofrecía a la vista sobre la superficie de la tierra, para orientar luego las investigaciones hacia las capas más profundas del subsuelo, del mismo modo proceden los historiadores que para empezar echan mano de las leyendas y tradiciones más explícitas antes de abrirse lentamente camino por entre las tinieblas del misterioso y enigmático pasado.

Siempre que fue posible establecer una relación directa y aparente con los acontecimientos mencionados en los documentos griegos, persas o egipcios de la última época, pudo reconstruirse la cronología en sentido inverso, empalmando, por decirlo así, con la era cristiana.

Los sucesos más importantes del primer milenio antes de J. C., tal como los relata la historia, pueden considerarse como seguros, siendo, además, también exactas las fechas que se les atribuyen. Pero cuanto más atrás nos remontamos, es natural que disminuyan los datos que se refieran a los hechos conocidos. Incluso las fuentes informativas empiezan a escasear y, lo que es peor, son cada vez más vagas, más imprecisas.

Después de las crónicas ya no hay sino mitos, y después de los anales quedan solamente leyendas, como después de los reyes aparecen ya los «dioses». En lo que al segundo milenio antes de J. C. se refiere, los historiadores ya cuentan con posibles errores de algunas décadas al indicar la duración de algún reinado, y en el tercer milenio las evaluaciones varían en varios siglos.

Los primeros puntos de referencia básicos de que se tuvo noticia una vez que se consiguió descifrar la escritura cuneiforme fueron las listas reales, cronológicas y epónimas, las crónicas y las inscripciones reales.

Lo que se conoce aún por el nombre de «listas reales» son unos documentos con los nombres de los soberanos y la duración de sus reinados respectivos. La lista real más antigua encontrada en el Asia Menor es un bloque cuadrado de piedra, de 20,5 cm de altura, que contiene los nombres de los protorreyes de las dinastías antediluvianas, soberanos míticos que reinaron entre la Creación del mundo y el Diluvio; se extiende hasta los tiempos históricos y termina en el umbral del segundo milenio.

Con este documento epigramático, que los arqueólogos han bautizado con el nombre de «Lista real WB 444», completada por otras dos listas designadas por las letras A y B, por las llamadas «Listas reales asirías», descubiertas en 1932-33 en Korsabad, y por otras listas fragmentarias de dinastías posteriores, la cronología alcanza hasta el primer milenio, o sea hasta una época en que las informaciones procedentes de otros documentos son ya tan abundantes que permiten determinar las fechas exactamente y sin la menor dificultad.

La existencia de todas estas listas, no siempre completas, con la relación relativamente continua de los soberanos, cuyos nombres van seguidos de la duración de sus respectivos reinados, amén, alguna que otra vez, de la mención de algún acontecimiento importante, podía hacer suponer que la cronología ha dejado de ser un problema.

Y, sin embargo, nada más lejos de la realidad, pues basta examinar los fragmentos que poseemos de tales listas para sentirse rápidamente defraudados. Así, por ejemplo, la lista WB 444 de los monarcas babilónicos antediluvianos empieza de esta manera:

*Cuando la realeza descendió del cielo,
se estableció en Eridu.*

*En Eridu reinaba el rey Alulim,
cuyo reinado duró 28.000 años.*

El de Alalgar duró 36.000.

*Dos reyes
reinaron a ellos dos 64.800 años.*

*Eridu fue destronado
y le sucedió Bad-tibira.*

*En-men-lu-anna Bad-tibira
reinó durante 43.200.*

*En-men-gal-anna
28.800 años*

*y el dios Dumuzi, el pastor,
durante 36.000 años.*

He aquí el principio de la «Lista B. de los reyes de Babilonia»:

El rey Sumu-Albi	15 años
Sumu-la-il	35 ”
Sabú, su hijo	14 ”
Apil-Sin, su hijo	18 ”
Sin-muballit, su hijo	30 ”
Hammurabi, su hijo	55 ”
Samsu-iluna	35 ”
etc., etc.	

Podemos dejar a un lado las fantásticas longevidades que la «Lista WB 444» asigna a los reyes antediluvianos. Es evidente que este aspecto de la famosa lista carece de todo valor histórico, pero no puede descartarse la eventualidad de que los arqueólogos confirmen algún día la existencia de tales soberanos, que bien podrían haber reinado durante un período de tiempo razonable.

Estos ejemplos —otras listas son todavía más concisas— no parecen tener otra finalidad que la de indicar el orden de sucesión de los soberanos y no la de fijar para la posteridad *puntos históricos de referencia*.

En otras palabras:

De la «Lista Real B» se desprende que Sumu-la-il reinó durante 35 años después del rey Sumu-Albi, el cual permaneció solamente quince años en el trono, pero no se indica, ni hay manera de saberlo, *cuándo* empezó a reinar Sumu-Albi.

¡Pero si no fuese más que esto! Los arqueólogos y los historiadores estarían encantados si, por lo menos, pudieran confiar en el orden de sucesión que figura en las listas, pero éste no es el caso, pues los «listeros» babilónicos omitieron simplemente citar los nombres de los reyes que a su juicio pasaron por el trono sin pena ni gloria; a veces no estarían bien informados; otras se equivocan, o mezclan simplemente los nombres de dinastías diferentes y escriben *unos a continuación de otros* los nombres de los monarcas que deberían figurar *en una columna paralela*.

Así, por ejemplo, en un documento de la época del gran rey Sargón (2350 antes de J. C.) se indica que no menos de 350 reyes le precedieron en el trono de Assur. Esta afirmación, a todas luces absurda, provocó enorme confusión, hasta que los historiadores observaron que el transcriptor había mezclado varias listas reales.

Las listas cronológicas y epónimas eran una ayuda hasta cierto punto. Ya antes del reinado de Sargon, y hasta el de Hammurabi, o sea durante unos 700 años, en Babilonia se acostumbraba designar los años con algún nombre especial, y esos nombres se reunían luego en listas llamadas epónimas. A primera vista, esto parece muy sencillo, pero los antiguos parece que disfrutaban complicándose las cosas y, lo

que es peor, complicándonoslas a nosotros.

Raramente se encuentran indicaciones que se refieran a un año que se pueda considerar como exacto, y dentro de este año a un mes o a un día determinados. Los amanuenses babilónicos que tenían a su cargo la redacción de las listas cronológicas, bautizaban generalmente los años con el nombre de algún acontecimiento importante acaecido el año *anterior*. Esto nos parecerá todo lo ilógico y poco práctico que se quiera, pero es un método que durante mucho tiempo fue también utilizado por los antiguos egipcios. Se consideraba un hecho bastante importante, para dar su nombre a un año, una victoria militar, la ceremonia de la primera piedra para la erección de un templo, el nombramiento de un alto funcionario y ante todo y sobre todo, como es natural, un cambio de soberano, la entronización de un nuevo rey.

Y aquí es precisamente cuando más se complican las cosas, cuando los «listeros» parecen disfrutar tendiendo lazos a los investigadores futuros.

Éstos pronto llegaron a la conclusión de que no podían tener una confianza absoluta en los redactores de tales listas, pues se ignoraba si habían tenido siempre en cuenta la antigua costumbre que consistía en hacer coincidir el advenimiento de un nuevo soberano con el Festival de Año Nuevo, pero atribuyendo al reinado precedente el lapso de tiempo transcurrido desde el cambio de gobierno hasta el último día del año.

Además, a menudo variaban los nombres de los años, a capricho de los reyes de turno, para falsificar deliberadamente la historia o por cualquier otro motivo. Por si esto no fuera bastante, tenían la mala costumbre no sólo de citar de memoria y de equivocarse por esta razón, sino de abreviar los nombres hasta tal punto que su identificación a veces resulta poco menos que imposible.

Estos ejemplos bastan para dar una idea de las dificultades con que han debido enfrentarse los paleógrafos para poder llegar a reconstruir la trama cronológica de la historia antigua. Pero es que, además, hemos olvidado todavía algo.

Todo lo que acabamos de enumerar podría repetirse nuevamente en relación con las «listas epónimas», en las que los años figuran con los nombres de altos funcionarios, generales e incluso reyes, es decir: no con los de los acontecimientos importantes que se hubieran desarrollado el año *anterior*. Este procedimiento, que era utilizado en Grecia todavía mucho tiempo después, era habitual en los pueblos del Próximo Oriente, en particular en los Asirios, desde tiempo inmemorial.

Aun cuando, tanto en las listas epónimas como en las cronológicas, se daba con frecuencia el caso de no respetarse las convenciones establecidas por el uso, es obvio que ambas listas constituyen un buen complemento de las listas reales, y confrontándolas sistemáticamente unas con otras pudieron los historiadores sacar deducciones interesantes, descubrir errores, llenar espacios vacíos de la cronología.

Pero eso no era todo, porque en esas listas no se cita fecha fija alguna. Los

historiadores vieron el cielo abierto cuando empezaron a descifrar las «crónicas».

Estas crónicas sólo tienen el nombre en común con las de la Edad Media, pues éstas ya son, en cierto modo, obra de historiadores, y en sus páginas reconocemos que surge lentamente el sentido de la historia que siglos más tarde llegará a su madurez presente.

Las crónicas del Próximo Oriente, con la sola excepción de algunas de los hititas, no fueron más que tentativas para agrupar acontecimientos importantes alrededor de personajes notables, y se escribían mucho tiempo después, y el autor, en su ignorancia, incorporaba libremente en la relación todos los errores y las deficiencias de las informaciones y de las tradiciones que entonces debían ser del dominio público.

Los cronistas mencionaban lo que sabían y no les importaba un comino lo que ignoraban. Enumeraban los acontecimientos unos después de otros, pero sin preocuparse del verdadero orden cronológico. Se copiaban unos a otros, modificando a su antojo los pasajes que consideraban poco claros, incorporando incluso a la narración anécdotas que tal vez habrían oído contar de sus bisabuelos. Todo este material pasaba íntegro al cronista siguiente, que no procedía de otro modo.

La «Crónica de Babilonia» más importante que existe ha llegado hasta nosotros en forma de «copia de copias» y data de la época de Ciro el Grande (550 antes de J. C.). La versión original debe remontarse a la más remota antigüedad; es todo cuanto de ella sabemos.

Es curioso cómo los arqueólogos de hoy, basándose en unos documentos epigráficos que los cronistas provinciales babilónicos no tuvieron a su alcance, están en condiciones de señalar errores y deficiencias de unas crónicas y enmendar la plana a unos cronistas fallecidos hace más de tres mil años.

Mejor dicho, lo curioso, lo que más sorprende no es la *posibilidad* de ejercer esa crítica, sino el hecho de que los arqueólogos se hayan dado cuenta de tal posibilidad y de que la *hayan aprovechado*.

«Ignoramos cuáles serían las fuentes de información antes de la “Crónica K” — dice, no sin cierto mal humor, un historiador moderno—; pero, en todo caso, cuánto más brillante hubiera sido su descripción del reinado de Sargon y de su dinastía si el autor hubiera por lo menos utilizado las inscripciones reunidas en la biblioteca del templo de Nippur».

Finalmente, mencionaremos todavía, como complemento de las crónicas, cuyo texto las más de las veces confirman, las «inscripciones reales» (que no deben confundirse con las «listas reales»), que los soberanos hacían grabar en piedra o en arcilla para dejar constancia, ante la posteridad, de las hazañas que habían tenido lugar durante su reinado.

Estas inscripciones conmemorativas, sin embargo, deben manejarse con la

máxima cautela, pues es increíble el gran número de errores que contienen. Los monarcas orientales eran a menudo tiranos y siempre déspotas, y desde siempre tenían la costumbre de decidir lo que debía entenderse por verdad, o sea, en otras palabras, que ellos definían la verdad oficial, aun cuando para ello no fuesen necesarias ni órdenes ni consignas reales.

El solo hecho de que el soberano fuese considerado como un superhombre implicaba ya el carácter excepcional y por ende súperhumano de sus actos.

Sería un absurdo atribuir a los monarcas, empero, la paternidad de esas inscripciones por el mero hecho de que los textos empiecen invariablemente: «Yo, el gran rey...». El déspota no necesita componer su propio panegírico. Buena prueba de ello es que cuando Hitler estaba en el apogeo de su gloria, y a pesar de que algunos espíritus clarividentes presentían la catástrofe ineluctable, centenares de miles de fanáticos ofuscados por las apariencias aclamaban al dictador —sin estar obligados a ello—, al que llamaban entre otras cosas: «El más grande capitán de la Historia» y «el enviado de Dios». No precisaba ya que Hitler definiera «la verdad nacionalsocialista». Sus seguidores la vociferaban a los cuatro vientos.

Dejando aparte sus innegables defectos, esas inscripciones reales constituyen una valiosa aportación a la cronología, en cuanto permiten asociar, con un máximo de probabilidades, ciertos acontecimientos a personajes históricos determinados. En este caso es lo de menos que el hecho se presente tal como sucedió realmente o embellecido al gusto de la época.

Después de haber citado las principales fuentes que nos permiten reconstruir la trama de la historia del Próximo Oriente, queda todavía un texto de apariencia muy modesta, descubierto en Nínive el siglo pasado en la famosa biblioteca de tablillas de arcilla de Asurbanipal (Sardanápalo).

En un estilo muy simple y claro, este texto trata de las guerras entre Asiría y Babilonia y describe a la vez la naturaleza del tratado de paz que puso fin a la contienda. Los arqueólogos llaman a este documento «historia sincrónica» porque en él aparecen las historias asiría y babilónica encierto modo sincronizadas.

El texto en cuestión, que contiene *catorce* combinaciones sincrónicas diferentes, ha resultado de un valor incalculable para los arqueólogos.

Para nosotros, que deseamos hacer comprender lo más llanamente posible al lector cómo, a costa de ímprobos trabajos, los arqueólogos consiguieron reconstituir la trama de la cronología del Próximo Oriente, la importancia excepcional de este texto radica en que nos ha suministrado la clave del «sincronismo», palabra mágica que cual otro «sésamo» ha permitido abrir las puertas de las oscuras cavernas del pasado.

Es materialmente imposible dar siquiera una sucinta idea de la paciencia infinita, sólo comparable a la de las hormigas, con que los sabios se aplicaron a descifrar esos

sincronismos.

Después de haber comparado su tenacidad a la de las hormigas, podríamos también comparar sus esfuerzos a los del marinero para orientarse en las tinieblas, sólo desgarradas de vez en cuando por los destellos de algún faro, en el que no se atreve a confiar.

Basándose en un puñado de fechas conocidas, esos historiadores se propusieron establecer un sistema de coordenadas que abarcara dos milenios de la historia antigua.

Una vez llevada a cabo esta empresa se hace difícil querer reconstituir para el lector todo el proceso que el éxito más rotundo ha coronado. Es, en efecto, imposible reducir a un común denominador los millares y millares de artículos que se han consagrado a temas en apariencia insignificantes.

Es precisamente en el campo de la cronología que más escasean los estudios de conjunto; incluso las tablas cronológicas son muy raras, y no sin razón, puesto que los arqueólogos que se atrevían a publicar alguna eran expuestos a un tal cúmulo de críticas por parte de sus mismos colegas, que no les quedaban ganas de reincidir. Es por este motivo que en un principio se obtuvieron únicamente fechas aisladas. No fue hasta mucho más tarde que se compusieron verdaderas cronologías.

El método comparativo, sin tregua ni reposo alguno, siempre en pos de más sincronismos, a la larga habría acabado por perder todo su valor si no hubiera desbordado pronto el marco de la historia asiriobabilónica.

En primer lugar tenemos, como elementos de comparación, los hechos relatados por la Biblia, que es también una crónica además de un libro religioso. Pero muy pronto pasó a primer plano como principal elemento de comparación el cuadro cronológico de los egiptólogos. Fueron, en efecto, estos egiptólogos quienes facilitaron a los asiriólogos las primeras fechas exactas, que hubiera sido muy difícil conseguir estudiando únicamente los documentos de Mesopotamia.

La tarea de los egiptólogos fue relativamente fácil, pues el material epigráfico de que disponían era realmente considerable. Durante muchos años los arqueólogos habían hallado a *flor de tierra* lo que sus colegas en Mesopotamia, desde Bodtta y Layard, desenterraban, a copia de esfuerzos inauditos, de sus escondrijos milenarios.

Además, en la relación escrita por el sacerdote egipcio Maneton (hacia el 280 antes de J. C), los egiptólogos disponen de un cuadro sinóptico del pasado egipcio, a partir del reinado de Menes, fundador de la primera dinastía, hasta la conquista de Egipto por el rey de Persia Artajerjes III, en el año 343 a. de J. C. A pesar de todas sus deficiencias, se trata de un documento digno de crédito, que ofrecía una base cronológica seria. Por otra parte, las listas reales egipcias son incomparablemente mejores, más claras y más extensas y explícitas que las halladas en Mesopotamia, y las inscripciones conmemorativas en Egipto son innumerables. Pero el hallazgo que

supera a todos los demás en importancia es el calendario egipcio; que es de un valor inapreciable por su claridad y casi idéntico al calendario juliano utilizado en Occidente hasta el siglo XVI *después* de J. C. Raramente tuvieron tanta suerte los historiadores, los cuales gracias a este calendario pudieron identificar las primeras fechas fijas de la historia del Próximo Oriente.

Influidos por la Naturaleza, que cada año aportaba la bienhechora crecida del Nilo, los egipcios basaban sus cálculos, como es natural, en el «año del Nilo». Muy pronto en la historia de Egipto los sacerdotes habían observado que este año el Nilo coincidía con la trayectoria anual de la estrella fija Sirio, que ellos conocían por el nombre de Sothis, símbolo de la diosa Isis.

Según cálculos de los astrónomos modernos, un año sótico (de Sothis, Sirio) corresponde casi exactamente a un año solar. Después de los cálculos sumamente complicados que realizaron los egiptólogos en colaboración con astrónomos y matemáticos, se logró averiguar la existencia de una pequeña diferencia, o sea que 1.461 años egipcios corresponden a 1.460 años solares del calendario juliano, descubrimiento que resultó muy provechoso para el estudio de la cronología.

Dicha diferencia se debe a la «salida anticipada» de Sirio, que los sistemas modernos de investigación permiten calcular ahora exactamente.

Con el llamado «ciclo sótico», de la noche a la mañana se puso en manos de los arqueólogos un medio indiscutible para establecer sus puntos de referencia con absoluta certeza.

El primer punto fijo, la primera fecha cierta, lo debemos a un escritor romano llamado Censorinus, el cual describió con tanta precisión el final de un ciclo sótico, que los astrónomos, computando la elevación de Sirio, pudieron determinar, sin lugar a dudas, que el hecho se había producido el año 137 después de J. C. Partiendo de esta fecha, bastaba ir deduciendo períodos de 1460 años julianos para poder determinar nuevas fechas hacia atrás.

Los matemáticos hubieran podido seguir calculando indefinidamente hasta llegar a la más remota antigüedad, si los arqueólogos, que están más en contacto con la realidad, precisamente porque tocan «a tierra» a través de sus excavaciones, no hubieran hecho observar que nada probaba la existencia de una civilización digna de este nombre en el cuarto ciclo.

La otra fecha que dentro del cuadro de este estudio se logró fijar fue el 19 de julio del año 237 antes de J. C. (calculado, naturalmente, según el calendario juliano, que todavía no existía entonces), por una inscripción del llamado «Decreto de Canope», en el que se hace referencia a la «aparición de Sothis». Luego, un papiro al que dio su nombre el egiptólogo y novelista Georg Ebers, permitió fechar, con ayuda de la astronomía, el principio de la XVIII dinastía, y gracias a otro papiro, el de la XII dinastía.

Es a partir de entonces que las listas reales cobraron inesperadamente una gran importancia, por cuanto permitieron encajar las fechas de los reinados de diversos faraones en la armazón del nuevo cuadro cronológico.

Los asiriólogos se aprovecharon también de los descubrimientos de las nuevas fechas fijas, pues ya les fue posible fechar la correspondencia, los tratados y relaciones de batallas que se referían a sucesos acaecidos en Egipto o relacionados con su historia.

Para empezar, todo parecía ir como una seda, pero pronto hubo de reconocerse que si bien era cierto que el ciclo sótico representaba una real ayuda en la determinación de las fechas hasta el segundo milenio, las indicaciones relativas a períodos anteriores eran bastante vagas y resultaban problemáticas.

El gran historiador alemán Eduard Meyer se jacta en su *Cronología egipcia*, aparecida entre 1904 y 1908, de haber calculado, basándose precisamente en los ciclos sóticos, la *fecha más antigua de la historia universal*: ¡el 19 de julio de 4291 antes de J. C.!

Ahora bien, como ya hemos dicho, en la actualidad sabemos que muy probablemente el ciclo sótico no sirve para fechar los acontecimientos del antiguo Imperio, por la sencilla razón de que entonces todavía no existía el calendario sótico.

Fueron los matemáticos quienes sostuvieron esta tesis en sesudos y prolijos tratados, y la mayoría de los egiptólogos han acabado por dejarse convencer.

Es la evidencia misma que para los asiriólogos, y naturalmente, para toda la cronología de los países del Próximo Oriente, esto representaba un golpe muy rudo, un verdadero desastre.

Y ahora volvemos por fin a la cuestión que nos llevó a extendernos en este capítulo cronológico, o sea: los doscientos años vacíos durante los cuales se interrumpe el curso de la historia de los hititas.

Aun cuando la armazón cronológica de la historia babilónica había podido por fin ser reconstituida, quedaba, hasta muy recientemente, un problema por resolver, y este problema no era otro que el ponerle fechas al reinado de Hammurabi.

Desde hacía mucho tiempo se había logrado fijar en la historia las fechas relativas a varios soberanos de importancia más bien secundaria y, en cambio, a pesar de todas las tentativas, de todos los esfuerzos y de toda la sagacidad de los arqueólogos, ninguno había conseguido situar en su contexto histórico al célebre legislador Hammurabi, sin duda alguna el más grande monarca de Mesopotamia.

Partiendo de ciertos sincronismos reconocidos como exactos, se calculaba una y otra vez la duración de los reinados consignados en las listas reales, y por más que incluso se echara mano de la arqueología artística, esta especialidad de los que «leen» los estratos y sacan importantes deducciones del examen de las características estilísticas de trozos de cerámica y de las esculturas, siempre se obtenía el mismo

resultado; siempre se llegaba al siglo XX o al XIX antes de J. C. Todo parecía confirmar esta fecha temprana y ningún indicio abonaba la suposición de que Hammurabi hubiera podido vivir en una época posterior más cercana a nosotros.

Hemos dicho que ninguno, y sin embargo el indicio existía, pero era un dato que nadie había tomado hasta entonces en serio, y estaba contenido en un texto legal del «décimo año del reinado de Hammurabi» y en el que se juraba «por Marduk, Hammurabi y Samsi-Adad».

Marduk era el dios supremo. Hammurabi, el legislador de Babilonia, pero en cambio, Samsi-Adad era un rey asirio, el cual, según todos los demás documentos, no podía haber sido contemporáneo de Hammurabi, sino que debería situarse doscientos años antes.

Se consideraba, pues, esta clase de juramento como una «fórmula tradicional» y nadie cayó en la cuenta de que podría existir una relación cronológica entre Hammurabi y Samsi-Adad, y es precisamente porque se pasaba por alto esta eventualidad que faltaban doscientos años en la historia hitita.

Esto hubiera tenido relativamente poca importancia, de haberse tratado de la antigua cronología egipcia o mejor aún de la asiriobabilónica, en las que abundan los reyes y las dinastías. El vacío hubiera podido pasar inadvertido, pues bien poco hubiese costado el situar a Hammurabi en algún lugar adecuado.

Pero cuando se descubrió el Imperio de los hititas, en una época en que el material epigráfico era escaso y en la que no se disponía de lista real alguna, no había manera de escamotear dos siglos de historia.

Ante el absurdo que representaba este hueco de doscientos años, se llegó gradualmente a considerar si tal vez sería cuestión de proceder a una revisión de la cronología. El arqueólogo alemán Weidner situó hace unos veinte años el reinado de Hammurabi entre los años 1955-1913, lo que ya significaba un cierto rejuvenecimiento en relación con las evaluaciones anteriores. En 1938 el americano Albright sugirió entre 1868 y 1826, y en 1940 otro alemán, Ungnad, afirmaba que vivió entre 1801 y 1739 antes de J. C.

Todas estas suposiciones eran falsas.

La prueba tan esperada, que sólo podía proceder de un sincronismo irrefutable, fue hallada por fin en el curso de una excavación arqueológica.

Allá por el año 1930, hallándose un oficial francés destacado en Tell-Hariri, a caballo sobre la frontera de Siria y del Irak, observó cómo unos beduinos se dedicaban a buscar grandes bloques de piedra para cubrir la tumba de uno de los suyos, a fin de protegerla contra las depredaciones de los animales salvajes.

Al regresar los beduinos al cabo de mucho rato, el teniente les preguntó cómo les había ido la búsqueda, y ellos le contestaron contándose historias singulares, entre ellas que habían encontrado una gran piedra que representaba una forma *humana*, de

estatura extraordinaria, pero sin cabeza.

El teniente elevó el correspondiente informe, y, como consecuencia de ello, en 1933 llegaba a Tell-Hariri el profesor André Parrot, primer conservador de los museos de Francia, el cual el 23 de enero de 1933, en el curso de las primeras excavaciones, desenterró una pequeña estatua cuyas inscripciones le revelaron que se encontraba en las ruinas de la antigua «ciudad real de Mari».

Durante veinte años, dejando aparte (como él dice) «la desagradable interrupción debida a la segunda guerra mundial», Parrot exploró a fondo las ruinas de esta ciudad real, «la décima después del Diluvio», y puso al descubierto el emplazamiento de una ciudad por la que habían pasado tres mil años de civilización. Pero el hallazgo más interesante que hizo el profesor Parrot fue el de los archivos de los reyes de Mari, que comprenden veinte mil tablillas inscritas con cartas y tratados, documentos, comunicaciones, crónicas y reseñas de la vida cotidiana de aquel tiempo, entre las cuales una que relata la historia humorística y original, por su contenido humano, del «León en el desván». Para que se entienda mejor recordaremos que la caza del león era entonces privilegio real:

«Así habla Jakim-Addad, tu servidor: Hace poco escribí a mi señor como sigue: “En el desván de la casa de Akkaka fue capturado un león. Si este león debe permanecer en el tejado hasta que mi amo llegue, ruego a mi amo que me lo escriba; si debo conducirlo a mi señor, que éste se digne decírmelo por escrito”. Ahora, la respuesta de mi amo se ha hecho esperar, y el león lleva ya cinco días tendido en el tejado. Le hemos echado un perro y un cerdo; también se come el pan. Yo me dije: “Este león podría provocar el pánico entre el vecindario”. Entonces tuve miedo y lo encerré en una jaula de madera; la haré cargar en un barco y que se la lleven a su amo».

No era esta clase de anécdotas, naturalmente, lo que más interesaba a los arqueólogos. Lo más importante de los archivos de Mari era un documento que constituye la prueba irrefutable de que Samsi-Adad I había subido al trono antes que su contemporáneo Hammurabi.

Ahora bien, como gracias a la *lista real asiría* había podido mientras tanto calcularse con bastante exactitud el reinado de Samsi-Adad entre 1780 y 1750 antes de J. C, aproximadamente, podía ya situarse sin duda alguna el de Hammurabi alrededor de 1700 antes de J. C. Hoy podemos «casi» afirmar, gracias a los innumerables documentos examinados, que Hammurabi reinó de 1728 a 1686 antes de J. C.

De golpe, pues, quedaba esclarecido uno de los problemas cronológicos más exasperantes de la historia del Próximo Oriente.

Luego, de sincronismo en sincronismo, fue posible remontarse en el pasado y fijar por primera vez una fecha probablemente muy exacta al reinado de Sargón I, el

cual hasta pocos años antes era todavía considerado como un personaje de *leyenda*.

Esta fecha es el año 2350 antes de J. C.

En aquel entonces, Sargón debió de fundar el primer gran Imperio, y es la fecha más antigua que se ha podido alcanzar con pretensiones de verosimilitud. El profesor Antón Moortgat, de la Universidad de Berlín, la menciona en su *Historia del Asia Anterior hasta el Helenismo* aparecida el año 1950.

Sin embargo, precisamente cuando veía la luz la primera edición del presente libro, Benno Landsberger y Hans Gustav Güterbeck (ambos actualmente en la Universidad de Chicago) me comunicaron que acababan de surgir nuevas dudas sobre «la cronología corta», habiendo sido el primero en emitirlas Albrecht Götze, de la Universidad de Yale; pero luego Landsberger las había fundamentado de tal modo en un brillante y largo artículo, que llegó a calcular para Samsi-Adad I una nueva fecha: 1852 antes de J. C., pero en este caso, ¿cuáles son las verdaderas fechas para Hammurabi?

Al dar cuenta, en los capítulos precedentes, de las excavaciones realizadas en el territorio que perteneció al Imperio de los hititas, hemos puesto de relieve cuan escaso era, en un principio, el material epigráfico de que se podía disponer, y cómo solamente a partir de 1907 los importantes hallazgos de textos cuneiformes redactados en acadio permitieron sacar las primeras conclusiones. O sea, que el descifre de las inscripciones hititas propiamente dichas no empezó hasta el año 1915.

En las mallas demasiado anchas del cañamazo cronológico establecido por asiriólogos y egiptólogos no podían quedar prendidas muchas fechas. Por otra parte, las listas reales tampoco podían ser utilizadas tal cual eran, sino que era preciso reconstituirlas, por cuanto no indicaban la duración de los reinados respectivos. Y el consabido vacío o hueco de los doscientos años había inducido a los historiadores a admitir la existencia de dos imperios hititas, el «antiguo» y el «nuevo», que correspondieran a las épocas conocidas de antes y después del «hueco» de su historia.

Esta división no podía ser más arbitraria.

Ahora que el famoso «hueco» ha sido ya llenado, sabemos que la historia del Imperio hitita no conoció laguna de ninguna especie en su desarrollo, sino que fue continua. Con todo, incluso en la actualidad disponemos tan sólo de dos fechas verdaderamente ciertas en las listas reales reconstituidas. Estas fechas son los años 1590 y 1335 antes de J. C., que han sido confirmadas por sincronismos babilónicos y egipcios. En 1590 murió Mursil I, muy poco después de la toma de Babilonia, y el año 1335 fue el de la muerte de Shubiluliuma, acaecida cuatro años después de la de Tutankhamen, según rezan documentos egipcios.

Existe actualmente un número relativamente importante de sincronismos que nos permiten calendar con bastante seguridad acontecimientos que se desarrollaron en algún decenio determinado, y si no nos quita el sueño el que un suceso de hace más

de tres mil años pueda haber tenido lugar veinte años antes o veinte años después de la fecha que hoy día se le asigna (y necio sería quien temiera que la imagen de la historia iba a empañarse por ello), podemos afirmar que conocemos al dedillo la cronología hitita, según lo prueba el cuadro cronológico que figura al final de este libro.

Séanos permitido mencionar, antes de dar por acabado este capítulo consagrado a la cronología, que una de las ramas más modernas de la ciencia, la que trata de la estructura y de la desintegración del átomo, pone a la disposición de los arqueólogos un procedimiento curioso y seguro para determinar con exactitud la antigüedad de los objetos.

Este nuevo procedimiento se basa en las propiedades del «Isótopo C 14». Los químicos designan con el nombre de isótopos a varias clases de átomos pesados que forman parte de un mismo núcleo. Hay isótopos naturales y sintéticos. Entre los primeros se encuentra el C 14, o carbono radiactivo, que se produce en las capas superiores de la atmósfera de nuestro planeta al bombardear átomos de nitrógeno los rayos cósmicos.

Aun cuando sean en número reducido, estos isótopos son asimilados por las plantas y, por consiguiente, pasan también a los animales herbívoros. Entre las características más importantes de tales isótopos, desde nuestro punto de vista, como es natural, figura su radiactividad y que se conozca la duración de su «vida», y por ende la velocidad de su desintegración.

Como a la muerte de una planta o de un animal cesa la excreción del isótopo C 14, su posterior desaparición se realiza a una velocidad de desintegración conocida. La materia subsistente, ya sea una fibra o un huesecito, contendrá el C 14 en cantidades variable, y la determinación minuciosa de esta cantidad revelará la *edad* de la materia en cuestión.

El especialista más eminente en esta rama de la ciencia es sin discusión el doctor Williard Libby, de la Universidad de Chicago. Nacido el año 1908 en el Estado de Colorado (EE. UU.), empezó preparándose para la carrera de ingeniero, pero por fin optó por la química, especializándose en los fenómenos radiactivos. Durante la última guerra mundial contribuyó al desarrollo de la bomba atómica.

El 9 de enero de 1948 es una fecha memorable en la ciencia de la cronología de la antigüedad. Bajo la presidencia del doctor Libby se reunieron aquel día los representantes de todas las ciencias relacionadas con la cronología para tratar de la posibilidad de averiguar la edad de una materia orgánica mediante el cálculo de su contenido en carbono radiactivo.

Como resultado de las deliberaciones, el doctor Libby reunió en su laboratorio una serie de objetos heteróclitos como jamás se había visto otra igual en el gabinete de trabajo de un químico de nuestros días: una colección de huesos de todos los

tamaños, fragmentos vegetales, trozos de tela, astillas, restos de animales y vegetales, residuos de excrementos encontrados en las tumbas, urnas y pirámides procedentes de los reinos y de los imperios de los faraones y de los grandes reyes, de los mogoles, de los rajae, de los caciques de todas las épocas y de todos los pueblos de la tierra.

Desde entonces el doctor Libby no para un momento y somete los análisis y sus conclusiones a la crítica severa de los arqueólogos, los cuales a su vez han debido a menudo revisar sus propias evaluaciones. Al principio el doctor Libby trabajaba con una aproximación de unos 180 años, pero desde entonces ha perfeccionado el método y reducido considerablemente las probabilidades de error.

No hay duda de que esta técnica de calendar abre grandes perspectivas a la cronología antigua. Para el arqueólogo —y para los que no lo son, también— es algo fantástico que los objetos aislados, carentes de vida, incluso separados de su contexto natural, revelen su edad exacta.

Esta maravilla de la ciencia moderna redundará sobre todo en beneficio del estudio de la prehistoria, pues más allá de las fechas bien conocidas de la historia, profundizando en el pasado remoto, todo se vuelve confuso e insondable.

De ahora en adelante, el problema de la determinación de la edad de la Humanidad ya no será resuelto mediante la combinación de teorías emitidas por los prehistoriadores, los zoólogos y los geólogos, sino que será el resultado de mediciones rigurosamente exactas, matemáticas, por decirlo así.

Esto no significa, claro está, que la cronología, que es una ciencia cuya finalidad estriba en el estudio de períodos y de épocas determinados de la historia antigua, haya cedido en importancia. La historiografía no tiene como objetivo la reconstitución de la historia de los reyes, sino la de las civilizaciones humanas; no aspira a describir los altos y bajos de los personajes augustos, sino las vidas y los sufrimientos de todos los seres que constituyen la raza humana. Con todo, es verdad que cuanto más nos remontamos en las tinieblas de las primitivas civilizaciones, tanto más satisfechos podemos considerarnos si logramos empezar reconstituyendo por lo menos la historia de la realeza.

Sabemos de muchísimos monarcas que existieron en algún período de la historia, pero eso es todo lo que de ellos hemos podido averiguar, pues al igual que sus súbditos y contemporáneos no dejaron tras de sí ni la más ligera sustancia susceptible de poder ser objeto de examen en un laboratorio.

Capítulo 9

La batalla de Kades y la paz perpetua

Según ha puesto de manifiesto la revisión de la cronología del Próximo Oriente, durante el famoso eclipse o «hueco» de los doscientos años (alrededor del 1600 al 1400 antes de J. C.), no sucedió nada de lo que los investigadores habían imaginado. Ya no hubo necesidad de avanzar teorías arriesgadas para explicar la desaparición temporal de la civilización hitita, por la sencilla razón de que tal desaparición nunca existió.

De los doscientos años, que en realidad solamente existían sobre el papel, ya no quedan ni las huellas.

Entre el imperio del rey legislador Telebino y el de Tudhalia II (1460-1440 antes de J. C.), no hubo interrupción alguna, y entre uno y otro reinado desfilaron algunos monarcas cuyos nombres por ahora apenas conocemos.

Y, sin embargo, es precisamente durante este período que tuvo lugar uno de los sucesos más significativos de la historia del Asia Anterior. Mejor dicho: se produjeron ciertos cambios —que es difícil situar en el tiempo y en el espacio— poco perceptibles en un principio, pero que gradualmente, hacia mediados del segundo milenio antes de J. C., llegaron a alterar el modo de vivir de los pueblos.

Uno de los factores políticos dominantes de la época es la consolidación y la expansión de los hurritas, que hacía tiempo habían aparecido en tribus aisladas al este del país de los hititas, hasta Siria, y dirigidos por reyes de origen indopersa (algunos de los cuales llevaban nombres hindúes) habían llegado a formar el poderoso Imperio de Mitanni, que alcanzó un alto grado de civilización, y aprovechándose de la debilidad temporal de los reyes hititas después de la muerte de Mursil I, llegaron a constituir una seria amenaza para el país de Hatti.

Es muy posible que existiera una relación entre este poderoso crecimiento de Mitanni y la repentina e irresistible invasión de Egipto emprendida por los hicsos.

En el estado actual de las investigaciones, y habida cuenta de la exigüidad de los documentos que los historiadores tienen a su disposición, esta invasión hicsa tiene el aspecto de un fenómeno mítico. Bruscamente, de la oscuridad de los tiempos surge un pueblo nómada y salvaje (conocido indistintamente por el de «los reyes pastores» o de los «caudillos extranjeros»), el cual, avanzando por el lado norte, penetra en el delta del Nilo, de donde expulsa a los faraones, se apodera del gobierno y lo conserva durante un siglo, hasta que, derrotados a su vez por el faraón Amosis, los invasores se retiran para entrar de nuevo en las tinieblas de la Historia, tan misteriosamente como de ella salieron cien años antes.

La expansión de los hurritas, la grandiosa migración de los hicsos (en la que

probablemente participaron los hurritas), luego la invasión de los kasitas, los cuales, procedentes de Persia, se apoderan de la ciudad de Babilonia destruida por los hititas y subyugan todo el país... Tales son los acontecimientos dramáticos de este período turbulento de la historia del Próximo Oriente. Pero el panorama resultaría incompleto si se pasara por alto lo esencial de esta evolución política, o sea que la súbita invasión hicsa no fue única, sino que debe considerarse como una de las muchas olas migratorias que repentinamente se habían abatido sobre el Asia Anterior. En realidad, en el transcurso de aquella efervescencia de los pueblos antiguos, se produjo un hecho enteramente nuevo, algo que por sí solo basta a explicar el empuje irresistible del pueblo hicsa, verdadero alud humano, que prácticamente no encontró resistencia a su paso; un descubrimiento que estaba destinado a revolucionar de un modo decisivo el curso de las civilizaciones del Próximo Oriente y, por ende, la misma historia del mundo.

En efecto, en algún lugar y en algún momento de la historia, empezó a desarrollarse entre los hititas, los hurritas, los kasitas y los hicsos bárbaros la cría del caballo y la equitación, habiéndose incluso inventado un tipo de carro de dos ruedas, el cual, perfeccionado, se convirtió en un *carro ligero de combate*, cuya influencia en la historia de los pueblos fue capital.

Durante las excavaciones que se realizaron en el emplazamiento de la antigua Hattusas, cerca de Bogazköy, siempre a la búsqueda de tablillas de arcilla, apareció un buen día un texto de unas mil líneas que trataba de la cría caballar.

Este documento hitita es tanto más interesante cuanto que, sobre constituir el más antiguo *Manual de hipología* que poseemos, data por lo menos de 3.400 años...

Como queda dicho, el texto está redactado en lengua hitita y fue hallado en el lugar de Hattusas, antigua capital del reino de Hatti.

Pero el hombre a quien debemos considerar como su autor es un tal «Kikkuli, del país de Mitanni», o sea un hurrita, que emplea repetidamente en el texto palabras técnicas sin duda alguna derivadas del sánscrito, lo cual no puede sorprendernos si recordamos que algunos reyes hurritas llevaban nombres hindúes.

Esto nos hace suponer que algún rey hitita había tomado a su servicio a un ganadero entrenador de caballos del país de Mitanni, de donde procedían a la sazón los mejores especialistas hípicas del país, seguramente para mejorar la raza caballar autóctona «de acuerdo con los adelantos más modernos de la ciencia», como se dice actualmente.

Las reglas de Kikkuli para el adiestramiento de los caballos —adiestramiento que tenía siete meses de duración— se distinguen por su extrema pedantería, lo cual por sí solo denota ya la existencia de una antigua tradición. Los procedimientos empleados son descritos en el tratado con todo detalle.

De todo ello se desprende que los «inventores» de la cría caballar no fueron ni los

hititas ni los hurritas. Con toda seguridad no salieron de dichos pueblos los primitivos jinetes, antes bien todo hace suponer que debemos buscar el origen de la equitación más al este, Asia adentro. Y como, por otra parte, el efecto devastador de la nueva arma, el carro de combate, estaba supeditado a la utilización de los caballos bien adiestrados, es obvio que tampoco lo inventaron los hititas.

Pero una cosa es cierta. En medio de la confusión reinante en aquella parte del mundo, cuando a mediados del II milenio antes de J. C., iniciaron sus correrías los hurritas, los kasitas y los hicsos salvajes —sin que tengamos indicio alguno que nos permita sospechar que el núcleo principal hitita, o sea el asentado en el recodo del Halys, llegara a verse seriamente amenazado—, los hititas asimilaron todos cuantos conocimientos pudieron adquirir en materia de caballos y carros durante sus numerosos contactos con sus turbulentos vecinos.

No sólo mejorarían los métodos de adiestramiento de los caballos, sino que, fruto de la confrontación de sus propias experiencias con las de los demás pueblos, fue el nuevo artefacto guerrero, gracias al cual iban a poder librar, y ganar, la batalla más trascendental de los tiempos antiguos; el arma cuyo solo ruido, según leemos en la Biblia, hacía temblar a los sirios: el carro ligero de combate, precursor del tanque moderno autónomo.

Es curioso que la primera consecuencia del amansamiento del caballo no fuera la creación de la caballería propiamente dicha, sino que le precediera la formación de un cuerpo de carros de combate tirados, eso sí, por caballos.

Sorprende asimismo que después de haber empezado por desempeñar un papel tan importante en la estrategia de los pueblos del Asia Anterior, la desaparición de los hititas acarrearla la de la equitación como arte y como arma de combate, pues es sabido que ni los griegos ni los romanos conocieron la «caballería» como fuerza montada, sino que tuvieron solamente jinetes.

El carro ligero de combate, tal como lo perfeccionaron los hititas, debió de constituir una novedad tal, que bien podemos echar mano de la palabra «invento» para designarlo. Es absurdo que los asiriólogos pretendan que los súmeros ya poseían un tipo de carro de combate. Los carros de los «cabezas negras», o sea los súmeros, claramente descritos en el *Estandarte de mosaico* exhumado por Woolley en Ur, eran unos vehículos pesados, de cuatro ruedas macizas, arrastrados por bueyes. Suponiendo que estos carros hubieran sido utilizados alguna vez en la guerra, su utilidad debía de ser más que problemática, y hacen pensar en los pesados armatostes de nuestra Edad Media que avanzaban lentamente por el campo de batalla siguiendo los pasos de los lansquenets, a los que únicamente podían prestar un apoyo «moral». Lo más probable, sin embargo, es que estos vehículos sirvieran exclusivamente para el abastecimiento de los beligerantes.

La gran superioridad de los hititas en la guerra radicaba en la velocidad de sus

carros ligeros de combate, que no iban provistos de discos macizos, sino de dos ruedas de seis rayos cada una, y cuya elegante apariencia recuerda la de un *dogcart* inglés del siglo pasado.

La creación de formaciones de carros de combate de estas características revolucionó la estrategia militar de la época.

Cada carro de combate hitita transportaba a tres hombres, o sea al conductor con un guerrero a cada lado. Y con este fantástico armatoste enfrente, cuyos caballos lanzaban relinchos salvajes y alzaban nubes de polvo amarillo, y los soldados vociferando y blandiendo armas resplandecientes. Los mejores infantes retrocedían. Si aguantaban el primer ataque, pronto advertían con terror que se encontraban prisioneros en medio de la ronda infernal de los carros de combate. Una lluvia de flechas les alcanzaba desde todas direcciones, y los cascos negros de los caballos desgarraban las filas de sus aguerridas huestes, convirtiendo el campo de batalla en un caos fantástico.

Cierto que algunos carros se estrellaban y saltaban en pedazos, pero aun así sembraban la muerte a su alrededor, y los caballos que las picas contrarias despanzurraban, arrastraban y aplastaban a los enemigos en su lucha con la muerte.

El sudor, el olor de sangre de los caballos y el polvo apestaban el aire; los buitres oteando la carroña, tal era el panorama de un campo de batalla de la antigüedad. A quien haya estudiado un poco la historia no se le oculta que, todas las esperanzas aparte, estas escenas se repetirán mientras existan los hombres sobre la tierra.

No es que perdamos de vista el objeto de este libro, que es el de informar sobre el descubrimiento de la civilización hitita, pero antes de ocuparnos nuevamente de la gran batalla que acabamos de mencionar, que fue la más importante de la Antigüedad, y en la cual por primera vez *ambos* adversarios alinearon carros de combate, es indispensable exponer ciertos hechos para dar al que leyere una idea cabal del origen del conflicto.

Según las investigaciones más recientes han demostrado, a la muerte de Telebino, el reino de Mitanni era la principal potencia del Oriente Medio. No obstante, parece ser que tres soberanos hititas, Tudhalia II, Hattusil II y Tudhalia III, y finalmente también Arnuanda II, lograron preservar el Imperio de todo cambio fundamental, por más que su gobierno pasara por varias crisis serias durante el reinado del tercero de ellos, que es cuando la presión exterior se hizo sentir con mayor intensidad.

Esto sucedía alrededor de los años 1500 al 1375 antes de J. C. Es poco lo que de aquella época conocemos, pero esto no es óbice para que se le atribuya una importancia secundaria, pues ciento veinticinco años son muchos años en la historia de un pueblo.

Al tratar de la historia antigua —en la que se cuenta por milenios— hay que saber sustraerse a la borrachera de los números y no olvidar que *cada siglo* está formado

por más de *tres generaciones de seres humanos*.

Al rey Arnuanda le sucedió el más grande de los soberanos hititas, el «rey de reyes», el nuevo fundador de un verdadero Imperio, el Carlomagno del Oriente Medio: Shubiluliuma I (1375-1335 antes de J. C.).

Debe de haber sido un monarca magnífico desde todos los puntos de vista, valiente hasta la exageración, audaz en las grandes ocasiones y sin escrúpulos cuando se trataba de hacer frente a situaciones difíciles.

Pero por extraño que parezca, sobre todo en un personaje de la época, demostró un gran sentido político al tratar con gran moderación a sus enemigos vencidos. Por una parte era tolerante en materia religiosa, mientras que por la otra se preocupaba por hacer respetar estrictamente la moral y la justicia, según se desprende de los innumerables tratados concluidos durante los cuarenta años de su reinado.

He aquí un ejemplo: Casó a una hermana suya con el rey de Hayasa, y la hizo acompañar de sus hermanastras y de varias damas de honor. En Hayasa prevalecían todavía —por lo menos esta era la opinión de los hititas— costumbres bárbaras, tales como los casamientos consanguíneos y las relaciones incestuosas, de todo lo cual abomina Shubiluliuma, quien escribe así a su cuñado: «Esto no está permitido en Hattusas... y si aquí alguien lo hace le matamos», y luego cita como ejemplo el caso de un tal Marija, a quien, según parece, su padre cogió in fraganti y lo hizo ejecutar. Y termina diciendo: «Guárdate, pues, mucho de realizar este acto por el cual un hombre ha perdido la vida».

La plurivalente personalidad de Shubiluliuma se nos impone porque podemos comprobar que todo lo emprende a gran escala.

Su acción es eficacísima. Convirtió a Hattusas en plaza fuerte y durante su reinado se erigió la gran muralla para proteger el flanco sur de la ciudad. Declaró la guerra al poderoso Mitanni, cruzó el Eufrates y conquistó y saqueó la capital de los hurritas, pero entonces, en lugar de esclavizar a los vencidos, los convirtió en aliados suyos al casar a su propia hija con el príncipe Mattiwaza, heredero de Mitanni.

Luego se apoderó de Siria y después de someter a Carquemis y Alepo, eternas manzanas de discordia en aquella región fronteriza, les dio a sus dos hijos por reyes.

Contribuyó al éxito de sus campañas guerreras la precaria situación egipcia. El adversario egipcio, el único que hubiera podido desbaratar sus planes de conquista en Siria, no opuso sino una resistencia mínima a su política de expansión, pues por aquel entonces el faraón Amenofis IV, «el rey hereje», se encontraba bastante atareado combatiendo el politeísmo e intentando persuadir a sus súbditos a que adoraran al dios Sol. Su sucesor Tutankhamen murió a los dieciocho años.

Gracias a estas circunstancias favorables, Shubiluliuma no solamente llevó a cabo sus numerosas conquistas, sino que aún pudo consolidarlas, practicando una política verdaderamente imperial, en la que sólo entraba en cuenta el futuro de su pueblo.

Después de una cadena de triunfos, adoptó Shubiluliuma las formas de ostentación propias de los orientales para hacer realzar su grandeza a los ojos de todos. Así, mientras sus predecesores se habían contentado con el título de rey, él se hizo llamar «Labarna, el gran rey del país de Hatti, el héroe, el favorito del dios de las tormentas», y cuando se nombraba en los tratados, se daba a sí mismo el epíteto de «Yo, el Sol».

La prueba de que su inmenso poderío era reconocido más allá de las fronteras de su país la encontramos en unas cartas, las cuales, además de su valor documental y político, atribuyen a Shubiluliuma unos rasgos tan humanos, que vale la pena transcribir algunos fragmentos, para así mejor dar a conocer a nuestro hombre.

Si tenemos conocimiento de estas cartas es gracias a su hijo Mursíl II, quien relató con todo detalle los hechos más importantes acaecidos durante su vida y la de su padre.

Se trata nada menos que de cartas que la reina egipcia Anches-en-Amen, la viuda sin hijos de Tutankhamen, fallecido prematuramente, escribió al rey hitita Shubiluliuma para rogarle que le concediera a un hijo suyo por esposo, para sentarle en el trono de los faraones.

Esta súplica, formulada por la corte más poderosa de la Antigüedad, era tan extraordinaria, que incluso el gran Shubiluliuma titubeó en tomar la decisión que esta sensacional situación requería. A la sazón se encontraba Shubiluliuma dirigiendo una expedición contra Carquemis y avanzaba victorioso hacia Amka, entre el Líbano y el Anti-Líbano. He aquí el texto de Mursil:

«Cuando llegó a oídos de los egipcios la toma de Amka, se asustaron. Y como su rey acababa de morir, la reina viuda de Egipto envió a mi padre un mensajero con una carta que decía así: “Mi marido ha muerto y no tengo hijos. Pero dicen que tú tienes muchos; si quisieras darme a uno de los tuyos, sería mi marido. O ¿es que debo casarme con uno de mis esclavos y honrarlo como mi marido?”».

Shubiluliuma estaba literalmente consternado, y su hijo Mursil añade: «Cuando mi padre tomó conocimiento del mensaje, consultó a los notables de Hatti». Era evidente que el rey desconfiaba de propuesta tan insólita, y que, como su padre, vacilaba en hacer correr tamaña aventura a un hijo suyo. Lo mejor —creía él— era informarse previamente, y a tal efecto envió a un plenipotenciario para enterarse de cuál era exactamente la situación en Egipto.

«Ponte en camino y tráeme nuevas fidedignas. Tal vez quieran burlarse de mí. ¿Quién sabe si han escogido ya a un heredero? Tráeme nuevas verídicas en las que yo pueda confiar».

No por eso había permanecido inactivo mientras tanto. Puso sitio a Carquemis, que fue tomada por asalto al sexto día en un golpe de mano desesperado, apoderándose de un botín enorme, según rezan los anales, compuesto de grandes

cantidades de oro, de innumerables objetos de bronce y de 3.300 prisioneros.

Entonces llegó un propio de la reina de Egipto. Shubiluliuma expresó sus dudas en los mismos términos que la otra vez. La reina, a quien las dilaciones del hitita contrariaban, mantenía no obstante su oferta en estos términos:

«¿Por qué has dicho: “Se quieren burlar de mí”?... No he escrito a ningún otro país. Solamente te he escrito a ti. Se dice que tienes muchos hijos. Dame uno, será mi marido y ocupará el trono de Egipto...». Y Mursil continúa informando fielmente: «Como mi padre era complaciente, condescendió a los ruegos de la reina y se ocupó de la cuestión del hijo».

Desgraciadamente, los presentimientos de Shubiluliuma no eran infundados, y la prueba esta que aquí termina prácticamente la historia. Shubiluliuma envió a un hijo suyo a desposarse con la reina de Egipto, pero durante el trayecto el príncipe hitita fue asesinado, seguramente a instigación de algún poderoso cortesano que tenía sus propias miras sobre el trono de Egipto.

En esta correspondencia, escrita hace 3.300 años, sentimos latir hoy todavía el pulso de la Historia. ¿Quién es capaz de imaginar lo que habría sucedido si un hijo de Hatti hubiera reinado sobre Egipto?

A la muerte del fundador, un Imperio tan vasto como el que Shubiluliuma había creado estaba expuesto a grandes peligros y vicisitudes. La sucesión hereditaria no implica que a un gran rey le suceda otro que sea digno de él. Pero en el caso que nos ocupa, un extraordinario concurso de circunstancias, como raramente se dan en la historia de las naciones, permitió que el complicado sistema federal que el gran rey había fundado le sobreviviera. Arnuanda III (1335-1334), de salud delicada, que le sucediera en el trono, falleció de la peste al cabo de un año, pasando a ocupar el trono su hermano, el segundo hijo de Shubiluliuma, Mursil II (1334-1306), quien en todo momento estuvo a la altura de la situación.

A juzgar por la imagen que de él hemos podido forjarnos a través de la lectura de sus Anales (una sucesión bien ordenada de crónicas, escritas en lenguaje claro y objetivo, sin exageraciones), de sus tratados y demás documentos, pero sobre todo por sus impresionantes *Oraciones en tiempo de la peste*, Mursil era, en varios aspectos, muy diferente de su padre.

La grandeza de Shubiluliuma iba siempre unida a una gran amplitud de miras, mientras que en la de Mursil un sentimiento de austeridad fue inseparable de una cierta ansiedad de temperamento.

Tan pronto tomó Mursil las riendas del gobierno, se vio obligado a mantener por las armas el legado de su padre. En una campaña de dos años, destruyó el poderío de Arzawa, pueblo situado al oeste del Asia Menor, y del que bien poco sabemos; luchó también en las fronteras orientales; en el norte tuvo en jaque al enemigo hereditario de los hititas: la tribu salvaje y bárbara de Gargas, y contuvo a los Ahhiyawas, que

algunos arqueólogos han creído poder identificar con los Aqueos de Micenas.

Eso no fue todo. Se vio obligado además a luchar contra sí mismo. Según parece, era de naturaleza endeble, y todo nos hace creer que era algo tartamudo. Por si esto fuera poco, la religión era una de sus obsesiones. Este aspecto de su personalidad lo revelan precisamente sus *Oraciones en tiempo de la peste*, que debemos considerar como la obra más antigua de la literatura universal. Se han querido equiparar estas oraciones al *Libro de Job*, y si bien es cierto que en ambos casos nos encontramos ante un hombre que se postra ante la divinidad, en el fondo la comparación no es enteramente acertada. Lo que no se puede negar es que estas *Oraciones* de Mursil constituyen una conmovedora confesión. He aquí algunos extractos de ellas:

*¡Oh tú, señor mío, dios hitita de las tormentas,
y vosotros dioses que estáis por encima de mí!
Así es: todos pecamos.
Y también pecó mi padre, que infringió las órdenes
de mi señor, del dios hitita de las tempestades.
Yo no he cometido pecado alguno,
pero los pecados del padre
caen sobre la cabeza del hijo,
de modo que sobre mí ha caído el pecado de mi padre.
Yo lo he confesado ahora al dios hitita de las tormentas,
mi señor, y a los dioses mis señores.
Así es: nosotros lo hemos hecho.
Y como he confesado la culpa de mi padre,
que se aplaque la ira del dios de las tormentas
y la de los dioses que están encima de mí.
¡Sed benévolo para con vuestro humilde servidor
y ahuyentad la peste del país de Haití!
¡Oh, dioses, dueños míos,
que queréis vengar la muerte de Tudhalia!
A los que asesinaron a Tudhalia
su fechoría les costó la vida.
Este crimen ha provocado también la ruina de Haití;
Hatti ha expiado su culpa.
Y ahora, como la culpa ha caído sobre mí,
mi familia y yo hacemos penitencia a nuestra vez
para aplacar la cólera de los dioses.
Me presentaré ante vosotros, ¡oh dioses!,
y como os elevo mis humildes preces,*

*atended mi ruego,
puesto que no he cometido delito alguno.
En cuanto a los que pecaron y faltaron,
ya no queda ninguno; hace tiempo que murieron;
y porque debo soportar las consecuencias
de lo que mi padre hizo,
quiero ofrecer sacrificios,
¡oh dioses, señores míos!,
a causa de la peste que asola el país de Hatti,
¡Quitadme este dolor que mi corazón siente!
¡Libradme del miedo que embarga mi alma!*

A su muerte, Mursil II dejó a su hijo Muwatallis (1306-1228) un Imperio que probablemente éste se limitó a conservar. Pero en este caso, «conservar» tiene un sentido especial, pues es sinónimo de «luchar». En efecto, en Egipto se habían producido mientras tanto cambios fundamentales que habían afectado profundamente la vida y la estructura misma del país.

Después de muchas décadas de discusiones internas, y de la consiguiente debilidad política, debido todo ello sobre todo a las iniciativas religiosas y reformadoras de Amenofis IV Ecnaton, «el rey hereje», subió al trono de Egipto un personaje enérgico, de un ímpetu extraordinario; nos referimos a Ramsés II, que deseaba devolver a su país la preponderancia que anteriormente conociera en el Próximo Oriente.

Tan pronto empezó el nuevo reinado ya se hizo evidente que iba a ponerse nuevamente sobre el tapete la revisión del trazado de la frontera siria, que constituía la separación entre el Egipto y el país de Hatti. A Muwatallis le cupo en suerte el tener que hacer frente a Ramsés II, el monarca más poderoso de la Antigüedad, y el honor de vencerle en la batalla de Kades.

Hay varias calles de batallas «célebres». En primer lugar las «nacionales», cuyos nombres aprendemos ya de pequeños en la escuela con las primeras letras. Luego las «clásicas», que los estrategas reconstituyen en las academias militares para ilustración de los tácticos *futuros*. Las «decisivas», que los historiadores utilizan para terminar los capítulos consagrados a largos períodos bélicos, y, por fin, las batallas de «verdadera importancia mundial», o sea las que no solamente tuvieron lugar, sino que influyeron de un modo extraordinario en el curso de los acontecimientos del mundo, o sea que en ellas culminó la historia.

El concepto «mundial» es, naturalmente, muy relativo. Siempre que se ha hablado del «mundo», esta palabra ha sido sinónima del *mundo conocido*. Para Hecateo de Mileto (que dibujó el primer mapa de la tierra hacia el año 500 antes de J. C.) el

mundo era tan sólo la parte de la que sus contemporáneos tenían más o menos noticia. Como se ve, esta concepción del mundo es forzosamente limitada y, por ende, subjetiva. Para los súbditos de Trajano (98-117 después de J. C.), durante el gran período de expansión del Imperio romano, el mundo abarcaba ya un ámbito muchísimo mayor, y por sus dimensiones se parecía ya más a la idea que de él nos hacemos nosotros ahora.

Los que vivimos en una época en que todo el mundo —ya se llame Smith, Schmidt, Dupont o González— sabe que la tierra es redonda, porque en doscientas horas de vuelo se puede dar la vuelta al Ecuador, no debemos olvidar, en ningún momento, que la imagen que nos hacemos de *nuestro mundo* es tan relativa como la que de él se hacían los antiguos.

Es muy probable que dentro de poco se amplíe de tal modo la noción del «mundo» —al poder alcanzarse algún planeta habitado— que la geografía pase a convertirse en una simple rama de la cosmografía.

Debemos, pues, tener bien presente este concepto de la relatividad al juzgar la importancia de los acontecimientos históricos de los tiempos pretéritos. En una batalla «de importancia mundial» —que son las menos— puede que hayan contendido no más de mil hombres armados de arcos y flechas.

La famosísima batalla de Troya no afectó de un modo esencial el curso de la historia griegoasiática. Tampoco tuvo este carácter la batalla de Cannas, ejemplo clásico de los teóricos de la polemología, puesto que en nada modificó la historia contemporánea. Lo mismo podemos decir de la batalla de la selva de Teutoburgo, pues incluso si Varus, en lugar de sucumbir a la celada del germánico Arminio, caudillo de los queruscos, hubiera vencido a éste, nada hubiera variado en la historia de Roma bajo César Augusto o en el mundo de entonces.

En cambio, la batalla de los Campos Cataláunicos, librada el año 451 de nuestra era, sí tuvo una resonancia mundial, por cuanto probablemente decidió la suerte del mundo cristiano por mucho tiempo.

En tiempos más cercanos a nosotros, Waterloo no merece el epíteto de «mundial», puesto que en aquel campo de batalla no hizo sino sellarse en el plan estratégico la decadencia de un sistema politicomilitar ya condenado por la historia. En cambio, lo merece la batalla perdida por el mismo Napoleón a las puertas de Moscú, pues tuvo una influencia capital en la historia de la Europa contemporánea. En tiempos más recientes todavía, no es la batalla de Verdún, sino la del Marne la que tuvo una resonancia verdaderamente «mundial»; y lo mismo podemos decir de la de Stalingrado, donde, una vez más, estuvo en juego el destino de Europa. ¿Y quién sabe sí algún día resultará que debemos incluir también en esta categoría a la batalla de Dien Bien Fu, que ha marcado prácticamente el fin de la breve dominación europea en Asia?

Volviendo a nuestro relato, no cabe la menor duda de que podemos calificar de «batalla de importancia mundial» la que opuso el año 1296 antes de J. C. en Kades al faraón Ramsés II al rey hitita Muwatallis y el séquito de sus aliados asiáticos.

Tanto si de ella hubiera salido vencido Ramsés como Muwatallis, incluso de haber quedado indeciso el resultado, en todos los casos en ella se hubiera decidido el futuro de Siria y de Palestina, y por ende hubiera quedado muy afectado el equilibrio de fuerzas entre Hatti y Egipto, pues no hay que olvidar que en aquel entonces la historia del mundo se escribía en el espacio comprendido entre el Tigris y el Nilo.

Sobre su importancia histórica, la batalla librada a orillas del río Orontes tiene para el investigador un interés especial, por cuanto es la primera batalla de la historia que se ha podido reconstruir en todos sus detalles, y cuyo corolario fue la conclusión del primer tratado de paz que nos ha legado la Antigüedad; un pacto que en materia de clarividencia y de sabiduría política está muy por encima de muchos de los que han sido concertados entre naciones del siglo xx después de J. C.

Según hemos visto, la batalla de Kades había tenido un preámbulo y fue el resultado necesario, natural y lógico de varios años de política de agresión, cuyos promotores eran, ora los faraones, ora los hititas o sus aliados.

Estos prolongados conflictos, siempre sangrientos y atroces, tuvieron mucha más importancia de la que se han dignado atribuirles los egiptólogos, los cuales, deslumbrados por el inmenso poderío del Imperio faraónico, los designan despectivamente con el nombre de escaramuzas fronterizas, cuando en realidad tuvieron más trascendencia que «una guerra de Treinta años».

Una y otra vez fueron Siria y Palestina devastadas, las ciudades fronterizas arrasadas, los habitantes pasados a cuchillo o expulsados. No se trataba únicamente de una mera cuestión de fronteras, sino, por encima de todo, de la dominación del litoral del Mediterráneo oriental.

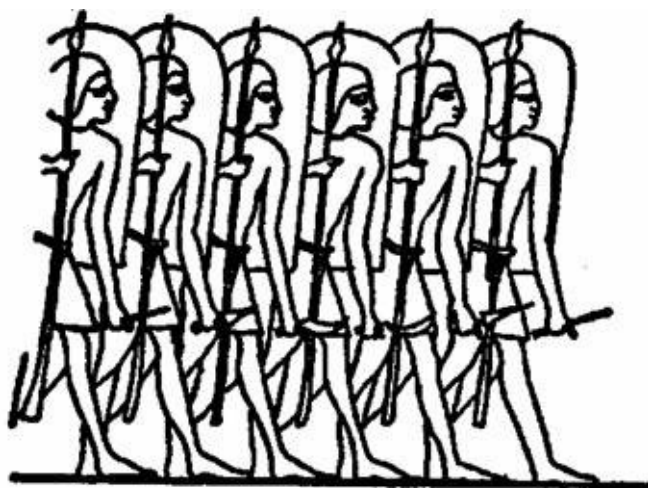
En las cartas encontradas en Tell-el-Amarna pueden leerse las lamentaciones y las reiteradas recriminaciones de los reyezuelos de Siria y Palestina, quejándose desesperadamente de que las ciudades avanzadas ya no estaban en condiciones de resistir a los ataques procedentes del Norte, y suplicando al faraón que se dignase enviarles sin demora ayuda eficaz.

Pero Ecnaton se hacía el sordo y continuaba soñando en su palacio de leyenda de Amarna, mientras se perdían sucesivamente una a una las posiciones conquistadas por sus predecesores.

El general Haremheb (1345-1318 antes de J. C.), que le sucedió en el trono, intentó salvar lo que todavía podía salvarse, que era bien poco. Luego, Seti I (1317-1301) emprendió varias ofensivas, penetró profundamente en Palestina, arrojó a las tribus del desierto y ocupó el territorio hasta la altura de Tiro-Damasco, donde se encontró ante un adversario —el rey hitita Muwatallis— que era demasiado para él.

De modo que Ramsés II (1301-1234) halló una herencia bastante difícil. Tan pronto ciñó la corona, ardieron de nuevo las fronteras al entrar en campaña para defender y conservar lo que su padre, Seti, había recuperado a costa de grandes esfuerzos. En el quinto año de su reinado, Palestina fue invadida por los hititas, en vista de lo cual reunió Ramsés II un poderoso ejército y avanzó por el mismo camino que antaño siguiera su antecesor Haremheb, hacia el Norte, a lo largo del litoral de Fenicia, pues la posesión de los puertos fenicios era esencial para asegurar el aprovisionamiento del cuerpo expedicionario y para la llegada de reservas.

Cuando se hallaba a proximidad del río Orontes, los vigías advirtieron a Ramsés que el grueso de las fuerzas hititas, bajo el mando de Muwatallis en persona, estaba acampado no lejos de allí, frente a la fortaleza de Kades. Ramsés se sentía bastante fuerte y decidió atacar.



Infantería de Ramsés, según un bajorrelieve egipcio.

«Historias alrededor de una historia», tal es la definición de la relación egipcia sobre la batalla de Kades. En Karnak y en Luxor, en las paredes del Rameseum (su templo funerario), en Abidos y en Abu Simbel, rivalizaron los artistas en sus alabanzas al soberano que regresaba «victorioso» de la guerra.

Los Estados autoritarios ignoran la libertad de expresión. Hace tres mil años, igual que ahora, quien pretendiera llamar las cosas por su verdadero nombre se exponía a que le tildasen de que carecía de «objetividad». Así se comprende que se ensalzara al «Setepenra», el favorito de Ra, con una exageración hasta entonces desconocida incluso en Egipto: una adulación rastrera que recuerda la de los turiferarios de Bizancio.

El mismo Ramsés, según colegimos de los textos que se conocen de los últimos años de su vida, fomentaba el culto a su persona. Ningún epíteto era demasiado extravagante para él, ni el más hiperbólico le bastaba. Es «Horus, el toro impetuoso y valiente hasta la temeridad, el amado de la verdad..., el toro entre los soberanos del mundo..., el impávido cuya fama es grande en todos los países, y por cuya voluntad

Etiopía ha dejado de existir y ha hecho cesar la bravuconería del país de Hatti». «Él alcanza el fin del mundo y hace encoger las anchas bocas de los príncipes extranjeros». «Es el hijo de Ra, que pisotea el país de Hatti». «Semeja un toro astifino». «Es como el león valiente, como el chacal que de un vistazo abarca toda la tierra...», «el halcón magnífico y divino».

Estos ejemplos retratan tanto al faraón como a sus sicofantes. La relación de la batalla de Kades abunda en términos por el estilo. Los epítetos citados provienen de estelas del templo rupestre de Abu Simbel, y también ensalza la «formidable» victoria de Ramsés un largo poema que no sólo ha sido conservado en las inscripciones jeroglíficas de tres templos, sino también consignado en caracteres hieráticos en un papiro.

El autor del poema es desconocido. Durante mucho tiempo se tuvo por tal a un llamado Pentur, hasta que se cayó en la cuenta de que éste no era sino un mero copista, bastante malo por cierto, al que deben achacarse las numerosas incorrecciones ortográficas de que adolece el texto que ha llegado hasta nosotros.

Cuando este poema fue descubierto, algunos egiptólogos entusiasmados celebraron a su presunto autor como al Homero de Egipto, comparando su obra a la *litada*, sin que a ninguno de ellos, ante las incensadas desmedidas contenidas en el texto se le ocurriera someterlo a una crítica severa, lo que les hubiera permitido reparar no solamente en las exageraciones, sino, sobre todo, en las contradicciones y los errores, harto ostensibles, por cierto.

Hoy podemos afirmar, con conocimiento de causa, que las crónicas inspiradas por Ramsés no son más que unas escandalosas falsificaciones de la historia y constituyen el primer ejemplo del género que haya llegado hasta nosotros.

Sin necesidad de haber seguido las huellas ni sufrido la influencia de ningún «ministro de propaganda», Ramsés pasó de golpe a maestro en el arte de la superchería, con el éxito que todos sabemos, puesto que su versión de la batalla de Kades ha sido considerada como auténtica durante más de tres mil años.

Los arqueólogos modernos creyeron tanto más fácilmente tamaña fábula cuanto que hace todavía setenta años estaban convencidos de que los adversarios del faraón no eran sino unas bandas fronterizas levantiscas, reacias a toda autoridad lejana. Nadie barruntó que, en Kades, Ramsés se había hallado frente a frente con una gran potencia.

Desgraciadamente, todavía hoy, a falta de pruebas concretas y exactas, la crítica histórica ha debido echar mano de multitud de indicios dispersos para reconstituir la batalla de Kades. De todos modos, los indicios que poseemos son tan claros y convincentes, que ya no puede quedar ni la sombra de una duda en lo que al resultado del encuentro se refiere.

En Kades se enfrentaron dos de los ejércitos más numerosos de la Antigüedad. A

Ramsés no se le ocultaba que el choque sería decisivo y obró en consecuencia, movilizando a todas sus fuerzas, y a última hora logró incluso persuadir a que abrazara su causa al príncipe Bentesina, de Amurru, hasta entonces aliado de los hititas.

Tampoco Muwatallis había permanecido inactivo, y en torno a sus huestes escogidas reunió a cuantas tropas auxiliares le fue posible reclutar, incluso mercenarios y un contingente de temibles piratas de Licia, hasta hallarse al frente de unos 20.000 hombres.

Jamás faraón alguno tuvo ante sí a un adversario tan numeroso. El autor del poema no intenta disimular la realidad, ni minimizar el peligro; al contrario, el propagandista se complace en exagerar desmesuradamente los efectivos del contrario para que la victoria egipcia aparezca más brillante.

«¡Cuantos más sean los enemigos, tanto más honor para nuestro caudillo!».

Desde el punto de vista estratégico, el avance de Ramsés parece salido de la mente de un aficionado, puesto que fue realizado sin orden ni concierto.

El ejército egipcio se dividió en cuatro cuerpos que tomaron los nombres de los grandes dioses de la teogonía egipcia: Amón, Ra, Ptah y Suteh.

Hacia finales de mayo llegaron los egipcios cerca de Kades, tomando posiciones en una loma desde donde se distinguía la ciudad a través de la bruma, pero sin que se notara la menor traza del enemigo, que se suponía debía de hallarse en algún lugar no muy lejos de allí.

Mientras Ramsés, desconcertado, estudiaba la situación con sus oficiales, los hititas habían entrado ya en acción. Los soldados de Muwatallis acampaban invisibles al norte de la fortaleza de Kades, a orillas del Orontes y, contrariamente a los de Ramsés, habían recibido consignas concretas.

A guisa de preámbulo, los hititas despacharon al campamento del faraón a dos beduinos, los cuales, haciéndose pasar por tráfugas, denigraron al ejército hitita y a sus generales, pretendiendo incluso que, deslumbrado el soberano por el poderío y la gloria del gran Ramsés, hijo de dios, de puro miedo había puesto tierra por medio replegándose hasta el Norte, en la región de Alepo.

Mal informado por sus propios espías y demasiado pagado de su persona para admitir que podía equivocarse, Ramsés creyó de ligero a los «desertores», cayendo así en la celada que le tendiera el hitita.

«Su Majestad inició la marcha como su padre Mentu, señor de Tebas, y vadeó el Orontes al frente del primer cuerpo de ejército de Amón».

En otras palabras, confiando en las declaraciones de los dos traidores, Ramsés dividió a su ejército, a una de cuyas divisiones hizo avanzar en terreno desconocido hasta unos diez kilómetros lejos del grueso de sus fuerzas.

Por si esto fuera poco, en lugar de destacar a una avanzadilla para reconocer la

situación, conservando el contacto con la retaguardia, él mismo se puso al frente de la vanguardia acompañado solamente de unos cuantos oficiales. Eso era tanto como hacerle el juego a Muwatallis, quien se hallaba entonces en excelentes condiciones para poder tomar la iniciativa. Muwatallis, con la satisfacción de un cazador ante el espectáculo de una pieza a punto de caer en la trampa, observaba con calma cómo Ramsés se le iba aproximando, y a su vez ordenó a su ejército que se retirara del noroeste de la ciudad y franqueara el Orontes. Mientras Ramsés, en pos del enemigo seguía hacia el Norte, contorneando la ciudad por el lado oeste, siempre a la cabeza de una simple división —Ra seguía lentamente y Ptah y Suteh se encontraban todavía bastante lejos en la orilla meridional del Orontes—, el ejército de Muwatallis avanzó efectuando un movimiento envolvente por el este de la ciudad, dirigiéndose luego al Sur. La colina y las murallas de Kades impedían que los egipcios pudieran darse cuenta de los movimientos del adversario.

La maniobra duró hasta bien entrada la tarde. Llegado al noroeste de la ciudad, precisamente en el lugar que acababan de evacuar los hititas, Ramsés hizo acampar a sus hambrientas y fatigadas tropas.

Mientras tanto la división Ra continuaba acercándose sin prisa y fue entonces cuando el azar vino en ayuda de Ramsés, cuyos soldados capturaron a dos espías hititas, los primeros enemigos que encontraban. Ramsés los hizo azotar hasta que confesaron que no solamente no había huido Muwatallis, sino que con todo su ejército estaba al acecho al otro lado de la ciudad.

Fue entonces cuando Ramsés se dio cuenta del peligro, en que se hallaba.

Insultó a sus oficiales —que habían en vano tratado de disuadirle de su loca aventura—, y despachó inmediatamente un mensajero a la división Ptah para ordenar que se le reuniera a marchas forzadas, y su más ardiente deseo era poder tener a la división Ra al alcance de su voz.

Durante este tiempo, Muwatallis había cruzado nuevamente el Orontes al sur de Kades. Sus unidades de carros rapidísimos —ya hemos dicho que los carros de combate hititas transportaban a dos combatientes, y los egipcios a uno solo, además del auriga— se lanzaron vertiginosamente sobre la división en marcha.

«Atacaron por el centro a la división Ra, mientras seguía su camino completamente ajena al peligro y sin darle tiempo ni para que se apercebiera al combate. Los soldados, los conductores de los carros y Su Majestad quedaron anonadados ante la súbita aparición del enemigo».

Los generales de Muwatallis dislocaron y aniquilaron completamente a la formación egipcia, cuyos restos huyeron a la desbandada, seguidos de cerca por los hititas. Los carros, esta arma novísima, veloz y muy manejable, que no conocían obstáculos, perseguían a los supervivientes. Huyendo de la muerte que sembraban estos carros ante sí, las últimas bandas egipcias irrumpieron en desorden en el

campamento de Amón, cuyos efectivos sorprendidos y presa del pánico se unieron a los fugitivos.

Aquí se sitúa el punto culminante de la batalla de Kades. El carro ligero de combate había introducido un factor estratégico decisivo en el arte de la guerra al hacer posible el cerco rápido de las formaciones enemigas.

Después de este descalabro, ya no puede darse el menor crédito a los relatos de victoria de los egipcios.

La potencia numérica de ambos ejércitos era aproximadamente la misma: unos 20.000 hombres en cada bando. Ahora bien, con el aniquilamiento de la división Ra había quedado fuera de combate la cuarta parte de los combatientes egipcios.

Los hititas habían, además, aislado la división Amón, y al faraón con ella, del grueso de las tropas, y todo ello mientras la división Ptah continuaba acercándose desprevenida y la Suteh seguía a la expectativa en la orilla meridional del Orontes. En aquel momento, veloz como el rayo, sacando partido de la desesperada situación del enemigo, Muwatallis lanza a sus carros de combate a través de las hileras de los fugitivos y luego, en un movimiento envolvente, corta la retirada al mismo Ramsés.

No podía ya caber la menor duda de que la mayor batalla de los tiempos antiguos acabaría con la derrota completa del ejército egipcio. Muwatallis, con sus propias fuerzas intactas, podía ahora aniquilar, una después de otra, a las divisiones contrarias. Únicamente un milagro podía impedir que la derrota se convirtiera en desastre, y que por lo menos la persona del faraón y los restos de su otrora potente ejército pudieran escapar a la destrucción. ¡Y el milagro se produjo!

Los cronistas egipcios atribuyeron más tarde el milagro a la valentía del divino Ramsés. Sin querer poner en duda su intrepidez y su heroísmo, lo cierto es que si el faraón no quedó sobre el campo de batalla, como tantos de los suyos, fue debido a dos circunstancias, en cuyo desarrollo ninguna influencia había podido tener.

El ejército hitita, formado por elementos heteróclitos, carecía en el fondo de homogeneidad, y la disciplina dejaba mucho que desear. Ebrias de la lucha, con la victoria al alcance de la mano y ante la perspectiva de un rico botín, las tropas de choque hititas cesaron en su persecución cuando atisbaron el campamento de Ramsés con sus fuegos, las tiendas abandonadas, los carros de la intendencia repletos de alimentos, de herramientas, de armas y demás utensilios que los fugitivos habían dejado tras de sí en su precipitada huida.

Estos mismos hombres, que hasta momentos antes habían constituido la hueste hitita aguerrida y feroz, se convirtieron súbitamente en una horda desenfrenada de saqueadores, sorda a las consignas y a los gritos de sus oficiales. Su misma inconsecuencia las ponía a merced de cualquier adversario bastante enérgico y decidido para sacar partido de la nueva situación.

Este atacante, naturalmente, no podía salir de las tropas asaz desmoralizadas de

Ramsés. En esta ocasión el *deus ex machina* hace su aparición en forma de una pequeña tropa, eficiente y disciplinada, procedente del litoral, la cual, apenas llegada al campo de batalla y haciéndose cargo de la situación, atacó con gran violencia a los hititas, todavía entregados al saqueo, sumiéndoles en la mayor confusión.

No se ha podido averiguar el lugar de origen de estos combatientes de última hora. Se supone que se trataba de un destacamento de cadetes que desembarcaron en algún lugar de la costa con la única misión de sumarse al ejército egipcio en dondequiera que lo encontrasen. Pero su procedencia es lo de menos. Esta pequeña tropa salvó la vida y la libertad al faraón, y a ella le debe Ramsés el haber podido pasar a la Historia con el epíteto de «grande».

Cómo se las compuso el faraón para romper el cerco de hierro de los hititas, lo sabemos por el poeta oficial. Si dejamos a un lado las descomunales exageraciones de lenguaje, la descripción que nos ha dejado de la batalla es a menudo patética, y la relación emocionante.

El autor intercala en la narración largos monólogos y las reflexiones de Ramsés durante la batalla, con invocaciones a sus dioses tutelares, y en ellas el faraón se queja amargamente de sus compañeros desleales que le habían dejado en la estacada en el momento de mayor peligro.

«Su Majestad estaba completamente solo con su escolta»; así empieza el poeta el pasaje en el que da cuenta de la fase decisiva de la batalla. «Pero el miserable príncipe de Hatti —y aquí el prudente Mursil es tildado de cobarde— permanece en medio de sus tropas sin atreverse a atacar».

¡Tal era el miedo que Su Majestad le inspiraba!

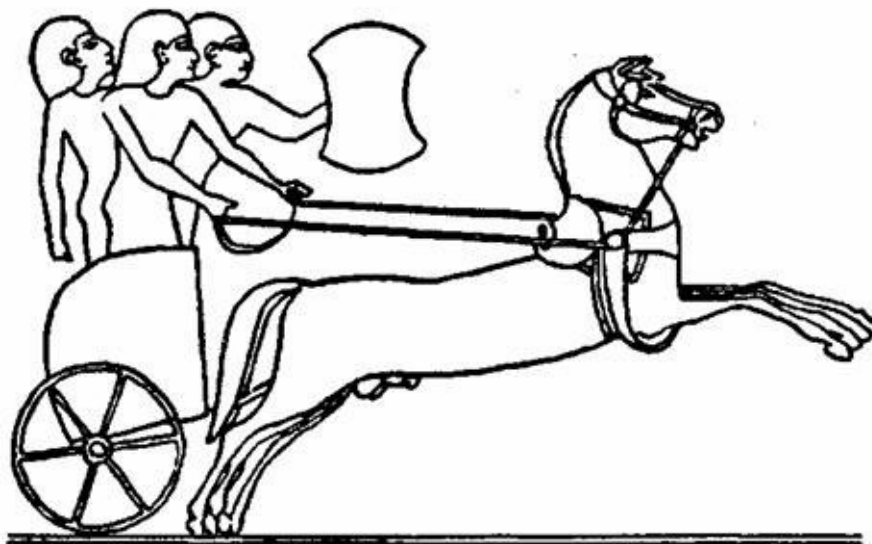
Cuando los carros hititas y sus equipajes avanzaron impetuosamente, dislocando y desbaratando a la división Ra, y cuando los fugitivos, entre los que figuraban dos hijos del propio faraón, alcanzaron el campamento real arrastrando en la desbandada a todos los demás combatientes, entonces «Su Majestad avanzó como su padre Mentu, endosado que hubo la coraza y los atavíos guerreros que le daban todo el aspecto de Baal cuando está furioso».

El tronco de caballos que tiraba del carro del faraón procedía de los establos reales y llevaba el nombre de «La Victoria de Tebas». Su Majestad se arrojó con presteza contra el ejército enemigo de Hatti, completamente solo; nadie iba con él.

Todo hace suponer que la famosa carga de Ramsés, que se describe como un dechado de heroísmo, puede muy bien haber sido en realidad un acto de desesperación producido por el terror o simplemente un intento de fuga.

Pero aquí el poeta da rienda suelta a su imaginación y la exageración llega al colmo. Aun cuando quizá la escena se haya producido tal como nos la cuenta, la hipérbole tiene como única finalidad el glorificar la acción de Ramsés convirtiéndola en un atributo de la realeza.

«Cuando el rey miró hacia atrás, vio que estaba rodeado por 2.500 carros, y que le habían cortado la retirada una multitud de guerreros del miserable país de Hatti y de los numerosos países aliados suyos: Arad, Massa, Pedasa, Keshkesh, Iruna, Kissuwatna, Chereb, Ekeret, Kades y Reke. Iban tres en cada carro y todos se habían unido en contra suya».



Guerreros hititas montados (según un relieve egipcio de la época de la XIX dinastía).

Luego empiezan las lamentaciones del faraón y es entonces cuando el poema alcanza una cierta amplitud (a la relación del autor sucede sin transición el monólogo del faraón):

«No tengo a mi lado a ningún príncipe, a ningún auriga, a ningún oficial de infantería ni a ninguno de los combatientes de mis carros. Mis infantes y los combatientes de mis carros, todos me han abandonado».

E implora a su dios:

«Su Majestad dijo: ¿Cómo es eso, Amón, padre mío? ¿Puede un padre olvidar a su hijo? ¿Cuándo intenté hacer algo sin contar antes contigo? Que hiciera o que dejara de hacer, ¿no fue siempre después de aconsejarme contigo? Ya sabes que jamás infringí tus órdenes. ¿Qué pueden significar para ti esos asiáticos, Amón, esos impíos que no conocen a dios? ¿No te he erigido infinidad de monumentos y no he llenado de prisioneros tus templos?... ¡Yo te imploro, Amón, padre mío! Heme aquí rodeado de extranjeros desconocidos. Todos los países se han coligado contra mí y me encuentro completamente solo, sin cortejo alguno. Mis soldados me han abandonado y ninguno de mis automedontes se ha preocupado de su señor... A ti me dirijo porque sé que Amón representa para mí más que un millón de infantes, más que cientos de millares de combatientes de carros y más que diez mil hermanos y niños que se solidaricen con mi causa. Las obras de la multitud no cuentan, Amón está por encima de todos... Amón me escucha y acude a mi llamada... Lanzo gritos de júbilo cuando le veo que me tiende la mano y le oigo gritar detrás de mí:

“¡Adelante, adelante, hijo mío! ¡Estoy a tu lado, yo tu padre; mi mano te protege y yo valgo mucho más que cien mil, yo que soy el señor de la victoria y amo la fuerza! ...”».

Al implorar el hombre a su dios se eleva hasta él, y la invocación le convierte en su semejante. Ramsés en este pasaje mezcla la leyenda Gilgamesh al mito de Heracles:

«De nuevo encontré mi corazón y mi corazón rebosa de alegría, puesto que se hace lo que yo quiero. Soy como Mentu; mis flechas vuelan hacia la izquierda y lucho a derecha. Ante mis enemigos me yergo como Baal en la hora de la venganza. He aquí que los atelajes que un momento antes me rodeaban yacen deshechos ante mis caballos. Ninguno de mis enemigos ha podido hacer uso de la mano para combatirme, el miedo les paraliza el corazón, y los brazos han perdido el vigor. Ya no pueden disparar sus flechas y les falta fuerza para hacer uso de sus lanzas. Los precipito al agua como si fuesen cocodrilos; caen unos encima de otros y los voy matando como bien me parece».

Si debemos dar crédito al autor del poema, Ramsés había dado por fin con la solución táctica apropiada a su desesperada situación; solución que consistía en atacar el frente hitita por su lado más débil, o sea a lo largo del río, a fin de forzar el cerco.

Las inscripciones tendenciosas con que más tarde se cubrieron las paredes de los templos egipcios, para transmitir a la posteridad la versión oficial de la batalla de Kades, nos muestran cómo los enemigos son empujados al agua, en donde se ahogan.

«Desorientado e indeciso —seguimos leyendo en el texto egipcio— el miserable príncipe de Hatti contempla la suerte reservada a los suyos. Reúne a sus principales oficiales y llama a las tropas. Eran en total un millar de atelajes que se precipitaron hacia el fuego». (Aquí la palabra «fuego» designa al faraón, cuya diadema de serpientes escupía fuego).

«Me arrojé sobre ellos. Yo era como Mentu, y en un santiamén les hice sentir el peso de mi brazo. Pasé a cuchillo y maté a todos los que se me pusieron delante, y mientras tanto oía cómo se gritaban unos a otros: “El que está entre nosotros no es un hombre, sino Suteh, el fuerte; Baal se ha encarnado en él y sus hazañas no son propias de un ser humano. Jamás un solo hombre sin infantes ni carros de combate había logrado vencer a centenares de miles de soldados enemigos. Huyamos, alejémonos rápidamente de su presencia para salvar nuestras vidas, para que podamos seguir respirando. ¡Mira!, a quien osa acercársele se le paraliza la mano, y los miembros no le obedecen; no puede utilizar ni el arco ni la lanza al verle cómo avanza y nos ataca”».

Supongamos por un momento que en su audaz o desesperada acción consiguiera Ramsés, en efecto, romper el cerco. En tal caso nos explicamos fácilmente que viera el cielo abierto y que desee reunir en torno suyo a sus oficiales, a su séquito y a todos

sus soldados, a los que se dirige no con imprecaciones inútiles, sino mediante exhortaciones y estímulos morales:

«¡Ánimo! ¡Ánimo, soldados míos! Sois testigos de mi victoria, de la victoria resplandeciente de un solo hombre. Ved cómo Amón me protege y me tiende la mano. Os di carros para combatir y me habéis resultado unos cobardes, en los que no puedo confiar. Y eso que a todos vosotros os he favorecido en mi país. ¿No era yo vuestro dueño y señor, y vosotros poco menos que nada? Yo os hice grandes y de mí recibíais cada día el sustento. Puse a los hijos en posesión de los bienes de los padres y todo lo malo que existía en el país fue abolido. Os he perdonado los impuestos y aun os he devuelto más de lo que se os había quitado... Atendía las súplicas de cuantos a mí se dirigían, y les despedía con estas palabras: “Sí, te lo concedo”. Jamás soberano alguno hizo lo que yo por sus soldados, pues de acuerdo con vuestros deseos os permití vivir en vuestras propias casas y en vuestras ciudades, incluso cuando ya no me servíais como oficiales. Lo mismo digo de los que montan mis carros, pues a ellos también les indiqué el camino de muchas ciudades... Y, ¿qué podía menos que esperar que se me pagara en la misma moneda, ahora que se trata de luchar? En cambio, ¿qué veo? Todos os habéis portado de una manera infame conmigo. Ninguno de vosotros me ha tendido la mano para ayudarme en la batalla. ¡Y por el Ka eterno de mi padre Amón que digo la verdad!... ¡Quién estuviera todavía en Egipto, como mis antepasados, que jamás vieron a los sirios!...».

¿Qué duda cabe de que a pesar de esta exaltación de las hazañas de Ramsés, no podemos considerar el texto como un canto de victoria?

«El crimen que han cometido mis soldados sobrepasa cuanto pueda decirse. Pero he aquí que Amón me ha concedido su victoria, aun cuando yo no tenga a mi lado ni a mis infantes ni a los combatientes de los carros. He hecho ver mi victoria y he hecho sentir mi fuerza a todos los países lejanos, mientras me encontraba solo, sin que me asistiera ninguno de mis nobles ni ninguno de mis carros...».

«... Pero cuando Menna, mi amigo, vio que me rodeaba un gran número de carros enemigos, fue presa de pánico y se puso a temblar y le dijo a Su Majestad: “Mi buen señor: ¡Oh tú, poderoso soberano, gran protector de Egipto en el día de la lucha! Estamos solos en medio de incontables enemigos. Mira: el ejército y las unidades de carros me han abandonado. ¿Por qué quieres mantenerte aquí hasta que te arrebaten la respiración? Conservemos nuestras vidas y pongámonos a salvo antes que sea tarde. ¡Oh, Ramsés!”».

«Su Majestad dijo a su auriga: “Ten valor y verás que me abatiré sobre ellos como el halcón. Los mataré, los sacrificaré y los arrojaré al suelo lejos de mí. ¿Qué son estos miserables para ti? No he palidecido ante un millón de ellos”. Su Majestad avanzó veloz, penetrando seis veces en las densas filas enemigas. “Los persigo como Baal en la hora de la venganza; ¡no me canso de matarlos!”».

«Y entonces, cuando mis infantes y los combatientes de mis carros vieron que en fuerza y en valor yo era el igual de Mentu, fueron apareciendo uno a uno para reintegrarse a hurtadillas al campamento al anochecer; y se encontraron con que toda la gente a la que yo había acometido yacía degollada y bañada en sangre, así como los mejores guerreros de Hatti y los hijos y los hermanos de su príncipe... Convertí el campo de batalla de Kades en una inmensa llanura blanca, pues los cadáveres iban vestidos de blanco, y eran tantos que no quedaba espacio libre para poner el pie en el suelo».

«Cuando mis soldados se dieron cuenta de lo que yo había hecho, acudieron a rendirme homenaje. Mis nobles se me acercaron para glorificar mi fuerza, y lo propio hicieron mis automedontes, que ensalzaban mi nombre: “¡Salve, guerrero insigne, que reanimas nuestros corazones! Has salvado a tus soldados y a los conductores de nuestros carros. ¡Oh tú, hijo de Amón, tu el activo! Con tu brazo poderoso destruyes el país de Hatti. Eres un campeador espléndido y un gran rey que en el día del combate lucha y vela por sus soldados. Posees un corazón de héroe, y eres el primero en el tumulto de la batalla. Ni todos los países del mundo reunidos en un mismo lugar han podido resistirte. Has sido el vencedor. Lo han visto tu ejército y todo el mundo. No es una jactancia ridícula..., has deslomado a Hatti para siempre...”».

«Su Majestad dijo a sus soldados, a sus nobles y a los combatientes montados: “¿Os dais cuenta del crimen que habéis cometido, vosotros nobles, soldados y combatientes de mis carros? ¿Qué nombre tiene eso de abandonarme en las garras del enemigo? Se correrá la voz de que me habéis abandonado... Yo luché contra millones de países y los vencí, ¡yo solo! Solo con mis estupendos corceles ‘Victoria de Tebas’ y ‘Nut la satisfecha’. Sólo ellos me ayudaron cuando me encontraba perdido, completamente solo en medio de mis enemigos. De ahora en adelante, cuando more nuevamente en mi palacio les haré tomar el pienso en mi presencia, pues sólo ellos y mi auriga Menna me secundaron cuando mi vida corrió peligro...”».

De este pasaje se desprende que tal vez Ramsés, verdaderamente gracias a un acto de heroísmo extraordinario y desesperado, lograra reagrupar una parte de su ejército desbandado y atacar al enemigo en dirección sur. El poeta áulico ni tan sólo menciona el destacamento de cadetes procedentes del litoral, cuya llegada hizo variar completamente el curso de la batalla que ya estaba perdida. Dejando incluso aparte el resultado de dicha batalla, son de por sí muy explícitos los documentos que dan fe de la rápida retirada de Ramsés hacia el sur, a la altura de Damasco, con los restos de su ejército. Es obvio que únicamente a costa de grandes pérdidas logró Ramsés escapar con vida. Su ejército, otrora terror y orgullo de Oriente, regresó terriblemente diezmado y sin el menor éxito en su haber.

Lo cual no fue óbice para que el poeta oficial —más tarde veremos hasta qué punto sus alegaciones quedan desmentidas por la evolución de la situación política—

se extienda así:

«El miserable y vencido príncipe de Hatti envió a un mensajero para honrar el alto nombre de Su Majestad: “Eres Ra-Harachtu, eres Suteh el fuerte, el hijo de Nut; Baal habita tu cuerpo y el miedo se ha apoderado del país de Hatti. Has deslomado a su príncipe para siempre”». El príncipe envió con el mensajero una carta dirigida al gran nombre de Su Majestad..., y le comunicaba en ella lo siguiente:

«... Eres el hijo de Ra, que has salido de sus entrañas, y él es quien te ha dado todos los países de la tierra. El país de Egipto y el país de Hatti son tus servidores y yacen a tus pies. Te los ha ofrecido Ra el magnífico, tu padre». «¡No te dejes llevar de la violencia con nosotros! Tu poder es inmenso y tu fuerza pesa sobre el país de Hatti». «¿Es de algún provecho matar a sus propios servidores? Ayer nos has matado a centenares de miles y ahora nos dejas sin herederos. ¡Modera tus exigencias, oh gran rey! La benignidad es preferible a la violencia. ¡Déjanos respirar!».

Si hemos de dar crédito al poeta, Ramsés recibió esta embajada durante la retirada, la cual, naturalmente, no es llamada por su nombre en el texto.

La frase más absurda de todo este fantástico mensaje es ésta: «El país de Egipto y el de Hatti yacen a tus pies», pues salta a la vista que es imposible imaginar que, como resultado de una sola batalla librada en la frontera de ambos países, después de la cual los egipcios se retiraron inmediatamente más que de prisa, sin haber puesto ni siquiera el pie en territorio del Imperio Hatti propiamente dicho, Muwatallis se considerara obligado a poner su capital (distante unos seiscientos kilómetros) a la disposición del soberano egipcio.

Pero el poeta se contradice con una despreocupación rayana en la insolencia.

El faraón, que hemos visto abalanzarse furioso como el dios de la guerra para acabar con los enemigos, el mismo cuyas virtudes guerreras, nos cansamos de oír alabar, y que en el paroxismo de su real irritación y sin la menor ayuda de nadie había exterminado a infinidad de adversarios, ahora se presenta ante nosotros como la magnanimidad en persona. Lo que hace unos momentos era virtud suprema, deja de repente de serlo. El contenido del mensaje de Muwatallis era a buen seguro bien otro del que, según el poeta, comunicó el faraón a sus generales. Éstos le contestaron así:

«La benignidad es la mayor gloria, ¡oh rey, señor nuestro! Jamás puede censurarse el deseo de paz. ¿Quién te honraría en tus días de ira?».

En vista del parecer de sus generales, Ramsés ordenó «prestar oídos» a las palabras de súplica del soberano hitita, y le tendió la mano en signo de paz *durante su marcha* (leamos: retirada) hacia el Sur.

¿Qué otra cosa podía hacer el faraón vencido, con el ejército deshecho, sino aceptar la propuesta de paz del hitita..., mientras que, por si acaso, se iba replegando hacia Egipto?

Ramsés el Grande firmó un tratado de paz con el rey hitita Muwatallis.

La victoria de éste es asombrosa, y así debieron ya de considerarla sus contemporáneos, a juzgar por sus repercusiones. Una consecuencia directa del resultado de la batalla de Kades es el sometimiento a Hatti del país de Amurru, cuyo soberano Bentesina había hecho causa común con los egipcios. (Esta es una buena prueba de la victoria de Hatti, pues ¿cuándo se ha visto que un aliado del vencedor se pase al campo del vencido?). Además, Muwatallis mejoró su posición en relación con su hermano Hattusil, personalidad extraordinaria, cuyas victorias sobre los eternos rebeldes de Gasgas le habían valido el nombramiento de virrey. Se dijo que Hattusil había pactado secretamente con Bentesina, pero ahora se mantuvo quieto.

Por contra, las tribus fronterizas de Siria y de Palestina continuaron en su actitud levantisca, pero esta vez en *contra* de Egipto, y todo hace suponer que sólo el pacto de amistad logró evitar que se rompieran nuevamente las hostilidades degenerando las simples escaramuzas en conflicto abierto egipcio-hitita. En todo caso no se posee ninguna noticia precisa de alguna batalla importante entre Egipto y Hatti; ningún documento señala la presencia de un ejército con mando hitita. Ramsés tuvo, pues, que habérselas con tribus y pueblos más o menos importantes, pero jamás puso el pie en la frontera trazada para señalar las zonas de influencia de los dos grandes países, frontera que seguía el curso del Nahr el Kelb, el «Río del Perro», en Fenicia.

Esta situación de entonces no difiere mucho de la que existe todavía hoy en la misma región, en donde alternan los períodos de guerra fría y de guerra caliente. Como la lucha ocasionaba grandes dispendios a los dos adversarios, era de interés para ambos tomar una decisión definitiva. Si los elementos responsables se inclinaron en favor de la paz, fue gracias a Hattusil III, el más grande de los reyes hititas después de Shubiluliuma.

A la muerte de Muwatallis subió al trono su hijo Urhi-Teshub, monarca débil, pero legítimo según la ley de sucesión promulgada por Telebino, y su fatuidad le llevó a cometer una equivocación que iba a serle fatal al atreverse a negar a su tío Hattusil la posesión del virreinato que éste debía exclusivamente a su propia espada. Hattusil depuso a su sobrino, y a lo que se ve consideraba tan segura su posición, que por esta vez la usurpación no fue acompañada de ningún crimen, sino que el nuevo rey se contentó con desterrar al anterior. Aun cuando Hattusil se hizo con el trono por medio de las armas, una vez instalado en él demostró ser mucho más que un general afortunado. Fue un verdadero hombre de Estado, que ha dejado a la posteridad un documento que es único y el más antiguo que se conoce en su especie.

Resalta especialmente en este documento el carácter indoeuropeo de los hititas.

El arqueólogo alemán Antón Moortgat llama a este documento: «La autobiografía más antigua y al propio tiempo una justificación de la usurpación de un trono. Pertenece a una categoría esencialmente hitita de perpetuadores de la historia por medio de inscripciones literarias en monumentos, y en él, por primera vez en Oriente,

un hombre demuestra poseer aptitud suficiente para asociar su propia vida a la de su pueblo mediante la interpretación, desde un punto de vista particular y “nacional”, de una serie de acontecimientos que interesan e influyen tanto en su país como en el de los vecinos; en una palabra: es la primera manifestación que conocemos del sentido histórico en Oriente. Este sentido “histórico” constituye sin duda alguna, todavía hoy, una de las diferencias esenciales que existen entre la concepción que del mundo y de la evolución tenemos los indoeuropeos occidentales por un lado y los pueblos del Próximo Oriente del otro».

Es verdad que también Telebino y Mursil habían dejado documentos que podemos considerar como precursores del de Hattusil, pero éste fue mucho más lejos que aquellos. En contraste con el endiosamiento real que en Oriente fomentaban los mismos monarcas, el rey hitita se propuso escribir una autobiografía sincera, que, dicho sea de paso, no es ni pretende ser una «confesión» tal como las entendemos ahora en Occidente, Hattusil no se alaba a sí mismo; trata de explicar, no de justificar, sus actos, y varias veces llega hasta a disculparse de la usurpación.

Hattusil no se apresuró a darse una genealogía divina luego que se hubo apoderado del trono, sino todo lo contrario, le faltó tiempo para proclamarse *servidor* de la divinidad.

«Y mi padre me tomó a mí, el pequeño, y me consagró al servicio de la divinidad».

Con humildad casi cristiana se consideraba como el instrumento de la diosa Ishtar de Samuha, la cual le guía y le aconseja en todo cuanto emprende:

«... cuando no me encontraba bien, en mi enfermedad reconocí claramente la acción bienhechora de la divinidad. La diosa, mi señora, me llevaba siempre de la mano. Porque ella se preocupó de mí, porque he vivido en el temor de los dioses, jamás he caído en la tentación de dejarme arrastrar por las debilidades humanas».

Su participación en la conspiración de Bentesina, en contra de su hermano Muwatallis, cuando éste se dirigía hacia Kades, parece desmentir sus palabras. Pero quizá se trate de un malentendido que tres mil años no han bastado a disipar. De otro modo no se comprende muy bien el que Muwatallis, después de haber ordenado una investigación para poner en claro las acusaciones de que había sido objeto su hermano, confiara a éste el mando supremo del campamento y de los conductores de carros de combate hititas.

A pesar de tener, pues, las fuerzas armadas de la nación prácticamente en sus manos, al morir su hermano, respetuoso de la legalidad establecida, entronizó al hijo y heredero legítimo de Muwatallis. Solamente se sublevó cuando se sintió amenazado en sus derechos por su insolente sobrino.

«... Cuando decidí separarme de él no lo hice de mala fe enojándome con él en mí carro o dentro de la casa, sino que me he declarado su enemigo con estas palabras:

“Tú empezaste la querrela entre los dos. Tú eres un gran rey; de la única fortaleza que me has dejado, de esta fortaleza el rey soy yo. ¡Ven! ¡Que la diosa Ishtar de Samuha, y Nerik, el dios de las tormentas, decidan entre nosotros dos...!”».

El talento que los gobernantes hititas demuestran para percibir las relaciones causales entre sus actos y los acontecimientos históricos, debió de fortalecer seguramente su posición diplomática frente a sus adversarios desorientados. Buena prueba de ello es el éxito de su política de tratados.

En realidad, en el antiguo Oriente únicamente los textos hititas revelan este sentido de la relación entre causa y efecto que es característico de la verdadera jurisprudencia y el fundamento de la legalidad misma.

Así se comprende que el tratado que al cabo de muchos años de lucha en las fronteras concluyera Hattusil III con Ramsés sea no solamente un acto de paz, sino *el primer ejemplo de un gran acuerdo político en la historia de la Humanidad*.

Es el documento escrito más antiguo que se conoce de esta clase, cuya redacción viene confirmada por el hecho de que se posea por duplicado, pues éste es el mismo tratado cuya versión egipcia conocía ya Winckler, y que a su gran sorpresa apareció un buen día en Bogazköy, escrito esta vez en el idioma del otro firmante, en una tablilla hitita en la que se había inscrito hace la friolera de tres mil años...

El tratado fue redactado entre 1280 y 1269 antes de J. C. (la fecha exacta es todavía objeto de discusiones entre egiptólogos e hititólogos), en el vigésimo año del reinado de Ramsés II según la cronología más reciente, la cual sitúa la subida de éste al trono el año 1301 antes de J. C.

El texto original había sido grabado en láminas de plata que se han perdido, pero la versión egipcia fue reproducida en jeroglíficos en los muros del Rameseum y en Karnak. Es curioso que este tratado exista no solamente en dos lenguas, sino también en dos versiones diferentes, cada una de las cuales es una traducción revisada de los párrafos relativos a las obligaciones del otro firmante, y en cada caso la fraseología ha sido alterada en consecuencia. No ha llegado completa hasta nosotros la versión cuneiforme, la cual alcanza sólo hasta el párrafo catorce, que corresponde al diecisiete de la versión egipcia.

El texto egipcio comprende treinta párrafos y termina con la descripción de las láminas de plata anteriormente mencionadas.

Los mensajeros de Hattusil llegaron a Egipto provistos de un proyecto de tratado. El texto egipcio, reflejando, como es natural, una interpretación unilateral de la situación política de entonces, precisa que el año 21 del reinado de Ramsés y en el 21 día del mes de Tybi, durante la estancia del faraón en su nueva residencia en el Delta del Nilo, aparecieron los enviados hititas Tarteshub y Ramose «para implorar la paz de Ramsés, ese toro entre los príncipes y que fija las fronteras de su país donde quiere» (lo que precisamente jamás logró en el país de Hatti).

El tratado propiamente dicho empieza con la grandilocuencia propia de Oriente, pero que por una vez correspondía y estaba a la altura de la realidad: el equilibrio de fuerzas en el Próximo Oriente.

«El tratado que el gran príncipe de Hatti, Hattusil el fuerte, hijo de Mursil, el grande y poderoso príncipe de Hatti, y nieto de Shubiluliuma, el grande y poderoso príncipe de Hatti ha estampado sobre una lámina de plata para Ramsés II, el grande y poderoso soberano de Egipto, hijo de Seti I, el grande y poderoso monarca de Egipto, y nieto de Ramsés I, el grande y poderoso príncipe de Egipto, el buen tratado de paz y de fraternidad que sella para siempre jamás la paz entre nosotros».

No es necesario reproducir íntegramente las curiosas expresiones del extenso tratado, lo que por otra parte sería aburrido, por medio del cual ambos países se comprometieron formalmente a no recurrir a la fuerza para resolver problemas mutuos, y a concluir una alianza defensiva.

Pero para nuestra manera de pensar, la cláusula más interesante e importante es la que se encuentra al final del tratado. Es la que se refiere a la situación de los refugiados políticos, y que al cabo de tres mil años es de una inquietante actualidad.

«Si un hombre —o incluso dos o tres— huye de Egipto y llega al país del gran monarca de Hatti, que el gran monarca de Hatti se apodere de él y lo devuelva a Ramsés, el gran señor de Egipto. Pero, cuando esto suceda, que no castigue al hombre que devuelvan a Ramsés II, gran señor de Egipto, que no se destruya su casa ni se haga el menor daño a su esposa ni a sus hijos, y que a él no le maten ni se le mutilen los ojos, ni las orejas, ni la lengua, ni los pies, y que no se le acuse de ningún crimen».

Las mismas condiciones rigen también, naturalmente, para los súbditos hititas que se refugiaren en Egipto.

La última frase del tratado es la que le confiere todo su valor:

«En lo tocante a estas palabras, que para el país de Hatti y para el país de Egipto han sido escritas en esta lámina de plata, que los mil dioses del país de Hatti y los mil dioses del país de Egipto destruyan la casa, las tierras y los servidores de los que no las respetaren».

Ciertamente, si el tratado no se convirtió —como otros muchos desde entonces hasta nuestros días— en un trozo de «papel mojado», se debió mucho menos al poder mágico de estas palabras que al acreditado sentido hitita de las realidades políticas. Sea como fuere, este tratado inició un período de paz que duró setenta años en el Próximo Oriente. ¡Cuán raros son casos como éste en la historia del mundo!

Incluso el mejor tratado de paz sólo puede surtir efectos mientras interese a ambas partes. En el caso presente no puede sospecharse de la buena voluntad de ninguno de los dos firmantes, por cuanto diez años después de la conclusión del pacto la amistad egipciohitita fue todavía confirmada de un modo solemne y poco corriente en

aquellas latitudes.

En efecto: Ramsés II casó con una hija de Hattusil.

Esto en sí no tendría nada de particular y no valdría ni la pena de mencionarlo si Ramsés hubiera considerado a la princesa hitita como a una cualquiera de las mujeres de su harén, pero es que no fue así, sino todo lo contrario, pues Ramsés la elevó al rango de primera esposa.

Esta boda brindó una espléndida oportunidad para proclamar una vez más, y ante todas las naciones, la validez y la vigencia del tratado de paz y de amistad entre los antiguos y eternos rivales. El acontecimiento dio, además, ocasión a una nueva entrevista entre dos de los «tres grandes» de la Antigüedad.

Todo hace suponer que la iniciativa partió de los hititas, y que, por lo tanto, debemos considerar este enlace como un acto de alta política: *Tu felix Hatti nube...*, *podría* ser la variante adecuada para simbolizar la situación de Hatti en aquella época, como consecuencia de dicha alianza.

La entrada de la princesa en Egipto fue immortalizada por una estela hallada cerca de Abu Simbel, en la que la novia, que adoptó el nombre egipcio de Ma'atnefrure (la verdad es la belleza del Ra) está representada al lado de Ramsés y de su padre el rey hitita Hattusil III.

Siegfrid Schott ha traducido recientemente uno de los textos que figuran en dicha estela, pero es una lástima que en la introducción haga suya la tesis egipcia: «Después de la victoria de Ramsés II sobre Hatti, este país vive en el terror y en la miseria. El gran príncipe de Hatti envía a una de sus hijas a Ramsés...».

¿Cómo es posible imaginar que un faraón recibiera con tanta pompa a una princesa oriunda de un país que *tiembla* ante él y que vive en la miseria? Y, sin embargo, el texto que poseemos de la llegada de la princesa no deja lugar a dudas. El faraón envió a su encuentro a todo un ejército y a muchos de sus nobles:

Así informaron a Su Majestad:

He aquí lo que hace el gran príncipe de Hatti:

Traen a su hija mayor con innumerables presentes;

Son tantos sus tesoros, que cubren con ellos
el lugar donde se encuentran.

La hija del rey de Hatti y los príncipes los traen.

franquean muchas montañas y desfiladeros escabrosos
y pronto alcanzarán las fronteras de Su Majestad.

Envía a tu ejército y a tus nobles a recibirles...

El faraón parece sorprendido. No puede creerse de Hattusil, naturalmente, que inspirándose en simples consideraciones políticas se pusiera en camino con su hija

sin haberse cerciorado antes de cómo sería acogida en Egipto. Las líneas siguientes parecen dar a entender que la iniciativa partió efectivamente de Hatti:

Su Majestad no cabía en sí de gozo.
El señor de palacio estaba radiante de júbilo,
cuando tuvo conocimiento de este hecho extraordinario
como nunca se había dado otro igual en Egipto,
y envió al ejército y a sus nobles
a recibirla inmediatamente.

Y Ramsés imploró del padre Seth, «el buen padre Seth», el dios de los extranjeros, que concediese buen tiempo a los invitados a la boda: «Haz cesar la lluvia, la tormenta y la nieve..., y su padre Seth atendió el ruego».

Luego la inscripción describe el cortejo, que debió de ser una verdadera maravilla:

Los soldados de Hatti, los arqueros y los jinetes,
todos súbditos del país de Hatti,
estaban mezclados a los de Egipto.
Comían y bebían juntos
unidos como hermanos,
sin que ninguno recriminase al otro.
Reinaba entre todos la paz y la amistad,
como si todos fuesen egipcios.
Los grandes príncipes de todos los países
por los que pasó el cortejo
estaban fascinados, incrédulos y atónitos,
al ver a toda la gente de Hatti
mezclarse al ejército del rey.
Es cierto lo que Su Majestad dijo:
«¡En verdad que nuestros ojos han visto
un espectáculo grandioso!».

Evidentemente se trataba de explotar como un «milagro *político*» el paso de la magnífica comitiva por los pueblos fronterizos.

Por fin la princesa y su séquito llegaron a la residencia de Ramsés:

Introdujeron ante Su Majestad
a la hija del gran príncipe de Hatti

que venía a Egipto,
con innumerables regalos.
Entonces vio Su Majestad
cuan bella era su faz,
bella como la de una diosa.
Era un acontecimiento fantástico,
una maravilla espléndida que en nada se parecía
a lo que la gente hasta entonces
se había transmitido de boca en boca.
En los escritos de nuestros antepasados
no se encuentra nada igual.

En el epílogo se exponen claramente las consecuencias políticas de este matrimonio de conveniencia, y el amanuense aprovecha esta ocasión para postrarse ante su dueño y señor, el rey:

Y luego, cuando un hombre, o una mujer,
cuyos negocios llevaban a Siria,
penetraban en el país de Hatti,
nada debían temer.
¡Tan grande era el poder de Su Majestad!

La conclusión de este tratado coincide con la época de mayor esplendor hitita. El tratado surtió efectos duraderos, pero la seguridad que proporcionaba a sus firmantes trajo como consecuencia la *disminución de la potencia del Imperio*, tal vez porque parecía que ya no era necesaria la fuerza para defenderlo.

Los reyes asirios, ávidos de botín, empezaron a violar de vez en cuando las fronteras. Uno de los vasallos occidentales más fieles, Madduwatas, cambió de repente de bando, sin duda barruntando un cambio radical en la situación. El país de Arzawa pasó bruscamente a primer plano, y al Oeste, los Ahhiyawa (es muy posible que sean los aqueos, o sea los protohelos) llegaron a constituir una seria amenaza.

El gran Imperio que forjara Shubiluliuma y que se había mantenido próspero durante un siglo, desapareció en el curso de dos generaciones, disgregándose durante el reinado del débil Tudhaliya IV (1250-1220 antes de J. C.) y del todavía más débil Arnuwanda IV (1220-1190 antes de J. C.). Ni el uno ni el otro supieron continuar la política pacífica y constructiva de Hattusil, ni lograron compensar por la espada lo que perdieron en el terreno diplomático.

Se han sugerido varias hipótesis para justificar el brusco declive del Imperio hitita. Sin embargo, la solución es asaz simple, ya que no fue sino la consecuencia de

una nueva invasión.

Si a esto se objeta que la irrupción de un pueblo extranjero no basta a explicar la *rapidez* del desmoronamiento del Imperio hitita, diremos que hay que tener en cuenta que si en los últimos 150 años, desde Emmanuel Kant, se ha especulado mucho sobre las nociones de espacio y tiempo, en cambio las del valor relativo de «espacio histórico» y «tiempo histórico» han sido hasta ahora insuficientemente definidas.

Así se da el caso, por ejemplo, de que a nuestro contemporáneo Winston Churchill tenemos tendencia a considerarlo como una de las personalidades más destacadas del siglo xx; y en cambio, ¿quién nos dice que las generaciones futuras no asociarán su nombre al período de *decadencia del Imperio británico*, cuyo proceso de disgregación ha coincidido con las actividades gubernamentales del gran político inglés?

Sea como fuere, parece que después de la muerte de Arnuwanda ocupó por poco tiempo el trono otro Shubiluliuma, y luego quizá también otro Tudhalia.

Lo que sí sabemos de cierto es que en 1190 antes de J. C. un gran incendio devastó Hattusas, y luego otra invasión, viniendo esta vez del oeste, sumergió completamente al Imperio hitita, que ya se encontraba muy debilitado. Puede que la primera invasión procediera de Misia o de Frigia. Una inscripción del templo egipcio de Medinet Habu los califica de «Hombres del mar».

«... Y ningún país resistió a su empuje... empezando por el de Hatti».

El incendio de Hatti, que siguió al saqueo de la ciudad, fue de unas proporciones aterradoras, gigantescas, pues si hemos de dar crédito al lenguaje de las piedras sacadas a la luz durante las excavaciones, la ciudadela, los templos y las casas de Hattusas ardieron durante muchos días, quizá durante semanas enteras.

El fuego destruyó no solamente la capital (la cual desde entonces y hasta al cabo de 3.145 años alguna vez llegó a ostentar el título de pequeña ciudad provincial, pero sin pasar generalmente de la categoría de aldea), sino asimismo tal vez simultáneamente fueron pasto de las llamas las demás grandes ciudades de Kultepe y Alaja Hüyük, y con ellas el Imperio hitita desapareció completamente del mapa.

Dado que en este libro se trata de la historia del *descubrimiento* del Imperio hitita, es natural que no podamos dejar de tener en cuenta la opinión de los arqueólogos, cuyo punto de vista define admirablemente sir Leonard Woolley en estas declaraciones suyas que pueden antojárenos algo cínicas:

«Si los excavadores hubiesen sido consultados, todas las grandes capitales de la Antigüedad hubieran quedado sepultadas bajo la lluvia de cenizas de un *oportuno* volcán», y añade: «A falta de volcán hecho a medida, lo mejor que puede sucederle a una capital es un buen saqueo con todas las de la ley, seguido de un buen incendio».

Estas expresiones de Woolley no son tan cínicas como parecen, pues dondequiera que los excavadores hincan el pico allí ponen al descubierto restos de incendios,

rastros de saqueos y destrucciones, de asesinatos y otras manifestaciones de todas las crueldades que tanto abundan en la historia de la Humanidad de todos los tiempos.

El arqueólogo no hace más que registrar un hecho real cuando declara que una muerte rápida y brutal —y buen ejemplo de ello son Pompeya y Herculano, que en poco tiempo fueron sepultadas bajo una capa de lava y de *lapilli*— preserva mejor los vestigios del pasado que una interminable agonía. La destrucción inmediata es sinónima de momificación, no de desintegración.

Parece una paradoja el pretender que también un incendio pueda contribuir a la conservación de unas reliquias para la posteridad, pero no debemos olvidar que, por grandioso que sea, un incendio jamás llega a destruir *completamente* una ciudad; quedan los edificios de piedra, las murallas, las fortificaciones, por lo menos en parte, e incluso puede reconocerse casi siempre el plano de las casas de ladrillo.

En todo caso subsisten más huellas de lo que fue que cuando una ciudad tuvo que ser abandonada por sus habitantes, y fue deshaciéndose, disgregándose, desintegrándose *lentamente* bajo los efectos conjuntos del viento y de los agentes atmosféricos y del roce de la arena, que atacan las ruinas y van nivelándolas hasta transformarlas en su primitivo elemento: en polvo.

El hecho de que Hattusas fuera destruido por un incendio, y la presencia de muchos restos susceptibles de poder ser interpretados, explica el éxito del alemán Kurt Bittel, que dirigió las excavaciones en Bogazköy, donde Hugo Winckler se había casi contentado con buscar tablillas. También Bittel encontró tablillas, pero siguiendo en ello las huellas de Otto Puchstein, codirector con Winckler en las primeras excavaciones, y de sus colaboradores, se interesó particularmente por la situación de la ciudad, su extensión, por sus palacios, y por las características arquitectónicas de la ciudadela, de los templos y de los archivos.

Bittel no se limitó a esto, sino que continuó sus investigaciones profundizando en el estudio de las estructuras más remotas de la antigua Bogazköy, pero esto ya no entra en el marco de este libro, cuya finalidad primordial no es la prehistoria, sino el conocimiento de la civilización hitita propiamente dicha.

Pero antes de esbozar un cuadro de la vida y de las costumbres de este pueblo en la época de mayor esplendor del Imperio —en la medida que ello resulte posible hoy día— y antes de ocuparnos del hecho sorprendente de que el pueblo hitita subsistiera y siguiera actuando a pesar de la destrucción del gran Imperio de Hatti, vamos a ocuparnos de las excavaciones de Bittel y de los resultados obtenidos.

Capítulo 10

La ciudad y el campo. El pueblo y las costumbres

Poca cosa habría que decir de las excavaciones de Kurt Bittel, pues aun cuando, desde el punto de vista científico, fueron extraordinariamente fructuosas (y continúan siéndolo hoy todavía), sus métodos de trabajo en nada diferían de los usados en todas las demás expediciones. De Anatolia a Mesopotamia, el cuadro no varía: bajo un sol que aturde, los obreros nativos trasladan canastas de un lado a otro o tiran de la carretilla; hombres con sombreros de paja o cascos coloniales, armados con cintas métricas y aparatos fotográficos, contemplando los restos de paredes desnudas, dispuestas según un extraño plan geométrico sin interés alguno para el profano, al que ningún indicio podría hacer barruntar algún descubrimiento sensacional, que sólo los especialistas son capaces de husmear, de presentir, en una atmósfera a veces cargada de emoción.

Con todo, el inicio de las excavaciones se caracterizó por una nota cómica a la par que también peligrosa.

Kurt Bittel nació el año 1907 en la villa de Heidenheim, en Württemberg (Alemania), y después de haber estudiado arqueología, prehistoria e historia antigua en Heidelberg, Marburg, Viena y Berlín, obtuvo en 1930 del Instituto Arqueológico Alemán una beca que le permitió trasladarse a Egipto y a Turquía. En Estambul conoció en 1931 al director de la delegación del Instituto, Martin Schede, el cual le envió a visitar Bogazköy, el cual le propuso, algo más tarde, que fuera él quien se encargara de la dirección de unas excavaciones.

Bittel, que tenía a la sazón solamente 24 años, y era atrevido y emprendedor, aceptó entusiasmado. Parecía haber dado con el objeto de su vida. Durante nueve años, hasta que estalló la segunda guerra mundial, investigó en el mismo paraje, y aún hoy sigue pasando algunas semanas cada año en las ruinas de la antigua capital hitita.

Al principio se trataba solamente de iniciar unas excavaciones sin otra finalidad que la de sondear el terreno y comprobar las conclusiones anteriores, pues hartos aparentes eran las deficiencias de las realizadas por el desgraciado tándem Winckler-Macridy.

Posteriormente refirió Bittel, sin comentario alguno, como de su caballerosidad podía esperarse, algunos detalles sobre los trabajos de Winckler.

Según él, Winckler y Macridy fueron, desde un punto de vista científico, unos verdaderos saboteadores, según se desprende de estos dos ejemplos. En el edificio llamado «La casa de la ladera», inició Macridy, probablemente en 1911, pues se ignora exactamente, el despeje de unos restos de murallas; pero abandonó pronto la

tarea sin terminarla y sin que en ninguno de sus informes haya quedado la *menor constancia* de ello. Sabemos de esa actividad suya por una carta en la que se menciona, sin darle mayor importancia, que «por el lado Este había hallado restos que atestiguaban la existencia de utensilios de hierro», un hallazgo sensacional si los hay, pero eso es todo, y ni tan sólo se dispone de croquis alguno.

La nueva expedición pudo llevarse a cabo con los medios aportados por la fundación James Simón, así llamada en honor del anciano mecenas judío de 84 años y gran amigo de los arqueólogos, el mismo gracias a cuya generosidad veinticuatro años antes el antisemita Winckler pudo entrar en posesión de los fondos necesarios para acometer las primeras excavaciones en Hattusas.

Y cuando Bittel y Schede, después de una corta estancia en Alishar Hüyük, en donde H. H. von der Osten estaba realizando excavaciones por cuenta de la Universidad de Chicago, llegaron el primero de septiembre de 1931 a Bogazköy, fueron huéspedes del mismo personaje —Zia Bey— igual que años antes lo habían sido Winckler, Macridy, Puchstein y Curtius.

El venerable descendiente de los Dulgadiroghlu había alcanzado mientras tanto los sesenta años y residía, como antes, en su *konak* de tres casas de dos pisos: el *haremlik* para la familia del dueño, el *selamlık* para los huéspedes y las habitaciones de la servidumbre, y la cocina. No quería reconocer que habían pasado los años, ni quería adaptarse a un mundo que ya no era el mismo de hacía un cuarto de siglo. Para él, nada había variado y seguía aferrado a su ficción de gran señor feudal de antaño, cuando era literalmente dueño y señor de la vida y de la hacienda de los habitantes de sus ochocientas aldeas. Pero desde entonces en Turquía se había implantado la república y Bittel no tardó en darse cuenta de las complicaciones inherentes a la nueva situación.

A Zia Bey no le fue difícil el reunir la mano de obra necesaria, pero a Bittel no se le había ocurrido cuán difícil iba a serle, sin conocer una sola palabra del idioma turco, el poder entenderse con sus nuevos colaboradores. Cuando empezó a gesticular buscando en vano la manera de darles la bienvenida, avanzó de repente uno de los trabajadores y cuadrándose ante él le dijo con voz estridente y en buen alemán con acento berlinés incluso: *Margen, Herr Hauptmann!* (¡Buenos días, mi capitán!).

Resultó que aquel hombre había hecho la primera guerra mundial en un regimiento alemán del frente de Rumania.

El arquitecto y el fotógrafo llegaron al tercer día, y dos días más tarde, o sea al quinto día de haber llegado Bittel, empezaron las excavaciones en la ciudadela de Hattusas. Pero el primer día de recibir la paga los trabajadores se amotinaron.

¿Qué había sucedido?

Nada más y nada menos que Zia Bey no solamente había cuidado de reclutar la mano de obra, sino que luego había tomado también a su cargo la remuneración, pero

haciendo gala de una largueza demasiado bien entendida, se había reservado para sí una buena parte de los treinta kurus a que ascendía el jornal de los obreros.

Se había apropiado simplemente el dinero en buena lógica de señor feudal: ¿cómo no iba a ser suyo lo que pertenecía a sus súbditos?

Desgraciadamente para él, las noticias de las innovaciones políticas y de las reformas sociales de la nueva Turquía habían llegado incluso hasta el centenar de casuchas de Bogazköy. Los obreros se armaron de piedras y se lanzaron al asalto de las tiendas, mientras Bittel, que por no entender el turco no podrá comprender la causa del motín, pedía auxilio a la gendarmería.

La situación continuó tensa hasta que Bittel, enterado de la razón que asistía a los amotinados, prometió darles inmediata satisfacción. Siguió una violenta discusión con Zia Bey, el cual aseguró cándidamente que el mundo se estaba volviendo imposible. La solución no se hizo esperar: el salario, que se aumentó a cincuenta kurus diarios, sería satisfecho directamente a los trabajadores prescindiéndose del rodeo de Zia Bey.

Aun cuando, según hemos dicho, las primeras excavaciones tenían sólo el carácter de sondeo para verificar los resultados de las anteriores, la expedición inició sus trabajos con buen pie. En efecto, al cabo de muy poco tiempo pareció como si todavía no se hubiese extinguido la racha de la buena suerte que había favorecido a Winckler años atrás. Primeramente dieron con un archivo de tablillas que se componía de unos 350 textos cuneiformes redactados en lengua acadia y en hitita, ambas legibles por consiguiente, la primera desde el siglo pasado y la segunda desde los descifres realizados por Hrozný.

Era natural que las investigaciones prosiguieran con ardor después de este éxito inicial, pero precisamente entonces se produjo la quiebra del Banco Danat, de Berlín, signo evidente de que la economía alemana estaba sumida en plena crisis, y con ello la expedición se encontró bruscamente sin medios económicos. Se había empezado con tres mil marcos y tuvieron que proseguirse los trabajos con sólo los mil marcos aportados por el Instituto Arqueológico. A despecho de todas las dificultades económicas a las que se tuvo que hacer frente, todas las excavaciones que Bittel emprendió hasta la segunda guerra mundial en 1939 se vieron coronadas por el éxito.

Al contrario de sus predecesores en Bogazköy, a Bittel no le interesa el estudio de un *único* aspecto determinado de las excavaciones, sino que demuestra su eclecticismo investigando para hacerse una idea del *conjunto*.

No tuvo la pretensión, que caracterizó a otros, de querer hacerlo todo por sí mismo, sino que solicitó el parecer de ingenieros y arquitectos, y antes de publicar sus conclusiones consultó a los especialistas de otras disciplinas: biólogos, químicos, zoólogos, etc., gracias a lo cual logró resolver algunos problemas que un arqueólogo, trabajando solo, jamás hubiera podido solucionar.

Como consecuencia de esta colaboración, poco a poco fue perfilándose la historia de la ciudad de Hattusas, la capital de Hatti, en cuyo emplazamiento se comprobó la existencia de cinco estratos culturales. El más antiguo, el IV, data del primer siglo de la dominación hitita; el III *a* corresponde ya a la época del apogeo del Imperio hitita, o sea al reinado de Shubiluliuma, a mediados del siglo XIV antes de J. C., cuando se levantaron las murallas ciclópeas y los templos. En cuanto al estrato III *b*, éste permite reconocer el aspecto que presentaba Hattusas en tiempos de Tudhalia IV y hasta su destrucción por las llamas, cuyas huellas quedaron grabadas en las murallas de la ciudad. Los estratos II y I, por contra, son característicos de la influencia frigia y helena, por cuyo motivo ya no son de ningún interés para nosotros.

Bittel sacó nuevas fotografías, no solamente de los edificios de Hattusas propiamente dicha, sino también del santuario rupestre de Yazilikaya cerca de Bogazköy. Gracias a que durante las primeras excavaciones se dieron cuenta de que Buyukkale (la ciudadela) era en tiempos de Shubiluliuma un recinto cerrado, fue luego posible identificar el vasto complejo de edificios que en 1907 Puchstein había despejado a medias cerca de la «Puerta Real» como los restos de un templo y no de un palacio, como se había supuesto en un principio. Las proporciones de la estructura eran asombrosas. En un perímetro de 60x60 metros había más de setenta habitaciones.

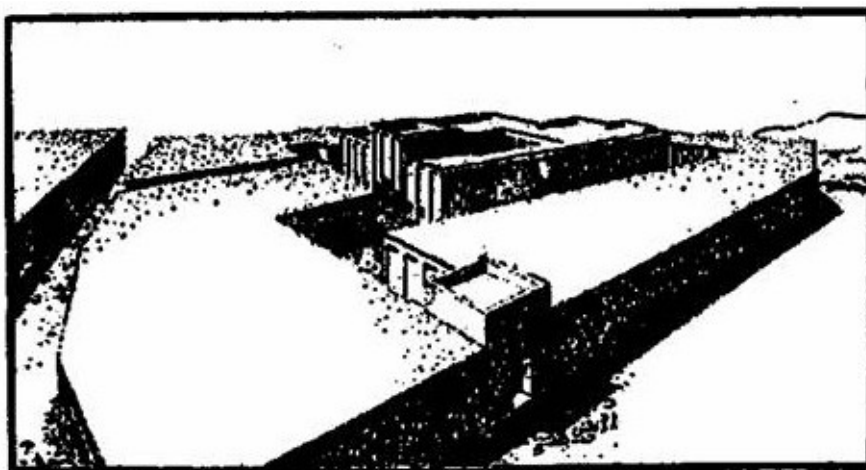
El hallazgo más importante realizado por Bittel, y al propio tiempo también el más significativo, fue sin duda alguna el archivo de tablillas. Ya hemos dicho que durante las primeras excavaciones había exhumado 350 tablillas. Pues bien, en 1932 encontró otras 832 y en 1933 fueron ya otras 5.500... Entre los textos cuneiformes se encontraban los famosos sellos bilingües, ya mencionados en el capítulo consagrado a los desciframientos, gracias a los cuales Bittel y Hans Gustav Güterbock, profesor éste en la Universidad de Ankara, pudieron atribuir a Shubiluliuma la inscripción de Nishan Tash y *demostrar* la exactitud de las primeras lecturas puramente hipotéticas de los jeroglíficos hititas.

Durante nueve años trabajó Bittel sin descanso en la interpretación de este ingente material. Fue nombrado director del Instituto Arqueológico Alemán de Estambul, y tan pronto cesaba la temporada de lluvias se dirigía nuevamente a Buyukkale, en donde mientras tanto se habían construido, para morada de los arqueólogos, algunas casas de barro y techo de paja, no lejos de una fuente.

Las distracciones eran allí tan raras, que el paso de algún lobo solitario constituía un verdadero espectáculo y los hombres se distraían siguiendo las evoluciones majestuosas, entre las nubes, de águilas gigantescas, o el vuelo perezoso de los buitres. No faltaban motivos más o menos fútiles e interminables de conversación en el campamento, como por ejemplo cuando alguno había tenido que sacudirse de la cama algún escorpión verde y peligroso, o cuando, como en 1938, aparecieron

bruscamente nada menos que cinco ejemplares de un galeodo, amarillo oscuro y de un pie de largó, con mucho el bicho más peligroso y repugnante del Próximo Oriente. Cuando esta araña se ve en peligro yergue la cabeza y dirige hacia el enemigo un par de pinzas abiertas y amenazadoras. De esto sí que se habló durante muchas semanas.

Antes de empezar la descripción de las excavaciones que bajo la dirección del profesor Bossert se están realizando ahora en el Karatepe, después de su reanudación al finalizar la guerra mundial, vamos a intentar resumir los conocimientos que actualmente poseemos, para dar una idea general del papel histórico desempeñado por este misterioso pueblo hitita. La empresa no es nada fácil, más aún, es peligrosa, ya que los grandes especialistas que se han ocupado en la cuestión están en desacuerdo entre sí, no sólo en innumerables detalles, sino que también, y ello es mucho peor todavía, discrepan en la interpretación general de los hechos que conocemos. Por consiguiente, en este caso no podemos recurrir a ninguna autoridad en la materia a la que poder cargar el mochuelo, pues no hay ninguna verdad «oficial» indiscutiblemente aceptada como tal. Lo que *sigue* no es más que mi *propia* interpretación y, en cualquier caso, provisional.



Ensayo de reconstrucción del recinto del templo de Bogazköy (Hattusa).

Empezaremos resumiendo en unos puntos lo que sabemos gracias al estudio de los documentos cuneiformes y de los monumentos hititas:

Primero: En el segundo milenio antes de J. C, Hatti fue una gran potencia durante algunos siglos. Su incontestable superioridad militar y su gran habilidad diplomática, caracterizada por su política en materia de tratados y de enlaces matrimoniales, les permitió a los hititas no sólo realizar sus numerosas conquistas, sino, lo que es más, mantenerlas. Aun cuando no fueran los inventores del carro de combate ligero, lo perfeccionaron y lo utilizaron con gran éxito.

Segundo: Su forma de Gobierno era una federación de Estados sometida a una autoridad central. El «Imperio» comprendía, además del núcleo hitita, innumerables regiones pobladas por grupos étnicos de naturaleza, mentalidad y origen distintos, unidos unos a otros por medio de tratados. Todos los miembros de la federación se

beneficiaban de los privilegios inherentes a la superioridad militar y económica del pueblo hitita dominante.

La monarquía, ya lo hemos visto, no era absoluta, sino constitucional, y el rey era en cierto modo responsable ante el «Pankus» o consejo de los nobles. Es muy significativo que su papel en el gobierno se basara en un *concepto* del Estado y no en la consolidación casual que requiere una oligarquía.

Tercero: El orden social hitita no era rígido, y entre las clases de la sociedad hitita no existían barreras. Prevalecía un sistema feudal en el cual incluso los esclavos disfrutaban de unos derechos netamente definidos.

Los deberes morales y éticos de los ricos desempeñan un gran papel en el código hitita. Considerada desde nuestro punto de vista occidental moderno, la organización social hitita llegó a su mayor grado de perfección en el segundo milenio antes de J. C.

Cuarto: El orden social estaba basado en una *legislación* humana que difería considerablemente de la de los demás países orientales. Su código prevé el derecho a la reparación de los agravios o perjuicios injustamente causados e ignora en cambio totalmente la ley del Talión, entonces en boga.

Estas características del imperio hitita contrastan singularmente con las otras estructuras políticas orientales del segundo milenio antes de J. C. Incluso si, como hemos dicho, juzgamos al Imperio hitita desde nuestro punto de vista occidental y moderno, en lugar de hacerlo en términos de relatividad cultural, nuestro veredicto será forzosamente muy favorable. A ello se debe la tendencia de atribuir estas características «progresivas» al hecho de que la clase dirigente hitita era *indoeuropea*.

Pero hay otros aspectos muy importantes que no debemos silenciar si queremos hacernos una idea cabal de la cuestión.

Quinto: La nación hitita no estaba unida por *una sola* lengua, pues ya hemos visto que sólo en Bogazköy se encontraron inscripciones en *ocho* lenguas diferentes, *cuatro* de las cuales, por lo menos, eran utilizadas corrientemente. *Tampoco* disponía de una escritura unificada. Los jeroglíficos, empleados durante el período imperial exclusivamente para la redacción de textos religiosos y de las inscripciones reales (incluso en caracteres cursivos), fueron inventados probablemente por los hititas, pero fueron utilizados corrientemente sobre todo en las ciudades-Estados del primer milenio, o sea después de la caída del Imperio. La escritura cuneiforme de que se servían las más de las veces los hititas se la tomaron a los asirios.

Sexto: El Imperio hitita no se encontraba unido por una religión única («Los hititas tienen mil dioses»), sino que coexistían muchas religiones mezcladas a innumerables cultos nacionales y locales. Los hititas eran muy tolerantes en materia religiosa; es un principio sensato desde el punto de vista político, si se quiere, pero muy discutible desde el punto de vista cultural, por cuanto la diversidad de creencias en un mismo país constituye un estorbo a la formación de una subestructura espiritual

homogénea.

Séptimo: Las artes plásticas hititas durante el período imperial muestran una cierta propensión a la monumentalidad, pero con evidente descuido de la *forma*. Los escultores se dejan llevar de la fantasía, y si la piedra no cedefácilmente al cincel, se tira a un lado y se echa mano de otro bloque. Se empleaban, unos juntos a otros, relieves a medio terminar con los que ya lo estaban, los viejos con los recientes, sin que jamás se considerase la escritura como motivo de adorno. Cuando era precisa alguna inscripción, se colocaba en donde quedaba sitio. Así sucedía incluso en Yazilikaya, donde, por lo menos en la procesión de los dioses, se advierte un prurito de superación en la expresión de la forma plástica. Podría ser que este templo fuese obra de los hurritas; vemos que varios de los jeroglíficos corresponden a nombres hurritas. De todos modos podemos afirmar que el santuario de Yazilikaya, situado en las cercanías de la capital, no es un ejemplo típico del arte hitita, sino algo único en su género. Como regla general, el arte hitita posee ciertas peculiaridades bastante bastas (con evidentes influencias hurritas y luego asirias), y carece de un estilo propio.

Octavo: La arquitectura hitita difiere claramente de todas las demás de la época. Mientras los otros pueblos levantaban sus edificaciones casi siempre alrededor del templo, para los hititas, pueblo guerrero por excelencia —y esto también vale para Bogazköy—, el centro lo constituye la ciudadela y su recinto amurallado.

Pero, al propio tiempo, los arquitectos hititas demuestran en la construcción de sus ciudadelas una gran inconsecuencia, pues a costa de un esfuerzo digno de titanes, apilaron enormes bloques de piedra en la cresta de un barranco que ya sin ellos nadie hubiera podido escalar, mientras que por otro lado, en el que la pendiente era mucho menos escarpada, cubrieron el exterior de las murallas con losas lisas.

La segunda vez que estuve en Bogazköy observé cómo unos muchachos turcos, estimulados por una buena propina, escalaban ágilmente por las losas. Esto todavía debía haberles sido más fácil a los guerreros descalzos de la antigüedad. Y, ¿qué decir de las absurdas poternas, militarmente hablando, esos túneles de 70 metros de largo que cruzando bajo las murallas desembocaban en la llanura donde acampaba el enemigo, o de esas escaleras que invitaban a descender al pie de la fortaleza, o a asaltarla?

La disposición de la ciudadela de Bogazköy parece un juego de niños, y tan carente de estilo como los bajorrelieves que adornan sus puertas y las esculturas que montan la guardia en las vías de acceso al recinto.

Debo hacer observar, sin embargo, que hasta ahora no se había estudiado la importancia militar de las fortificaciones hititas, y sólo el holandés Kampman, que lo ha intentado, se ha limitado a unas descripciones generalizadas. Hasta ahora nadie ha señalado tampoco la curiosa desproporción que existe entre los cimientos ciclópeos

del templo I de Bogazköy, pongamos por caso, y las posibilidades arquitectónicas sumamente limitadas que resultan del empleo, sobre tales cimientos, de barro y de madera en la construcción de los edificios.

Noveno: Con la sola excepción de las sorprendentes *Oraciones en tiempo de la peste*, de Mursil, en parte alguna encontramos rastros de una literatura hitita. Puede objetarse que tal vez no se haya todavía dado con ella, pues los hititas no sólo escribían sobre piedra y arcilla, sino también sobre planchas de madera, de plomo y de plata, las cuales pueden haberse perdido para siempre; pero esto no es una razón concluyente. Por lo menos se hubiera topado con alguna alusión entre la gran cantidad de documentos exhumados. Los únicos textos de esta especie que se han encontrado en Bogazköy son los fragmentos de la epopeya de Gilgamesh, pero se da el caso de que esta epopeya no es hitita, sino de origen babilónico.

Décimo: Queda todavía por elucidar un punto que interesa especialmente a los prehistoriadores. Precisemos, para empezar, que puesto que nos ocupamos en escribir la historia de una civilización, consideramos como superada la división de la prehistoria en Edad de Piedra, Edad de Bronce, etc. Por consiguiente, no es de gran importancia histórica la afirmación de que los hititas conocieron el *hierro* muy pronto, quizá ya en tiempos de Labarna. Incluso parece que alrededor de 1,600 años antes de J. C. los hititas poseyeron algo así como el monopolio de la producción del hierro. Pero la función *histórica* de un nuevo material, contrariamente a lo que se creyó durante mucho tiempo, no coincidía entonces con su *descubrimiento*. En otras palabras: no debe creerse que también entonces bastaba descubrir un nuevo material para influir inmediatamente en el curso de la historia gracias a su utilización en forma de arma nueva. Si, como todo lo hace suponer, hemos leído y traducido correctamente por «hierro» la palabra «amutum» de los textos de Kultepe, poseemos la prueba de que *el hierro era cinco veces más caro que el oro y cuarenta veces más que la plata*. De modo que durante varios siglos el hierro debió de ser un objeto de lujo rarísimo, y buena prueba de ello la tenemos en las cartas que los faraones dirigían a los reyes hititas para pedirles hierro. También sabemos que tales demandas fueron desdeñosamente denegadas. El hierro era, pues, un metal precioso, con el que se fabricaban armas de adorno, pero no armas de guerra, y según parece esas primeras armas de hierro no podían competir, ni con mucho, con las de piedra y de bronce que habían demostrado plenamente su eficacia en el campo de batalla.

La verdadera «Edad de hierro» no empezó hasta mucho más tarde, y la iniciaron probablemente los «pueblos del mar», los mismos que destruyeron al Imperio hitita y lo borraron tan completamente del mapa que desapareció durante muchos siglos.

Antes de sintetizar los puntos que hemos expuesto, conviene hacer una advertencia.

Al intentar imaginarnos lo que era realmente la civilización hitita, corremos el

riesgo de que nos desoriente el hecho de que la mayoría de las esculturas gracias a las cuales hemos podido formarnos una idea de aquel pueblo proceden de una época en que el Imperio de Hatti hacía quinientos años que ya no existía.

Las mejores representaciones de la vida de los hititas no las encontramos en los monumentos de la edad imperial, sino en los innumerables relieves y esculturas descubiertos en las ciudades-estados de Carquemis, Sendjirli, etc., y también en el Karatepe, las cuales sobrevivieron a la caída del Imperio. Estas obras de arte pertenecen al período comprendido entre los años 800 al 700 antes de J. C.

De ningún modo debemos seguir la tendencia general que hasta hace poco consideraba estas esculturas neohititas como características del arte y del pueblo hititas.

Lo que en realidad presentan estas esculturas no es sino un reflejo *provincial* de la grandeza hitita ya desaparecida. No hacen sino mostrarnos a unos soberanos apacibles y a unos súbditos satisfechos, gente obesa y despreocupada, tanto los de arriba como los de abajo. En ningún otro de los monumentos del antiguo Oriente encontramos una tal profusión de animales y niños. Los monumentos hititas están literalmente llenos de ellos. La imagen del rey Asitawanda, tal como nos aparece en un relieve del Karatepe, o sea la de un personaje jovial, gran amigo del vino, de las mujeres y de las canciones, puede que sea la de un verdadero padre de su pueblo, pero jamás la de un soberano autoritario. ¿Debemos colegir que también Mursil, el conquistador de Babilonia, o Shubiluliuma, el forjador genial del Imperio, o Mawatallis, el vencedor de Ramsés, tenían esa facha?

El término «Imperio hitita» designa exclusivamente al gran reino de Hatti que hizo sentir su influencia en la historia del Asia Menor y en la del Próximo Oriente desde el siglo XVIII al XII antes de J. C. y únicamente pueden considerarse como genuinamente hititas los vestigios contemporáneos a la época del Imperio. Todos los demás tienen un valor muy relativo.

El diario londinense *The Times* publicó en diciembre de 1954 un artículo consagrado a las excavaciones anglogermanas de Nimrud-Dagh, en Commagena, dirigidas por Miss Teresse Goell y el doctor Friedrich Karl Dörner, y en él se afirma que todavía en el siglo I antes de J. C. se hacía sentir la influencia *hitita* en la estatuaria de aquella región. Esta afirmación no deja de ser muy *interesante* en sí, pero carece de verdadera importancia porque no aduce ningún elemento nuevo susceptible de aumentar los conocimientos que poseemos de la «naturaleza» hitita.

Sí nos contentamos con los vestigios contemporáneos a la gran época del Imperio de Hatti y tenemos en cuenta los diez puntos que hemos enumerado, puede definirse así el papel histórico desempeñado por los hititas:

En el II milenio antes de J. C. existió un *Imperio hitita*, pero no por eso puede hablarse de una *cultura hitita*. El genio de la raza se debilitó hasta agotarse en la

dominación y en la administración de las tribus heterogéneas del Asia Menor que formaban parte de la federación imperial.

No es por casualidad que conocemos por el nombre de «imperio» al reino de Hatti. Hace unos setenta años se lo dieron por primera vez dos ingleses, Whright y Sayce, imbuidos del espíritu imperial británico del siglo XIX. Deber vivido en el siglo XX, tal vez hubieran escogido el término de «commonwealth», sin duda alguna mucho más adecuado y conforme a la realidad.

Si, habida cuenta de lo que precede, echamos una ojeada a los seiscientos años que duró la dominación hitita, nos damos cuenta de que no se puede hablar tampoco de una *historia* hitita propiamente dicha. La *historia*, que supone evolución orgánica y lógica, unidad espiritual y elaboración progresiva de un estilo y de las formas de expresión artísticas, es sinónimo de *cultura*, como en el caso de los Imperios contemporáneos de Egipto y Babilonia. Pero este tipo de cultura no se da en el Imperio hitita. Durante seiscientos años hubo ciertamente variaciones y peculiaridades estilísticas hititas, pero no hallamos huella alguna de una evolución orgánica.

El Imperio hitita del segundo milenio antes de J. C. es el fenómeno *político* más sorprendente y el más grandioso de la historia antigua, pero en el plano cultural, contrariamente a lo que suponían muchos arqueólogos en un principio, cegados por el entusiasmo del descubrimiento, su papel como puente o lazo de unión entre Mesopotamia y Grecia carece totalmente de importancia.

Es verdad que Bossert no piensa así. En su opinión los hititas ejercieron realmente una extraordinaria influencia sobre la Grecia primitiva.

Los griegos deben a los hititas los nombres de algunos de sus dioses; existen indicios de que lo propio sucede con la forma de los cascos de sus guerreros, y con un determinado instrumento musical, pero esto es bien poco para que pueda hablarse de una verdadera influencia.

De un Imperio como el hitita podía esperarse *todo*, de no haberse producido la invasión «de los hombres del mar», que lo sumergió en el olvido hacia el año 1200 antes de J. C.

Pero de nada sirve preguntarse: «¿Qué hubiera sucedido si...?», pues en materia de ciencia histórica las hipótesis carecen de valor.

IV. El enigma de la supervivencia

Capítulo 11

Descubrimientos en la Montaña Negra

Finalizaba el verano del año 1945 cuando atravesaba las montañas del Tauro, en dirección de norte a sur, un pequeño grupo de viajeros compuesto por el profesor Helmuth Th. Bossert y sus ayudantes turcos doctor Halet Cambel, Nihal Ongunsu y Muhibbe Barga, a los que la Universidad de Estambul había confiado la delicada misión de explorar una región prácticamente desconocida, casi sin vías de comunicación dignas de este nombre y algo peligrosa, en busca de posibles vestigios de cualquier civilización de la antigua Anatolia.

En el curso de una pequeña parada en la aldea de Feke, situada en el remoto sudeste de la actual Turquía, unos Yurucos, últimos nómadas que aún quedan por aquellas regiones, les informaron que no muy lejos de allí, al otro lado de la villa de Kadirli, «en las montañas negras» había «una piedra del león». La noticia no podía por menos de interesar a Bossert, pues el león era precisamente el animal simbólico por excelencia de los hititas. Desgraciadamente resultó imposible llegar hasta Kadirli porque las carreteras eran ya impracticables en aquella época del año, y para dar un gran rodeo la expedición no disponía de tiempo.

En el mes de febrero del año siguiente volvió Bossert acompañado de su ayudante doctor Halet Cambel, a pesar de que se les había aconsejado renunciaran a la expedición, pues era todavía demasiado temprano; había llovido mucho últimamente y los alrededores de Kadirli estaban convertidos en un verdadero mar de fango.

Pero Bossert estaba firmemente decidido a seguir la pista de la «piedra del león» hasta el fin y no le arredraban los obstáculos. La obstinación es precisamente una característica de su carácter. Los que solamente saben de él por los trabajos que lleva publicados como brillante codescifrador de los jeroglíficos hititas, conocen una sola faceta de su formidable personalidad.

Vino al mundo el año 1889 en la ciudad alemana de Landau, en el Palatinado, y estudió en diversas Universidades de su país historia del Arte, arqueología, filología germánica e historia medieval, especializándose en la paleografía. Como después del armisticio de la primera guerra mundial —en la que sirvió como oficial—, la carrera militar y las científicas ofrecían pocas perspectivas en una Alemania vencida y humillada, entró en la importante editorial de obras de arte Wasmuth, en la que pasó en pocos años de aprendiz a director. Publicó una «Historia de la Artesanía» en seis volúmenes, que es la más completa que existe. Los ratos que le quedaban libres los ocupaba en estudiar, sin ayuda de nadie, las materias a las que más tarde consagró su vida: las grafías cuneiformes y jeroglíficas, y mientras tanto frecuentaba el cenáculo del que eran destacadísimas figuras los asiriólogos Ernst F. Weidner y

Bruno Meissner.

Su actividad era prodigiosa. Cuando ya estaba trabajando en su primera obra sobre el descifre de los jeroglíficos hititas, que apareció en 1932 con el título de *Santas una Kupapa*, pasó un año en el departamento de ediciones del *Frankfurter Zeitung*, que era por aquella época el periódico más importante de Alemania, y publicó, entre otros libros: *Introducción a la fotografía*, *El camarada en el frente del oeste* y *Desarmado detrás del frente*. Estos dos últimos, profusamente ilustrados, y en los que se describen gráficamente los sufrimientos de las poblaciones civiles de la retaguardia en caso de estallar una nueva guerra, figuraron pronto en las listas negras de los S. A. nazis, y por consiguiente fueron pronto pasto de las llamas en las primeras hogueras públicas organizadas en Berlín por las milicias de Hitler.

Para un hombre dotado de tal energía y capacitado para el trabajo, y de sus convicciones, le vino como anillo al dedo que en octubre de 1933 el ministro turco de Instrucción Pública le invitara a establecerse en Turquía. No era ningún desconocido allí, pues había efectuado un viaje a Bogazköy, en donde, junto a Kurt Bittel, trabajó en el descifre de las inscripciones rupestres, adquiriendo al propio tiempo experiencia en arqueología práctica.

Aceptó la invitación y en abril de 1934 fue nombrado profesor de la Universidad de Estambul y director del Instituto de Arqueología. Totalmente identificado con su nueva situación, pidió la nacionalidad turca y casó con una muchacha de su patria adoptiva.

A este hombre, que se había propuesto investigar y resolver el misterio de la «piedra del león», nadie pudo disuadirle de su idea con la excusa de que los caminos eran detestables. Su obstinación corría parejas con la de su ayudante turca, Halet Cambel, que no quiso quedarse atrás a pesar de que cuando se decidió el viaje se encontraba en cama con fiebre alta. Más tarde fue la colaboradora incondicional y enérgica de Bossert, la que incluso se atrevió a trabajar sola en el Karatepe. Imagínense lo que representa que una mujer sola se encargara de la vigilancia de un equipo de rudos trabajadores de las excavaciones. Su nombre no podía sentarle mejor ni ser más apropiado, pues Halet Cambel significa «Abeto en un desfiladero angosto».

El 27 de febrero a la una de la tarde, se puso lentamente en movimiento el *tasb arabasi*, un carruaje tirado por caballos, vehículo sin muelles que se utiliza en la región desde hace siglos.

Kadirli es una pequeña capital de provincia hasta la que no ha llegado todavía el progreso de la electricidad, y que únicamente desde el año 1954 posee una carretera transitable que la pone en comunicación con la aldea más próxima. Hasta entonces, la ciudad estaba completamente aislada del resto del mundo durante las temporadas lluviosas de primavera y otoño. Esto por una parte no dejaba de tener sus ventajas

para los habitantes de Kadirli, pues la administración pública brillaba por su ausencia.

En Kozán se unió Naci Kum, director del Museo de Adana, y poco después quedaban atascados en el fango. Más que un viaje aquello era una aventura, que continuó hasta que los caballos quedaron exhaustos y no hubo manera de hacerles avanzar, siendo preciso detenerse a descansar en la aldea de Köseli, donde les esperaba otra sorpresa. Resultó, en efecto, que el conductor no sabía el camino, y que para este difícil trayecto había escogido los peores caballos. Lo despidieron incontinenti, y con la cooperación de los habitantes de Köseli consiguieron hacerse con un par de robustos caballos y con un nuevo cochero.

Se pusieron de nuevo en camino con el tiro de fresco y pronto les alcanzó la noche. El lodazal parecía no tener fondo, e incluso a los nuevos caballos se les hacía difícil seguir adelante. Los viajeros tuvieron que continuar el camino a pie. Finalmente, carro y caballos cayeron en un foso. Como Bossert escribía más tarde lacónicamente: «A través de un laberinto de relojes, nuestro guía nos dejó por fin sanos y salvos en Kadirli».

Era ya noche cerrada, pero en el lugar estaban prevenidos de su llegada y fueron obsequiados con un magnífico banquete al que asistieron el *kaymakam* (la primera autoridad del distrito), el alcalde y algunos otros personajes importantes.

Bossert, agradecido, pero al propio tiempo impaciente, empezó inmediatamente sus investigaciones preguntando quién podía darle razón de la famosa «piedra del león». Por extraño que parezca, nadie había oído hablar nunca de ella. Bossert se obstinaba e insistió en querer hablar con alguien que conociese bien los alrededores por haberlos seguido en alguna ocasión a pie o a caballo por una razón u otra.

Hasta las once de la noche se presentaron en el Ayuntamiento diez personas, las cuales contaban las más extraordinarias historias sobre aquellos alrededores, pero ninguno sabía una sola palabra de la «piedra del león». Y menos aún habían oído hablar de esculturas, ni de restos de murallas en pleno bosque, ni de piedras cubiertas de inscripciones.

En esto sonaron las once y entonces hizo su aparición el maestro de escuela de Ekrem Kuscu, el cual, ante la sorpresa general, declaró que él había visto la «piedra del león», no solamente una vez, sino cuatro, en el curso de sus excursiones por los alrededores desde el año 1927. Se mostró dispuesto a conducirles hasta allí. Precisamente, el día siguiente se anunciaba espléndido y bastarían cinco o seis horas a caballo, dijo.

Bossert termina así sus impresiones de aquel día, cuando aún no sabía qué sorpresa le aguardaba en el Karatepe: «Pasamos una noche muy agradable en Kadirli».

A las ocho y media de la mañana del día siguiente los caballos estaban listos. Ekrem Kuscu había acertado. El día era realmente magnífico. El camino empezó

deslizándose por la llanura y luego empezó a elevarse lentamente, zigzagueando por una angostura que iba penetrando en la «montaña sombría». Al este surgían las cimas cubiertas de nieve del Antitauro. Ante los viajeros aparecía, cada vez más cerca y plena de augurios, la cumbre peñascosa conocida con el nombre de Karatepe: la montaña negra.

Después de una cabalgada de varias horas, los jinetes tuvieron que apearse y seguir a pie la ascensión por un viejo camino de pastores, pues les era imposible a los caballos abrirse paso por entre la maraña de tojos.

Cuando alcanzaron la cúspide, pudieron por fin contemplar el panorama que se ofrecía a sus ojos y vieron ante sí una serie interminable de colinas y valles profundos, y a sus pies, trazando meandros, un río de aguas turbias y turbulentas: el Ceyhan, el Píramo de los antiguos.

Y, finalmente, cuando se pusieron a explorar en derredor suyo el terreno cubierto de tojos, de argayos y de peñascos, descubrieron la «piedra del león».

Y no fue esto sólo. Esta piedra del león tenía toda la traza de haber servido de zócalo a una estatua, la cual no era otra sin duda que la que yacía en el suelo a su lado, muy deteriorada, por cierto, sin cabeza ni brazos, pero en cambio, ¡contenía una *inscripción!*

Bossert se dio cuenta inmediatamente de que se trataba de una inscripción semita y esto le amargó algo el entusiasmo del descubrimiento, por cuanto le hizo temer que se encontrase ante los restos de una colonia semita, que por una razón u otra habría ido a parar al Karatepe.

Permítasenos recordar aquí cuan difícil es advertir desde el primer momento la naturaleza y la importancia de un objeto antiguo que acaba de salir a la luz al cabo de cientos o miles de años, y cuan circunspecto debe mostrarse el arqueólogo en sus primeras reacciones y manifestaciones públicas. Puede servir de ejemplo lo acaecido en 1954, cuando unos arqueólogos egipcios, inexperimentados, comunicaron informaciones extraordinarias sobre el hallazgo de barcos funerarios y una pirámide con un sarcófago en Gizeh y en Sakkara.

Buena parte de la prensa mundial se ocupó en el asunto divulgando la noticia sensacional a los cuatro vientos, hasta que un examen detenido de los objetos encontrados, realizado desde el punto de vista científico, reveló pronto que el descubrimiento no significaba ninguna novedad en materia de egiptología.

Bossert empezó por reflexionar sobre el gran tamaño de la piedra, prueba evidente de que había sido labrada allí mismo o no muy lejos de allí. Por otra parte, la piedra era de basalto poroso y oscuro. En el Karatepe abundan las piedras, pero no encontraron ninguna otra de basalto del mismo color. Además, otra anomalía: la estatua y el zócalo eran sin duda alguna hititas, mientras que la inscripción era semita. (Bossert la creyó primeramente aramea y luego resultó fenicia).

Mientras Halet Cambel tomaba fotografías y se preparaba para sacar un molde del monumento, Bossert se abrió penosamente paso por entre el tojal para ir a explorar los alrededores inmediatos de la estatua.

Encontró varios fragmentos de relieves que procedían de una cabeza y de un busto de persona, así como muchos trochos de piedra, desgraciadamente demasiado pequeños, que contenían jeroglíficos.

Tenía ante sí una escultura hitita sobre la que aparecían una inscripción semítica y jeroglíficos posiblemente hititas. Esto le sugiere a Bossert una explicación: la existencia de un texto *bilingüe*. La idea no era descabellada, si se tiene en cuenta que los dos textos se encontraron juntos. Pero Bossert no cree que la suerte pueda mimarle hasta el punto de servirle en bandeja lo que durante tantos años los arqueólogos han estado buscando en vano. Esta eventualidad le parece tan fantástica que decide no pensar más en ella.

Solamente habían permanecido tres horas en el Karatepe, y no habían removido ni un solo palmo de tierra. En estas condiciones cualquier conclusión hubiera sido por lo menos prematura.

Se apresuraron a regresar para que la noche no les sorprendiera en la selva, y al cabo de hora y media llegaron a la aldea de Kizyusuflu. Mientras estaba reflexionando delante de la fogata del campamento, rodeado de campesinos que la novedad de la llegada de los extranjeros había atraído, Bossert tomó una resolución: volvería al Karatepe.

Tal vez sea lógico atribuirle al maestro de escuela Ekrem Kuscu el descubrimiento del Karatepe. Luego, a instigación de Bossert, le concedió una recompensa la Sociedad Turca de Historia. Pero el propio Ekrem reconoció francamente que le oyó hablar por primera vez de la piedra del león en 1927 a un anciano de 87 años, llamado Abdullah, de Kizyusuflu. Según parece, aquellos aldeanos hacía mucho tiempo que conocían la existencia de estos monumentos del Karatepe, los cuales, estaban entonces todavía en su sitio, pero mientras tanto habían sido derribados, seguramente por los nómadas buscadores de tesoros. ¿A quién debe atribuirse, realmente, el descubrimiento del Karatepe? No creemos que puedan existir discrepancias en este asunto, pues está bien conocer una cosa, pero establecer su valor es un reconocimiento de un orden muy diferente. Ateniéndonos a este razonamiento, puede afirmarse categóricamente que los verdaderos descubridores del Karatepe fueron Helmuth T. Bossert y su ayudante turca Halet Cambel, porque ellos fueron sus primeros *interpretadores* al identificar el origen hitita de las ruinas.

El 15 de marzo de 1947 Bossert se hallaba de nuevo en el Karatepe. Vamos a resumir rápidamente los acontecimientos que se sucedieron a partir de aquel día, a fin de hacer resaltar el carácter dramático de las excavaciones que se realizaron y la emoción que embargaba por momentos a los que en ellas tomaban parte.

Esta vez a Bossert le acompañaba «El arco iris valiente», que tal es la traducción literal del nombre de Bahadir Alkim. El doctor Alkim, que era uno de sus antiguos alumnos, nació en Esmirna el año 1915, se educó en la universidad de Estambul; tomó parte en varias expediciones arqueológicas —entre otras en la de Alaja Hüyük— y durante una temporada fue huésped de Sir Leonard Woolley, en Alalakh. El doctor Alkim pertenece a la generación, aparecida en la nueva Turquía de Kemal Atatürk, de sabios políglotas e inteligentes, abiertos a todas las inquietudes del mundo moderno, y cuando le nombraron ayudante de Bossert era ya profesor de la Universidad de Estambul.

El primer período de sondeos en común duró cuatro semanas exactamente, hasta el 15 de abril, y en un espacio de tiempo relativamente tan corto los resultados fueron verdaderamente asombrosos, a pesar de la escasez de mano de obra y de que carecían de herramientas y de residencia digna de este nombre. Como el tiempo era tan desapacible, vivían en condiciones increíbles, en tiendas, como huéspedes de los últimos nómadas que siguen fieles al *akyol* (el camino blanco), la antigua ruta de las caravanas que desde hace siglos une el Norte con el Sur.

Muhibbe Darga, otra ayudante turca de Bossert, nos llevó hasta estas tiendas negras de los nómadas. Los hombres habían salido con el ganado y nosotros nos sentamos junto a un sinfín de mujeres alrededor de un buen fuego, donde de la mañana a la noche cuecen sin cesar el *yuffka*, una especie de galleta delgadísima que les hace las veces de pan.

Una anciana con cara de momia, cuyas manos deformadas por la gota eran negras de tan sucias, nos obsequió con un queso de cabra en prueba de amistad y no tuvimos más remedio que comerlo. Muhibbe y yo habíamos decidido presentarnos como marido y mujer con seis hijos, pues a menos que sean casados (con hijos) o hermanos, un hombre y una mujer no pueden acogerse a la hospitalidad de los nómadas. La segunda eventualidad quedaba totalmente descartada, puesto que yo no comprendía una sola palabra de turcomano, idioma que hablaba en cambio Muhibbe Darga.

En estas tiendas residieron durante cuatro semanas Bossert y el «Arco iris valiente», conviviendo con innumerables crios de todos los tamaños, increíblemente sucios y turbulentos, que se alimentaban únicamente de queso y de *yuffka*.

Mientras tanto, día tras día, subían al Karatepe. Pusieron al descubierto unas murallas, vestigios sin duda de una ciudadela. En el recinto de ésta despejaron restos de paredes, tal vez de un templo o de un palacio. Al efectuar unos sondeos tropezaron con los primeros *ortostatos* intactos. Estos bloques de basalto de más de un metro de altura, cubiertos de innumerables figuras de hombres y animales, fueron hallados en situación vertical *in situ*, o sea en el mismo lugar donde fueron erigidos hace miles de años.

Luego halló Bossert el comienzo de una larga inscripción fenicia —cuan larga era no pudo determinarlo todavía—, pero no confió una palabra a nadie sobre el hallazgo. Y precisamente en los últimos días descubrió lo que había estado buscando vanamentedurante semanas, guardando igualmente el secreto para sí, o sea otros fragmentos de inscripciones jeroglíficas hititas, en la esperanza loca de dar por fin con el texto bilingüe.

Con objeto de preparar el camino para una próxima expedición, se había limitado a rascar con la mano y con una espátula el borde superior de uno de los ortostatos. No disponía de tiempo para desenterrar el bloque, pero le bastaba lo que había visto. Se trataba, en efecto, de jeroglíficos hititas. El descifre del texto fenicio no presenta ninguna dificultad. Verdad es que los signos hititas apenas se distinguían, pero si se tiene en cuenta que el sueño dorado, la obsesión que quitaba el sueño a todos los hititólogos, desde hacía décadas, era el hallazgo de un texto bilingüe, ¿es de extrañar que toda duda se desvaneciera, y que Bossert estuviese firmemente convencido de haber descubierto de veras un texto bilingüe?

Este es uno de los acontecimientos más dramáticos del descubrimiento del Imperio hitita, pues si bien es verdad que Bossert se *equivocó*, no lo es menos que, en definitiva, *acabó teniendo razón*.

La primera expedición verdaderamente bien equipada al Karatepe tuvo efecto en septiembre de 1947 con los fondos aportados por la Sociedad Histórica Turca, por la Universidad de Estambul y por la Dirección de Museos y de Antigüedades de Turquía. Esta vez los arqueólogos disponían de todo el material necesario y, como no les faltaba dinero, pudieron reclutar trabajadores en número suficiente.

Bossert tiene una debilidad por los efectos dramáticos y le gusta incluso embromar a sus colaboradores. El primer día de iniciarse los trabajos reunió a sus ayudantes en el lugar donde unos meses antes había descubierto la inscripción fenicia. Nada hacía sospechar que Bossert hubiese excavado en aquel lugar, pues había borrado toda huella de su paso. Y entonces, con el tono más natural del mundo, declaró que aquel sitio se le antojaba muy apropiado para efectuar un primer sondeo. Imagínense las exclamaciones de júbilo de sus colaboradores y la satisfacción con que Bossert las acogía, cuando a las pocas paladas de tierra y arena apareció un ortostato cubierto de inscripciones fenicias dispuestas en líneas.

Completamente seguro de sí mismo, quiso repetir la operación con igual éxito, haciendo aparecer milagrosamente las inscripciones jeroglíficas entre los escombros, pero cuando en el lugar por él designado, unos pocos metros más allá, empezaron a despejar otro ortostato, y Bossert se aprestaba ya a explicar a sus colaboradores que aquella piedra también contenía *jeroglíficos*, de repente se dio cuenta de que *había sido víctima de una confusión*.

Lo que la vez anterior había tomado Bossert por jeroglíficos, resultaron ahora, a

la luz de la tarde, no ser más que runas, grietas de formas raras que el tiempo había desdibujado, y que con la prisa habían podido ser consideradas como inscripciones.

No hay palabras para describir la decepción de Bossert. Claro que seguía valiendo la pena continuar allí las excavaciones, pero el director ya no podía compartir por más tiempo el entusiasmo general ante aquellos hallazgos. Él no apartaba la mirada de la piedra gris que crecía a cada paletada, mientras disminuía en la misma proporción la esperanza que durante todo el verano había acariciado de encontrar por fin una inscripción jeroglífica hitita que correspondiese a la inscripción fenicia.

En tales momentos los sabios deben saber estar a la altura de las circunstancias. Sin dejarse arredrar por el fracaso —sólo de él conocido— ordenó Bossert que continuasen los sondeos, y entonces, aunque una vez más parezca mentira, a un metro de distancia de los pseudojeroglíficos descubrieron los obreros la inscripción hitita que constituía la obsesión de Bossert y la de todos los demás.

La campaña de otoño de 1947 fue la más fructuosa de todas. Más tarde los alrededores de Karatepe fueron sistemáticamente explorados y se realizaron también numerosos hallazgos, entre ellos restos de unas fortificaciones, transformadas más tarde por los romanos en el Domustepe (montaña de los cerdos), pero nada pudo compararse a los resultados de la campaña de otoño.

En lugar de describir los vestigios de la ciudadela del Karatepe, creo más a propósito contar lo que allí me sucedió, pues estoy convencido de que la relación de una aventura cala más hondo que una descripción seca y prosaica.

Gracias a los buenos oficios del *kaikaman* de Kadirli, el primero de octubre de 1951 nos fue posible al padre O'Callaghan, a dos estudiantes alemanes y a mí alquilar un jeep para trasladarnos al Karatepe.

El padre O'Callaghan era una especie de coloso, siempre de buen humor, sin dejar por esto de ser devoto, y tenía la virtud de combinar en su persona las tendencias más contradictorias. Era jesuita americano, profesor de Orientología en el Instituto Bíblico de Roma, dominaba muchas lenguas, entre vivas y muertas, y sentía especial predilección por las canciones populares alemanas. Varias veces durante el día se retiraba bruscamente de nuestra sociedad para abismarse en la lectura del breviario latino.

Los dos estudiantes sentían ansias de aventuras; eran curiosos e impacientes. Fue por su impaciencia que, haciendo caso omiso de los consejos y de las advertencias que nos había prodigado Bossert, de que no nos aventurásemos a ir a caballo o en coche al Karatepe de noche no conociendo el camino, a eso de las siete de la tarde, cuando empezaba ya a oscurecer, salimos de Kadirli. A esta misma impaciencia de los dos muchachos debemos unos recuerdos inolvidables.

Al cabo de media hora de haber iniciado la marcha por la llanura, en la que se perdía toda huella de camino, si lo había, advertimos que el conductor se había

extraviado, a pesar de lo cual decidimos continuar a la aventura hacia la montaña negra. El jeep es el vehículo ideal para esta clase de excursiones, pero el nuestro era de un modelo antiguo. Cuando cerró la noche resultó que solamente funcionaba uno de los faros. Estábamos en período de luna llena, pero espesos nubarrones surcaban el firmamento. La excursión empezó a convertirse en una aventura peligrosa. Atravesamos torrentes impetuosos, saltábamos de roca en roca y al cabo de poco teníamos sobrada razón para suponer que, acechados a cada lado por abismos insondables, seguíamos vivos por un verdadero milagro.

Un frenazo demasiado brusco puso el motor fuera de combate, y quedamos inesperadamente atascados en plena selva. Y fue precisamente entonces, cuando el silencio era más absoluto e inquietante, que aparecieron los fantasmas. Habíamos empezado por oír unos ruidos extraños y misteriosos, de pasos lentos y pesados mezclados con silbidos estridentes, ligeros resoplidos y respiraciones jadeantes, y pocos momentos después cruzó el haz luminoso de nuestro único faro una procesión de camellos, muchos camellos balanceando su voluminosa carga. Pasaron a ambos lados del jeep, estimulados por los alaridos roncros de unos camelleros de atuendo extravagante, sin que ni por un momento ni bestias ni personas se dignaran fijarse en nosotros, como si la presencia de un jeep, tuerto por añadidura, en la pista de las caravanas, en plena noche y en aquel desolado lugar, fuese la cosa más natural del mundo. Nuestro chofer cambió algunos gritos con los camelleros, como se saludan dos navegantes solitarios en alta mar.

Cuando a la caravana fantasma se la hubo tragado de nuevo la oscuridad de donde había salido, nuestro jeep abandonó también la escena dando brincos por la rocosa pendiente de la montaña negra, pero entonces ya sabíamos que no nos hallábamos muy apartados de la meta, pues acabábamos de cruzar el *akyol*, la antiquísima ruta de las caravanas, y nuestro chofer pareció haber encontrado de repente el sentido de la orientación.

Después de una hora o dos, y la noche aún más oscura que nunca, paramos de nuevo en una especie de plataforma de reducidas dimensiones que se iba estrechando hasta convertirse en un sendero. De pronto, uno de los estudiantes emprendió veloz carrera desapareciendo en la oscuridad. El chofer se puso a farfullar algo, pero estaba tan excitado que no pudimos comprenderle ni una sola palabra.

El padre O'Callaghan, apoyándose en mi brazo, me mostró dos ojos que brillaban no lejos de nosotros. Teníamos enfrente a una fiera parecida a un lobo. Fascinado y deslumbrado por el faro del jeep empezó a describir un gran círculo alrededor del grupo. Era uno de esos perros salvajes que tanto abundan en la región, y que en bandadas pueden ser peligrosos.

Después de haber concertado con el padre O'Callaghan un grito que debía servirnos para reconocer nuestras respectivas posiciones, quise saber a qué atenerme

y me dirigí hacia el lugar por donde había desaparecido el estudiante. Entonces empecé a sentir la maravillosa sensación que generalmente está reservada a los arqueólogos cuando descubren emocionados algún importante vestigio del pasado. El mundo misterioso y remoto que solamente había entrevisto en los libros de viajes surgió de repente ante mí y su presencia física era precisamente más abrumadora por lo que tenía de inesperada.

Provisto de una potente lámpara eléctrica de bolsillo, tomé la senda pedregosa en que terminaba la plataforma; pronto el camino se ensanchó y me hallé frente a unos peldaños. Instintivamente me detuve, y como sí en aquel preciso momento quisiera la Naturaleza permitirse un efecto de teatro melodramático, de repente las nubes se esparcieron por el cielo, y la luna, una luna magnífica y nueva, iluminó una escalinata formada por grandes losas agrietadas por los siglos.

Empecé a subir las gradas titubeando y pronto vi a derecha y a izquierda sendas hileras de ortostatos casi tan altos como yo, que estaban cubiertos de dibujos estupendos. La claridad de la luna daba una apariencia de vida a los personajes haciendo resaltar el relieve. Vi que los hombres y las bestias tenían la mirada dirigida hacia mí. ¿Eran dioses?, ¿o reyes quizá? ¡Caramba! ¿Cómo no había reconocido enseguida *El festín de Asitawanda*, que las fotografías habían popularizado ya, o sea el famoso relieve en el que el señor del Karatepe quedó inmortalizado no como un monarca cualquiera, sino como un patriarca bondadoso y amante de los placeres de la mesa?

Era inconfundible con su gorro en punta y sus grandes ojos contemplando a los criados que traían los manjares a la mesa. Su prominente nariz aguileña, su frente y su barbilla inclinadas hacia atrás le daban un aspecto bonachón, pero no desprovisto de cierta dignidad. Sus labios abultados parecen querer alcanzar, sin levantarse siquiera, los sabrosos platos que se le ofrecen, e iluminados por la luna parecen estar a punto de moverse para hablar.

En lo alto de la escalinata me aguardaban dos figuras cuya silueta negra se recortaba sobre el fondo pálido del cielo que la luna presidía. Con un gesto contestaron a mi llamada. Poco después penetré en el círculo de luz de una potente lámpara de acetileno del profesor Bossert. Éste había oído nuestras llamadas y se había acercado para mostrarnos el camino.

El estudiante había aparecido, y el padre O'Callaghan se reunió pronto con nosotros.

En compañía de Bossert y de sus colaboradores tomamos asiento en unas sillas vacilantes alrededor de una mesa toscamente labrada, instalada en la glorieta frente a la casita de piedra que había sido construida desde el principio de las excavaciones.

Mientras cenábamos podíamos escuchar la serenata nocturna habitual de la expedición: los aullidos de los chacales y los ladridos lejanos de los perros salvajes.

A las siete de la mañana del día siguiente tomábamos el desayuno. Media hora más tarde empezaba la jornada de trabajo, y para nosotros la visita al Karatepe.

En aquel paisaje uno tiene la sensación de que el sol avanza más rápidamente hacia el cenit que en otro lugar cualquiera, y por ende todos miran el disco de fuego cada vez más ardiente y más amarillo, y sacan fuerzas de flaqueza para terminar pronto, antes de que haga demasiado calor, el trabajo cotidiano que les ha sido asignado.

La ciudadela que vimos tenía, en lo esencial por lo menos, el mismo aspecto que el año 1947. Cuando Bossert la puso al descubierto, la mayor parte de los trabajadores que le estaban dando entonces a la pala eran de los que habían sido contratados en 1947. Los encontramos simpáticos y de apariencia inofensiva, y no nos sorprendimos poco al enterarnos de que algunos de ellos tenían más de un asesinato en la conciencia.

En aquella región las pependencias y las venganzas inexorables están aún a la orden del día. Además, todos ellos eran más o menos parientes de muchos de los bandidos que hasta los albores del año 1930 habían sembrado el terror en la ruta de las caravanas, el *akyol*, alrededor del Karatepe y en los bosques hasta la llanura de Adana. Según parece, hacía poco que había sido asesinado el primer guardián que había nombrado Bossert.

Empezó la visita por la Puerta del Sur, cuyos peldaños la noche anterior había subido a la luz romántica de la luna. De nuevo pasamos al lado de Asitawanda, el rey del Karatepe, y otra vez lo contemplamos ante la mesa del festín. Luego seguimos por las murallas de la ciudadela y nos mostraron las subestructuras de los baluartes y de las torres defensivas que sobresalían de las fortificaciones propiamente dichas. Después cruzamos la cima de la montaña y al acercarnos a la Puerta del Norte, situada en una hondonada, nos encontramos súbitamente ante el grandioso valle de Ceyhan.

Es aquí, sin duda, entre los dos leones de piedra que guardan la entrada, donde se situaba el rey para observar cómo se aproximaba el enemigo, a sabiendas de que la señal de ataque significaría el fin de su reinado, pues Asitawanda no era, ciertamente, un rey belicoso.

Una simple ojeada lanzada sin detenernos a los innumerables relieves ortostáticos que adornan la entrada de la Puerta del Norte, así como las paredes de las dos habitaciones contiguas, dejó grabada en nosotros la impresión de la exuberante deformidad de la cultura hitita ya decadente.

Como ha hecho notar muy bien Bossert, sin la menor relación lógica o artística entre ellos, se encuentran mezclados sobre los bloques hombres y animales, grupos heráldicos, procesiones, cuadros de costumbres familiares o religiosas, representaciones de los dioses, relieves de escenas rituales, de caza o de pesca, de

música y de danza y, finalmente, aparece también un carro junto a un barco.

Las inscripciones fenicias y los jeroglíficos hititas están intercalados entre las imágenes, dondequiera que queda algún hueco, naturalmente, algunos agrupados en estelas aparte, los otros donde su forma y tamaño lo permite, en los ortostatos, sobre los personajes y aun sobre la barriga del gran león de la puerta.

Cuando regresábamos al campamento de la expedición, salió a colación el enigma de esta extraordinaria supervivencia en Sendjirli, en Carquemis y en el Karatepe, sobre todo, de una forma o manera hitita que en el período imperial *jamás* había dado origen a un *verdadero estilo original*, y sin embargo, al cabo de nada menos que quinientos años —¿o debemos decir medio milenio para que resalte más la idea del tiempo transcurrido?—, se dejó sentir su influencia en aquellos lugares.

En este punto nos encontramos con un vacío en nuestros conocimientos históricos. Poca cosa sabemos, en efecto, por ahora al menos, de lo sucedido durante estos quinientos años que transcurrieron desde el 1200 (incendio de Hattusas y destrucción del Imperio hitita) hasta alrededor del año 700 antes de J. C. (desaparición de las últimas ciudades-Estados absorbidos por Asiría).

Es un caso realmente sorprendente éste de un *imperio* que desaparece del mapa como unidad política, pero cuyas minorías esparcidas y aisladas entre poblaciones de diferentes razas y orígenes, expuestas a múltiples influencias culturales divergentes, lograran conservar sus peculiaridades a través de tantos siglos.

«Día llegará en que saldremos de dudas», dijo Bossert desplegando cuidadosamente un gran rollo de papel, en el que acababan de estamparse un gran número de jeroglíficos hititas. «Si utilizando la clave bilingüe del Karatepe conseguimos leer los jeroglíficos hallados en el Karatepe, en aquel preciso momento podremos también leer *todos los jeroglíficos de la edad imperial hitita*.».

Y con esta afirmación llegamos a la fase más sensacional de las excavaciones en el Karatepe: al descifre del texto bilingüe.

Cerramos el capítulo consagrado a la descripción de la historia de los desciframientos cuando habíamos llegado al callejón sin salida de los jeroglíficos hititas. Ahora vamos a terminarlo en el Karatepe.

Debemos ante todo precisar que aun después de que Bossert hubo descubierto una inscripción jeroglífica verdaderamente hitita, la cuestión quedaba en pie, por cuanto *no pudo probarse* inmediatamente que se tratase en realidad de un texto bilingüe y no simplemente de dos inscripciones diferentes en dos idiomas también diferentes.

Lo curioso y casi increíble del caso es que uno de los colaboradores de Bossert halló la prueba, y por ende la solución, durmiendo.

Capítulo 12

Así hablaba Asitawanda

Era más que natural que, como primera providencia, se procurase traducir inmediatamente los textos fenicios exhumados por Bossert el año 1947. Por tratarse de textos arcaicos de una lengua muy antigua, tuvo que encomendarse la tarea de su desciframiento a los especialistas.

En su impaciencia por saber a qué atenerse acerca de los jeroglíficos que había encontrado, Bossert envió los primeros textos fenicios a varios semitólogos eminentes, a Johannes Friedrich, de Berlín, a Dupont Sommer, de París, al padre O'Callaghan, de Roma y, finalmente, también a R. D. Barnett, de Londres.

Empezó por enviarles una copia exacta de la inscripción que figuraba en la estatua cuyo zócalo, conocido por el nombre de «piedra del león», había sido el incentivo del descubrimiento del Karatepe. Mientras tanto la piedra se había hecho famosa. Incluso uno de los obreros, Kemal Deveci, que trabajaba en las excavaciones, le dedicó un himno en doce estrofas, una de las cuales transcribimos a continuación:

*Los hititas te esculpieron
siglos ha, ¡quién sabe cuántos!
Enigma eres para el mundo
donde otra piedra igual no existe.*

Y por las noches le dedicaba una serenata no menos larga el hijo de un trabajador, un muchacho de diez años, llamado Mehmet Kisti:

*El pequeño Mehmet está encantado
cuando de la piedra del león le hablan.
¡Entonemos un cántico a la piedra
que a todos cautiva el corazón!*

Mientras tanto se había producido un hecho raro. En una de sus visitas al Karatepe había descubierto el profesor Güterbock, de Ankara, que el tan cacareado «león» era en realidad un par de toros.

Los especialistas, a los que se habían enviado las copias de los textos dispuestos en las cuatro columnas de la estatua, pusieron manos a la obra, y de Johannes Friedrich llegó de Berlín a Bossert la primera traducción.

De nada serviría reproducirla aquí literalmente, porque no sólo es incompleta, sino que su lectura es muy difícil debido a los numerosos blancos correspondientes a los lugares donde la piedra ha sufrido más intensamente los ultrajes del tiempo. De todos modos, lo que más valor da a las inscripciones del Karatepe no es su contenido, sino el hecho de que constituyen los textos más *largos* que se conocen escritos en protofenicio y en hitita jeroglífico, y que había ciertas esperanzas de que su contenido fuese *idéntico*, o sea que nos encontrásemos ante un documento bilingüe.

Lo cierto es que la traducción ha revelado, y luego fue confirmado por los semitólogos más eminentes de Europa y América que han colaborado en el descifre de las innumerables inscripciones de la Puerta del Norte de la ciudadela, que el autor de la inscripción fue un rey cuyo nombre se escribía «ZTWD» en la escritura consonantica semita, que no reproducía las vocales.

Más tarde, basándose en la traducción hitita, Bossert pudo completar el nombre definitivamente en ASITAWANDA, pues la escritura jeroglífica sí indica las vocales.

El hecho observado por Friedrich, de que se trata de un texto «fenicio arcaico puro sin interpolaciones arameas», nos permitió cronologar el reino de este soberano en el siglo VIII antes de J. C., y según se desprende de investigaciones posteriores, probablemente hacia el año 730 antes de J. C.

Fue en aquella época y tal vez durante la vida de Asitawanda que el Karatepe sufrió la invasión de los enemigos y fue destruido. En comparación con las exageraciones en que se complacían los demás monarcas orientales cuando de su propia glorificación se trataba, Asitawanda demuestra una cierta modestia: «He construido esta ciudad, a la que he dado el nombre de Asitawanda». «Construí también potentes fortificaciones en todas partes, a lo largo de las fronteras y en todos los lugares en donde había hombres perversos que capitaneaban bandas de forajidos».

Se daba a sí mismo el título de «Señor de los Danuna», que según ahora sabemos era un pueblo que habitaba en la llanura de Adana. Explica que para pacificar los confines occidentales de su reino deportó a todos los habitantes rebeldes y los instaló en la frontera oriental, e insiste una y otra vez en afirmar que, tanto él como sus súbditos, vivieron siempre muy felices y en la mayor prosperidad. Al contemplar al buen rey ante la mesa del festín, fácil es imaginarnos que Asitawanda prefería ciertamente *los* placeres de la vida a los peligros de la guerra.

Tal era, en el fondo, el contenido del texto fenicio según la traducción de Friedrich. Las traducciones que luego llegaron de París y de Roma diferían en algunos detalles, pero no en lo esencial, de la de Friedrich.

Pero entonces llegó la traducción de Londres, la cual no solamente era distinta de las otras, sino que además en ella aparecían divergencias muy notables a partir de la quinta línea. En efecto, R. D. Barnett había identificado a *dos* reyes en lugar de uno, a saber: Asitawanda y el rey Anek. Nada tiene de extraño que este descubrimiento

ocasionara un gran revuelo entre cuantos habían intervenido en la traducción del texto.

Las conclusiones del profesor Barnett, en la introducción al texto de su traducción, no podían ser más ingeniosas, y les daban mayor verosimilitud y peso el hecho de haber recibido la aprobación de otros dos semitólogos: Jacob Leveen y Cyril Moss.

La inscripción empieza con la palabra fenicia *nk*, que indudablemente significa *yo*, pronombre personal de la primera persona del singular. En la quinta línea se repite este signo, pero en un contexto gramatical tal, que esta vez es completamente imposible traducirla por *yo*. El profesor Barnett avanzó entonces una teoría que parecía quedar corroborada más adelante. En efecto, si en la novena línea de la tercera columna *nk* debía seguir traduciéndose por *yo*, entonces la traducción era la siguiente: «Para los hijos y las hijas de *yo*», lo cual, como hicieron observar los investigadores ingleses, es una cosa tan absurda en una traducción como lo es en idioma fenicio.

En vista de ello, en lugar de *yo*, leyó Barnett el nombre de otro monarca, *Anek*, que igualmente podía ser *Inak*, puesto que no había sino consonantes.

Los tres sabios esgrimían argumentos ingeniosos y extraordinariamente complicados y buscaban el apoyo de puntos de referencia en la historia más remota, gracias a los cuales esperaban encontrarle posibles parientes a ese *Anek*, o *Inak*, pero a pesar de la endeblez de sus argumentos no titubeaban en formular ciertas conclusiones definitivas.

Todas las especulaciones en relación con el «nuevo» rey descansaban sobre una falsa interpretación, pues el tal rey *Anek*, o *Inak*, jamás había existido.

Pero no acaba aquí todo. Quedaba en pie el problema planteado por el pronombre *nk*. Friedrich ya se había ocupado de él en una nota de su primera traducción y lo había resuelto definitivamente. Los demás traductores, con excepción de Barnett, Leveen y Moss, habían llegado al mismo resultado. He aquí lo que decían sobre este particular:

«El autor de la inscripción tenía la mala costumbre de emplear el pronombre *nk* (*yo*) para designar la tercera persona del masculino singular del pretérito perfecto, en lugar de usarlo con la primera persona del singular, como correspondía».

De modo que un error gramatical perpetrado por un autor de hace 2.700 años había hecho salir de la nada a un nuevo rey, cuya vida fue en verdad bien efímera, puesto que murió tan rápidamente como había nacido.

Errores como éste son inevitables en los primeros años de una nueva ciencia. A veces incluso pueden ser peligrosos, porque durante años frenan su evolución. Eso es, por ejemplo, lo que sucedió cuando Jensen leyó la palabra *Syennesis* en una inscripción jeroglífica hitita, justificando tan brillantemente su interpretación que

todos los demás hititólogos la admitieron.

En realidad, según demostró más tarde Bossert, la palabra debía leerse *Uarpalauas*, término que corresponde a la asiria *Urballa*. Pero no todos los errores tienen consecuencias igualmente desagradables. En el caso del «rey» *Anek* que nos ocupa, otros lingüistas corrigieron el error inmediatamente.

En todo caso, ahora que el texto fenicio había sido ya interpretado, había llegado el momento de sacar provecho de la inscripción bilingüe del Karatepe mediante la comparación de las palabras jeroglíficas hititas con el texto fenicio.

Esto parece que debía de ser relativamente fácil, por lo menos en teoría, pero en la práctica fue mucho más difícil de lo que en el entusiasmo de los primeros momentos habían supuesto los lingüistas, pues, para empezar, nada podía probar el carácter bilingüe de los hallazgos, dado que para *tres* inscripciones fenicias se disponía aparentemente de *dos* textos hititas, pero es que, además, estos últimos estaban de tal modo esparcidos al azar sobre los diferentes ortostatos de la puerta y en varias esculturas de los edificios, que no había manera de saber por dónde empezar.

Había todavía algo más: la exigüidad del vocabulario hitita conocido entonces (hay que tener, en efecto, en cuenta que su caudal de verbos se reducía a uno solo, al símbolo del verbo *hacer*) no era para simplificar las cosas, y en todo caso era insuficiente para demostrar la identidad del contenido de los textos fenicios y de los hititas.

Si por lo menos hubiese podido darse con los caracteres jeroglíficos hititas correspondientes al nombre del rey Asitawanda, la teoría «bilingüe» habría ganado muchos puntos.

Cuando también en esta cuestión parecía haberse llegado a un callejón sin salida, he aquí que un alumno de Bossert tuvo por dos veces la increíble suerte de barruntar y de encontrar la solución del problema de un modo literalmente sonambulesco.

Franz Steinherr es, o era, un profano en el mundo de los arqueólogos. Al verle hoy en su oficina de la Embajada alemana de Ankara, donde tiene a su cargo la traducción de los tratados de comercio entre Turquía y la República Federal Alemana, nadie podría imaginar cuáles son sus actividades extraprofesionales.

Nació el año 1902 en Landshut, cerca de Nuremberg, en Alemania, y al dejar la escuela primaria aprendió contabilidad. Más tarde trabajó de corresponsal extranjero en una compañía de navegación, en un banco, en una fábrica de seda y finalmente en la empresa de construcción que le nombró representante en Turquía. Allí sus extraordinarias dotes de lingüista le abrieron muchas puertas. Uno de los primeros artículos que publicó, sin que ninguno de sus representados tuviera la menor idea de ello, tenía por título *Sobre la lengua popular y el caló de Estambul*.

A los 15 años sabía el turco, a los 17 el árabe, a los 18 el egipcio y a los 19 el ruso. Como decía él mismo, «la lengua extranjera más difícil de aprender es la

primera. Cuantas más se conocen más fácil es aprender otras». Huelga decir que Steinherr habla también corrientemente el francés y el inglés. Bossert, que le conoció casualmente en 1939, le exhortó a que pusiera su talento políglota al servicio de la arqueología, para lo cual tuvo que aprender el latín y el griego.

A tenor de las disposiciones vigentes en las universidades alemanas, que rigen también en las turcas, Steinherr tuvo que cursar el bachillerato antes de poder matricularse en la Universidad de Estambul. Empezó los estudios a los 37 años, con dos horas diarias de matemáticas y aprobó el curso en dos meses. Siguió los demás cursos de una manera intensa y luego se trasladó a Munich para examinarse. Después de un examen brillantísimo regresó a Turquía y se inscribió en la clase de Bossert, el cual ajustaba el programa de sus lecciones de manera que este alumno excepcional pudiera sacar de ellas el máximo provecho.

Y así fue cómo Steinherr, que no por eso había dejado su empleo de administrador-contador en el Hospital Alemán de Estambul, obtuvo el título de doctor en filosofía, y participó como invitado en la expedición al Karatepe del año 1947.

Allí hacía de criado para todo, o de factótum, si se prefiere, pues como al principio escaseaba la mano de obra, acudía a donde más falta hacía, montaba las tiendas, ponía orden en el campamento, sacaba fotografías, exploraba el terreno, cuidaba de limpiar las inscripciones y los relieves, copiaba las inscripciones y clasificaba (o por lo menos lo intentaba) los jeroglíficos hititas, cuyo número iba en constante aumento a medida que progresaban las excavaciones.

Encontrábase una noche, después de terminado el trabajo, contemplando una esfinge muy bien conservada que acababa de ser exhumada, cuando al pasar maquinalmente los dedos por la superficie de la piedra, se desprendió la delgada costra de polvo que la cubría.

«Entonces eché de ver que el cuerpo de la estatua estaba cubierto de inscripciones hititas. Me puse inmediatamente a descifrarlas y, ¡júzguese cuál sería mi estupefacción al observar que en ellas aparecía el nombre del rey Asitawanda mencionado en el texto fenicio!... Ciertamente que la escritura era algo rara..., pero los demás signos corroboraban mi interpretación... Aquella misma noche todos los miembros de la expedición celebramos tan extraordinario hallazgo y Muhhibe Darga me obsequió con un collar de perlas azules de la región. Todavía lo conservo como recuerdo».

Ya no cabía la menor duda de que las inscripciones fenicias y las hititas se referían a un mismo soberano, pero quedaba aún por demostrar que la una era traducción literal de la otra, y esto sólo podría lograrse descifrando *una frase* jeroglífica entera.

Reintegrado a su despacho del Hospital Alemán, Steinherr estudiaba cada noche

durante muchas semanas los textos, los comparaba, clasificaba y copiaba... «Así se me grabaron en la memoria pasajes enteros de los textos en ambos lenguajes, de modo que en cualquier momento podía reproducirlos sobre el papel».

Una tarde asistió a una clase de Bossert, en la que fue estudiado un fragmento del texto fenicio: «... y yo he hecho (ir) caballo con caballo, coraza con coraza y ejército con ejército».

De regreso en su casa, aquella noche, trabajó hasta muy tarde y acabó por acostarse rendido de fatiga, en uno de esos estados de excitación mental que son a menudo propicios a la prolongación de la realidad en los sueños.

De repente despertó sobresaltado, si es que realmente dormía; se sentó en la cama y percibió ante sí con la mayor claridad un fragmento de la inscripción jeroglífica *seguida de dos cabezas de caballo, una detrás de la otra*.

Al mismo tiempo se precisó otro signo que hasta entonces ni él ni nadie había todavía conseguido aislar del contexto. Steinherr tuvo la repentina intuición: «Este ideograma significa: *yo he hecho*».

Este es el momento de recordar al lector que precisamente *hacer* era el único verbo conocido hasta entonces en su forma jeroglífica.

Vamos a ver: ¿Cómo era esa frase del texto fenicio que comentaba Bossert esta tarde en clase? «... y yo he hecho (ir) caballo con caballo...».

¡Se había descubierto una frase de hitita jeroglífico que *correspondía literalmente* a otra del texto fenicio! ¡Aquí estaba, por fin, la prueba tan ansiada del carácter bilingüe de las inscripciones del Karatepe!

Ahora que se había conseguido encontrar la primera relación entre ambas inscripciones, Bossert logró averiguar también dónde empezaba la hititojeroglífica, y gracias al ingente material a su disposición —como jamás arqueólogo alguno pudo soñar en otro igual— ha estado en condiciones de poder acometer el descifre definitivo de los jeroglíficos hititas con grandes probabilidades de éxito.

En el momento de escribir estas líneas —principios de 1955— puede asegurarse que después de casi setenta años de investigaciones que se han extendido durante tres generaciones, la lectura del hitita jeroglífico (lengua misteriosa escrita en caracteres desconocidos por un pueblo del que nada se supo durante millares de años) ya no presenta dificultad alguna. Esto ha sido posible gracias al descubrimiento de los textos bilingües en la Montaña Negra, a orillas del río Ceyhan.

Bossert prosigue las excavaciones en el Karatepe, secundado por «El arco iris valiente», por Bahadir y la esposa de éste (cuyo nombre significa: «La que sonrío dulcemente»), a menudo en compañía de su propia esposa Hürmüz, y a veces, para variar, con sus antiguos colaboradores y alumnos.

Sus principales preocupaciones son ahora, no solamente la reconstitución de los monumentos y de las inscripciones con ayuda de los fragmentos que han podido

recogerse, sino, y sobre todo, la conservación de los innumerables relieves e inscripciones que expuestos al ardiente sol del verano y a las lluvias torrenciales de invierno se deterioran rápidamente.

Debemos añadir que Bossert siempre ha tenido que luchar contra la falta de fondos. La época de los grandes mecenas ha pasado a la historia y los medios financieros de las sociedades científicas son muy limitados. Bossert y sus colegas pagaron de su bolsillo una de las últimas expediciones. Precisamente aquella expedición, la del año 1953, reservó otra sorpresa.

Comparando unas a otras todas las inscripciones halladas en el Karatepe, Bossert se había dado cuenta de que muchas de ellas eran incompletas. La de la Puerta del Sur, por ejemplo, no había duda de que debió de ser mucho más larga. Bossert abogó por la búsqueda de los fragmentos que faltaban entre los escombros del precipicio frente a la Puerta del Sur, una tarea molesta y pesada, entre rocas y zarzas, a la par que peligrosa debido a los innumerables escorpiones y serpientes para los que aquel terreno escarpado e inculto es un verdadero paraíso.

La teoría de Bossert resultó acertada, pues se encontraron numerosos fragmentos, los cuales, una vez yuxtapuestos, formaron una *nueva* inscripción bilingüe sin relación alguna con las halladas anteriormente.

Todavía queda mucho por hacer en el Karatepe, y lo mismo decimos de Bogazköy, en donde Bittel continúa las investigaciones. Shubililiuma y Asitawanda no han dicho todavía la última palabra... Me pareció muy apropiado un día del año 1951, durante mi estancia en el Karatepe en calidad de invitado de Bossert, que después de anochecido nos dirigiéramos todos en procesión solemne hasta el relieve del festín de Asitawanda.

Por toda iluminación teníamos la lámpara de acetileno que llevaba Bossert en la mano. Poblaba la noche el zumbido de miríadas de insectos y misteriosos ruidos que llegaban de la «Montaña Negra», mientras nosotros, para celebrar el fin de la temporada de excavaciones, nos inclinamos respetuosamente ante la imagen del soberano que allí reinó hace 2.700 años...

Capítulo 13

El futuro

Las investigaciones siguen su curso, y no solamente en el Karatepe. Además, ya no son únicamente los arqueólogos europeos los que dirigen las excavaciones. Kemal Atatürk fundó en su capital, Ankara, una Facultad de lingüística, de historia y de geografía, y confió a los profesores alemanes Landsberg y Güterbock las cátedras de historia y de lengua hititas. Antes que ellos, Bossert se había instalado en Estambul, y desde hacía muchos años los Institutos arqueológicos alemán, francés e inglés habían influido poderosamente en la vida cultural de Estambul y Ankara. Bajo la égida de estos establecimientos creció la primera generación de arqueólogos e hititólogos turcos.

Bahadır Alkım, adjunto de Bossert en el Karatepe; Tahsin Özgüc y su esposa Nimet, que investigaron con éxito en Kara Hüyük, Dundartepe y Kultepe; Remzi Oguz Arik, codirector de las excavaciones de Alaja-Hüyük.

Mientras tanto otros jóvenes turcos estudiaban en el extranjero. En París la políglota Halet Cambel, la cual a su regreso fue colaboradora no sólo de Bossert, sino también, durante mucho tiempo, de Bittel; en Budapest Hamit Zübeyr Kosay, quien después de haber dirigido varias expediciones arqueológicas fue nombrado director de los museos turcos; y en Berlín, Ehrem Akurgal y Sedat Alp.

A su muerte, acaecida en 1938, dejó Kemal Atatürk en testamento a la Sociedad Histórica Turca una renta anual de 125.000 libras turcas para que pudiera llevarse a cabo un programa de investigación sistemática en Anatolia. Con razón puede decirse que Atatürk fue no solamente «el padre de los turcos», que tal es la traducción de su nombre, sino también el de la nueva generación de sabios turcos.

Entre Bogazköy y Hamath, entre Esmima y Tell Hallaf, prosiguen las excavaciones en muchos lugares. Pero ahora todas las inscripciones jeroglíficas hititas que se encuentran son legibles y su desciframiento nos permitirá conocer mejor la historia del Imperio hitita, el primer Estado indoeuropeo.

Gracias a estos hallazgos conocemos no solamente mucho más del pasado del período imperial hitita, como lo demuestran los resultados de las excavaciones realizadas por el arqueólogo francés Claude Schaeffer en Ugarit, sino también sobre la interdependencia política entre los pequeños Estados de la época hitita posterior. Tal vez esos descubrimientos acabarán por resolver definitivamente el misterio de la supervivencia hitita.

Hace setenta años que los hititas y su Imperio eran totalmente desconocidos. En la escuela se enseña todavía que únicamente los reinos de Egipto y de Mesopotamia escribieron la historia político-militar del Asia Menor y del Próximo Oriente durante

el segundo milenio antes de J. C., sin tener en cuenta que durante varios siglos existió a su lado, como «tercera potencia», el Imperio hitita, cuya capital Hattusas fue la igual de Babilonia y de Tebas. Si bien es cierto que los hititas no destacaron en el terreno de la cultura, en cambio su influencia *política* fue considerable.

Y con esto llegamos al final de nuestra historia del descubrimiento del Imperio de los hititas, de su evolución y de su desaparición, y la del desciframiento de sus varias lenguas y de sus diversos sistemas de escritura.

Esta historia empieza en 1834 cuando Charles Texier se encontró, desorientado, ante las ruinas de Bogazköy, y termina con el hallazgo, el año 1947, en el Karatepe, de los textos bilingües que han facilitado la clave necesaria a nuestro conocimiento más profundo de este pueblo y de su Imperio.

El arco del desarrollo de nuestra historia va, naturalmente, desde el «Desfiladero angosto» hasta la «Montaña Negra».

Bibliografía

Por ser la hititología uno de los brotes más recientes de la arqueología, escasean aún las obras que traten de la *historia* hitita propiamente dicha, bajo una forma asequible a los profanos. Los resultados obtenidos en los trabajos realizados a lo largo de los últimos setenta años están esparcidos por todo el mundo en innumerables anales y revistas profesionales. Tal dispersión hace imposible todo intento de establecer una bibliografía completa. Me había propuesto nombrar solamente los trabajos que conservan todavía algún valor en el estado actual de la hititología, o que, por lo menos, en algún momento determinado influyeron en su desarrollo. En esta categoría he dado cabida a muchos más nombres de los previstos en un principio, de modo que al final esta bibliografía se ha convertido en la más *moderna* y más vasta que existe, puesto que comprende todas las obras importantes que tratan de la hititología.

Las diferentes materias están agrupadas según el orden del libro:

- *Generalidades*: (Obras fundamentales para el estudio de la historia del Asia Menor y del Imperio de los hititas; bibliografías; obras sobre otros asuntos relacionados con el problema hitita).
- *Descubrimientos*: (Las primeras relaciones de viajes; los primeros hallazgos, y las primeras teorías hasta el año 1912).
- *Lenguas y escrituras*: (Desciframientos; Inscripciones del Karatepe, Cf. Grupo V).
- *Historia*: (Política, religión, arte y civilización hititas hasta el derrumbamiento del Imperio hacia el año 1200 antes de J. C. Reseñas de las excavaciones hasta el año 1912).
- *Las ciudades-Estados*: (En particular el Karatepe y las inscripciones bilingües encontradas allí hasta su incorporación al Imperio asirio hacia el año 700 antes de J. C.).
- *Textos hititas*: (Traducciones, copias y transcripciones).

I. Generalidades

(Obras fundamentales para el estudio de la historia del Asia Menor y el Imperio de los hititas; bibliografías; obras sobre otros asuntos relacionados con el problema hitita).

Albright, W. F.: *New Light the History of Western Asia in the Second Millennium B. C.*, Bulletin of the American Schools of Oriental Research, Nr. 77 y 78, 1940.

Baikie, J.: *The Amarna Age*, Londres 1926.

Bilabel, F.: *Geschichte Vorderasiens und Ägyptens vom 16-11, Jahrbundert v. Ch.*, Heidelberg 1927.

Bittel, Kurf *Grundzüge der Vor und Fröbgeschichte Kleinasiens*, segunda edición, Turinga 1950.

Bossert, Helmuth Th.: *Altanatolien*, Berlín 1942. (Contiene la iconografía más completa publicada hasta la fecha).

Boveri, Margret: *Der Trojanische Krieg fand statt*, Neues aus dem Reich der Hethiter, Wirtschaft-Zeitung, Stuttgart, 16 de abril de 1949.

Breasted, J. A.: *A Hisfory of Egypt*, 1911 (edición alemana *Geschichte Ägyptens*, H. Ranke, Viena 1936).

Cavaignac, E.: *Les Hittites*, París 1950.

— *Le probléme hittite*, París 1936.

Contenau, G.: *Éléments de bibliographie hittite*, París 1922.

— *Supplément aux Éléments de bibliographie hittite*, Babyloniaca, X, 1-3, París 1927.

— *La civilisation des Hittites et des Hurrites du Mitanni*, París 1948.

Daniel, Glyn E.: *A Hundred Years of Archaeology*, Londres 1950.

Delaporte, L.: *Les Hittites*, París 1936.

— *Eine periodische Bibliographie en Revue Hittite et Asiannique*.

Erman, Adolf: *Die Literatur der Ägypter*, Leipzig, 1923.

Erman/Ranke, Adolf und Hermann: *Ägypten und ägyptisches, Leben im Altertum*, Tubinga 1923.

Friedell, Egon: *Kulturgeschichte Ägypten und des Alten Orients*, Leben und Legende der vorchristlichen Seele, 3.^a edición, Munich 1951.

Garstang, John: *The Land of tbe Hittites*, An account of recent explorations and discoveries in Asia Minor, with descriptions of the Hittite monuments, Londres 1950.

— *The Hittite Empire*, beings a survey of the history, geography and monuments of Hittite Asia Minor and Syria, Londres 1929.

Götze, Albrecht: *Das Hetbiter-Reich*, Der alte Orient, vol. 27. Leipzig 1928.

- *Kleinasien*, Kulturgeschichte des Alten Orients im Handbuch der Altertumswissenschaft III, 1, Munich 1933.
- *Hethiter, Churriter und Assyrer*, Hauptlinien der Vorderasiatischen Kulturentwicklung im II. Jahrtausend v. Chr., Oslo 1936.
- *The Present State of Anatolian and Hittite Studies*, The Haverford Symposium, Haverford College, 1938.
- Gurney, O. R.: *The Hittites*, Penguin Books, Londres 1952.
- Güterbock, Hans Gustav: *Die Neuaufstellung der hethitischen Denkmäler in Ankara*, Archiv für Orientforschung, XIII, 6, Berlín 1941.
- *Guide to the Hittite Museum in the Bedesten at Ankara*, Estambul 1946.
- Hardy, R. S.: *The Old Hittite Kingdom*, American Journal of Semitic Languages, LVIII, 1941.
- Hogarth, D. G.: *The Empire of the Hatti*, Illustrated London News, junio 1911.
- *The Hittites of Asia Minor*, Cambridge Ancient History, Cambridge, 1931.
- Hrozný, Bedrich (Friedrich): *Hittites*, Artículo en Encyclopaedia Britannica, 1929 hasta 1950.
- Johnson, Frederick: *Radiocarbon Dating*, Society for American Archaeology Memoir, 8, julio 1951.
- Johnson, Jeremiah Augustus: *The life of a citizen at home and in foreign service*, Nueva York 1915. (Con detalles del descubrimiento de las primeras inscripciones jeroglíficas hititas).
- Keith, Arthur: *A new Theory of Human Evolution*, Londres 1948.
- King, L. W.: *Note on the Hittite Problem*, Journal of Egyptian Archaeology, 1917.
- Knudtzon/Weber, J. A. und O.: *Die El-Amarna-Tafeln*, Vorderasiatische Bibliothek, vol. II, Leipzig 1915.
- Lange, Kurt: *König Echnaton und die Amarna-Zeit*, Die Geschichte eines Gottkünders, Munich 1951.
- Laroche, E.: *La Bibliothèque de Hattusa*, Archiv Orientalni XVII, 1949.
- *Dix ans d'études asiatiques*, Conférences de l'Institut de Linguistique de l'Université de Paris, IX, 1949, Paris 1950.
- Libby, Willard F.: *Radiocarbon Dating*, The University of Chicago Press, Chicago 1952. (Contiene: Frederick Johnson, *The Significance of the Dates for Archaeology and Geology*).
- Mansel, A. M.: *Türkiyenin Arkeoloji*, Epigrafi ve Tarihi Coğrafyasi için Bibliyografya, Türk Tarih Kurumu Yayınlarından 12. Seri, 1. Ankara 1948. (Contiene una relación de las obras relativas a las exploraciones arqueológicas en Turquía hasta 1939).
- Mayer/Garstang, L. A. und John: *Index of Hittite Names*, British School of Archaeology in Jerusalem, Suppl. papers, volumen I, 1923.

- Mercer, S. A. B.: *The Tell El-Amarna Tablets*, Toronto 1939.
- Messerschmidt, Leopold: *Die Hethiter*, 2.^a edición ampliada, Der Alte Orient, IV, 1, Leipzig 1903.
- *Zur Technik des Tontafelschreibens*, Erweiterter Sonderabdruck aus der Orientalistischen Litteratur-Zeitung 1906, Berlín 1907.
- Meyer, Eduard: *Reich und Kultur der Hethiter*, Berlín 1914.
- *Geschichte des Altertums*, I-V, Stuttgart y Berlín 1926-31.
- Moortgat, Antón: *Die bildende Kunst des alten Orients und der Egerländer*, Berlín 1933.
- Naumann, Rudolf: *Die Hethiter*, Berlín 1948.
- O'Callaghan, R.: *Aram Nabaraim*, A contribution to the history of Upper Mesopotamia in the Second Millennium B. C., Analecta Orientalia, 26, Roma 1948.
- Oppeln-Bronikowski, Friedrich von: *Archäologische Entdeckungen im 20. Jahrhundert*, Berlín 1931.
- Parrot, André: *Mari, une ville perdue et retrouvée par l'archéologie française*, París 1936.
- *Mari, Documentation photographique de la mission archéologique de Mari*, París 1953.
- *Archéologie Mesopotamienne*, I-II, París 1953.
- Pope, Hugh: *Mari: A long lost city*, The Dublin Review II, Dublín 1939.
- Riemschneider, Margarete: *Die Welt der Hethiter*, Grosse Kulturen der Frühzeit. Prefacio del profesor Helmuth Th. Bossert, Stuttgart 1954 (contiene la iconografía más completa de los monumentos hititas).
- Sayce, A. H.: *The Hittites*, The Story of a Forgotten Empire, 5.^a edición, Londres 1910.
- *Reminiscences*, 1923.
- *Hittite and Mitannian Elements in the Old Testament*, Journal of Theological Studies, XXIX, 1928.
- Schaeffler, C. F. A.: *Stratigraphie: comparée et chronologie de l'Asie occidentale*, Londres 1948.
- *Ugarit und die Hethiter*. Nach den im Süd-Archiv des Palastes 1953 entdeckten Keilschrifttexten. Archiv für Orientforschung, volumen XVII, I, parte, 1955.
- Scharff/Moortgat, Alexander und Antón: *Ägypten und Vorderasien im Altertum*, Weltgeschichte in Einzeldarstellungen, Munich 1950.
- Schefold, Karl: *Orient, Hethiter und Rom in der archäologischen Forschung seit 1939*. Wissenschaftliche Forschungsberichte 15, Berna 1949. (No se refiere directamente a la hititología, pero trata de asuntos que tienen relación con ella).
- Schmoker, Hartmut: *Die ersten Arier im Alten Orient*, Leipzig 1938.

Schott, Siegfried: *Altdgyptische Liebeslieder*, Mit Machen und Liebesgeschichten, Bibliothek der Alten Welt, Zürich 1950.

(Contiene el relato de la recepción de la princesa hitita en la corte de Ramsés U.)

Schwartz, B.: *The Hittites*, A Hst of references in the New York Public Library, Nueva York 1939.

Sommer, Ferdinand: *Hethitisches L und 1L*, Boghazkoi-Studien, 4 y 7, Leipzig 1920 y 1922.

— *Hethiter und Hethitisch*, Stuttgart 1947.

Spengler, Oswald: *Zur Weltgeschichte des zweiten vorchristlichen Jahrtausends*, Reden und Aufsätze, 3.a edición, Munich 1951.

- *Achderfragen*, Ibid.

— *Die Heiligtümer der Hethiter*, Ibid. 5. II. 1951.

Vietta, Egon: *Der Weg zu den Hethitern*, Frankfurter Allgemeine Zeitung, 25 de octubre de 1951.

— *Die Heiligtümer der Hethiter*, Ibid. 5. II. 1951.

Wachsmann, Félix: *Die radioaktiven Isotope und ihre Anwendung in Medizin und Technik*, Munich 1954.

Wegner, Max: *Die Musikinstrumente des Alten Orients*, Orbis Antiquus 2, Münster 1950.

Woolley, Sir Leonard: *Digging up the Past*, Penguin Books, Harmondsworth (ed. 1952) (edición alemana *Mit Hacke und Spaten*, Leipzig 1950).

— *A Forgotten Kingdom*, Die Ausgrabung der zwei Hügel Atscha-na und al-Mina im türkischen Hatay, Wiesbaden 1954.

Worrell, W. H.: *A Study of Races in the Ancient Near East*, Cambridge 1927.

Wright, William: *The Empire of the Hittites* (with decipherment of hittite inscriptions by Professor A. H. Sayce, a map by Col. Sir Charles Wilson, and a complete set of hittite inscriptions, revised by W. H. Rylands), Londres 1884.

II. Descubrimientos

(Las primeras relaciones de viajes; los primeros hallazgos y las primeras teorías hasta el año 1912).

Anderson, J. C.: *Exploración in Asia Minor during 1898*, Ann. of Brit. Sch. at Athens, IV, 1899.

Ball, C. J.: *The Letter of the King of Arzapi to Amenophis III* Academy, November 1889.

Barth, H.: *Über die Ruinen bei Ue/uk im alten Kappadocien*, Archálogische Zeitung 1859.

Breasted, J. H.: *When did the Hittites enter Palestine?* American Journal of Semitic Languages and Literatures, XXI, 1904.

Burckhardt, Johann Ludwig: *Trovéis in Syría and the Holy Land*, Londres 1822.

Campbell, J.: *The Hittites, their inscriptions and their history*, I y II, Londres 1891.

«Carchemish» (reportaje aparecido en la edición semanal del diario *The Times*), agosto 1880.

Conder, C. R.: *The deciphrement of the Hittite hieroglyphs*, Academy, marzo 1887.

Chantre, E.: *Recherches archéologiques dans l'Asie Occidentale*, Mission en Cappadoce 1893-94, París 1898.

Davis, F. J.: *Anatolica, or the Journal of a visit to some of the ancient ruined cides of Caria, Phrygia, Lycia and Pisidia*, Londres 1874.

— *On a new Hamathite inscription at Ibreez*, Transactions of the Society of Biblical Archaeology, IV, 1876.

Garstang, John: *Dr. Winckler's discoveries of Hittite Remains at Eoghazkeui*, Annals of Archaeology and Anthropology, I, Liverpool 1908.

— *Excavations at Sakje-Geuzi in North Syria*, Ibid. I, V.

Halévy, J.: *Sur la langue des Hétéens*, Bull. Acad. Inscr. XV, 1887.

Hamilton, William J.: *Researches in Asia Minor, Pontus and Armenia*, with some account of their antiquities and geology, Londres 1842, MI.

Hirschfeld, G.: *Die Felsenrehefs in Kleinasien una das Volk der Hethiter*, Zweiter Beitrag zur Kunstgeschichte Kleinasiens, Berlín 1887.

Humann/Puchstein, Karl und Otto: *Reise in Kleinasien und Nord-Syrien*, Berlín 1890.

Jensen, P.: *The so-called Hittite inscriptions*, Academy XLVI, 1894.

— *Grundlagen für eine Entzifferung der (hatischen oder) cili-cischen (?) Inschriften*, Zeitschrift der Deutschen Morgen-landischen Gesellschaft, XLVIII, 1894.

Knudtzon, J. A.: *Die zwei Arzawa-Eriefe*, Die ältesten Urkunden in indogermanischer Sprache, Mit Bemerkungen von Sophus Bugge und Alf. Torp, Leipzig 1902. (Obra capital para la historia de la Hititología, pues en ella se avanzó, por

- primera vez, la teoría del carácter indoeuropeo de los hititas).
- Koldewey, Robert: *Die hethitische Inschrift gefunden in der K6-nigsburg von Babylon am 22 august 1899 und verbbffentlicht mit einer Abbildung und drei Tafeln*, Leipzig 1900.
- Luschan, F. von y otros: *Ausgrabungen in Sendschirli*, I-V, Berlín 1893, 1898, 1902, 1911, 1943.
- Macridy Bey: *La porte des sphinx a Euyuk*, Fouilles du Musée Imperial Ottoman, Mitteilungen der Vorderasiatisch-Agyptischen Gesellschaft,-XIII 1908.
- Messerschmidt, Leopold: *Hethitische Fálshungen*, Orientalistische Literaturzeitung, III, 1900.
- Mordtmann, A. D.: *Boghaskói und Uyük*, Sitzungsberichte der Koniglich Bayerischen Akademie der Wissenschaften, 1861.
- Peiser, F. E.: *Die hethitischen Inschriften*, Ein Versuch ihrer Entzifferung nebst einer da weitere Studium vorbereitenden methodisch geordneten Ausgabe, Berlín 1892.
- Puchstein, O.: *Eoghazkoi, die Bauwerke*, Mitteilungen der Deutsche Orientgesellschaft Nr. 19, Leipzig 1912.
- Rylands, W. H.: *Engraved from Nineveb*, Proceedings of the Society of Biblical Archaeology, VI, 1884.
- Sayce, A, H.: *On the Hamathite inscriptions*, Transactions of the Society of Biblical Archaeology, V, 1877.
- *The Hittites in Asia Minor*, Academy, Nov. 1879.
- *The bilingual hittite and cuneiform inscription of Tarkondé-mosttransactions of the Society of Biblical Archaeology*, VII, 1882.
- *The inscriptions of Tarkondémos*, Proceedings of the Society of Biblical Archaeology, VII, 1885.
- *The hittite inscripción discovered by Sir W. M. Ramsay and Miss Bell on the Kara-Dagb*, Proceedings of the Society oí Biblical Archaeology, XXXI, 1909.
- Texier, Charles: *Description de l'Asie Mineure*, faite par ordre du Gouvernement francais de 1833-1837, et publiée par le Ministère de l'Instrucción Publique, Beaux-arts, monuments historiques, plans et topographie des cites antiques, gravures de Lemaítre, 1839-1849, 3 vol. gr. fol.
- Thompson, R. C: *A Journey by some Unmapped Routes in the Western Hittite Country between Angora and Eregli*, Proceedings of the Society for Biblical Archaeology, XXXII, 1910, XXXIII, 1911.
- Winckler, Hugo: *Der Tontafelfund von Tell el-Amarna*, Berlín 1890.
- *Vorlaufige Nachrichten über die Ausgrabungen in Bogbazkoi im Sommer 1907*, Die Tontafel-Funde, Mitteilungen der Deuts-chen Orientgesellschaft, XXXV, 1907.

- *Zwei Gedächtnisreden* (auf Winckler), in der Vorderasiatischen Gesellschaft gehalten am 2., Juli 1913 von A. Jeremías und O. Weber und Winckler-Bibliographie, zusammengestellt von O. Schroeder, Mitteilungen der Vorderasiatisch-Ägyptischen Gesellschaft, vol. 20, 1.
- Winckler/Puchstein, Hugo und Otto: *Excavations at Bobaz-Keui in the summer of 1907*, Smithsonian Report for 1908.
- Wright, William: *The decipherment of the hittite inscriptions*, British Weekly, marzo 1887.

III. Lenguas y escrituras

(Desciframientos; inscripciones de Karatepe; Cf. Grupo V).

Albright, W. E.: *Hittite Scripts, Antiquity*, VIII, 1934.

Andrade, W.: *Hethitische Inschriften auf Bltístreifen aus As sur*, Mitteilungen der Deutschen Orient-Gesellschaft 46, 1924.

Barnett, R. D.: *Hittite Hieroglyphic Texts at Aleppo, Iraq*, X, Londres 1948.

Bittel, Kurt; *Bemerkungen über einige in Kleinasien gefundene Siegel*, Archiv für Orientforschung, XIII, 6, Berlín 1941.

Bonfante, G.: *Hieroglyphic Hittite, Indo-Hittite, and the linguistic method*, Journal of American Oriental Society, LXV, 1945.

— *Indo-Hittite and Areal Linguistics*, American Journal of Philology, LXVII, 1946.

Bonfante/Gelb, G. und I. J.: *The Position of «Hieroglyphic Hittite» among the Indo-European Languages*, Journal of American Oriental Society, 1945.

Bopp, Franz: *Vergleichende Grammatik des Sanskrit, Zend, Griechischen, Lateinischen, Litthauischen, Gothischen und Deutschen*, 5 Abt., Berlín 1833-49.

Bossert, H. Th.: *Santas und Kupapa*, Neue Beiträge zur Entzifferung der kretischen und hethitischen Bilderschrift, Mitteilungen der Altorientalischen Gesellschaft, VI, 3, Leipzig 1932.

— *Nischan-Tepe und Nischan-Tasch*, Archiv für Orientforschung, IX, 4, Berlín 1934.

— *Ein hethitisches Königssiegel*, Berlín 1944.

— *Das hieroglyphenhethitische Zahlwort «f «»/»*, Archiv Orientalni, XVIII, 1950.

— *Zu drei hieroglyphenhethitischen Inschriften*, Jahrbuch für Kleinasiatische Forschung, 1/2, Heidelberg 1950.

— *Schreibstoff und Schreibgerät der Hethiter*, Belleten, XVI, Ankara 1952.

— *Wie lange wurden hethitische Hieroglyphen geschrieben?* Die Welt des Orients, Wissenschaftliche Beiträge zur Kunde des Morgenlandes, I, 6. Göttingen 1952.

Cowley, E.: *The Hittites*, Schweich Lectures, Londres 1920.

Delaporte, L.: *Manuel de la langue hittite*, París 1929-33.

— *Pour lire le hittite cuneiforme*, París 1935.

Delaporte/Meriggi, L. und Piero: *L'inscription hittite hiéroglyphique du Sultán han*, Revue hittite et asiennique, II, 1932-1934.

Forrer, Emil O.: *Die achí Sprachen der Boghazkói-Inschriften* Sitzungsberichte der Preuss Akad. d. Wiss., 1919.

— *Die Inschriften und Sprachen des Hatti-Reiches*, Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft, LXXVI, 1922.

Friedrich, Johannes: *Kleinasiatische Sprachdenkmäler*, Berlín 1932.

— *Kleine Beiträge zur churritischen Grammatik*, Leipzig 1939.

- *Hethitisches Elementarbuch I. und II*, 1940 y 1946.
- *Hethitisches Wörterbuch*, Heidelberg 1952-54.
- *Eine hethitische Keilschrifttafel mit minoischen Linearzeichen*, *Minos*, III, Salamanca 1954.
- Gelb, Ignace J.: *Hittite Hieroglyphs, I, II, III*, Chicago 1931, 1935, 1942.
- *Inscriptions from Alisbar and vicinity*, *Oriental Inst. Publ. of the Univ. of Chicago*, XXVII, 1935.
- *Hittite Hieroglyphic Monuments*, *Ibid.* XLV, 1939.
- *Hurrians and Subarians*, Chicago 1944.
- *A contribution to the Proto-Indo-European question*, *Jahrbuch für Kleinasiatische Forschung*, II/1, Heidelberg 1951.
- Götze, Albrecht: *Hittite and the Indo-European Languages*, *Journal of American Oriental Society*, LXV, 1945.
- Güterbock, Hans Gustav: *Siegel aus Bogazkoy*, I-II, *Archiv für Orientforschung*, Beihefte 5 y 7, 1940, 1944.
- *Die Elemente MÜWA und ZITI in den hethitischen Hieroglyphen*, *Symbolae Hrozny III Archiv Orientalni*, XVIII, 1, 1950.
- Hrozny, Bedrich (Friedrich): *Die Lösung des hethitischen Problems*, *Mitteilungen der Deutschen Orientgesellschaft*, LVI, 1915.
- *Die Sprache der Hethiter, ihr Bau und ihre Zugehörigkeit zum indogermanischen Sprachstamm*, *Ein Entzifferungsversuch*, I, Leipzig 1917.
- *Über die Völker und Sprachen des alten Chatti-Landest*, *Boghazkoi-Studien* 5, 1920.
- *Etruskisch und die hethitischen Sprachen*, *Zeitschrift für Assyriologie*, XXXVIII, 1928.
- *Les Inscriptions Hittites Hiéroglyphiques, I-III*, Praga 1933-1937.
- Jensen, P.: *Ziffern und Zahlen in den hethitischen Hieroglypheninschriften*, *Zeitschrift für Ethnologie*, LXIV, 1933.
- Jones, Sir William: *Grammar of the Persian Language*, 1771.
- Jonkees, J. H.: *Zur Transcription des Lydischen*, *Mnemosyne*, VII, 1939.
- Juret, A.: *Esquisse d'un vocabulaire étimologique de la langue hittite*, Paris 1940.
- Kahle/Sommer, P. und K.: *Die lydisch-aramäische Bilingue*, *Kleinasiatische Forschungen*, I, 1927.
- Keith, A. B.: *The Relation of Hittites, Tocharian and Indo-European*, *Indian Historical Quarterly*, XIV, 1938.
- Laroche, E.: *Hittite Deities and their Epithets*, *Journal of Cuneiform Studies*, I, 187-216, 1947.
- *Études proto-hittites*, *Revue d'Assyriologie*, XLI, 1948.
- *Problèmes de la linguistique asiatique*, *Conférences de l'Institut de Linguistique de*

- l'Université de París, IX, 1949, París 1950.
- *Una conjuration bilingüe Hatti-Hittite*, Jahrbuch für Klein-asiatische Forschung, 1/2, Heidelberg 1950.
- *Importations mycéniennes a Boghaz-Koy?*, Minos, III, Salamanca 1954.
- Lesny, V.: *The language of the Mitanni chieftains*, a third branch of the Aryan group, Archiv Orientalni, IV, 1932.
- Meillet, A.: *La Chronologie des langues indo-européennes et le développement du genre féminin*, Comptes Rendus de l'Académie des Inscriptions et des Belles Lettres, 1930.
- Meillet, A.: *Essai de chronologie des langues indo-européennes*, Bulletin de la Société Linguistique de París, XXXII, 1-28, 1931.
- Meríggi, Piero: *Die «bethitischen» Hieroglypheninschriften, I. Die kürzeren Voltiv- und Bauinschriften*, Wiener Zeitschrift für die Kunde des Morgenlandes XL, 1933, II, *Die längeren Voltiv- und Bauinschriften*, Ibid. XLI, 1934.
- *Die hetbitische Hieroglyphenschrift*, Zeitschrift für Assyriologie, XXXIX, N. F. V., 1930.
- Messerschmidt, Leopold: *Corpus Inscriptionum Hettitarum*, Mitteilungen der Vorderasiatisch-Agyptischen Gesellschaft 5, 7, 11 (1900, 1902, 1907).
- Otten, H.: *Zum Paláischen*, Zeitschrift für Assyriologie, XLVIII, 1944.
- Parrot/Nougayrol, A. und J.: *Un Document de fondation burrite*, Revue d'Assyriologie, XLII, 1948.
- Pedersen, H.: *Hittitisch und die anderen indo-europäischen Sprachen*, Copenhagen 1938.
- *Lykisch und Hittitisch*, Copenhagen 1945.
- Petersen, W.: *Hittite and tocharian*, Language, IX, 1933.
- Pisani, V.: *La Question de l'indo-hittite et le concepte de parente linguistique*, Archiv Orientalni, XVII, 1949.
- Rosenkranz, B.: *Die Stellung des Luwischen im Hatti-Reich*, Indogermanische Forschungen, LVI, 1938.
- Sayce, A. H.: *The decipherment of the Hittite hieroglyphic texts*, Journal of the Royal Asiatic Society of Great Britain and Ireland, 1922.
- *Proto-Hittite*, Journal of Royal Asiatic Society, 1924.
- *The hieroglyphic inscription on the seal of Subbiliuma*, Archiv für Orientforschung, VII, 1931-32.
- *Indians in Western Asia in the fifteenth century B. C.*, Oriental Studies in Honour of Cursetji Erachji Pavry, Londres 1933.
- Smith, S.: *The Greek Trade at Al Mina*, Antiquaries Journal, XXII, 1942.
- Speiser, E. A.: *Introduction to Hurrian*, Annual of American Schools of Oriental Research, XX, 1941. Steinherr, Franz: *Hittite hieroglyphic «olí, every, whole»*,

- Oriens, I, 1948.
- *Proposal for a new reading of the Hittite Hieroglyphic «tar»*, Oriens, II, 1, 1949.
 - *Zu einer neuen hieroglyphenbethitischen Studie*, Orientalia 20/, Roma 1951.
 - *Zu den neuen karischen Inschriften*, Jahrbuch für Kleinasiatische Forschung, I, 1951.
 - *Minoisch und Hieroglyphenbithitisch*, Minos, II, Salamanca 1954.
- Sturtevant, E. H.: *The Relationship of Hittite to Indo-European*, Transactions of America Association, LX, 1929.
- *A Comparative Grammar of the Hittite Language*, Filadelfia 1933 y 1951.
 - *A Hittite Glossary*, Filadelfia 1936, Suplemento 1939.
 - *The Indo-Hittite Laryngeals*, Filadelfia 1942.
 - *Hittite and Areal Linguistics*, Language, XXIII, 1947.
- Thompson, R. Campbell: *A new decipherment of the Hittite hieroglyphs*, Archaeologia, LXIV, Oxford 1913.
- Tritsch, F. J.: *Lycian, Luwian and Hittite*, Archiv Orientalni, XVÍII, 1950.
- Weidner, Ernst F.: *Studien zur bethitischen Sprachwissenschaft I*, Leipziger Semitist. Stud., VIII, Leipzig 1917.

IV. Historia

(Política, religión, arte y civilización hititas hasta el derrumbamiento del Imperio hacia el año 1200 antes de J. C. Reseñas de las excavaciones hasta el año 1912).

Akurgal, Ekrem: *Remarques stylistiques sur les reliefs de Matatya*, Ankara 1946.

— *Spathethitische Bildkunst*, Ankara 1949.

Albright, W. F.: *The Anatolian Goddess Kubaba*, Archiv für Orientforschung, V, Berlín 1929.

— *A Third Revision in the Early Chronology of Western Asia*, Bulletin of the American Schools of Oriental Research, Nr. 88, 1942.

Alt, A.: *Zur Topographie der Schlacht bei Kades*, Zeitschrift des Deutschen Palastina-Vereins, LV, 1932.

Anstock-Darga, Muhibbe: *Ein Relief aus Bertiz-Tal*, Jahrbuch für Kleinasiatische Forschung, I/I, Heidelberg 1950.

Balkan, K.: *Ankara arkeoloji müzesinde bulunan Bogazkoy tabletleri*, Estambul 1948.

Barnett, R. D.: *The Epic of Kumarbi and the Theogony of Hesiod*, Journal of Hellenic Studies, XLV, 1945.

Bittel, Kurt: *Vorläufiger Bericht über eine Grabung auf Büyük Kale, der Akropolis von Bogazkoy*, Archäologischer Anzeiger, Beiblatt zum Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts, vol. 46, I-II, Berlín 1931.

— *Die Felsbilder von Yazilikaya*, Neue Aufnahmen der deutschen Bogazkoy-Expedition, 1931, Istanbul Forschungen, Bamberg 1934.

— *Die Ruinen von Bogazkoy, der Hauptstadt des Hethiterreiches*, Kurze Beschreibung, Berlín y Leipzig 1937.

— *Bogazkoyf*, Die Kleinfunde der Grabungen 1906-12. Deutsche Orientgesellschaft, Nr. 60, Leipzig 1937.

— *Die Reliefs am Karabel bei Nif (Kemal Pasa)*, Nebst einigen Bemerkungen über die hethitischen Denkmäler Westkleinasiens, Archiv für Orientforschung, XIII, 4-5, Berlín 1940.

— Bemerkungen zu dem auf Büyükkale (Bogazkoy) entdeckten hethitischen Siegeldepot. Jahrbuch für Kleinasiatische Forschung, 1/2, Heidelberg 1950.

Bittel/Güterbock, Kurt und H. G.: *Vorläufiger Bericht über die dritte Grabung in Bogazkoy*, Mitteilungen der Deutschen Orient-Gesellschaft, Nr. 72, 1933.

— *Bogazkoy*, neue Untersuchungen in der hethitischen Hauptstadt, Abhandl der Preuss. Akademie der Wissenschaften, 1935, 1, Berlín 1935.

Bittel/Naumann, Kurt und Rudolf: *Bogazkoy II., Neue Untersuchungen hethitischer Architektur*, Abhandlungen der Preussischen Akademie der Wissenschaften, 1938, 1, Berlín 1938.

- Bittel/Naumann/Otto, Kurt und Rudolf und H.: *Yazilikaya, Architektur, Felsbilder, Inschriften und Kleinfunde*, Wissenschaftliche Veröffentlichung der Deutschen Orient-Gesellschaft 61, Leipzig 1941.
- Bittel/Naumann, Kurt und Rudolf (con la colaboración de Sophie Ehrhardt y Richard Vogel): *Bogázkoy-Hattusá*, Ergebnisse der Ausgrabungen des Deutschen Archäologischen Instituts und der Deutschen Orient-Gesellschaft in den Jahren 1931-1939 (I. Architektur, Topographie, Landeskunde und Siedlungsgeschichte), 62, Wissenschaftliche Veröffentlichung der Deutschen Orient-Gesellschaft, Stuttgart 1952.
- Böhl, F. M. T.: *Tud'alia I, Zeitgenosse Abrahams um 1605 v. Chr.*, Zeitschrift für Alttestamentliche Wissenschaft, Neue Folge I, 1924.
- Boissier, A.: *Mantique babylonienne et mantique hitite*, Paris 1935.
- Bossert, Helmuth Th.: *Zur Chronologie der Skulpturen von Malatya*, Felseie Arkivi 1947.
- *Das hethitische Felsrelief bei Hanyeri (Gezbeli)*, Orientalia, Commentarii Periodici Pontificii Instituti Biblici, Vol. 23, Fase. 2, Roma 1954.
- Brandenstein, C. G.: *Hethitische Gotter nach Eildbeschreibungen in Keilschrifttexten*, Mitteilungen der Vorderasiatisch-Agyptischen Gesellschaft, XLVI (2), 1943.
- Breasted, J. H.: *The Battle of Kadesh*, a study in the earliest known military strategy. Univ. of Chic. Decennial Public. V, Chicago 1903.
- Burne, A. H.: *Some Notes on the battle of Kadesh*, Journal of Egyptian Archaeology, VII, 1920.
- Calder, W. M.: *Notes on Anatolian Religion*, Journal of the Manchester Egyptian and Oriental Society, XI, 1924.
- Cavaignac, E.: *L'Égypte, le Mitanni et les Hittites de 1478 a 1350*, Revue Hittite et Asianique, 1, 1931.
- *Subbiluliuma et son temps*, Paris 1932.
- *L'Affaire de Iaruwatta*, Revue Hittite et Asianique, I, 1932.
- *Synchronismes assyriens, égyptiens et hittites (14e-13e siècles)*, Ibid., II, 1933.
- *La Date et l'ordre des campagnes de Mursil*, Ibid., II, 1934.
- *Hittites et Achéens*, Ibid., III, 1935.
- *Histoire politique de l'orient de 1340 a 1230*, successions des événements, Ibid., III, 1935.
- *La lettre de Ramsés II au roi de Mira*, Ibid., III, 1935.
- *La Maison de Subbiluliuma*, Ibid., III, 1936.
- *La question hittito-achéenne, après les dernières publications*, Bulletin de Correspondence Hellénique, LXX, 1946.
- Collinet, P.: *Droit babylonien, droit assyrien, droit hittite*, Journal des Savants, 1932.

- Conissin, P.: *Le dieu épée de lasili-Kaia et le cuite de l'épée dans l'antiquité*, Revue Archéologique, V, 27, 1928.
- Cuq, E.: *Eludes sur le droit babylonien, les lois assyriennes et les lois hittites*, París 1929.
- Delaporte, L.: *Les Hittites sont ils nomines dans la Bible?* Revue Hittite et Asianique, IV, 1938.
- *Arslantepe I, La Porte des Lions*, París 1940.
- Dussaud, R.: *Un Point de chronologie hittite et assyrienne*, Syria, XVI, 1935.
- *Datation des reliefs de Malat*, Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et des Belles Lettres, 1945.
- Forrer, Emil O.: *Vorhomerische Griechen in den Keilschrifttexten von Boghazko*, Mitteilungen der Deutschen Orientgesellschaft, LXIII, 1924.
- *Die Griechen in den Boghazkoy-Texten*, Orientalistische Literaturzeitung 1924.
- *Ergebnisse einer archaologische Reise in Kleinasien*, 1926, Mitteilungen der Deutschen Orientgesellschaft, LXV, 1927.
- *Für die Griechen in den Boghazkoi-Inschriften*, Kleinasiatische Forschungen, I, 1929.
- *La Découverte de la Grèce Mycénienne dans les textes cuneiformes de l'empire hittite*, Revue des Études Grecques, XL, 1930.
- *The Hittites in Palestine*, Palestine Exploratoion Quarterly, LXVIII y LXIX, 1936-37.
- Franz, L.: *Die Muttergottin im Voraeren Orient una in Europa*, Der Alte Orient; XXXV, 3, Leipzig, 1937.
- Friedrich, Johannes: *Staatsvertrdge des Hattireichs*, Mitteilungen der Vorderasiatisch-Ágyptischen GeseUschaft 31, 1926 y 34, 1930.
- *Werden in den hethitischen Keilschrifttexten die Griechen er-wdhnt?* Kleinasiatische Forschungen, 1929.
- Furlani, G.: *La Religione degli Hittiti*, Bolonia 1936.
- *The Basic Aspect of Hittite Religi3n*, Harvard Theological Review, XXXI, 1938.
- Garstang, John: *The Sun-Goddesof Arianna*, Annals of Archaeology and Anthropology, VI, 1914.
- *The Winged Deity and other Sculptures of Malaria*, Ibid.
- *Excavations at Mersin*, 1938-39, The historie periods. Ibid., XXVI, 1940.
- *Notes on a journey through Asia Minor*. Ibid., I, 1-12.
- *Hittite Military Roards in Asia Minor*, American Journal of Archaeology, XLVII, 1943, de Genouillac, H.: *Céramique cappadocienne*, París, 1926.
- Götze, Albrecht: *Zur Schlacht bei Qades*, Orientalistische Literaturzeitung, XXXII, 1929.

- *The Hittite Ritual of Junnawi* (in Cooperation with E. H. Sturtevant), American Oriental Society, New Haven, 1938.
- *Zizzuwatna and the problem of Hittite Geography*, New Haven 1940.
- Goldmann, H.: *Excavations at Tarsus*, American Journal of Archaeology and XXXIX, 1935, 526-49; XLI, 1937, 262-86; XLII, 1938, 30-54; XLIV, 1940, 60-86.
- Gurney, O. R.: *Hittite Prayers of Mursili II*, Annals of Archaeology and Anthropology, XXVII, Liverpool 1940.
- Güterbock, H. G.: *Die Historische Tradition und die literarische Gestaltung bei Babyloniern und Hetbitern bis 1200*, Zeitschrift für Assyriologie, XLII, 1933, y XLIII, 1934.
- *Neue Abhijawa-Texte*, Zeitschrift für Assyriologie, XLIII, 1934.
- Güterbock, H. G.: *Siegel aus Bogazkoy*, I y II, Archiv für Orientforschung, 1940 y 1944.
- *Hethitische Gotterdarstellungen und Gotternamen*, Belleten, Ankara 1943.
- *The Hittite versión of the Hurrian Kutnarbi Myths*, Oriental Forerunners of Hesiod, American Journal of Archaeology, LII, 1948.
- *The Song of Ullikümmi*, Journal of Cuneiform Studies, 5, 1951, y 6, 1952.
- Hall, H. R.: *Mursil and Myrtilos*, Journal of Hellenic Studies, XXIX, 1909.
- Haufmann, G. M. A.: *Archaeology in Homeric Asia Minor*, American Journal of Archaeology, 52, 1948.
- Hogarth, D. G.: *Hittite seals with particular reference to the Ashmolean Collection* Oxford 1920.
- Hogarth/Woolley, D. G. und C. L.: *Carchemish*, Report on the excavations at Djerabis on behalf of the British Museum, Londres, I, 1914, II, 1921.
- Holt, J.: *Quelques Interprétations du Code Hittite*, Archiv Orientalni, XVII, 1950.
- Hrozny, Bedrich (Friedrich): *Über die Völker und Sprachen des alten Chatti-Landes*.
- *Hethitische Könige*. Zwei Aufsätze. Boghazkby-Studien, 5, Leipzig 1920.
- *Náram-Sin et ses ennemis d'après un texte hittite*, Archiv Orient., I, 1929.
- *Sur un paragraphe du Code Hittite*, Archiv. Orientalni, XVI, 1947.
- Jirku, A.: *Eine hethitische Ansiedlung in Jerusalem zur Zeit von El-Amarna*, Zeitschrift des deutschen Palästina-Vereins, XLIII, 1920.
- Kampman, A. A.: *De Historische Beteekenis der Hethitische Vestingbouwkunde*, Med. en Verh. Ex. Oriente Lux 7, Leiden 1947.
- Korosec, V.: *Hethitische Staatsverträge*, ein Beitrag zu ihrer juristischen Wertung, Leipziger Rechtswissenschaftliche Studien, 60, 1931.
- *Beiträge zum hethitischen Privatrecht*, Zeitschrift der Savigny-Stiftung, LII, 1932.
- *Raub- und Kaufrecht im hethitischen Recht*, Studi in Onore di Salvatori Riccobono,

- I, Palermo 1932.
- *Einige Beiträge zum hethitischen Sklavenrecht*, Festschrift P. Koschaker, III.
- Kosay, Hamit Zubeyr: *A Great Discovery* (Excavations at Alaja Hüyük), Illustrated London News, julio 1945.
- Koschaker, P.: *Fratriarchat, Hausgemeinschaft und Mutterrecht in Keilschriftrechten*, Zeitschrift für Assyriologie, XLI, 1933.
- *Zum Levirat nach hethitischen Rech*, Revue Hittite et Asia-nique, II, 1933.
- Krause, K.: *Bogazkoy TempelV*, Ein Beitrag zum Problem der hethitischen Baukunst, Istanbul Forschungen, II, 1940.
- Kuentz, C.: *La Bataille de Qadech*, Mémoires de l'Institut Français d'Archéologie Orientale, LV, 1934.
- Laroche, E.: *Un point d'histoire: Ulmi-Tessub*, Revue Hittite et Asianique, VIII, 1947-48.
- *Recherches sur les noms des dieux hittites*, París 1947.
- *Tessub, Hebat et lew cour*, Journal of Cuneiform Studies, II, 1948.
- Leonhard, W.: *Hettiter und Amazonem*, Leipzig, 1911.
- Lesky, A.: *Ein ritueller Scheinkampf bei den Hetbitern*, Archiv für Religionswissenschaft, XXIV, 1927.
- Lewy, J.: *La Chronologie de Bithana et d'Anitta de Kussara*, Revue Hittite et Asianique, III, 1934.
- Naumann, Rudolf: *Bogazkoy*, Archiv für Orientforschung, XIII, 4-5, Berlín 1940.
- Noth, M.: *Die Stadt Kadesh am Orantes in der Geschichte des zweiten Jahrtausends v. Cbr.*, Die Welt des Orients, 1948.
- Oppenheim, M., Barón von: *Tell Halaf*, A new culture in oldest Mesopotamia, Londres 1933.
- Osten, H. H. von der: *Explorations in Central Anatolia*, Season of 1926, Univ. of Chicago, Or. Inst. Publ., V, 1929.
- *Expiations in Hittite Asia Minor*, 1927-29, Univ. of Chicago, Or. Ins, Comm., 6 y 8, 1929-30.
- *Four Hittite Rhytons*, Parnassus, New York 1932.
- *Discoveries in Anatolia*, 1930-31, Univ. of Chicago, Or. Inst. Comm., 14, 1933.
- *The Alisbar Hüyük*, Seasons of 1930-32, Univ. of Chicago, Or. Ins. Publ. XXVIII, XXIX, XXX, 1937.
- Otten, H.: *Ein Bestattungsritual hethitischer Könige*, Zeitschrift für Assyriologie, XLVI, 1942.
- *Die hethitischen Königslisten und die altorientalische Chronologie*, Mitteilungen der Deutschen Orient-Gesellschaft, 83, 1951.
- Özgüç., T.: *Where the Assyrians built a commercial empire in second millennium Anatolia: excavating the «Karum» of Kanesh* Illustrated London News, enero

1950.

- Phytian-Adams, W. J.: *Hittite and Trojan Allies*, Bulletin of British School of Archaeology in Jerusalem, I, 3-7, 1922.
- Poisson, G.: *Tañiale, roí des hittites*, Revue Archéologique, Sene 5, XXII, 1925.
- Prentice, W. K.: *The Achaeans*, American Journal of Archaeology, XXXIII, 1929.
- Price, J.: *The so-called Levirate-Marriage in Hittite and Assyrian Laws*, Oriental Studies, Baltimore 1926.
- Puchstein, Otto: *Boghazkóy, die Bauwerke*, Wissenschaftliche Veröffentlichung der Deutschen Orient-Gesellschaft, 19, Leipzig 1912 (con la colaboración de H. Kohl y D. Krencker).
- Puukko, A. R.: *Die altassyrischen und hethitischen Gesetze und das alte Testament*, Studia Orientalia, I, 1925.
- *Die Leviratsehe in den altorientalischen Gesetzen*, Archiv Orientalni, XVII, 1949.
- Ransome, H. M.: *Sacred Bee in Ancient Times and folklore*, Londres 1937.
- Rosenkranz, B.: *Chronologie der hethitischen Gesetze*, Zeitschrift für Assyriologie, XLIV, 1938.
- San Nicolás, M.: *Zur Frage der Schriftlichkeit des Abschlusses von Rechtsgeschäften bei den Hethitern*, Zeitschrift der Savigny-Stiftung, LVI, 1936.
- Sayce, A. H.: *Perseus and the Achaeans in the Hittite tablets*, Journal of Hellenic Studies, XLV, 1925.
- Schachermeyr, F.: *Hethiter und Acháer*, Mitteilungen der Altorientalischen Gesellschaft, IX, 1/2, Leipzig 1935.
- Schaeffer, C. F. A.: *Stratigraphie Comparée et Chronologie de l'Asie Occidentale*, Londres, 1948.
- Schroeder, O.: *Uria der Hettiter*, Zeitschrift für Alttestamentliche Wissenschaft, XXXV, 1915.
- Shewan, A.: *Hittite Names*, Classical Review, XLV, 2-4, Londres 1931.
- Smith, S.: *Alalakh and Chronology*, Londres 1940.
- *Amarna Letter 170 and Chronology*, Halil Edhem hátira ki-tabii, Ankara 1947.
- Sommer, Ferdinand: *Die Ahhijawd-Urkunden*, Abhandlungen der Bayerischen Akademie der Wissenschaften, Neue Folge, 6, 1932.
- *Ahhijava und kein Ende?* Indogermanische Forschungen, LV, 169-297, 1937.
- Sommer/Falkenstein, F. und A.: *Die hethitisch-akkadische Bilingüe des Hattusili I. (Labarna II.)*, Abhandlungen der Bayerischen Akademie der Wissenschaften, Neue Folge, Munich 1938.
- Strong/Garstang, H. A. und J.: *The Syrian Goddess*, London 1913.
- Sturm, J.: *Wer ist Pipbururias?* Revue Hittite et Asianique, II, 1933.
- *Der Hettiterkrieg Ramses II.*, Wiener Zeitschrift für die Kunde des Morgenlandes, 1939.

- Tenner, E.: *Tages- und Nachfsonne bei den Hetbitern*, Zeitschrift für Assyriologie, XXXVIII, 1929.
- Vaughan, D.: *Notes on the Dado Sculptures of Sakjegeuzi*, Annals of Archaeology and Anthropology, XXI, Liverpool 1934.
- Virolleaud, C.: *Suppiluliuma et Niqmad d'Igarit*, Revue Hittite et Asianique, V, 1939.
- Weber, Otto: *Die Kunst der Hethiter*, Orbis Pictus, 9, Berlín 1922.
- Weidner, Ernst F.: *Der Zug Sargons von Akkad nach Kleinasien*, die ältesten geschichtlichen Beziehungen zwischen Babylonien und Hatti, Boghazkoí-Studien, 6, Heft, Leipzig 1922.
- *Politische Dokumente aus Kleinasien*, Boghazkoi-Studien, 8, Heft, 1923.
- Weill, R.: *Les Atbéens d'Asie Mineure et les problèmes de l'arrivée sur la Méditerranée au II* millénaire*, Journal Asiatique, CCXVI, 77408, 1930.
- Wilson, J. A.: *The Taxis of the Battle of Qadesh*, American Journal of Semitic Languages, XLIII, 1927.
- Wohler, L.: *Die altromische und die hethitische evocatio*, Archiv für Religionswissenschaft, XXV, 1928.
- Woolley, C. Leonard: *Hit tile burial customs*, Annals of Archaeology and Anthropology, VI, 1914.
- *New Clues to Hittite History in Asia*, Illustrated London News, octubre 1937.
- *Gaps filled in Syrian History of 3500 years ago: New discoveries at Atchana, near Antioch*, Ibid., septiembre 1938.
- *Excavations at Atchana-Alalakh*, Antiquaries Journal, XIX, 1939, y XXVIII, 1948.
- Yeivin, S.: *Canaanite and Hittite Strategy in the Second Half of the Second Millennium B. C.*, Journal of Near Eastern Studies, IX, Chicago 1950.

V. Las ciudades-estados

(En particular el Karatepe y las inscripciones bilingües encontradas allí hasta su incorporación al Imperio asirio hacia el año 700 a. de J. C.).

Alkim, U. Bahadır: *Les résultats archéologiques des fouilles de Karatépe*, Revue Hittite et Asianique, IX, 1948-49.

— *Third Seasons Work at Karatepe*, Belleten, XIII, Ankara 1949.

— *Karatepe: Fourth and fifth Campaigns*, Belleten, XIV, Ankara 1950.

— *Karatepe: Seventh and eight Campaigns*, Belleten, XVI, Ankara 1952.

Alt, Albrecht: *Die geschichtliche Bedeutung der neuen phonikischen Inschriften aus Kilikien*, Forschungen und Fortschritte Heft, 11/12, Berlín 1948.

Barnett, R. D.: *A lost language found*, The Spectator, abril 1949.

— *Karatepe, the key to the hittite hieroglyphs*, in Anatolian Studies, Journal of the British Institute of Archaeologie at Ankara, Vol. III, 1953.

Barnett/Leveen/Moss, R. D. y I. y C.: *A phoenician inscription from eastern Cilicia*, Iraq, X, 1948.

Bissing, Fr. W. Freiherr von: *Zu zwei in Karatepe zutage gekommenen Reliefs mit «BES»-Figuren*, Jahrbuch für Kleinasiatische Forschung, II/1, Heidelberg 1951.

Bossert, Helmuth Th.: *Metne beiden ersten Reisen zum Karatepe*, Orientalia, XVII, 4, Roma, 1948.

— *Found at last: a bi-lingual key to the previously un decipherable Hittite Hieroglyphic inscriptions*, Illustrated London News, mayo 1949.

— con la colaboración de U. B. Alkim, H. Cambel, N. Ongunsu y Ü. Sützen: *Die Ausgrabungen auf dem Karatepe*, Erster Vorbericht, Ankara 1950.

— *Die phönizisch-hethitischen Bilinguen von Karatepe*, Oriens, I, 1948, Oriens II, 1949, Archiv Orientalni, 18, 1950, Jahrbuch für Kleinasiatische Forschung, I, 1950-51, y II, 1952-53.

— *Die phonizischen Inschriften vom Karatepe nach dem Stande von Herbst 1953*, Belleten, XVII, 66, Ankara 1953.

— *Die Hieroglyphen-Hethitischen Inschriften vom Karatepe nach dem Stand von Herbst 1953*, BeUeten, XVIII, 69, Ankara 1954.

Bossert/Alkim, Helmuth Th. y U. Bahadır: *Karatepe, Kadirli and its Environments*, First and second preliminary reports, Publications of the University of Istanbul, 1946 y 1947.

Bossert/Cambel, Helmuth Th. y Halet: *Karatepe, A preliminary report on a new Hittite site*, Faculty of the University of Istanbul, Publ. of the Inst. for Research in Ancient Oriental Civilisations, Nr. 1, Estambul 1946.

Çambel, Halet: *Archdologischer Bericht aus Anatolien* (enthält Zurzbericht über, 3,

- Grabung auf dem Karatepe), *Orientalia*, XVII, 2, Roma 1948.
- *Karatepe, an archaeological introduction to a recently discovered Hittite site in southern Anatolia*, *Oriens*, 1, 1948.
- Dunand, M.: *Les inscriptions phéniciennes de Karatepe*, *Bulletin du Musée de Beyrouth*, VII, 1948.
- Dupont-Sommer, A.: *Azitawadda, roi des Danouniens*, *Revue d'Assyriologie*, XLII, 1948.
- *Le déchiffrement des hiéroglyphes hittites et les inscriptions bilingües de Karatépe*, *Revue historique*, 1949.
- Friedrich, Johannes: *Eine altphönizische Inschrift aus Kilikien*, *Forschungen und Fortschritte*, Helf 7/8 Berlín 1948.
- Gelb, Ignace J.: *The Contribution of the New Cuidan Bilinguals to the Decipherment of Hieroglyphic Hittite*, *Bibliotheca Orientalis*, VII, 1950.
- Gordon, C. H.: *Azitawadda's Phoenician Inscription*, *Journal of Near Eastern Studies*, VIII, 1949.
- Güterbock, Hans Gustav: *Die Bedeutung der Bilingualen vom Karatepe für die Entzifferung der hethitischen Hieroglyphen*, *Eranos*, XLVII, Göttingen, 1949.
- Haberler: *Excavations at Karatepe*, *Bulleten XII*, Ankara, 1948.
- Hogarth, D. G.: *Carchemish*, Report on the excavations at Djerabis on behalf of the British Museum, conducted by C. L. Woolley and T. E. Lawrence, Londres, 1914 (véase «Carchemis II» en este grupo según «Woolley»).
- Hogarth/Woolley/Barnette, G. und C. L. und R. D.: *Carchemish III*, London, 1953.
- Honeyman, A. M.: *Epigraphic Discoveries at Karatepe*, *Palestine Exploration Quarterly*, 1949.
- Kum, Nach *Karatepe harabeleri — Kásif kimdir?*. «Türk Sozü», Adana, enero 1949.
- Landsberger, B.: *Sam'al*, Studien zur Entdeckung der Ruinenstätte Karatepe, *Turkish Historical Society*, 1949.
- Marcus/Gelb, R. y I. J.: *A Preliminary Study of the new Phoenician Inscription from Cuida*, *Journal of Near Eastern Studies*, VII, 1948.
- *The Phoenician Stele Inscription from Olida*, *Journal of Near Eastern Studies*, VIII, 1949.
- Medico, del H. E.: *Déchiffrement et lecture des hiéroglyphes néohittites*, *Revue Hittite et Asiatique*, X, 1949.
- Obermann, J.: *New discoveries at Karatepe*, A complete text of the phoenician royal inscription from Cilicia, *Transactions of the Connecticut Académie of Arts and Sciences*, XXXVIII, 1949.
- O'Callaghan, R. T.: *The Great Phoenician Portal Inscription from Karatepe*, *Orientalia*, XVIII, Roma, 1949.
- *An approach to some religious problems of Karatepe*, *Archiv Orientalni*, XVIII,

1950.

— *The Phoenician Inscription on the king's statue at Karatepe*, *The Catholic Biblical Quarterly*, XI, Roma 1949.

Steinhert, Franz: *Karatepe, the Key to the Hittite Hieroglyphics*, *Archaeology*, Vol. 2, Nt. 4, 1949.

Woolley, C. L.: *Carchemish*, Report on the excavations of Jerablus on behalf of the British Museum, conducted by C. L. Woolley, with T. E. Lawrence and P. L. O. Guy, Part II, The town defenses, Londres 1921.

VI. Textos hititas

(Traducciones, copias y transcripciones).

- Barton/Weitzel, George A. und Baruch: *A Hittite Chrestomathy with Vocabulary*, Hittite Studies, Nr. 2, París 1932.
- Bossert, H. Th.: *Die Eleibriefe aus Assur*, Bibliotheca Orientalis, VIII, Nr. 4, Leiden 1951.
- Cavaignac, E.: *Les annales de Subbiluliuma*, Estrasburgo 1931. Friedrich, Johannes: *Aus dem hethitischen Schriftum*, Der alte Orient, XXIV und XXV, 1925.
- *Staatsvertrage des Hatti-Reiches in hethitischer Sprache*, Mitteilungen der Vorderasiatisch-Ägyptischen Gesellschaft, XXXI (1926) y XXXIV (1930).
- *Die hethitischen tyuchftücke des Gilgames-Epos*, Zeitschrift für Assyriologie, XXXIX, 1930.
- *Ein hethitischer Brief aus Tell Atchana*, Orientalia, VIII, 1939.
- *Der churritische Mythos vom Schlangenddmon Hedammu in hethitischer Sprache*, Archiv Orientalni, XVII, 1949.
- *Churritische Marchen und Sagen in hethitischer Sprache*, Zeitschrift für Assyriologie, XLIX, 1950.
- Friedrich/Zimmern, J, und H.: *Hethitische Gesetze aus dem Staatsarchiv von Boghazkoi (un 1300 v. Chr.)*, Der Alte Orient, 23. Jhg., Helf, 2, Leipzig 1922.
- Forrer, Emil O.: *Die Boghazkoi-Texte in Umschrift*, I. und II., 41, und 42, Wissenschaftliche Veröffentlichung der Deutschen Orientgesellschaft, Leipzig 1922 y 1926.
- Götze, Albrecht: *Madduwattas*, Mitteilungen der Vorderasiatisch-Ägyptischen Gesellschaft, XXXII, 1928.
- *Die Pestgebete des Mursilis*, Kleinasiatische Forschungen, I, 1929.
- *Verstreute Boghazkoi-Texte*, Marburg 1930. (Contiene las dos cartas de Arzawa).
- *Die Annalen des Mursilis*, Mitteilungen der Vorderasiatisch-Ägyptischen Gesellschaft, XXXVIII, 6, 1933.
- *Cuneiform Inscriptions from Tarsus*, Journal of the American Oriental Society, LIX, 1939.
- *A new letter from Ramesses to Hattusilis*, Journal of Cuneiform Studies, I, 1947.
- Gurney, O. R.: *Mita of Pahhuwa*, Annals of Archaeology and Anthropology, XXVIII, 1948.
- Güterbock, Hans Gustav: *Kumarbi*, Istanbulur Schriften, Nr. 16, 1946.
- *Neue Texte zur Geschichte Suppūliummas*, Indo-germanische Forschungen, LX, 1950.

- Hrozný, Bedřich (Friedrich): *Hethitische Keilschrifttexte aus Boghazkoi*, in Umschrift, mit Übersetzung und Kommentar, Boghazkoi-Studien, 3, Leipzig 1919.
- Hrozný, Bedřich (Friedrich): *Code Hittite provenant de f'Asic Mineure*, Hethitica, I, París 1922.
- *La deuxième lettre d'Arzawa et le vrai nom des hittites indo* européens*, Journal Asiatique, CCXVIII, 1931.
- Keilschrifttexte aus Boghazkói*, Wissenschaftliche Veröffentlichung der Deutschen Orient-Gesellschaft, Nr. 30, 1-4, 1916-1923; y Nr. 36, 1-2, 1921.
- Keilschrifturkunden aus Boghazkóy*, herausgegeben von den Staatlichen Museen zu Berlin, Vorderasiatische Abteilung, 27 mapas, Berlín 1921-34.
- Langdon, S. H.: *Letter of Ramesses II to a king of Mira*. Journal of Egyptian Archaeology, VI.
- Luckenbill, D. D.: *Hittite Treaties and Letters*, American Journal of Semitic Languages, XXXVII, 1921.
- Meier, G.: *Ein akkadisches Heilungsritual aus Bogazkoy*, Zeitschrift für Assyriologie, XLV, 1942.
- Müller, W. Max: *Der Bündnisvertrag Ramses* II. und des Chetiterkönigs*, im Originaltext herausgegeben und übersetzt, Mitteilungen der Vorderasiatisch-Agyptischen Gesellschaft, vol. 7, V, Leipzig 1902.
- Neufeld, E.: *The Hittite Laws*, translated into English and Hebrew with Commentary, Londres 1951.
- Otten, H.: *Mythen vom Gotte Kumarbi, neue fragmente*, Deutsche Akademie der Wissenschaften zu Berlin, Institut für Orientforschung, Nr. 3, 1950.
- Pritchard, J. B.: *Ancient Near Eastern Texts relating to the Old Testament*, Princeton University Press, 1950. (Traducción del texto hitita por A. Gotze).
- Roeder, Günther: *Ägypter und Hethiter*, Der Alte Orient, 20, Jhg., Leipzig 1919.
- Sommer/Ehrlhoff, F. und H.: *Das hethitische Ritual des Papanikri von Komana*, Boghazkoi-Studien, 10, 1924.
- Sturtevant, E. H.: *Selections from the Code*, In Sturtevant und Bechtel: A Hittite Chrestomathy, Filadelfia 1935.
- Szemerényi, O.: *Der Vertrag des Hethiter-Königs Tudhaliya IV. mit Istarwuwa von Amurru*, Acta Societatis Hungaricae Orientalis, IX, 1945.
- Vieyra, M. M.: *Recueil de présages accado-hittites tires des eclipses solaires*, Revue de l'Histoire des Religions, CXVI, 1937.
- Weidner, Ernst F.: *Politische Documente aus Kleinasien*, Boghazkoi-Studien, 8-9, 1923.

Tabla cronológica

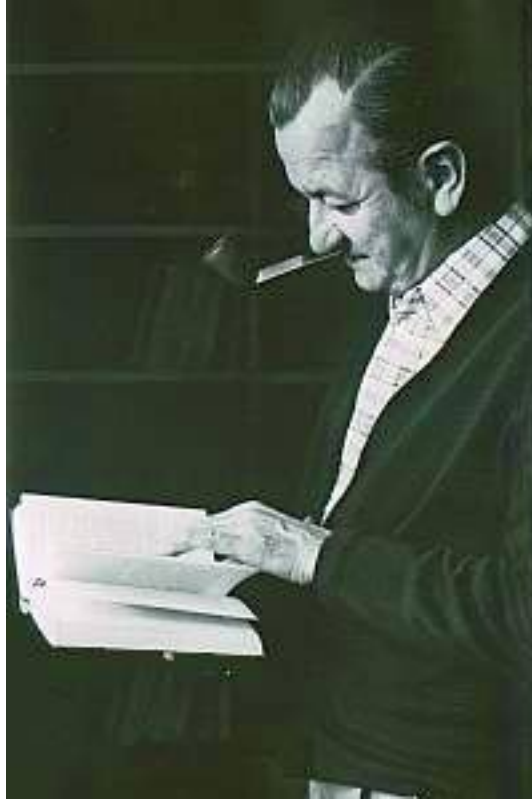
(Las fechas que se indican se entienden anteriores a la Era Cristiana).

Las fechas de los reinados de los soberanos hititas son las que han sido determinadas por el Dr. Sidney Smith y por el profesor Albrecht Götze; cuando ha sido cuestión de reconstituirlas, sigo las indicaciones del Dr. A. R. Gurney, el cual, para los casos en que no se dispone de datos rigurosamente exactos, ha calculado una cronología media a base del promedio de duración de una generación. Según el Dr. Gurney, las fechas entre 1590 y 1335 son seguras. Todas las demás deben considerarse como *aproximadas*, aun cuando muy posiblemente sean exactas también. Es, pues, muy improbable que esta cronología pueda sufrir modificaciones de importancia, aun cuando contenga algún error. Figuran en letra cursiva los nombres de los reyes que sólo se conocen por referencia.

<i>Pitkkana</i> de Kusara	Movimientos de poblaciones en Asia Menor, durante los cuales unos grupos indoeuropeos penetran en Anatolia por el noroeste o por el norte, sometiendo a los autóctonos (protohititas). Fundan las primeras ciudades-Estados, entre ellas Bogazköy, cerca de la actual Hattusas, en el recodo del Halys.
Annitas de Kusara (hacia 1800) Tudhalia (1740-170) <i>Pusarrumas</i> (1710-1680)	El rey Annitas se apodera de Hattusas, destruye la ciudad y lanza el anatema sobre ella. Se reconstruye, sin embargo, y los nuevos monarcas hititas pretenden que descienden de la casa de Kusara. (Régimen feudal, monarquía electiva).
Labarna (1680-1650)	Probable fundador del «Imperio hitita». Agrupa las diferentes ciudades-Estados en una federación sometida a su autoridad central y extiende el poderío hitita hacia el este y el oeste. Aun cuando el soberano es teóricamente responsable ante el consejo de los nobles, o <i>Pankus</i> , tiene derecho a elegirse el sucesor. El nombre de Labarna se convierte luego en un título.
Hattusil I (1650-1620)	Iniciador de la política de expansión hitita; cruza el Tauro y avanza hacia Alepo. En su lecho de muerte deshereda a su hijo rebelde y nombra

	sucesor a Mursil I.
Mursil I (1620-1590)	Emprende una nueva expedición contra Alepo; prosigue el avance y se apodera de Babilonia. El Imperio hitita se convierte en la primera potencia del Próximo Oriente. Mursil I muere asesinado.
Hantil 1 (1590-1560) Zidanta I (1560-1550) Ammuna (1550-1530)	Se suceden varios reyes incompetentes que pierden lo que sus predecesores conquistaron. Estallan violentos conflictos entre los reyes y la nobleza. Los parricidios y fratricidios son el medio corriente para llegar al trono.
Huzzia I (1530-1525) Telebino (1525-1500) <i>Alluanna</i> (1500-1490) <i>Hantil</i> II (1490-1480)	Se le debe la reforma constitucional que se imponía, y en particular establece el principio de la sucesión hereditaria. Se consolida así el régimen monárquico en el interior y la dominación hitita en el exterior. Se promulga el código hitita, que se distingue por su humanidad y blandura de todos los demás códigos orientales.
<i>Zidanta</i> II (1480-1470) <i>Huzzia</i> II (1470-1460) Tudhalia II (1460-1440) <i>Arnuanda</i> I (1440-1420)	A pesar de la gran importancia política y cultural que adquiere el vecino reino hurrita de Mitanni (influencia cultural sobre la civilización hitita), tres reyes de Hatti, Tudhalia II, Hattusil II y Tudhalia III logran mantener su dominación hasta las fronteras de Siria.
Hattusil II (1420-1400) Tudhalia III (1400-1385) <i>Arnuanda</i> II (1385-1375) Shubiluliuma I (1375-1335)	En Shubiluliuma poseen los hititas un gran monarca, verdadero genio político y militar. Destruye el reino de Mitanni, ensancha el Imperio hasta el Líbano, pero en lugar de esclavizar a los pueblos vencidos, los convierte en vasallos y en aliados suyos, y practica una hábil política de matrimonios. Su poderío es tan grande que la reina de Egipto, la viuda de Tutank-Ammon, le pide que se le envíe a uno de sus hijos por esposo, y que como tal subiría al trono de los faraones.
<i>Arnuanda</i> III (1335-1334) Mursil II (1334-1306)	Tuvo un digno sucesor en Mursil II. Al cabo de un año de gobierno desastroso del débil y enfermizo <i>Arnuanda</i> III, Mursil II consolida las conquistas de su padre, emprende varias

	expediciones guerreras en las fronteras, pero también se interesa por los asuntos artísticos y religiosos. (Sus <i>Oraciones en tiempo de peste</i> , así como sus <i>Anales</i> , son documentos literarios e históricos de gran valor).
Muwatallis (1306-1282)	Bajo el reinado de su hijo llega a su paroxismo el conflicto con Egipto. En Kades, a orillas del Orontes, se libra en 1296 una famosa batalla. Ramsés II sufre una gran derrota y escapa con vida por milagro.
Urhi-Teshub (1282-1275) Hattusil III (1275-1250)	Después de un corto reinado del heredero legítimo, usurpa el trono Hattusil III, hermano de Muwatallis.
	Concluye con Egipto «una paz perpetua» y casa a una de sus hijas con el faraón Ramsés II. Sus <i>Memorias</i> son la primera autobiografía que se conoce.
Tudhalia IV (1250-1220) Arnuanda IV (1220-1190) Shubiluliuma II (alrededor de 1190)	El Imperio se disgrega poco a poco. Al este y al oeste los pueblos hasta ahora aliados se rebelan. Hordas extranjeras penetran en territorio de Hatti. El Imperio hitita se hunde. Hattusas arde en 1200. La civilización hitita (con el uso de la escritura jeroglífica hitita) persiste en las ciudades-Estados del norte de Siria (Carquemis, Sendjirli, etc.) y en Cilicia (Karatepe) hasta alrededor del año 700. En Camagena, al norte del Eufrates, se han encontrado vestigios hititas (inscripciones de hitita jeroglífico que datan del siglo I <i>después</i> de J. C.).



C. W. CERAM (Berlín 1915 - Hamburgo 1972). Es el seudónimo de Kurt Wilhelm Marek, periodista y crítico literario alemán, conocido por sus obras de divulgación de arqueología. En la Segunda Guerra Mundial fue hecho prisionero en Italia. Durante su cautiverio tuvo ocasión de leer muchos libros de Arqueología. Como resultado de los conocimientos adquiridos publicó en 1949 su obra más conocida, *Dioses, tumbas y sabios*, obra que le hizo famoso en todo el mundo, que se ha traducido a veintiocho idiomas y que a día de hoy siguen imprimiéndose nuevas ediciones. En el mundo editorial, Ceram llegó a ser jefe de redacción en *Die Welt* y también trabajó como director en la editorial Ernst Rowohlt. Otras obras conocidas del autor son *El misterio de los Hititas* o *El primer americano*. En 1947 se trasladó a EE. UU.

Notas

[1] Las lenguas indoeuropeas se dividen en dos grupos principales según sea su manera de pronunciar el número 100, que en unas es *kentum* y en otras *tótem*. A este último grupo pertenecen las lenguas orientales, las eslavas, el iranio y las indostánicas. <<